
Jonaira
Campagnuolo
Un
beso
en
Navidad



Jonaira
Campagnuolo
Un beso en Navidad



UN BESO EN NAVIDAD

Jonaira Campagnuolo

UN BESO EN NAVIDAD

Primera Edición Diciembre de 2019

SC: 1912102656315

ÍNDICE

“No hay pesar que pueda enmendar ni una sola de las oportunidades que desaprovechamos en la vida”.

Cuentos de Navidad – Charles Dickens

Capítulo 1.

Era lunes y el reloj se había aliado con sus enemigos. El paso de las 6:55pm a las 7:00pm parecía durar una eternidad. Los minutos se hacían largos, como las líneas que Jessie trazaba en el papel. Debió aprovechar aquel tiempo en la oficina para realizar algún bosquejo de los trabajos que tenía pendientes en la revista, pero se sentía tan saturada, que solo le salían líneas torcidas y ninguna quería enlazarse con sus hermanas para comenzar a esbozar alguna imagen. Todas preferían mantenerse alejadas, como ella.

Cuando al fin sonó la alarma, sus compañeros se levantaron de las sillas y empezaron a recoger sus pertenencias para regresar a sus casas. Aquella hora era un infierno en la estación del Metro, si te apresurabas, tenías más posibilidades de superar la marejada de personas que usaban el servicio y llegar a tu estación. Jessie ya había hecho una pila con los documentos que se llevaría logrando salir de primera. Había perdido más de una hora en el trabajo pensando en nada, simulando trazar diseños en hojas que luego se acumulaban hechas una bola en el cesto de basura, ya que le era difícil concentrarse. Por esa razón se llevaba el material a casa, dispuesta a realizar algún avance y no estar con las manos vacías al día siguiente cuando su jefe pasara por su cubículo a evaluar su desempeño. Al final de esa semana debía entregar los diseños terminados.

Salió del edificio sin despedirse, escurriéndose entre el gentío con la

cabeza gacha y oculta bajo la capucha de su abrigo rojo, para que su compañera de la recepción no la divisara y quisiera viajar con ella narrándole por todo el camino sus interminables conflictos de cama con su novio de turno. Jessie tenía sus propios problemas en qué pensar.

La nula dedicación que tenía esa tarde con sus responsabilidades se debía a las incesantes llamadas de su madre, y los e-mail de su padre, exigiéndole que tomara una decisión para antes del fin de semana. La pareja había decidido separarse una semana atrás, luego de vivir durante años una vida de discusiones, abandonos y mentiras.

Su madre se había ido a Maryland a vivir con su hermana y su padre a Rhode Island, a experimentar la vida de playa con su amante y los hijos pequeños de esta, en las costas de Narragansett. Ambos deseaban que ella pasara las Navidades con ellos. Su madre pretendía convencerla asegurándole que la necesitaba, pues su dolor por la pérdida de su matrimonio era difícil de soportar, y su padre deseaba que su hija conociera a su nueva familia y la recibiera como suya, eso lo ayudaría a superar el cambio y a no sentirse tan culpable, pero ella no quería estar con ninguno.

Aquella sería su primera Navidad en soledad, pues hasta Marie, su hermana menor, decidió escapar con su novio luego de la separación de sus padres, abandonando sus estudios universitarios para retar a la suerte en California, al otro lado del país, sin responder a las constantes llamadas o los mensajes que le enviaban.

Jessie hubiera querido haber sido como Marie, desprendida e indiferente, capaz de cortar toda vía de comunicación con sus seres queridos e ignorar lo ocurrido haciéndose la desentendida, para que no le exigieran nada; pero no tenía corazón para actuar de esa forma. Por eso la situación le afectaba tanto. Sus padres sufrían y buscaban en ella consuelo, pero a ella nadie la consolaba; y el hecho de que faltara una semana para Navidad empeoraba su situación.

Su mundo se había roto, sus tradiciones y costumbres tomaron la dirección contraria de manera muy repentina. Una semana atrás planificaba los regalos que debía comprar para la noche buena y la manera en que sorprendería a su familia con una nueva receta de postre, pues desde hacía varios años le correspondía encargarse de él, y de pronto, ya no tenía padres juntos, su hermana había desaparecido y su casa de la infancia estaba en venta. Ahora debía elegir entre Maryland y Narragansett, o ir a California en busca de la imprudente de Marie.

Esa noche eligió llegar cuanto antes a su departamento, quitarse las cinco capas de abrigos que llevaba encima y darse un baño con agua caliente. Luego se tumbaría en la cama a dormir, con el teléfono y su tableta desconectados, para olvidarse de todo. Y de todos.

Llegó a la esquina donde solía tomar el bus que la acercaría a la estación del Metro sintiendo una presión en el pecho y un cansancio general que le hacía doler cada centímetro de su cuerpo.

La cartera le pesaba. El teléfono estaba lleno con mensajes enviados por sus padres queriendo saber algo de su hermana y obligándola a buscar una respuesta a su alocado comportamiento, como si ella hubiera sido la que perdió el amor por su pareja, la que engañó y abandonó, o la que tomó la decisión de romper la vida familiar desprendiéndose, incluso, de la casa, sin consultar con alguno de los involucrados.

Tenía ganas de llorar por la frustración y en rencor. De haber tenido la valentía de Marie, les habría cantado sus verdades a sus padres para que aprendieran a resolver solos sus asuntos y escaparía a un lugar solitario, pero ella nunca fue tan irrespetuosa y osada. Creía que era su deber servirle de apoyo a los suyos, sin embargo, le era imposible hacerlo, pues sus emociones estaban débiles. No tenía donde sostenerse para luego sostener a otros.

Mientras esperaba el bus, lanzó una mirada al adorno navideño colocado junto a la parada, que pertenecía a la cafetería ubicada a su espalda. Era una familia de muñecos de nieve: padre, madre y dos niños, fabricados con botellas de plástico desechable. Los muñecos sonreían con dulzura y brillaban por los pequeños focos que tenían dentro. Se veían tan felices, unidos y satisfechos, que por un momento le hicieron recordar a esa familia que hacía tan solo una semana había perdido.

El vacío se le asentó en el estómago aumentándole la rabia. Debían advertir desde la infancia que aquella perfección podía perderse, para no aferrarse tanto a ella. Decían que los niños eran los únicos que sufrían con las separaciones, pero no era cierto, a los hijos adultos también les afectaba. Sobre todo, por el hecho de que por su edad eran obligados a ser el sostén de la pareja que rompía su relación, como si el corazón de ellos fuera de piedra.

Para descargar emociones decidió rebelarse. El muñeco de nieve que hacía las veces de padre sostenía un cartel cuya frase rezaba: «Vive la Navidad de manera sustentable» y, a pesar de que aquella última

palabra estaba referida al tema ecológico, para ella parecía una burla. Había cosas en la vida que perdían por completo su soporte e intentar mantenerlas hacía más daño que dejarlas caer. Si ya era imposible sostenerlas, entonces, debería ser sencillo desprenderse y reiniciar, pero no sucedía así. Dolía mucho verla derrumbarse, sin medios que pudieran sustentarla. La Navidad no era excusa para evitar que se desmoronara.

Mentían, y eso le molestó, así que decidió rectificar el mensaje.

Repasó los alrededores sintiéndose aliviada al asegurarse que las pocas personas que se hallaban en la parada no la veían por estar pendientes en la llegada del bus y los que andaban en la calle estaban tan metidos en sus asuntos que si pasaba un OVNI por su lado ni cuenta se daban, así que tomó una hoja de las que había llevado consigo a casa y escribió con rapidez un mensaje:

«La familia es una mierda, sobre todo, en Navidad». Buscó un trozo de cinta adhesiva en su

cartera y con rapidez se acercó al muñeco para colocarlo en el cartel.

Sonrió satisfecha al ver desde una distancia de varios pasos su obra. Con eso lanzaría un mensaje contundente a la sociedad, restando un poco el injusto peso que estaban soportando sus hombros tensos.

Enseguida llegó el bus y subió a él, dejando atrás la huella de su travesura.

Capítulo 2.

Ethan Martin gruñó inconforme, pero igual tuvo que dejar aparcado el auto a varias cuadras de distancia de la cafetería. Nunca podía hallar un lugar cercano, aunque cambiara los horarios.

Aquella calle era demasiado concurrida.

Bajó dispuesto a caminar a través del frío glaciar de la noche para llegar a su negocio, esperando que el clima aplacara el fuego interno que le producía su irritación. Theresa, la encargada, no paraba de llamarlo para reportarle pequeñas irregularidades o dudas que se le presentaban durante el día. Era imposible que su cafetería tuviera un minuto de sosiego.

Caminó con premura molesto por tener que poner siempre orden en las últimas horas de trabajo, sin que los empleados supieran como controlar sencillos inconvenientes. Había notado que su sola presencia daba seguridad a Theresa y al resto, como si fuesen niños que no sabían llevar a cabo sus tareas. El culpable de ese comportamiento era su hermano mayor, Gary, que los había malacostumbrado asumiendo él todos los problemas, incluso, los más tontos, como el hecho de saber dónde guardar la mercancía sobrante o como atender con prontitud la queja de un cliente.

Aunque ambos eran los dueños y fundadores de la cafetería Martin's desde hacía tres años, su hermano era quien asistía día y noche al establecimiento, atendiendo hasta el más mínimo detalle, mientras él trataba afuera con proveedores, controlaba la contabilidad y las finanzas y visitaba bancos con la esperanza de conseguir un crédito que le permitiera extender sus servicios.

Pero Gary, por culpa del trabajo incesante, casi pierde su matrimonio. Con la cafetería llegó a familiarizarse hasta con el más insignificante de los pormenores, pero en su casa, por su constante ausencia, comenzó a desconocer a sus hijos, que atravesaban la peor etapa de la adolescencia, y su esposa se estaba convirtiendo en un duro témpano de hielo.

Las alarmas de Gary se encendieron cierto día cuando llegó a casa antes de que todos estuvieran dormidos, porque había pescado un resfriado y le costaba estarse en pie. Allí se enteró que su hija de quince tenía un novio emo, que en ocasiones dormía en la habitación de invitados, y que su hijo de diecisiete había rechazado el cupo en la universidad porque iba a dedicarse a la música y estaba a punto de grabar un disco con su banda. Gary ni siquiera sabía que el chico tocaba la guitarra. Al pedirle explicaciones a su esposa lo que recibió fueron reproches, quejas y reclamos. Luego de eso, la mujer le quitó el habla y hasta le pidió que buscara un sitio donde vivir, porque ella no quería seguir teniendo en casa a un visitante nocturno que lo único que dejaba era ropa sucia apilada en el baño.

Gary se deprimió por unos días, pero enseguida despertó decidido a no perder a su familia.

Convenció a Ethan de concederle un mes de licencia a pesar de que ese tiempo incluía el mes de Navidad, el más complejo y exigente del año, solicitud que Ethan rechazó, pero que su hermano igual se tomó haciendo oídos sordos a sus reproches. Ahora Gary se hallaba en algún lugar de Caribe con su esposa e hijos disfrutando del sol mientras él se

hallaba en Brooklyn, tratando de sacar adelante el negocio sin ayuda de nadie.

Sus padres habían fallecido años atrás, por culpa de un accidente automovilístico, y su abuela materna, la única que le quedaba con vida, lo atormentaba a todas horas para exigirle un bisnieto, pues ese año no tendría a quien hacerle regalos «cuchis», como ella le decía a los obsequios para

niños.

Por su mente, en ese momento, no pasaba la idea de una paternidad, ni siquiera, el de una relación estable, pero aquello era imposible hacérselo entender a su abuela, que a cada instante lo atormentaba con exigencias porque aseguraba de que «pronto iba a morir». Llevaba casi una década utilizando esa excusa para manipularlo.

Aunque Ethan sabía sortear sus exigencias, le incomodaba la constante insistencia de la mujer, más aún, en ese instante de su vida, en que estaba a punto de enloquecer por culpa de los problemas en la cafetería y del estrés de la época navideña.

Mientras respondía el enésimo mensaje de texto de su abuela asegurándole que iría pronto a visitarla, se apresuró por llegar a su negocio. Al pasar por la parada de bus que se hallaba de paso, casi tropieza con las personas que corrían para subir a uno de los vehículos que recién llegaba, por eso tuvo que guardar el móvil para ocuparse de esquivar a los transeúntes.

Por inercia, lanzó una mirada hacia la decoración navideña que se encontraba frente a su establecimiento y sonrió con orgullo. Se trataba de una familia de muñecos de nieve ecologistas, fabricados con botellas de plástico y con otros materiales desechables, pero obteniendo un acabado artístico al ser pintados por profesionales y resaltados con luces led de bajo costo energético. Había gastado una buena pasta en ellos y es que la alcaldía de su localidad había propiciado un concurso de decoraciones navideñas hechas con materiales reciclables entre los comercios, a cambio de publicidad gratis, para entrar en la onda ecologista que tanto revuelo causaba en la época.

La cafetería necesitaba de toda la publicidad posible y la propuesta brindaba una buena plataforma. El problema era que Ethan no podía controlar el vandalismo que hacía mella en la región, por eso, casi sufrió un microinfarto al ver el papel que habían colocado encima del

cartel que sostenía el más grande de los muñecos de nieve: «La familia es una mierda, sobre todo, en Navidad». La sangre se le congeló en las venas no solo por divisar el ofensivo mensaje, sino al descubrir como unas mujeres, que llegaban en ese momento a la parada de bus, observaban en papel con desaprobación. Eso no sería beneficioso para su causa.

Corrió al lugar y saltó por encima del cercado fabricado con el cartón de las cajas de las frutas que compraba para hacer los jugos naturales que ofrecía y así pudo arrancar el terrible mensaje. Quienes se hallaban en la parada de bus, incluyendo a las mujeres ofendidas, lo observaron con rechazo creyendo que era un delincuente que habituaba destruir el ambiente que lo rodeaba, solo por diversión.

Brindó una sonrisa a esas personas y explicó a los más cercanos lo que ocurría, pero la gente se alejó de él como si fuera un tipo desquiciado. Eso aumentó su enfado. Hizo una bola con el papel y se lo guardó de mala manera en el bolsillo de su abrigo antes de entrar con la mandíbula apretada a su establecimiento. Pensó en avisar a la policía sobre el hecho, para que estuvieran atentos, pero eso lo haría quedar como un idiota. Además de que no atenderían su queja, tildándola de una trastada infantil, pues ellos tenían asuntos más serios que resolver.

En medio de un suspiro de agotamiento entró a la cafetería mientras el móvil le repicaba dentro de su abrigo, notificándole de la llegada de decenas de mensajes, seguramente de su abuela, y Theresa se le lanzaba encima con ojos llorosos para recitarle el mar de conflictos insignificantes que se presentaban en el lugar con los empleados, con los clientes y con los equipos de trabajo.

Aquella sería una temporada navideña muy difícil para Ethan, que, como todas las demás, atravesaría solo, sin más compañía que la de sus pesados pensamientos.

Capítulo 3.

Jessie salió de su casa la mañana del martes con unas enormes ojeras marcadas en los ojos.

Fue poco lo que había dormido la noche anterior. Las angustias y el peso que ahogaba su corazón no la dejaron en paz. Volvía a la revista sin haber logrado ningún adelanto en los trabajos que se había llevado

a casa, su irritación por saber que su jefe la retaría al encontrarla con las manos vacías aumentaba su mal humor.

Tuvo que soportar toda la noche las llamadas desesperadas de su madre pidiéndole información sobre Marie, exigiéndole además que fuera hasta Maryland, porque necesitaba de consuelo y compañía. Jessie le insistía en que era imposible que viajara en esas fechas, el trabajo se le atrasaba por los problemas y su jefe no la dejaría marchar hasta no ver terminados sus compromisos, pero la mujer no comprendía. Sosegar su dolor era lo único que le importaba y si para eso debía hacer sentir egoísta a su hija, no le importaba.

Su padre también estuvo en comunicación con ella. La felicidad que embargaba al hombre no compaginaba con sus sentimientos o con los de su madre. En Narragansett él estaba viviendo un idilio con su nuevo amor, conociendo una tierra diferente, más acorde con sus verdaderas inclinaciones. Su padre siempre fue un hombre de mar, pero su madre prefería la tierra. Ella era una mujer de estabilidades mientras a él le fascinaban los retos y las aventuras. Jessie no sabía cómo habían podido enamorarse siendo tan dispares y mantener una difícil unión familiar por casi treinta años. En ese tiempo él siempre iba y venía y, aunque su madre sospechaba de amantes, nunca lo expresó para no afectar el sacramento que habían instituido, hasta que no pudo más e hizo erupción de la peor manera.

Ella no podía juzgar a ninguno de los dos. Cada cual tenía sus razones y entre ellos debían solucionar sus problemas, sin incluirla, pretendiendo que actuara como su terapeuta matrimonial.

Su madre esperaba que ella convenciera a su padre de abandonar su actitud equivocada y volviera a casa, respetando los votos que se habían prometido hacía muchos años, y su padre ansiaba hacer partícipe a su hija de la felicidad que vivía como si antes no hubiera ocurrido nada, rogándole porque le pidiera a su madre que no siguiera atormentándolo con mensajes llenos de odio y amenaza. Además, ambos esperaban que ella se comunicara con Marie y la hiciera apartarse del mal camino regresando con los suyos. ¿Acaso alguien le había preguntado cómo estaba su día?

Cada uno atravesaba su infierno, sin importarle el de los demás. El nudo que ella tenía en la garganta se hacía cada vez más grueso, cortándole la respiración.

En varias ocasiones se sentó en la mesa de dibujo para intentar realizar algún boceto de los que le pedían en el trabajo. Para el

número de enero estaban preparando en la revista un especial centrado en el tema ecológico, aprovechando que aquel era el boom de la temporada, teniendo la responsabilidad de diseñar varias infografías referidas a contenidos específicos, como la promoción del ciclismo urbano que varias empresas turísticas llevaban a cabo, el crecimiento del mercado de ropa ecológica y un top de empresas que hacían buen uso de la energía eléctrica.

Desde hacía varios días Jessie había investigado todo lo necesario para realizar aquella labor.

Sintetizó la información, consiguiendo los datos de mayor interés, ahora solo tendría que llevar a cabo su talento como dibujante y elaborar un diseño atractivo que permitiera explicar lo

averiguado de una forma amena. No era la primera vez que hacía tal cosa, pero en ese momento de su vida su cerebro no podía ser creativo. Las preocupaciones la agobiaban, así como el cansancio y la falta de sueño.

Atravesó Brooklyn en Metro estando medio dormida, luego tomó el bus que la acercaría a su sitio de trabajo andando con inercia. Había recorrido tantas veces ese mismo camino que a su cuerpo le fue fácil seguirlo mientras su mente divagaba en tiempos pasados, cuando sus días eran tranquilos y estaban libres de problemas. Un tiempo en que su familia hacía el intento por mantenerse unida a pesar de las diferencias, concediéndole la calma suficiente para que ella llevara adelante su carrera universitaria y sus primeros años de trabajo, hasta que tuvo la posibilidad de independizarse y tratar de llevar una existencia propia. Anhelaba aquellas horas de paz, que habitualmente se vivían en épocas diferentes a la Navidad.

Aquella temporada nunca fue de sus favoritas porque siempre fueron días de mucha presión.

El ajetreo de las fiestas obligaba a su madre a gastar demás y a exigir más de ellos para cumplir con sus «costumbres navideñas», que incluían compras constantes, renovación del hogar, visitas a familiares y amigos y preparación de cenas con invitados variados. Su madre tomaba muy en serio la idea del «acercamiento» en esas fechas, creando mucha tensión en el pequeño grupo familiar.

Eso empujaba a su padre a desaparecer por más tiempo de casa, desconectando todos los medios de comunicación, haciendo enfurecer a su madre, que solía descargar sus frustraciones con sus dos hijas. La

menor se las arreglaba para escapar escondiéndose en la casa de alguna amiga. Jessie, en cambio, se quedaba soportando las verdes y las maduras.

Estaba tan cansada de esa situación que comenzó a sentirse deprimida. Luego de su independencia tuvo muchos amigos y algunos novios, pero siempre prefirió la soledad. Jamás halló a alguien con quien sintiera la necesidad de pasar sus días, por eso, no tenía maneras de huir de las exigencias de su familia. Marie se armó de valor y escapó con su novio, sin importarle nada ni nadie. Ella no podía hacerlo porque perdería su empleo, mataría de una angustia a su madre y de tristeza a su padre. Además, ¿a dónde iría? ¿Con quién?

Estaba demasiado cansada como para ir a otro sitio que no fuera su trabajo.

Brooklyn era su sitio seguro, su barco en medio de la marea. Otro escenario la llenaría de inestabilidades y temores, y no creía que pudiera manejar esa situación en ese momento. No era tan arriesgada, pero le era imposible sentir en lo más profundo de su interior ese pequeño fuego rebelde que trataba de encenderse. Un ardor que en ocasiones le llenaba la cabeza de cosas sin sentido, que ella aplacaba con rutina. Un calor que por instantes le recorría las venas, llevándola a cometer pequeñas imprudencias para descargar tensiones.

Fue eso lo que la motivo en plena madrugada a tomar las hojas en las que no podía realizar sus bocetos y armó con ellas unos gorros puntiagudos. Los pintó de colores sin ningún tipo de orden y les pegó unas grandes orejas de burro que creó con unas cartulinas. Llevaba consigo sus infantiles creaciones como si fueran un obsequio muy valioso que había preparado para un ser querido. Su sonrisa pícara la retomó al bajar del bus, sentándose unos minutos en una banca mientras el resto de los usuarios desaparecía por las blancas calles para llegar a sus trabajos.

Al quedar sola, se levantó escuchando a su corazón palpitar con energía. Desde hacía mucho tiempo no se sentía tan viva, entendiendo que la venganza era una emoción poderosa y más relajante que un fin de semana de spa o una fuerte terapia en un psiquiátrico.

Lanzó una mirada a la cafetería ubicada junto a la parada, viendo que nadie miraba hacia el exterior. Los empleados atendían las mesas y los clientes estaban atentos a sus conversaciones, al diario o a sus teléfonos móviles, así que se acercó a la familia de muñecos de nieve que adornaba

la entrada y le colocó a cada uno un capirote de papel. Luego pegó un mensaje en el cartel que portaba el muñeco más grande, tapando el de «Vive la Navidad de manera sustentable» por otro que rezaba: «La familia es un castigo. Libérate».

Como si fuera una chiquilla que tocaba el timbre de una casa desconocida, corrió muerta de la risa, descubriendo que ahora sus hombros pesaban un par de kilos menos y que el vacío que se engrandecía en su corazón se llenaba con emociones novedosas.

Sin borrarse la sonrisa del rostro se fue a su trabajo, de mejor ánimo para afrontar los regaños de su jefe. Aquel sería un día muy largo y esa actitud renovada la ayudaría a soportarlo.

Capítulo 4.

Ethan dejó el auto a cuatro cuadras de distancia de la cafetería y bajó refunfuñando maldiciones. Cargaba tres bolsas inmensas que contenían vasos descartables, donde servían el café para llevar, así como dos pesados rollos de papel film con el que cubrían los productos que guardaban en el refrigerador. Como todos los días, no consiguió lugar para estacionar más cerca.

Sostuvo con fuerza su carga y camino con la mandíbula tensa. Minutos antes había tenido una discusión con su proveedor de café en granos, ya que por las fechas navideñas suspendían los envíos a su zona. Estaban abarrotados con otras de más rentabilidad. Odiaba a la gente irresponsable, había hecho negocio con aquellas personas pensando que serían comprometidos, pero le habían fallado a los pocos meses de haber cerrado un trato.

Ahora tendría que buscar a otro distribuidor que trabajara con la misma marca, porque ofrecer un cambio en ese momento sería contraproducente, los clientes se estaban familiarizando con su producto. Llamó a Gary para solicitar su opinión, ya que Theresa le había comentado que él había hablado en una ocasión con otros proveedores que acudieron a la cafetería a ofrecer sus servicios, pero su hermano no respondía. Con seguridad había cortado los medios de comunicación con él para que a Ethan no se le ocurriera presionarlo con reclamos que lo obligaran regresar, así que, tendría que tomar él solo una decisión. Sin embargo, por alguna razón se sentía inseguro.

Además, el trabajo en la cafetería se estaba volviendo agotador. Theresa parecía incapaz de resolver ciertos detalles menores a pesar

de que él se afanaba en enseñarle, pero lo más grave, era no llevaba control del material que se utilizaba, presentándose inconvenientes de última hora que lo desquiciaban. Anoche, minutos antes de cerrar, tuvieron que cancelar varios pedidos por haberse agotado los vasos descartables. Entre las funciones que debía llevar a cabo la chica estaba el atender ese tipo de asuntos, pero ella no lo hacía porque Gary se ocupaba de eso. Por ese motivo él tuvo que quedarse hasta tarde realizando un inventario de los productos de mayor uso, para que no volviera a ocurrirle una situación similar, y esa mañana debía dedicarla a entrenar a Theresa, explicándole a la mujer cómo debía realizar su trabajo, pues él no podía estar día y noche pendiente de esos pormenores.

Él sería quien realizaría las compras, pero ella debía encargarse del inventario.

Le parecía insólito que su hermano, en tres años, no hubiera capacitado al personal para esos menesteres. Por ese descuido, ahora él no podía ocuparse de otros asuntos por atender situaciones que le correspondían al encargado que habían contratado.

Su intención de esa mañana había sido entrevistarse con el promotor de una empresa que apoyaba pequeños emprendimientos culinarios, solicitándole un crédito para la adquisición de un par de motos de reparto. Ofrecían ese servicio enviando café, donas, bagels y pasteles a negocios cercanos, con un repartidor que iba a pie o en bicicleta propia, pero ya tenía a varios clientes interesados en un servicio de cáterin más completo, sobre todo para las fiestas de Navidad. Con las motos ampliarían el servicio, llevando sus productos a las zonas donde se hallaban la mayor cantidad de oficinas y tiendas de comercio y brindarían facilidades para pedidos más numerosos.

La gente por una taza de buen café y un aperitivo delicioso pagaban lo que fuera.

Sin embargo, tuvo que suspender esa reunión por hacer lo que su hermano debió realizar en

tres años. Eso lo tenía de muy mal humor.

Para aumentar sus ansiedades, su abuela no paraba de llamarlo. Lo invitaba a pasar las Navidades con ella y con sus tíos en Nueva Jersey, pues una de sus primas había invitado a una amiga soltera que ella consideraba ideal para que tuviera pronto bisnietos, pero él no podía dejar Brooklyn en esa temporada, para eso tendría que cerrar la

cafetería por una semana y aquello no sería buena idea. En Navidad se movían más las ventas, la gente salía más a la calle para hacer compras navideñas y trabajaban más tiempo para cumplir con sus compromisos sin poder preparar nada en casa para comer. Ir a una cafetería por el desayuno o por una merienda era común y él no podía desaprovechar esa oportunidad porque eso lo ayudaría a reunir dinero para pagar deudas y para ampliar su negocio.

Caminó con premura haciendo malabares para no dejar caer algo de su carga, viendo como un par de chicos se acercaban a él a gran velocidad montados encima de patinetas. A pesar de hacerse a un lado, no pudo evitar tropezar con uno de ellos. Una de las bolsas cayó al suelo desparramando su contenido en la acera.

Maldijo por lo bajo y fue en busca de su mercancía. Para poder recogerla tuvo que dejar el resto en el suelo mientras la gente pasaba por su lado quejándose por su imprudencia. Al lograr tenerlo todo de nuevo entre sus brazos, avanzó más enfadado que hacía minutos. Ya recordaba por qué no quería tener hijos. A sus treinta y un años no se sentía preparado para lidiar con mocosos impertinentes.

No estaba listo para ser padre, ni siquiera, por complacer a su abuela. Entendía que la paternidad exigía tiempo y dedicación y él no deseaba consagrarse a esa tarea en ese momento. A su edad, aún no se sentía satisfecho con lo que había logrado. Tenía su propia casa y su auto y era dueño de un negocio rentable, pero quería crecer mucho más, viajar y vivir otras experiencias.

Los hijos ameritaban de una estabilidad que no podía entregar en ese instante, pudo aprender esa lección de su hermano.

Se sintió aliviado al divisar la parada de bus que predecía a su establecimiento. Quedaban pocos metros para llegar y quitarse de encima esa pesada carga. Además, la cafetería ya debía estar abierta y llena de gente, los cafés para llevar a esa hora eran los más solicitados. Si no se apresuraba, seguiría perdiendo ventas.

Apenas cruzó la parada se dirigió sin detenerse a la entrada. Sin embargo, una visión lo paralizó, como si de pronto hubiera chocado contra una pared de concreto. La familia de muñecos de nieve que adornaban la entrada de nuevo había sido agraviada.

Gruñó, furioso, y llamó a los gritos a uno de los empleados que tomaba el pedido de una pareja ubicada en la mesa junto a la entrada. El chico corrió hasta él recibiendo el cargamento que Ethan llevaba

encima, y con el que tuvo que avanzar a ciegas, ya que le impedía mirar con claridad el camino para llevarlo al interior del establecimiento.

Hecho una caldera ardiente por la cólera, Ethan entró dentro de los límites de la decoración para quitar con enfado los infantiles capirotes de burro que tenían puestos los muñecos y arrancar el ofensivo cartel. «La familia es un castigo. Libérate», gruñó de nuevo al leer la nota. Quizás la persona que lo hacía tuviera algo de razón, pero el hecho de atreverse a destrozar su trabajo lo transformaba en un desquiciado con serios problemas mentales.

Se pasó una mano por los cabellos con cansancio mientras evaluaba los muñecos y se aseguraba de que no hubiera otra cosa fuera de lugar. Pronto irían a valorar aquel decorado y no quería que estuviera maltratado. Maldijo al delincuente que cometía aquel crimen mientras salía de allí ante la vista sorprendida, y en algunos burlona, de las personas que pasaban por el lugar.

Hizo una bola con los gorros de papel y repasó con recelo a los transeúntes esperando conseguir al culpable entre ellos. El enfado le había colorado el rostro y puso sus orejas tan calientes como los carbones de una fogata.

Capítulo 5.

El día de trabajo no pudo ser más pesado para Jessie. El hecho de no haber tenido ningún tipo de avance que presentarle a su jefe le trajo más problemas de los que había supuesto. No solo tuvo que soportar una cantaleta larga e incómoda sobre responsabilidad, sino que además, como castigo, su jefe la llenó de más tareas pidiéndole que editara un sinfín de imágenes que utilizarían para varios artículos de la revista.

Se pasó el día peleando con el programa de edición que parecía haber recibido sus malas vibras, ya que en esa ocasión se le ocurrió funcionar con una lentitud aplastante y, como si tuviera vida propia, hacía cosas que ella no le indicaba atrasándole el cumplimiento del trabajo.

Para el final de la tarde, solo habían podido culminar menos de la mitad de las imágenes que estaban a su cargo, recibiendo nuevamente un regaño de su jefe. Por culpa de ese desliz, él tomó una silla y se ubicó a su lado, para revisar las que había logrado culminar con ojo

clínico, como si estuviera realizando una operación a corazón abierto.

Jessie recibió cada crítica como si le estuvieran lanzando ladrillos en la cabeza, su cuerpo estaba curveado en la silla, sus hombros permanecían caídos por el peso de los problemas y la cara la tenía estirada, asumiendo un semblante sombrío y cansado. Al final, el hombre le dejó una serie de recomendaciones para mejorar las imágenes que había terminado. La chica observó con desprecio esa lista, que ocupaba una hoja completa, pero agachó aún más la cabeza con vergüenza cuando su jefe se dirigió a ella recitándole unas últimas advertencias por su falta de compromiso.

Al marcharse, la joven lanzó una ojeada hacia sus compañeros, viendo como ellos evitaban intercambiar miradas con ella por pena. Todos recogían con rapidez sus pertenencias y se marchaban en silencio, como si salieran de un funeral.

Jessie se sintió más deprimida a medida que quedaba sola en aquella sala dividida por cubículos. Algunos de ellos habían sido adornados con detalles navideños, el de ella, estaba lleno de papeles inservibles, tan lúgubre y triste como su corazón.

No le quedó otra opción que hacer un respaldo de todo su trabajo para llevarlo a casa e intentar realizar esa noche un avance en cuanto a las imágenes. Con las infografías, no pudo adelantar absolutamente nada, ni siquiera fue capaz de pensar en algo interesante referido a los temas que le correspondían.

A medida que se dirigía hacia el ascensor, las mujeres de la limpieza terminaban de asear algunos cubículos y apagaban las lámparas. La sala estaba quedando en penumbras, haciendo más tétrico su andar. El material que llevaba en las manos de todos los trabajos que tenía pendiente le pesaba como si fuera una enorme cruz. Por eso, el camino de la oficina a la parada de bus parecía un triste viacrucis, evitando que los cantos navideños que resonaban en el exterior y el reflejo de las luces de colores que brillaban en los negocios y edificios colindantes influyeran en su estado de ánimo, pretendiendo animarla.

Esa noche la recepcionista no la esperó para irse con ella, todos la habían abandonado. Era la última en salir del edificio. Anduvo con los pies arrastras a través de la nieve que esa tarde había caído, sin alzar la mirada del suelo.

Pensó en Marie, su hermana, que ese día había logrado comunicarse con ella a través de un

número de teléfono desconocido informándole que se hallaba bien, pero rogándole que no les diera noticias de su paradero a sus padres, pues quería castigarlos por la embarazosa situación en la que la habían puesto al separarse de forma brusca y poner en venta la casa sin consultar nada con ella, que aún vivía con ellos. Ambos pretendían obligarla a elegir con cuál de los dos quería marcharse, como si fuera una niña. Prefirió responderles con la misma moneda, largándose del lado de ambos a un sitio lejano sin consultarles, dejándolo todo, en busca de su propio camino.

Para aumentar los tormentos de Jessie, Marie le envió por Whatsapp fotos de su nueva estadía en San Diego, California. Las imágenes de la chica en la playa, compartiendo con su novio y con unos amigos de este, eran tan geniales, que le abrió aún más el hoyo que crecía en su interior.

Estaba feliz por la alegría que embargaba a su hermana, sin embargo, eso le recordaba que ella estaba sola, en aquel lugar frío, sirviendo de árbitro en una pelea que no le correspondía.

Llegó a la parada de bus con el desánimo pesándole con más intensidad sobre los hombros y los ojos inundados por lágrimas amargas. No quería vivir esa vida, deseaba desaparecer, difuminarse de esa realidad y materializarse en algún sitio lejano, donde pudiera respirar oxígeno puro que le ayudara a levantar de nuevo sus fortalezas interiores.

Lanzó una mirada a su alrededor tratando de hallar un poco de verde, pero solo lo encontró en las luces artificiales que engalanaban los adornos navideños y en las bufandas que poseían los muñecos de nieve ubicados a su lado.

Los ojos se le entrecerraron mientras detallaba a aquella apestosa familia ficticia. Los muñecos poseían en sus rostros sus típicas sonrisas bondadosas y se mantenían atados entre ellos por una cinta roja que representaba la unión familiar. Se mordió los labios sintiendo un fogonazo de rabia arder en su pecho. Tenía que descargar su ira contra algo, o se calcinaría por completo.

Esperó a que llegara el bus y se llevara a todos las personas que se hallaban en la parada.

Prefirió perderlo para poder quitarse de encima el peso que la agobiaba. Caminar las más de diez cuadras que la separaban de la parada del Metro sería buen ejercicio para recuperar de nuevo la

tranquilidad.

Al quedar sola, dio miradas precavidas a los alrededores. Cuando se aseguró que nadie la veía, entró en el cercado que contenía a los muñecos y los tumbó a todos al suelo cortando la cinta que los unía. Estaba tan llena de furia que quiso destruir a los más grandes, los que representaban al padre y a la madre, pero un grito de advertencia lanzado desde el interior de la cafetería la obligó a desistir de su venganza y correr como alma que lleva el diablo escapando de allí.

No se detuvo hasta que estuvo a tres cuadras de distancia, luego siguió caminando apresurada, pero con una enorme sonrisa dibujada en sus labios. La descarga de adrenalina que experimentó al realizar aquella infantil travesura, alivió el enorme peso que flagelaba sus emociones.

Respiró hondo mientras avanzaba a la estación del Metro disfrutando de la soledad que aquella ciudad sobrepoblada le otorgaba.

Capítulo 6.

Ethan se sentó en una mesa al final del área de la cocina luego de un día extenuante. Los conflictos se habían intensificado, impidiéndole que cumpliera con su cometido. Había decidido pasar el día entrenando a Theresa para descargarse del trabajo en la cafetería y ocuparse de temas de mayor interés, como conseguir un proveedor responsable de café en granos.

Fue imposible centrarse en el adiestramiento porque a cada instante lo llamaban para notificarle de problemas que se presentaban con el envío de productos necesarios para el buen funcionamiento de su negocio. No solo había dificultades para hacerle llegar el café, sino también, la leche y el harina con la preparaban los bocadillos y las galletas que ofrecían. Por ese motivo, él debía salir a buscar los productos o de nuevo tendrían que suspender el servicio. Para ponerle más tierra a la montaña de inconvenientes que ese día se le presentaban, el repartidor tuvo que marcharse a su casa en la tarde por presentar malestares estomacales. Ethan debió asumir su ruta, o perdería a los clientes.

Como guinda final del pastel, el promotor de la empresa que apoyaba a pequeños emprendimientos culinarios lo llamaba exigiéndole pronto una reunión. Antes del cierre del año deseaban preparar las fichas de los negocios que optarían por sus créditos y si él quería formar parte de esa oleada, debía entregarle lo antes posible toda la documentación

requerida. Ethan estaba al borde, no sabía que atender primero. No podía descuidar a los clientes, ni al negocio, pero tampoco, las oportunidades que se le presentaban para seguir creciendo. Toda esa recarga de preocupaciones lo dejó muy exhausto.

Pensó en descansar unos minutos y tomarse un café antes de levantarse y realizar un rápido inventario de productos para asegurarse de que nada faltara. Todos los días era imprescindible realizar aquella tarea cerca del final de la jornada, pero luego de las cinco, Theresa estaba al borde controlando el trabajo de los empleados en las mesas. A partir de esa hora la cafetería estaba a reventar, así que no podía ocupar a la mujer en ese asunto, era necesario que alguien más lo hiciera.

En medio de un suspiro recordó a Gary. Siempre supuso que su hermano era quien se hacía cargo de las tareas más sencillas del negocio, tocándole a él las más pesadas. Ahora se daba cuenta que ambos llevaban una carga equilibraba sobre sus hombros y que era imprescindible la presencia de ambos para que todo marchara bien. Sintió rabia al recordar que el hombre descansaba con placidez en una playa lejana mientras él se hundía en la nieve de problemas que lo azotaba.

Cuando se sintió con fuerzas para levantarse y seguir en lo suyo, escuchó el grito de uno de los empleados. Alguien atacaba la decoración de la entrada.

Salió apresurado intentando disimular su enfado para no alarmar a los clientes, los necesitaba en la cafetería, consumiendo todo lo que pudieran. Llegó a la entrada y miró con desazón el desastre que habían ocasionado. La rabia le hirvió en las venas, amenazando con hacerlo explotar.

Pidió a Theresa, que había ido tras él, su abrigo, mientras repasaba los alrededores buscando a los culpables. «Fue una mujer menuda, que llevaba con un abrigo rojo», le indicó el empleado testigo del hecho. La información lo dejó estupefacto.

Él imaginó que podía tratarse de una pandilla de chicos descarriados, o de un grupo de hombres recién salidos de una cárcel de máxima seguridad, pero que fuera una mujer menuda lo contrariaba.

Al recibir su abrigo corrió en la dirección en que su empleado le indicó, buscando con impaciencia un abrigo rojo que pudiera culpar. La cólera que le inundaba las venas tenía que descargarla con alguien,

era demasiada la frustración que estaba acumulando, necesitaba drenarla de alguna manera.

Por supuesto, no se enzarzaría en una pelea a golpes con la mujer, no era capaz de llegar a ese nivel, pero la llevaría a rastras hasta la estación de policía más cercana. Estaba seguro de que ella era la responsable de los anteriores sucesos ocasionados con su decoración navideña, la que había colocado los carteles y los capirotes de burro.

Corrió un par de cuadras evaluando con enfado a las personas que pasaban por su lado, ninguna llevaba abrigo rojo. Al divisar a alguien con una prenda de ese color, se apresuró por alcanzarla y tomarla con rudeza de un brazo, pero se trató de un hombre joven que enseguida lo golpeó en el pecho con la palma de su mano para empujarlo, creyendo que era un ladrón.

Ethan trastabilló por la agresión y alzó las manos en señal de rendición al darse cuenta que el muchacho no estaba solo, cuatro compañeros más lo acompañaban. Por los morrales que llevaban en el hombro era evidente que venían de estudiar. Los chicos se le enfrentaron, pero él con rapidez explicó la situación asegurando que lo había confundido con una ladrona que había entrado a su negocio.

Los jóvenes quedaron conformes con sus disculpas y siguieron su camino, no sin antes dedicarle miradas llenas de advertencia. Ethan se fijó que no solo ellos lo estaban viendo con desaprobación, otras personas que pasaban por su lado lo observaban como si fuera un loco, incluso, lo esquivaban temiendo que reaccionara de nuevo de forma violenta. Él no pudo evitar sentirse avergonzado.

Respiró hondo y dio media vuelta para regresar a la cafetería. Aquel inconveniente cortó por completo su sed de venganza. La rabia que lo había embargado pronto se transformó en desánimo, se sentía como si hubiera perdido una importante batalla.

Al llegar a la cafetería, entró dentro del cercado de su decoración para repararla. Theresa le había llevado una cinta de tela delgada que utilizaban para embellecer las cestas con bocadillos que enviaban a sus clientes y unas tijeras, de esa manera pudo unirlos de nuevo.

Estaba cansado, muy cansado, pero aquellos agravios lo que hacían era darle más fuerzas para no rendirse y seguir adelante. No estaba dispuesto a que los inconvenientes lo doblegaran y lo empujaran al fracaso.

Con las energías renovadas entró a su establecimiento para culminar

las tareas que tenía pendientes. Ethan Martin no bajaba los brazos ante ninguna adversidad, así le costara lo que le costara.

Capítulo 7.

La mañana del miércoles no fue mejor para Jessie. A pesar de la fuerte descarga de adrenalina que había vivido la noche anterior por la travesura que realizó, su cuerpo seguía sosteniendo pesadas cargas emocionales que la volvían inestable.

Desde que había regresado del trabajo, el agobio que mantenía su madre a través del teléfono era desquiciante. La chica tuvo que apagar el aparato cuando no soportó los incontables mensajes de texto ni las llamadas. El haberle dicho que Marie estaba bien y se había comunicado con ella por un número telefónico público, pensando que con eso podría aliviar la conciencia de la mujer y estar en paz, al menos, hasta después de las fiestas, fue la peor idea que había tenido en la vida.

Su madre quería más. Deseaba que le facilitaran el número telefónico para con eso conocer la ubicación de su hija menor, expresando su intención de contratar a un detective que la ayudara a encontrarla. Jessie se negó, asegurando que Marie lo único que necesitaba era un poco de espacio para asimilar los bruscos cambios, pero aquello no tranquilizaba a la mujer, quien decidió llamar a su exesposo para atormentarlo con culpas por el mal comportamiento de sus dos hijas. Debido a eso, su padre empezó a comunicarse con ella pidiéndole explicaciones y exigiendo la información que quería su exesposa sobre Marie. Tal fue su insistencia que Jessie decidió bloquearse el resto de la noche apagando el teléfono. Necesitaba tener la cabeza despejada para terminar de editar las fotos que le habían encargado y adelantar un poco las infografías.

Sin embargo, la mente la tenía embotada por una maraña de angustias y desesperaciones que le nublaron los sentidos y le impedían pensar con claridad. Para descargar tensiones, tomó las cajas con los adornos navideños que había sacado la semana anterior, antes de que apareciera la repentina decisión de sus padres de separarse, y destruyó cada uno volviéndolos añicos.

Llena de frustración, responsabilizaba a esas fechas, tan sobrecargadas de tensiones y demandas, por haber terminado de quebrar la débil estabilidad que poseía su familia.

La Navidad era un tiempo de muchas pretensiones, donde esperaban mucho de ti, pero no solo de tu bondad y de tu solidaridad, sino también, pedían una renovación total de tu apariencia y de tu entorno, empujándote a cambiar lo quisieras o no, a desechar algo y adquirir cosas nuevas.

Era además un tiempo de competencia, una carrera furiosa hacia un final utópico. Acaba el año y se debían cerrar las finanzas, así como los proyectos, para trazar nuevas metas adelantando algo de ellas para «descansar» al inicio de la nueva temporada. Te martilleaban tanto esas ideas en la cabeza que las terminabas asumiendo solo por inercia, «porque así debía ser», sin fijarte en lo que perdías en el camino, o cómo lo estabas dejando.

Jessie odiaba la Navidad. Creía que si no hubiera sido por ella, sus padres igual se habrían separado, pero en otros términos, sin tanto dramatismo. Ella podría estar tranquila y lograría cumplir con su trabajo como siempre lo había hecho, pero ahora lo estaba perdiendo todo, por eso, se desquitó con aquellos adornos.

Luego de esa descarga, logró algunos avances en cuanto a las fotografías, aunque no con la calidad que siempre había impreso a su trabajo. De las infografías nada. Se quedó dormida sobre los papeles después de haber pasado la mitad de la madrugada pegada al computador.

Despertó gracias a la alarma de su teléfono, aunque el dolor de cabeza por la falta de sueño y

la sobrecarga emocional le impedía desenvolverse con rapidez para ir a su trabajo. Salió de casa con varios minutos de retraso, vistiéndose en esa ocasión con un abrigo negro, que compaginaba más con lo que sentía su corazón, y llevando consigo las cajas con los adornos destruidos para lanzarlas a la basura.

Al encender su teléfono le llegaron varios mensajes de sus padres, donde la acusaban de egoísta, arrogante, indolente y hasta de «mala persona». Aquello fue el colmo.

No llevó las cajas con la basura hasta los contenedores que estaban cerca de su casa, sino que atravesó Brooklyn con ellas en mano y con una sonrisa perversa en los labios. Tenía muchas ganas de vengarse de la Navidad.

Ninguno de sus padres quería asumir su responsabilidad, no aceptaban sus culpas ni sus obligaciones. Habían tomado malas decisiones desde

que ella tenía uso de razón, pero dejaban en otros el trabajo de resolver sus diferencias. No sabían ser felices, sino que se pasaban la vida buscando quien les regalara la felicidad. No sabían cerrar un capítulo en sus vidas, lo que hacían era cortarlo de raíz sin dejar ninguna posibilidad de salvar algo, destruyendo además, las consecuencias que aquello les había traído.

A ellos no les interesaban sus hijas, la salud mental de ellas o la forma en que atravesaban los cambios. Lo único que les importaba era su tranquilidad, no tener problemas que atormentaran su sueño, y si alguno se atrevía a molestarlos, buscaban a alguien que se hiciera cargo, porque ellos no tenían tiempo para eso, estaban muy ocupados esperando que otros los hicieran felices.

Jessie no podía esperar. Tenía que descargarse para luego ocuparse de sus propios asuntos. Le estaba yendo muy mal en el trabajo y, para ser independiente, necesitaba que aquello marchara con buen pie. Por eso debía deshacerse de cada uno de sus inconvenientes y el número uno, era la Navidad. Esa época se estaba volviendo demasiado ácida para su gusto.

Al llegar a la parada de bus que se hallaba cerca de su trabajo, lanzó miradas precavidas a los alrededores esperando la mejor ocasión para invadir de nuevo la decoración de la cafetería.

Aquel ornato se había transformado en la materialización de su peor enemigo: la Navidad.

De una patada tumbó una parte del cercado de cartón y descargó las cajas con la basura que había llevado consigo encima de los muñecos de nieve. Colocó la mayor parte sobre los muñecos más grandes, los que representaban a sus padres, tapando sus cabezas con las cajas, y luego se marchó a las carreras, sintiendo un poco de paz por la nueva picardía cometida.

Corrió hasta su trabajo con el alivio palpitando en su pecho, dispuesta a enfrentar otro difícil día.

Capítulo 8.

Ethan se llegó a la isla que separaba la sala de la cocina de su casa y se sentó en una banqueta.

Le dio una última revisada al menú navideño que había preparado

toda la noche, consultando con varios amigos chef. Finalmente los proveedores lo obligaron a buscar él mismo la mercancía que necesitaba, pero con otros fabricantes. Por los días navideños se presentaron infinidad de problemas de distribución que exigían un mayor costo para los envíos.

El cambio lo quería resaltar con una renovación del menú para que no afectara el gusto de los clientes y realizar una especie de relanzamiento de su cafetería esas navidades, arriesgándose a perder los que se habían familiarizado con sus productos, pero el tema no resultaba tan sencillo como lo mentaban.

Primero, porque debía organizarse. Ahora tenía que asumir más responsabilidades y si no planificaba bien los horarios no se daría abasto. Ese día tendría que reunirse con el encargado de la cocina para discutir las modificaciones del menú; debía ajustar la información, tanto en el café como en la página web; revisar el inventario para incorporar los nuevos productos y entrenar a Theresa. Si la mujer quería seguir asumiendo su rol de «encargada», debía aprender a resolver los problemas que la cafetería sufría a diario. En caso contrario, él debía bajarla a empleada común y buscar a alguien competente para el puesto. Una decisión difícil, que terminaría dejándolo como el malo de la partida.

Por otro lado, recibía constantes llamadas de algunos clientes que eran dueños o encargados de empresas cercanas, rogándole por el servicio de cáterin para el día de sus fiestas. Confiaban en su trabajo y en esa temporada era difícil hallar a alguien responsable y comprometido. Él no quería fallarles, sin embargo, sabía que si aceptaba el reto se ataría aún más la soga al cuello.

Debía ocuparse de muchas cosas dentro de la cafetería para que todos los proyectos funcionaran con eficiencia, pero no podía quedarse mucho tiempo dentro del negocio, atendiendo tareas que le correspondían a otro, menos ahora, por ser quien buscaba los insumos y apoyaba con las entregas de pedidos.

Su rol estaba en la calle, pendiente de asuntos varios, y con seguridad Gary, su hermano, no iba a asumir al cien por ciento su responsabilidad cuando regresara. Si lograba rescatar su matrimonio y la comunicación en su familia debía ponerse horarios para que no se repitiera la misma situación. Por tanto, si Theresa ese día no funcionaba como el momento lo requería, debía buscar pronto a otra persona.

Al terminar la revisión del menú tomó su abrigo y se marchó de casa. Por el camino se comunicó con el repartidor para saber de su estado de salud. Se irritó al enterarse que el chico se encontraba en un hospital, internado por gastroenteritis. No solo tendría que suplirlo de nuevo ese día haciendo las entregas a domicilio, sino seguramente, por el resto de la semana, o quizás, por lo que quedaba de mes.

Aquello aumentaba sus angustias, si no le daba solución a cada problema, terminaría por enloquecer.

Mientras llegaba a la zona donde estaba ubicada la cafetería recibió la llamada del promotor de la empresa que ofrecía los créditos. De esa tarde no podía pasar que se vieran para la entrega

de los recaudos de la solicitud, o perdería la oportunidad hasta mediados del próximo año.

Con los nervios tensos en su espalda, Ethan estacionó el auto a cinco cuadras de distancia del negocio. Tendría que suspender los envíos de pedidos de esa tarde para poder asistir a la reunión.

Jamás se perdonaría fallar en esa meta. Si no lograba ese crédito, se estancaría y terminaría perdiendo la cabeza por culpa de los inconvenientes.

Caminó por las frías calles pensando en su mala suerte. Esa semana le estaba resultando demasiado conflictiva, pero estaba dispuesto a no rendirse. De alguna manera superaría cada uno de los obstáculos que le imponían.

Al sonar su teléfono móvil, lo revisó rogando que fuera Gary. Necesitaba con urgencia a su hermano, si él aparecía en ese momento sería muy feliz, aunque eso supusiera aumentar sus problemas familiares.

La frustración le cayó como un yunque sobre los hombros al descubrir que quien lo llamaba era su abuela. En medio de un resoplido guardó el teléfono ignorando la llamada, no podía responderle ahora. Ella con seguridad le rogaría con lágrimas bajando por sus mejillas que le asegurara que iría por Navidad a Nueva Jersey, para reunirse con ella y conocer a la esposa que le había conseguido y que estaba dispuesta a darle, al menos, diez bisnietos; él no podía enfrentarse a esa situación.

Avanzó con más premura hacia su negocio, deseaba sumergirse cuanto antes en el caos de su trabajo para olvidar sus tontos problemas, pero una visión lo dejó estático y enrojeció su rostro y orejas como si fuera

un volcán a punto de hacer erupción.

Su adorada decoración navideña, aquella que participaba en un concurso local y por la que había gastado una buena cantidad de dinero, había sido nuevamente ultrajada.

Parte del cercado estaba derribado y desperdigaron en su interior un montón de basura navideña. Las cabezas de los muñecos de nieve habían sido cubiertas con cajas y a sus pies se hallaban trozos de bolas doradas, pedazos de guirnaldas y figuritas diversas. También podían verse candelabros destrozados, velas partidas y hasta cadenas de luces cortadas en mendrugos.

Ethan se mantuvo en shock por casi un minuto, hasta que logró reaccionar mirando con enfado a todo el que pasaba por su lado, en busca de una mujer menuda con abrigo rojo.

Como si fuera un toro embravecido, entró a la cafetería y discutió por un buen rato con Theresa y con los empleados que a esa hora ya estaban en sus puestos. Le parecía inconcebible que ninguno hubiera visto algo.

Con furia salió y comenzó a limpiar la decoración, quitando hasta la más pequeña basura.

Durante ese tiempo odió su vida y a la gente que lo rodeaba, sobre todo, a aquellas que se atrevían a destrozar los esfuerzos de los demás, no una, sino varias veces.

Se cansó de ser siempre el que perdía, decidió mantenerse más atento a las cosas que ocurrían a su alrededor. Vigilaría aquella decoración día y noche hasta atrapar al agresor, o la agresora, impidiendo que volviera a salirse con la suya.

Sospechó de los dueños de los negocios cercanos, quienes también habían invertido en decoraciones para competir en el concurso. Tal vez, le habían pagado a alguna delincuente para que fastidiara al resto de sus contrincantes, pero él no se las pondría fácil.

Montaría guardia ese día como fuera y al día siguiente trataría de llegar más temprano así tuviera que sacrificar horas de descanso. No permitiría que volvieran a destruir su obra.

Capítulo 9.

En la noche del miércoles cayó nieve. El frío que abrigaba las calles obligaba a los transeúntes a buscar abrigo, las aceras se volvieron una locura con gente yendo de un lado a otro, apresuradas por llegar a sus casas. Las puertas de algunos establecimientos se abrían y cerraban a cada segundo por aquellos que deseaban comprar artículos de último minuto, la cafetería Martin's era una de ellas, pero eso no parecía alegrar a Ethan.

Como si fuera un criminal se mantenía escondido tras un árbol. Intentaba justificar su permanencia en ese lugar simulando esperar a alguien, y en realidad lo hacía, se hallaba a la espera de la agresora de su decoración. Aunque el frío le calaba los huesos, se mantenía firme, sabiendo que de un momento a otro, ella llegaría.

Había pasado todo el día trabajando como un poseso. No se detuvo ni un instante controlando cada aspecto de la cafetería al tiempo que entrenaba a Theresa. Conversó con el cocinero mientras realizaban el inventario, interrumpiendo la discusión para efectuar algunas entregas que se presentaron durante la mañana. En la tarde, contrató a un muchacho, amigo de Theresa, para hacer los repartos mientras él acudía a la reunión con el promotor. Entregó en tiempo record los requerimientos para solicitar el crédito, asegurándose esa oportunidad para inicios del próximo año. Luego regresó para seguir atendiendo sus responsabilidades, estableciendo un acuerdo razonable con el cocinero, quien le dio unos aportes interesantes.

Ahora se hallaba en ese sitio, como lo había planificado. Ese día no había incumplido con ninguna de sus tareas propuestas. No podía negar que la rabia por el ataque a su decoración navideña había encendido una llama en su interior que lo ayudó a pensar en sus problemas con estrategia, pudiendo resolver cada uno para al final contar con el tiempo suficiente que le permitiera estar en ese lugar, a punto de atrapar a la criminal.

Una sonrisa se le dibujó en el rostro, de satisfacción y alivio. El frío no era capaz de cortar la calma que inundaba su alma, mucho menos, el incendio de determinación que se producía en su interior.

Jessie se acercaba a la parada de bus sin la premura que la había invadido días antes, apretujada en su abrigo negro. Aunque había llegado tarde a su trabajo, pudo activarse rápido al ritmo del día. Su jefe no había notado su retraso por estar en una reunión, lo que le dio el tiempo suficiente para hacerle un repaso a las fotos ajustando algunos detalles y enseguida comenzó a trabajar sobre el bosquejo de las infografías que debía entregar.

Para el tema de la promoción del ciclismo urbano realizó el esquema de un juego de mesa serpenteante donde cada casilla representaba un sitio turístico de la ciudad, o una de las empresas involucradas con el proyecto, y para el top de empresas que hacían buen uso de la energía eléctrica dibujó la montaña Everest, colocando banderas en el camino a la cima que identificaban a la compañía que había alcanzado alguno de los logros propuestos.

Aún le faltaba trabajar en la infografía que mostraría el crecimiento del mercado de ropa ecológica, pero con esas ideas, su jefe había quedado satisfecho.

A pesar de recitarle un montón de sugerencias y de advertirle que se ocupara de culminar ese trabajo antes del fin de semana, ella sintió alivio. Se había quitado un peso muy grande de encima,

uno que le permitía caminar con la espalda erguida.

Y todo eso había sido posible gracias a que pudo obtener algo de paz con sus absurdas niñadas, atacando la familia de muñecos de nieve que se hallaban de camino a su trabajo. Con esas travesuras pudo descargar tensiones y desechar energías negativas. Por eso, para asegurarse que estaría relajada esa noche pudiendo trabajar en un adelanto de la última infografía que tenía pendiente, llevó consigo dos rollos de papel higiénico que había tomado de su trabajo y con los que pensaba cubrir a los muñecos como si fueran momias.

Al llegar a la parada de bus, por culpa de la suave nevada, descubrió que aquel lugar era un caos. Demasiadas personas se hallaban en los alrededores, buscando algún medio para huir a sus hogares antes de que la temperatura bajase un poco más.

Respiró hondo sabiendo que por esa noche su osadía estaría interrumpida. Tendría que esperar mucho tiempo para que estuviera menos concurrido, pero no estaba segura que la aventura valiera la pena si luego terminaría congelada al lado de aquella familia detestable. Daba la impresión de que el clima empeoraría con el paso de los minutos.

Se detuvo algo alejada de la decoración y cerca de un árbol, mirando con frustración los alrededores. Apretó el bolso a su costado, donde tenía ocultos los dos rollos de papel higiénico, sabiendo que por esa noche la misión debía ser abortada.

Al girar su atención al lado contrario de la decoración vio a un hombre recostado del árbol.

Sus ojos fueron atrapados por la mirada intensa y clara de aquel sujeto, que con una fijeza inquieta la observaba, clavando en ella sus pupilas verdes agua. Se estremeció, y no de frío, porque esa mirada parecía que le había lanzado un rayo de fuego que calentó su cabeza y llevó sus llamas por su columna vertebral, hasta producirle un estallido en su vientre. Jessie quedó de piedra, algo asustada por el efecto que aquel hombre había causado en ella.

—Hola —se obligó a decir Ethan, viendo como la mujer se mostraba tímida ante su evaluación. Debía verse como un loco trastornado que se hallaba de cacería.

Se aclaró la garganta y empujó una sonrisa en su rostro para mostrarse agradable. No quería que aquella chica de rostro delicado y ojos achocolatados pensara que él era un delincuente.

—Espero a un amigo, pero creo que me dejaron embarcado —justificó, para aligerar la mala impresión que de seguro había generado en ella.

Jessie se esforzó por desprenderse de la fuerza atrayente de aquella mirada. Debía parecer una niña estúpida que por primera vez veía a un hombre atractivo. Pestañeó varias veces para cortar el hechizo y repasó la calle, pero su atención inevitablemente se iba hacia él.

La capucha de su abrigo y la gruesa bufanda lo cubrían por completo, pero dejaba a la vista un rostro varonil, de líneas duras y barba recortada, con unos labios anchos demasiado provocativos que se curveaban en una sonrisa pícara que le hacía aletear el corazón.

—Tal vez fue atropellado por uno de los renos de santa —bromeó ella y sonrió arrepintiéndose enseguida por lo tonta que había sido al realizar un comentario tan mediocre e infantil. Perdió la sonrisa al darse cuenta de su error, aunque la de él aumentó y la intensidad de su mirada se transformó en una curiosa, en vez de acusadora—. Lo siento… me refería a… que debió quedar atascado… por… —balbuceó con inseguridad.

Ethan no podía apartar su atención de esa bella joven. Se notaba tan tierna y vulnerable que no pudo evitar que en su interior crepitara un fuego poderoso, anhelando ver más de ella. Su parka de capucha peluda y las bufandas en su cuello le permitían ver únicamente su cara de líneas suaves y nariz respingada, pero lo que más llamaba su atención eran sus labios carnosos, que se mantenían entreabiertos mientas ella lo observaba, como invitándolo a probarlos.

Las ganas por hacerlo fueron capaces de reducir el frío que sentía.

—Sí. Esta temporada ha sido algo… difícil —respondió, tratando de utilizar palabras adecuadas. Se sintió satisfecho al verla sonreír de nuevo, le encantaba esa sonrisa. Era algo tímida, aunque reflejaba una fuerza arrolladora capaz de tumbarlo en el suelo.

Mantuvieron sus miradas por unos segundos hasta la llegada del bus. Jessie dudó, sabía que era momento de la retirada, pero se sentía tan bien, ahogada en esos ojos verdes, que le costó parpadear de nuevo y desviar su atención.

—Me voy. Adiós —le dijo, aumentando la sonrisa.

Ethan, en cambio, se puso serio. El efecto que le había producido ese rostro angelical no podía tomárselo a broma.

—Adiós —fue lo único que pudo responder. Siguiendo con atención cada movimiento de la chica mientras corría al bus y subía a él—. Mírame… mírame de nuevo —susurró con su interés fijo en ella. Para su satisfacción, la chica giró el rostro, justo en el instante en que el bus se ponía en marcha.

Se la llevaba consigo, robándole un par de suspiros.

Capítulo 10.

La mañana del jueves amaneció fría, pero los rayos del sol se las arreglaban para colarse entre las apretadas nubes y calentar la nieve que cubría cada rincón de la ciudad.

Ethan había llegado más temprano que de costumbre a la cafetería, aquel nuevo horario no solo le permitió culminar con el inventario de ese día, teniendo ya preparada una lista de los insumos faltantes, sino que había entrenado al nuevo chico de los repartos para que se encargara de la mayor parte de las rutas y a Theresa, que cada día hacía mejor su labor.

Solo tenía que supervisar que las actividades marcharan sin inconvenientes, esperando que tanto trabajo comenzara a dar sus frutos. Así que, mientras abría su negocio y comenzaban a atender a los clientes, se puso a limpiar un poco la nieve de la entrada encontrándose con la familia de muñecos de nieve en perfecto estado.

Sonrió satisfecho, su creación seguía en pie a pesar de las dificultades. Anoche se había quedado un buen rato esperando a la agresora, pero

esta nunca llegó. Sin embargo, la tarea de vigilar no le había dejado una pérdida de tiempo. Gracias a ese trabajo pudo toparse con aquel hermoso ángel de carita dulce y ojos de avellana, tan brillantes y profundos que le provocó estar siempre hundido en ellos.

Esa mañana había ido a primera hora a la cafetería diciéndose a sí mismo que cuidaría a su decoración, esperando atrapar a la delincuente que pretendía destrozarla, pero en realidad, lo que anhelaba era encontrarse de nuevo con ella, con su mirada cálida y su sonrisa mágica.

En ocasiones repasaba los alrededores buscándola en los rostros desconocidos, sin poder hallarla. Así que no le quedaba de otra que continuar con su labor. Pasó al área de los muñecos de nieve y la limpió un poco, notando que se veía muy blanca. Le faltaba color. Deseaba darle una tonalidad más viva que los hiciera tan atrayentes como los ojos de aquella misteriosa dama.

De pronto, se le ocurrió una ingeniosa idea y entró apresurado a la cafetería para hurgar entre las bolsas de basura apiladas en la parte trasera. Con la recarga de trabajo que había tenido el día anterior se le olvidó sacarla. Pronto encontró la que poseía los desechos que lanzaron sobre su decoración.

La llevó consigo y se puso en la tarea de colocarla de forma ordenada a los pies de los muñecos como si fuera una alfombra con forma de corazón. El chico de los repartos y uno de los auxiliares de cocina decidieron colaborar con la tarea al verlo tan animado, y con la ayuda de dos empleadas, realizó flores con servilletas coloreando algunas con tonos navideños.

Terminó de engalanar la decoración sonriendo satisfecho, hasta los empleados estuvieron emocionados por haber participado en aquel proyecto. El hecho de que Ethan les hubiera regalado la oportunidad de ayudar con ese trabajo rompía barreras volviendo el equipo más unido.

Mientras ellos comenzaban su rutina, él continuó afuera, simulando quitar más nieve de la entrada. Solo quería verla para que aquella mañana fuera perfecta.

Jessie decidió caminar las cuadras que separaban a la estación del Metro de su trabajo. El ejercicio la ayudaría a poner en orden su cabeza. El frío que invadía a la ciudad era soportable gracias al calor que le aportaba sus pensamientos, que desde la noche anterior estaban

fijos en el recuerdo de unos ojos verde agua que encendieron en un interior una llama.

La sensación de esa nueva emoción apaciguaba la tristeza que sentía por su situación familiar.

Otra vez sus padres la habían agobiado con mensajes y llamadas para hacerle exigencias, y en esa ocasión, con un trato más duro y hasta ofensivo. Pero esa vez ella decidió no quedarse callada, haciéndoles llegar sus quejas y regaños de una forma firme, aunque respetuosa. Necesitaba que escucharan todo lo que tenía para decirles y si no lo hacía de esa manera, ellos podrían cortar la comunicación al sentirse atacados robándole su oportunidad. Había tanto para reclamarles, tantas horas perdidas en peleas, en mentiras, en falta de atención y comunicación, que le era imperioso ser escuchada. Porque estaba segura que nunca más se repetiría aquel fuego que le escocía las entrañas.

Luego de eso, siguió con su hermana, quien continuaba enviándole bellas imágenes de su indómito disfrute en California. Adoraba a la chica y estaba feliz de que hiciera cosas increíbles, pero ella sabía que aquel viaje solo lo hacía como medio de venganza, impidiéndole disfrutar plenamente de la experiencia y consiguiendo en él herramientas que la ayudaran a ser más libre e independiente. Conversó con la joven sobre su futuro, descargando ambas, con llanto incluido, las penas que tenían atoradas en el pecho.

Ninguno volvió a molestarla el resto de la noche, ni esa mañana. Eso le dio oportunidad de adelantar suficiente trabajo de las infografías, apoyada además, por el recuerdo de la mirada magnética del hombre que había conocido en la parada de bus. No pudo sacarse de la mente la intensidad de sus ojos claros y decididos, que la conquistaron por completo. Su fuerte atractivo despertó en ella la creatividad y la secuestraba en ocasiones, dejándola embobada viendo la nada y suspirando por su recuerdo sabiendo que tardaría mucho en arrancárselo de la memoria.

Aunque la noche anterior había podido dormir más horas, igual se sentía cansada. Su situación familiar requería más atención, porque el vacío que sentía en el cuerpo luego de las conversaciones que había tenido con sus padres y hermana, no podía ser llenado con alivio hasta no saber si todo aquello había servido de algo, o alejó aún más a su familia de su lado.

Por eso había decidido caminar esa mañana, para despejarse y asumir

el día de trabajo con mejor ánimo, o seguiría fallando.

Al llegar a la parada de bus, por inercia, lanzó una mirada hacia los muñecos de nieve que adornaban la calzada. Quedó paralizada al verlos renovados y llenos de colorido gracias a la basura que la mañana anterior ella había tirado encima de ellos.

El nudo que se le ató en la garganta fue tan grande que casi perdió la respiración.

—Se ven mucho mejor, ¿cierto?

La vibración de esa voz ronca e íntima le produjo un estremecimiento. Los ojos de Jessie se abrieron en su máxima expresión y se llenaron de emoción mientras se giraba para encarar al hombre que se había detenido a su lado.

Su cuerpo se desinfló, conmovido, al recibir el magnetismo de sus ojos verdes y las promesas de su sonrisa torcida. Por un instante se sintió volar entre nubes de nieve.

—Eh… sí… —fue lo único que pudo decir en medio de una risa nerviosa.

Para Ethan era más que suficiente, se sentía saciado con solo conquistar la mirada achocolatada de aquella dulce mujer. Se pasaría la vida entera arropado por aquellos ojos tiernos, que lo observaban con la misma adoración que a él le palpitaba en el pecho.

—Pensé que no te vería de nuevo. ¿Vives cerca?

—No… trabajo cerca —confesó ella, notando que él llevaba una pala para quitar nieve.

—Tú, ¿vives por aquí?

Ethan aumentó la sonrisa, provocándole a la chica un suspiro de anhelo.

—Este es mi negocio —reveló, señalando la cafetería que se encontraba tras ellos.

Jessie amplió aún más las cuencas de sus ojos. Un ramalazo de vergüenza le atizó las entrañas.

—Eres el… dueño… —balbuceó, sin poder apartar los ojos de él.

—Sí, soy Ethan Martin —se presentó, estrechando una mano hacia ella. Jessie la vio impactada un instante, antes de enlazar su mano con la de él.

El calor sofocante que los envolvió con ese contacto enardeció aún más las miradas de ambos, creando una burbuja a su alrededor, enlazándolos con un hilo invisible de mucha resistencia.

—Y yo… Jessie… Jessie Lilley —dijo con dificultad, afectada por la fuerte atracción que él le producía—. Tengo que irme —aseguró, obligándose a soltar su mano.

Aunque le encantaba su toque, necesitaba alejarse para poner en orden sus emociones.

—¿Te veré de nuevo? —preguntó Ethan, temiendo perderla.

Ella sonrió con nerviosismo.

—Siempre vengo a esta parada para tomar el bus.

Él observó por un momento la parada ubicada junto a su negocio, esperanzado, y recordó que la noche anterior la había hallado allí.

—Entonces, ¿vendrás esta noche?

Jessie asintió, alejándose un par de pasos y sonriendo como una tonta. Cuando tuvo la fortaleza necesaria, le dio la espalda y se marchó. Ethan no podía apartar su atención de ella, sintiendo una inquietud crecer en su interior a medida que la chica se separaba más de él.

—Mírame… por favor, mírame de nuevo —susurró, con su corazón palpitando lleno de energía. Cuando ella giró el rostro y enlazó otra vez sus ojos con los de él, Ethan sonrió complacido—. Te veré de nuevo —masculló para sí mismo, sintiéndose conforme, pues sabía que tendría una oportunidad para conquistarla.

Capítulo 11.

Aquel día había sido raro, diferente. A medida que pasaban las horas, Jessie experimentaba un frío recorrerle la sangre y le hacía bullir la ansiedad.

Estaba feliz. No solo porque su jefe la había felicitado por los buenos avances que estaba realizando referente a las infografías, sino por el

rostro sonrojado y sonreído que había mantenido durante todo el día.

Sus compañeros también comenzaron a notarse de nuevo cercanos. Bromeaban con ella, le realizaban consultas y celebraban a su lado los pequeños triunfos del día. Todo comenzaba a tomar su cauce, aunque todavía sentía una filosa espada de hierro clavada en su pecho. Hasta que no resolviera los inconvenientes con su familia no podría estar del todo tranquila.

Sin embargo, por ese día se permitió soñar. Unos penetrantes ojos verdes acaparaban sus pensamientos impidiéndole recordar los problemas. Era imposible que dejara de pensar en Ethan Martin, en su sonrisa torcida, en esa mirada que parecía querer meterse dentro de su alma y escarbar todos sus secretos.

Había algo que le incomodaba y no sabía cómo actuar respecto a eso: ella había estado toda esa semana fastidiando la decoración del restaurante de ese hombre, como si fuera una chiquilla malcriada y descarriada. ¿Cómo reaccionaría él cuando se enterara de su imprudencia?

Quizás, se molestaría, pero no deseaba mortificarse por eso. Disfrutaría el momento, de la ansiada paz que tanto había anhelado.

Al terminar su hora de trabajo se fue apresurada a la parada de bus para verlo. El corazón le latía con fuerza en el pecho y un sin número de mariposas le revoloteaba en el estómago haciéndola sentir algo mareada.

Por su parte, Ethan habia tenido un día productivo. Logró cerrar buenos contratos con los nuevos proveedores, teniendo la suerte de entrar en las rutas de distribución de dos de ellos. Eso significaría menos trabajo de qué encargarse. Además, el nuevo menú que había establecido con el cocinero estaba siendo bien aceptado por los clientes. Los cupcakes y el red velvet cheesecake tenían posibilidades de volverse una tendencia en la ciudad, un hecho que lo beneficiaría enormemente.

Theresa empezaba a desenvolverse con soltura, pudiendo darle a él momentos de tranquilidad para esconderse en la trastienda con la excusa de ordenar los estantes donde guardaban la mercancía. En realidad, lo que buscaba era reposo y soledad para pensar en ella, en ese rostro angelical que le estaba robando mucho tiempo y en esa mirada achocolatada en la que deseaba hundirse.

Aquella mujer generaba un efecto tan fuerte en él que lo tenía

impactado. Ethan nunca había sentido algo similar. Fue tanta su influencia, que esa tarde él no se molestó por las llamadas de su abuela y su insistencia de que se ocupara cuanto antes en transformarse en un semental. Con dulzura le aseguró a la anciana que pronto iría a verla y le daría un gran abrazo, quizás, no para Navidad, pero, tal vez, para fin de año. El tono conciliatorio y la forma noble que utilizó para darle la información a la mujer bastaron para calmar sus ansiedades, logrando que su abuela abandonara por el resto de la tarde su obstinado empeño.

A medida que acababa el día, él se sentía más nervioso. Tenía muchos años que no experimentaba aquellos sentimientos, hasta pensó, que nunca más volvería a tenerlos consigo, pues creyó que los hombres adultos no se entusiasmaban por una mujer como lo hacían los adolescentes.

No fue capaz de esperar la hora en que habitualmente cerraban las empresas y oficinas de los alrededores y salió unos minutos antes a la parada de bus envuelto en su grueso abrigo. Se sentó en la banca sin importarle el frío, viendo pasar a la gente que se apresuraba por ir y venir.

La sensación de esperanza y anhelo que inundaba su corazón se mezclaba con la curiosidad.

¿Ella iría al encuentro? ¿Le regalaría de nuevo un bello instante de su mirada o el sonido melodioso de su risa?

—Hola.

Ethan se sobresaltó al escuchar su saludo. Se levantó con los ojos tan abiertos como platos, asombrado por la prontitud en que se hicieron realidad sus sueños.

Allí estaba ella, observándolo con sus ojos tiernos y conmovedores, obsequiándole es sonrisa que tanto lo había trastornado ese día.

—Hola —saludó, expulsando el aire que había reprimido. Su belleza lo había dejado sin respiración un instante.

—Pensé que no estarías aquí. Hace mucho frío.

—Sí —dijo él frotándose las manos por encima de los guantes—. Pero jamás fallaría.

¿Quieres un café? —ofreció, acercando a ella su rostro.

Jessie estuvo a punto de desfallecer al tenerlo tan cerca. Sus ojos verdes se empuñaron en su alma estremeciéndola por completo. Sintió su aliento cálido cerca de su rostro y eso la erizó de pies a cabeza.

—Eh… sí —aceptó, haciendo que la felicidad se tallara en el rostro del hombre.

Él la guio hasta la cafetería. Ella, al pasar junto a los muñecos de nieve, perdió la sonrisa, reconociendo que la basura que se hallaba a los pies de la decoración, adornándola con forma de corazón, era la de ella. Ethan notó su cambio y no pudo evitar preguntarle:

—¿Ocurre algo?

Jessie se mordió los labios y se obligó a apartar su atención de la decoración para posarla de nuevo en él.

—Son hermosos.

Ethan sonrió con orgullo.

—Participo en un concurso sobre la Navidad sustentable propuesto por la alcandía.

Las facciones del rostro de la chica se arrugaron por la culpabilidad.

—¿Un concurso?

Él asintió.

—Pague mucho dinero por ellos, pero hace poco me di cuenta que no estaban completos.

—¿Ah, no? —preguntó devastada. Sintió aún más vergüenza por su actitud infantil e imprudente.

—Gracias a unos ataques que sufrieron, pude notar los detalles de color que le faltaban. Era necesario darles un toque propio, que tuvieran algo de los empleados para que pudieran representar el espíritu del negocio. Ahora relucen con mayor intensidad. ¿No te parece?

—Sí —expresó agobiada.

—Pero dejemos de hablar de asuntos sin importancia. Hace mucho frío. Vamos adentro, quiero conocerte.

La mirada penetrante que él le dedicó, a ella le provocó una colisión de emociones en su interior tan fuerte, que fue capaz de olvidar sus remordimientos. Por un instante la invadieron unas ganas terribles por tocarle el rostro y los labios y probar el sabor de su boca, para saber si sería tan embriagante y adictiva como su mirada.

Con una sonrisa aceptó la invitación, sin imaginar el sentimiento triunfal que a Ethan lo había dominado por ese gesto. Tenerla allí, dentro de su terreno, lo hacía sentirse un ganador.

Capítulo 12.

Ethan dedicó todo el tiempo que Jessie le había regalado atendiéndola como si ella fuera una persona de gran importancia. La hizo probar un poco de cada uno de los aperitivos del nuevo menú, buscando su opinión, y hablaron de la cambiante Nueva York, de sus trabajos y de sus proyectos y aspiraciones que las horas parecieron mariposas amarillas revoloteando dentro del recinto rodeándolos con su magia.

Cuando la asistencia de clientes comenzó a menguar y los empleados empezaron a limpiar la cafetería, él la llevó a la trastienda, donde había una mesa en la que almorzaba el personal.

Ninguno de los dos quería irse aún, no deseaban que terminara aquel momento tan lleno de emociones.

De su oficina, Ethan sacó una botella de vino espumoso que había guardado para celebrar algún momento especial y esa ocasión era idónea para hacer uso de él. Entre copas y más charlas, Jessie terminó abriéndole su alma. Tenía los problemas tan atascados en el pecho que impedían que su corazón latiera como era debido, produciéndole un dolor constante que la amargaba y restaba sus fortalezas. Quería expulsarlos, limpiarse las rabias e inconformidades con una persona que supiera escucharla, que le brindara una palabra sin que juzgara sus acciones egoístas y que la mirara con afecto.

Todo eso lo consiguió de aquel desconocido, que ahora se volvía muy cercano. Lo único diferente, era que la mirada que él le dedicaba no era solo de afecto, estaba llena de más dudas, de promesas y de mucha determinación. Era una mirada que penetraba por sus pupilas y ahondaba dentro de su mente, observando con atención las imágenes que ella le describía, viendo su dolor, su cólera y su frustración, y las alegrías que parecían mínimas frente a la profunda pena.

Aquel instante fue tan emotivo, que Jessie no pudo evitar dejar

escapar una lágrima. Una gota brillante, grande y pesada, que con rapidez llegó a su mandíbula cayendo sobre su regazo.

Esa lágrima desató un vendaval de sentimientos dentro de Ethan y aumentó su interés por esa hermosa mujer que ya venía siendo poderoso. Sus emociones lo superaron y se atrevió a tocarla, a pasar el dorso de los dedos de una de sus manos por esa mejilla húmeda.

La limpió, llevándose consigo ese dolor, viendo como la joven detenía su relato para cerrar los ojos y suspirar, estremecida por el contacto. La imagen de sus labios húmedos y sonrosados, entreabiertos para dejar escapar un débil gemido, se le clavó en el pecho despertando en él un sentimiento fuerte, intenso y sobreprotector. Tenía muchas ganas de estrecharla entre sus brazos, de besar su coronilla y asegurarle que todo estaría bien, que tuviera fe en el tiempo y en los corazones de las personas a las que amaba, porque sabía que ellos, gracias a los cambios, comprenderían su postura y el súbito arranque de ira que había sufrido por su insistencia.

Ella sonrió agradecida, obsequiándole la dulzura de su mirada tímida y entristecida, sin saber que aquello engrandecía peligrosamente los sentimientos que nacían en el interior del hombre.

Luego de una última copa, se despidieron, saliendo del establecimiento con los últimos empleados. Jessie no pudo negar la petición de Ethan de acercarla a su casa, ya que por la hora él no confiaba en la seguridad de la ciudad. El viaje les sirvió para afianzar una amistad que nunca imaginaron cimentar. Una nacida de los inconvenientes, de enfrentamientos secretos y de un encuentro casual, pero poderoso, que ató a ambas almas en un hilo irrompible que las mantendría muy cercanas, sobre todo, esa noche.

En su departamento, Jessie no paraba de suspirar. Lo único que su mente procesaba era la mirada clara y profunda de Ethan, su sonrisa torcida, sus atenciones, el sonido vibrante de su voz ronca y su aroma tan varonil que, mezclado con el café y el dulzor de los pasteles, se volvía tan embriagante y persistente que ni un baño largo lograba apartarlos de su memoria.

Se acostó en la cama y cerró los ojos manteniendo la sonrisa en los labios. Se sentía tan feliz, que la llamada de su madre no fue capaz de apagar ese fuego que crepitaba en su interior. Habló con ella en paz, procurando entenderla, calmando sus ansiedades, pero a la vez, haciéndole entender sus errores y la obligación que tenía de resolver

sus asuntos por su cuenta, sin involucrarla. Hubo algunas lágrimas y varios «te amo» pronunciados de ambos lados de la línea telefónica. También unos «gracias» y al final un «nos vemos pronto». Su madre por fin había entendido que sus hijas necesitaban su espacio para asimilar aquel cambio, que pasar una Navidad en soledad no era un indicio del apocalipsis personal de nadie, sino una ocasión para el crecimiento, para amarse a sí mismo, complaciéndose con placeres muy personales que nadie entendería.

Culminaron la llamada prometiéndose una comunicación más pausada y serena, sin agobios.

Jessie pudo dormitar esa noche tranquila, sabiendo que su madre se encargaría de solventar sus diferencias con su padre por el bien de todos, así como con su hermana. Ella solo se ocupó de soñar, de llevar a su mente toda la noche el recuerdo de esa mirada que la hipnotizaba, de ese rostro atrayente, de esa voz cautivadora y de ese toque tan suave e intenso, que creaba en su estómago chispas de placer. Tenía miedo de imaginar lo que ocurriría si ese contacto se profundizaba, tal vez nacerían en su interior unas llamas poderosas que consumirían cada uno de sus huesos. La idea la estremeció y avivó su deseo.

En su casa, Ethan se encontraba en una situación similar. El pecho le dolía de tanto que su corazón palpitaba y suspiraba por la dulce presencia de aquella mujer. Nunca imaginó que ella fuera capaz de ejercer un poder tan grande sobre él, quedándose clavada en su subconsciente, impidiéndole hacer otra cosa que no fuera pensar en la joven.

Anhelaba su risa, observar sin descansos sus ojos melancólicos, pero más aún, volver a sentir en su piel su contacto. El calor que le trasmitió el toque de su mejilla fue tan potente que aún le costaba salir del shock, sobre todo, al ver la reacción de ella.

Si con el simple roce de sus dedos era capaz de emocionarla de esa manera, no quería imaginar lo que haría cuando pudiera tocarla con ambas manos.

Se recostó en el marco de la puerta de su habitación y cerró los ojos, suspirando hondo. Soñó con encerrar el rostro de la chica entre sus manos, acariciar sus mejillas con los pulgares y aproximarse tanto, que sus alientos se mezclarían alrededor de los labios entreabiertos de ambos.

En sus oídos retumbó el recuerdo de su gemido, pero en esa ocasión, se hacía más audible, más estremecedor. Se excitó, como si una descarga de energía le sacudiera el organismo dejándolo tenso. Anhelaba esos labios más que a nada en la vida, estaba a punto de volverse loco por probarlos, por sentir su calor y el sabor que escondían.

Abrió los ojos, pero le fue imposible cambiar la postura. Ella lo había dejado allí, clavado en sus necesidades, sumergido en un deseo que no sabía si se cumpliría, pero por el que trabajaría sin descanso hasta obtenerlo, como había hecho todo en la vida.

Llegado el viernes, volvieron a tener encuentros, un saludo en la mañana y un café al terminar el día.

Esa noche de nuevo compartieron largas horas como el día anterior, tuvieron tiempo para conversar sobre sus días, reír por alguna anécdota graciosa y mirarse sin descanso, suspirando internamente por las emociones novedosas que aquello les producía.

Capítulo 13.

El fin de semana fue difícil para ambos. La cafetería absorbió a Ethan, impidiéndole encargarse de otra cosa que no fuera el ajuste del inventario y el entrenamiento de su personal.

Debió contratar a dos chicos más para los repartos. Por la cercanía de las fiestas y por el boom que estaban tomando sus ricos cupcakes y la exquisita red velvet cheesecake aumentaban los pedidos.

Para dar mayor notoriedad a su negocio, se le ocurrió la brillante idea de contratar a un bartender capaz de realizar dibujos con la leche en el café, algo que gustaba a muchos clientes. El trabajo del hombre estaba estipulado por seis meses, en los que además, debía enseñar al resto de los empleados, pero era evidente que las semanas de las fiestas sería imposible, porque las demandas eran muchas y el hombre casi no se daba abasto.

Lo cierto era que las ventas repuntaban de buena manera, los clientes aumentaban obligándolo a atender con mayor énfasis cada aspecto del negocio. Eso lo tenía feliz, pero el hecho de contar con menos tiempo para compartir con Jessie lo atormentaba. Al menos, se conformaba con escuchar su voz a través del teléfono, oyendo el retumbar alegre de su risa.

No dejaron de comunicarse en ningún momento, ya fuera a través de llamadas, mensajes o dejando notas de voz en el Whatsapp. Él quería saber todo de ella, le preguntaba sobre su día, sus pensamientos, sus sueños y anhelos y se excusaba en sus inclinaciones artísticas para consultarle algún detalle de una publicidad o de los dibujos que realizaba el bartender.

Cualquier tema era propicio para lograr un contacto con ella, algo que los mantuviera unidos.

Jessie, por su parte, actuaba de la misma manera. En ningún momento dejaba su teléfono olvidado y a cada cierto tiempo buscaba alguna excusa para escribirle y saber de él. Ese fin de semana le correspondía ir a su vieja casa y empacar sus cosas.

Su madre, por la premura de pasar una página difícil en su vida, acordó con una inmobiliaria la venta de su casa. La empresa pronto le realizaría unos arreglos y así la ofrecería a partir del próximo año, pero para eso debían desocuparla. Tener que enfrentar sola el hecho de recoger todos los recuerdos que había construido en esa propiedad le resultaba difícil, pero prefería hacerlo de esa manera. Así podía llorar y reír con soltura mientras iba guardando cada pedazo de su infancia en su corazón, para luego despedirse de aquel lugar.

El compartir distante entre Jessie y Ethan permitió que ninguno perdiera la cordura durante la dura transición que cada uno atravesaba. Se mantuvieron juntos, sin estar cerca; se acompañaron, sin tomarse de las manos; fueron uno, sin lograr una compenetración. Se daban su espacio para aprender a crecer por sus propios medios, sin pensar que estaban solos durante el proceso. Se conocían a sí mismos mientras conocían al otro, quedando maravillados con todo lo que descubrían.

El domingo en la noche ella había tomado una decisión. Quizás fuera pronto, pero el mundo en el que vivía giraba demasiado rápido y no deseaba perder ninguna oportunidad. Así que, le propondría una cita.

El próximo martes en su trabajo realizarían la tradicional fiesta de Navidad, donde los empleados podían llevar a familiares y amigos. En esa celebración compartiría de forma más

cercana con Ethan, pero además, aprovecharía la ocasión para confesarle que ella había atacado en varias oportunidades la decoración que adornaba su negocio y con la que participaba por un concurso local. Esa vergüenza no podía arrancársela de la mente y

crecía a medida que ellos se compenetraban más. La hacía sentirse una traidora.

El lunes en la mañana salió más temprano que de costumbre de su departamento para pasar por la cafetería. Necesitaba hablar con él cuanto antes, el desenfreno en el que se encontraba su pecho desde la noche anterior no la dejaría en paz hasta que no se quitara aquel peso de encima.

Además, siempre había oído que las mejores cosas que ocurrían eran aquellas que dictaba el corazón y el suyo parecía un potro atado que miraba con melancolía una pradera interminable, debía dejarlo en libertad.

En esa ocasión decidió llevar su abrigo rojo, ese que tanto le gustaba por su calidez, y caminó con premura hacia su destino. Sin embargo, al llegar a la cafetería halló un revuelo. Había cámaras de televisión, periodistas y gente vestida como para un evento de gala. Varios de los empleados se habían metido dentro del cercado que rodeaba a la familia de muñecos de nieve fabricados con materiales ecológicos, siendo fotografiados por sujetos que portaban equipos profesionales. Al estar más cerca notó las credenciales que colgaban de sus cuellos y los certificaba como parte de la prensa local.

Abrió los ojos en su máxima expresión. Eso podía significar que Ethan había ganado el concurso.

Esa idea la llenó de alegría, así como de otras emociones extrañas. Echó un vistazo al interior del negocio a través de la vidriera, descubriendo que él estaba siendo entrevistado por una periodista del noticiero estelar de la ciudad, junto al Alcalde. El corazón se le arrugó como una uva pasa al verlo vestido de manera formal, resultándole muy atractivo. Su porte varonil y sereno reflejaba la gran seguridad que tenía de sí mismo. Era un triunfador, un hombre sagaz que nunca daba un paso en falso, sin saber a dónde lo llevaría.

Sus pensamientos la llenaron de inseguridades y preocupaciones. ¿Qué hacía allí? Ella era una traidora, una mujer que aún no sabía vivir con sus problemas familiares y que seguía rota, a pesar de haber pasado todo el fin de semana uniendo sus partes. No era una mujer para él, lo único que lograría sería opacar su brillo y eso no era justo.

Bajó los hombros con derrota sintiendo una enorme tristeza invadir su corazón. Con la mirada empañada lo observó desde la distancia, despidiéndose en silencio de él, pero se sobresaltó al recibir la calidez

penetrante de sus ojos cuando Ethan dirigió por un momento su atención al exterior, como si buscara algo.

Se enlazaron en una mirada intensa y conmovedora, una que sacudió todo el interior de Jessie.

Por instinto, sonrió, le era difícil no hacerlo ante el poder desbordante que él trasmitía. Su gesto arrancó una sonrisa alegre en él que pareció temblar mientras la repasaba de pies a cabeza, como si apenas la reconociera. Pero ella no pudo mantenerse más tiempo allí, sus pesares la doblegaron haciendo resaltar sus errores. Y retrocedió, viendo como él perdía la sonrisa a medida que ella daba un paso atrás, nublándole los ojos verdes con frustración.

Su mirada defraudada se clavó en el alma de Jessie saturándola de más inseguridades. Respiró hondo para llenarse de valor y dio media vuelta escapando de allí.

Capítulo 14.

Ethan intentó comunicarse con Jessie durante todo el día, pero era imposible. Ella había cortado toda vía de comunicación. Controló su decepción trabajando sin descanso, aquel lunes se había transformado en un dragón furioso de tres cabezas, con grandes capacidades para incendiarlo todo.

La cafetería había pasado, en solo minutos, de ser un café del barrio al sitio más chic de todo Brooklyn. Especialistas cafeteros y pasteleros, influercers y periodistas de todo tipo se paseaban por el local ansiosos por probar sus delicias y queriendo tomar una imagen de esa perfecta

«Navidad sustentable» decorada con basura que adornaba la entrada. La ganadora del concurso local.

Su familia de muñecos de nieve recorría todo Estados Unidos, y más allá, a través de los medios de comunicación y de las redes sociales. La fama de la cafetería Martin’s crecía, antes de lo que él había supuesto. Ahora su trabajo consistía en mantenerla sin equivocarse.

Y de eso se encargó ese día. Escondió la rabia y la frustración que sentía por no poder comunicarse con Jessie para tomar el control de su negocio. Se esforzó por mantener la sonrisa, cubriendo así el reflejo de cólera que dominaba su semblante, sobre todo, su mirada. Estaba furioso, aunque no con ella, sino consigo mismo, por no haber tenido

sus sentidos trabajando al cien por ciento.

Se dejó encandilar por la maravilla de lo novedoso y por el éxito de las primeras batallas que se olvidó de la guerra en su totalidad. Un error de novato que no pensaba volver a cometer. Se dejó embargar por la felicidad que le inspiraba aquellos hermosos ojos color chocolate y su sonrisa de hada sin atender los pequeños detalles, como el comportamiento cohibido de la chica cuando estaba cerca de los muñecos de nieve reciclados.

Por eso, antes de que terminara el día, decidió emprender el desafío que podía cimentar su triunfo laboral, pero que a la vez, le daba mayor estabilidad en aquella contienda. Un riesgo grande, aunque no tanto como la fuerza de su determinación.

Jessie, por su parte, había caído de nuevo en un espiral de amarguras e indecisiones que le robaba por completo su capacidad de acción. Aquel día había sido infernal en el trabajo, le había sido imposible terminar con buen pie cada tarea, siendo necesaria la intervención de su jefe.

Llevaba seis años trabajando en esa revista. Desde que había salido de la universidad, a los veintiuno, pudo conquistar aquel trabajo gracias a su buen desempeño como pasante en uno de los diarios de mayor tirada en la ciudad. Aquel empleo no solo le obsequiaba un puesto con excelente remuneración, sino que le permitía dedicarse a lo que le gustaba: dibujar, sin sufrir por tantas presiones como las que había tenido en el periódico.

Sin embargo, echaba por tierra todo su esfuerzo por culpa de sus desestabilidades emocionales. Su jefe se reunió con ella para conversar seriamente de su desempeño, asegurándole que le daría otra oportunidad al considerar su buen servicio en los años anteriores, pero pidiéndole que recapacitara y resolviera sus asuntos durante la semana de vacaciones. Al finalizar las fiestas debía regresar renovada, volviendo a dar el cien por ciento en su trabajo, o se vería en graves problemas. La revista, como todo en el país, atravesaba su propia crisis y no tenía mucho

tiempo para esperar por ella.

La chica se sentó en su silla luego de la reunión y pensó mucho en su situación mientras llegaba la hora de la partida. Tenía días comportándose como una cría malcriada al no saber manejar sus emociones. Pagaba sus rabietas con entes externos a ella, sin haber

considerado el daño que sus acciones dejaban. Ahora tenía miedo a enfrentar esas consecuencias, a dar la cara y decir la verdad. Huía y se escondía como lo había hecho todos esos días, presa de su enorme tristeza.

Cuando sonó la alarma del fin de la jornada, todos sus compañeros celebraron emocionados y se dieron abrazos entre sí. Aquel era el último día de trabajo del año. Al día siguiente sería la fiesta de Navidad y luego no se verían las caras hasta después de la celebración del nuevo año.

Las anheladas vacaciones comenzaban y todos estaban felices, menos Jessie, que no podía con el sentimiento de culpa y vergüenza que la embargaba.

Se enfundó su querido abrigo rojo y se encaminó a la salida, cabizbaja y abatida. Al pasar por la recepción se despidió de la recepcionista con una sonrisa. Esa mujer, que antes la había acompañado en el bus hasta la estación de Metro, ahora, por sus abandonos, se había amigado con otros compañeros que tenían auto y la acercaban a su casa por un medio de transporte más cómodo. Por eso la chica nunca más se interesó en seguirla.

Jessie se puso la capucha y metió las manos dentro de los bolsillos de su abrigo andando hacia la puerta, pero al escuchar su nombre quedó paralizada antes de salir a la calle. Su cuerpo tembló, porque había reconocido aquella voz. Ese tono era tan pulcro y melodioso que agitó todo su organismo, pero también, brotó las emociones negativas que la estaban dominando.

En medio de un suspiro se dio vuelta para encararlo.

Ethan llegó a ella, después de haber corrido por la recepción para alcanzarla. Había estado dentro de la revista y ella nunca lo supo.

La respiración agitada del hombre no compaginaba con su mirada dura y decidida, aunque bañada por un deje de tristeza.

—Pensé que no te detendrías.

Su acusación hizo estallar el arrepentimiento dentro de Jessie, nublándole los ojos.

—Disculpa —dijo con un hilo de voz y bajó el rostro al suelo.

¿Cómo le explicaría su comportamiento? ¿Cómo le explicaría el

conflicto personal que atravesaba y que le impedía expresar sus verdaderas emociones?

Él se acercó a ella y tomó su barbilla con un dedo para obligarla a encararlo.

El contacto propagó un fuego dentro de Jessie, retorciendo su corazón.

—No tienes que disculparte por nada. Todos nos dejamos dominar por las flaquezas en momentos difíciles de nuestras vidas. A mí me ha ocurrido igual.

Ella amplió la mirada, sorprendida.

—¿Lo sabes? —preguntó, sin poder salir de su asombro.

Él sonrió con poca gracia, repasándola de pies a cabeza.

—Buscaba a una chica menuda con abrigo rojo. —Ella se sintió cohibida y se frotó el abrigo que llevaba encima, impactada porque él la hubiera descubierto—. Es absurdo, no eres la única en todo Brooklyn con un abrigo de ese tipo, pero tu actitud en la cafetería el primer día me lo confirmó. Estabas apenada y no apartabas tu mirada de los muñecos de nieve. —Jessie volvió a bajar la cabeza, avergonzada, pero Ethan esta vez la tomó por los hombros y bajó a su altura para que lo mirara a los ojos—. Me enfadé, y mucho, pero no tienes idea lo que esos ataques hicieron en mí. No pienso escarbar en mis rabias, sino en lo positivo que ellas trajeron a mi vida. No

cometeré el mismo error. Por eso he venido a darte las gracias. —El error al que se refería, era sobre su hermano Gary, con quien había perdido comunicación por sus constantes reproches. No vio su ausencia como una posibilidad de crecimiento, sino como una actitud egoísta del hombre.

Con esa reacción perdió mucho en esa batalla. Jessie, por su parte, estaba estremecida por las palabras que él le dedicaba. Lo observó fascinada, le parecía imposible que él fuera tan perfecto

—. Cuando estés preparada, llámame. Esperaré con ansias a que lo hagas —culminó, sin poder evitar acariciarle una mejilla.

Los corazones de ambos se removieron por ese pequeño toque.

Después de decir aquello se marchó, dejándola allí. Luchó contra sus instintos y contra lo que le gritaba su corazón para darle el espacio

que necesitaba, ese que le concedería la estabilidad necesaria para enfrentarse a la verdadera guerra.

Capítulo 15.

El mundo no podía ser más difícil para Jessie. La conversación que había tenido con Ethan al salir del trabajo le había retumbado en los tímpanos sin permitirle dormir en toda la noche.

«Cuando estés preparada, llámame», recordó lo que él le había indicado. «Esperaré con ansias a que lo hagas».

¿Esperará? ¿Realmente, lo hará? ¿Después de todas las estupideces que ella había cometido?

La ansiedad por saber si aquello era verdad la carcomía. Necesitaba que alguien se lo confirmara, que la ayudaran a entender que esas palabras habían sido pronunciadas por él y no habían sido un producto de su mente defectuosa. Sus inseguridades siempre le ganaban la batalla.

Aquel día debía dedicarlo a prepararse para la fiesta de la empresa, pero los nervios no le permitían pensar en otra cosa que no fuera Ethan y en el miedo insoportable que le desgarraba las entrañas.

Jessie nunca había sido una chica de amores, se daba de a poco y con condiciones, como siempre había visto en sus padres. Le aterraba la traición y las mentiras, había vivido tanto entre ellas que estaba cansada. Deseaba alejarse de todo lo que pudiera ponerla a prueba.

Cuando conoció a Ethan, él transformó muchas de sus creencias. Su mirada absorbente le hacía tantas promesas que prefirió dejarse influir por sus emociones y olvidarse que aquella amistad estaba iniciando en base a secretos y ellos con el tiempo se transformarían en duras mentiras. Unas que le pesarían tanto sobre los hombros que no la dejarían nunca caminar erguida.

Aclararlas no le dio paz, le despertó una vergüenza que no podía dominar de ninguna manera.

Recordó que él le había dado las gracias, aunque no entendía el por qué.

«¿Cómo lo sabrás si no dejas que él te lo explique?», le indicó una

vocesita dentro de su cabeza, una a la que poco escuchaba.

Se pasaba la vida esperando por otros para que resolvieran sus problemas, como lo hacían sus padres, porque no sabía manejar sus sentimientos, pero se daba la espalda ella misma, quien era la única persona que en realidad podía ayudarla a superar sus debilidades y adversidades.

«Deja que él te lo explique», repitió la voz, encendiendo un fuego en el interior de Jessie.

Corrió a la mesa de la cocina, donde había dejado su teléfono móvil, y lo llamó. No una, sino varias veces, pero todas las llamadas caían al buzón de mensajes. Le envió un par de Whatsapp y unos mensajes de textos, sin embargo, en toda la mañana no hubo ninguna marca de visto o una respuesta.

Él debía estar ocupado con su trabajo. La cafetería Martin's ahora era la novedad de la ciudad. Ella estaba preparada para hablar con él, pero él ya no tenía tiempo para ella. No había salvación. Para ninguno.

Frustrada, se vistió y salió a la calle. Llegó a la cafetería sin saber muy bien qué haría, pero la fila de personas que iniciaba en el mostrador del establecimiento y continuaba en el exterior a casi una cuadra de distancia, le explicó por qué era muy tarde para arrepentimientos.

Con lágrimas en los ojos se alejó del lugar y entró en una peluquería para acomodarse los cabellos para esa noche. No quería que su jefe la viera tan abatida, temía perder su trabajo por sus inmadureces. De alguna manera tenía que superar aquella historia fracasada.

Las horas no solo pasaron lento, sino que se hicieron tensas. Al llegar el momento de ir a la fiesta, el ánimo de Jessie se hallaba por el suelo, pero igual se las arregló para dirigirse al salón donde se realizaría la celebración.

Se colocó un vestido entallado color coral, que resaltaba el tono trigueño de su rostro, así como su mirada achocolatada. Necesitaba de mucha ayuda para parecer una mujer con vida y no una zombi consumida por sus errores. No deseaba la lástima de nadie.

Al llegar, procuró compartir con sus compañeros, a pesar de no tener ganas de hablar con nadie. A los pocos minutos se alejó a la mesa de los aperitivos para esconder su desánimo, pero al encontrar entre los postres unos que habían formado parte importante de sus días felices,

sonrió, sintiendo a su corazón palpitar de nuevo con intensidad.

¿Quién se había encargado del cáterin de la fiesta?

—Son los de la cafetería que está junto a la parada de bus. ¿Serán tan ricos como dicen por ahí? —expresó la recepcionista levantando un red velvet cheesecake para mostrárselo a los chicos con los que hablaba.

Todos miraron la pequeña torta redondeada y de color rojo con incredulidad.

—¡Son exquisitos! —respondió Jessie con emoción—. La torta es muy suave y tiene una mezcla de queso crema y chocolate increíble. Y la crema batida de arriba posee trozos de chocolate blanco y galleta. ¡Tienen que probarlo!

Las personas a las que les había hablado tomaron cada uno un postre detallándolo con interés.

Cuando el primero dio un mordisco y gimió de gusto, el resto lo imitó. Jessie sonrió llena de satisfacción al ver las caras complacidas de todos, como si aquel postre lo hubiera preparado ella con sus propias manos.

—¿Te han dicho que no es bueno revelar secretos culinarios?

Jessie quedó de piedra al escuchar las palabras que pronunciaron a su espalda. Fue una voz muy conocida, capaz de hacerle vibrar los huesos con su cercanía.

Dudó en girarse para mirarlo. La alegría que la embargaba le había cortado hasta la respiración y le nubló los ojos con lágrimas.

Ethan respiró hondo al ver que ella parecía ignorarlo. La tomó por un brazo y la hizo dar media vuelta porque no podía pasar un segundo más sin mirarla.

Al subirle el rostro con una mano, todo su interior se agitó complacido. La repasó de pies a cabeza con una mirada hambrienta y necesitada.

—Estás hermosa.

A ella le costó sonreír, cuando lo hizo, arrancó una sonrisa de satisfacción en él.

—Traté de llamarte… —dijo casi en un susurro. Estaba tan emocionada por haberlo encontrado que le costaba expresarse.

—Lo sé. Hace pocos minutos vi los mensajes y las llamadas perdidas. Hoy ha sido un día muy loco.

—¿Por eso viniste? —preguntó ella, con la felicidad recorriéndole con rapidez en las venas.

Él volvió a llenarse los pulmones de aire antes de hablar.

—En realidad… no —reveló, apagando de forma súbita la alegría de la chica—. Estoy aquí porque a última hora acepté venderles algunos postres a los organizadores de la fiesta. No es un servicio que tengo pensado ofrecer este año, mucho menos, estos días en que estamos hasta el tope y me falta personal para cubrir todas las demandas, pero eran la única excusa que tenía a la mano para verte. —Esa última explicación la llenó de esperanzas y estuvo a punto de hacerla llorar por la dicha—. Aunque dije que te daría el tiempo que necesitabas, me desesperé. ¿Me perdonas?

Ella soltó toda la tensión que tenía acumulada en el pecho en un resoplido y sus labios se estiraron en una sonrisa por la sobredosis de felicidad que la embargaba, pero tuvo que pestañear varias veces para aguantar las lágrimas de emoción. No quería llorar y hacer el ridículo en medio de sus compañeros de trabajo.

Él se apresuró por socorrerla al percibir su estado.

—¿Quieres que salgamos un minuto?

—Sí… por favor…

Ethan la llevó a la terraza de un balcón cercano y se quitó la chaqueta del traje para cubrir los hombros de ella.

—Te morirás de frío —se quejó ella al notar que en el exterior la temperatura era muy baja.

—Estoy ardiendo por dentro, corazón. Eso será imposible. —Él se detuvo frente a ella y acarició con ternura su rostro, conmoviéndose por su mirada dulce y triste—. Quiero borrar la tristeza de tus ojos —dijo, muy cerca de los labios de ella.

—Ethan, por favor.

—¿No quieres que lo intente?

Jessie suspiró, ansiosa por decirle la verdad que palpitaba en su corazón.

—Claro que lo quiero. Pero…, ¿estás dispuesto a lidiar con mis conflictos internos? Son muchos, te lo advierto —bromeó, arrancando una sonrisa en él.

—¿Y qué te hace pensar que eres la única problemática en Brooklyn? —rebatió él, cumpliendo con su sueño de encerrarle el rostro entre las manos y acariciar sus mejillas con los pulgares. Solo le faltaba probar sus labios y estaba dispuesto a hacerlo esa misma noche, así tuviera que soportar el frío implacable—. Cuando conozcas mis conflictos y la particular familia que poseo, serás tú quien se asuste.

—No creo que tu familia sea más particular que la mía.

—Ya te lo dije, no te creas única —aseguró, tomándola con mayor firmeza y aproximándola a su rostro—. En realidad, sí eres única, pero para mí.

Jessie tuvo que cerrar los ojos al experimentar un oleaje de placer en su interior por esas palabras.

—Estás loco —gimió, estremeciéndolo.

—Déjame intentar hacerte feliz.

La sonrisa de la chica creció por la felicidad mientras asentía.

—Lo estás haciendo muy bien.

Ethan experimentó un sentimiento de triunfo tan poderoso que por un momento no supo qué hacer. Pensó que ella se negaría por mucho más tiempo, que lo obligaría a retorcerse de dolor por su rechazo en el momento en que más la necesitaba, porque en realidad tenía miedo, mucho miedo de fracasar en su trabajo, y no ser capaz de llevar a buen término todas las metas que se había propuesto.

Pero Jessie le regalaba un sí que lo hacía sentirse vigoroso y hacía crecer su determinación.

Sin tardarse más, la besó, saboreando sus labios con los suyos, mordiéndolos con sutileza y paladeando su boca con su lengua como lo había soñado en muchas ocasiones.

Realmente era adictiva, mucho más de lo que podían ser los pasteles que tan bien se vendían en su cafetería. Su sabor dulce y embriagante encendía aún más las llamas en su interior y lo hacía arder en su propio fuego.

La abrazó con fuerza, sintiendo a su ropa fría aunque captando el calor que trasmitía su cuerpo.

Al detener el beso, notó que estaba nevando, y que ambos estaban siendo bañados por diminutos copos blancos.

—Mejor entremos, o moriremos congelados —propuso. Ella solo pudo reír mostrando su acuerdo. Estaba demasiado feliz para hablar.

Ethan la llevó adentro, donde pudieron mantenerse calientes mientras compartían una charla amena y un baile relajante. En unas horas sería Navidad, pero ya ellos habían recibido su milagro particular.

Sus miradas permanecieron unidas obsequiándose a sí mismos toda la noche, manteniendo activo el fuego que los devoraba y amenazaba con volverse demoledor.

Una oportunidad era lo que esperaban y no la desaprovecharían…

Feliz Navidad.

¿Te gustó?

Espero hayas disfrutado de esta corta y romántica historia, te invito a dejar tu comentario en Amazon y leer las otras novelas de mi catálogo, donde encontrarás suspenso romántico, drama, romance histórico, comedia, new adult, chick lit y fantasía romántica.

Sigue mis redes sociales y no pierdas ninguna novedad:

Twitter: @jonaira16

Instagram: @jonairacampagnuolo

Facebook: Jonaira Campagnuolo Autor

SOBRE LA AUTORA

Jonaira Campagnuolo, escritora de novela romántica que nació una tarde de febrero en la ciudad venezolana de Maracay, pero ahora reside en Argentina, con su esposo y sus dos hijos. Es amante de los animales, la naturaleza y la literatura. Desde temprana edad escribe cuentos que solo ha compartido con familiares y amigos. En la actualidad se dedica a administrar su blog de literatura **DESDE MI CALDERO** **(http://desdemicaldero.blogspot.com)** y a escribir a tiempo completo.

Conoce otras obras de romance escritas por la autora, y publicadas en Amazon.


Jonaira
Campagnuolo
Un beso
en
San Valentín

UN BESO EN SAN VALENTÍN

Jonaira Campagnuolo

Primera Edición Febrero de 2020
SC: 2001242932461

ÍNDICE

“Cualquiera en su sano juicio se habría vuelto loco por ti”.
Orgullo y prejuicio – Jane Austen

Capítulo 1.

La cafetería Martin’s se había convertido en uno de los negocios tendencia de todo Brooklyn. El trabajo arduo de sus dueños, así como las constantes novedades en postres que ofrecían, la eficiencia de sus servicios y la cercanía con sus clientes, habían hecho de aquel emprendimiento una aventura satisfactoria.

Los postres se hacían cada vez más famosos, en las redes sociales pululaban noticias y más de un establecimiento de los alrededores buscaba imitarlos, pero el ambiente relajante y ameno que habían creado dentro de la cafetería los mantenía en el top, siendo un punto de encuentro entre quienes trabajaban y vivían en las cercanías.

La actividad era constante cada día y los pedidos a domicilio aumentaban, obligando a los Martin a contratar una flota de tres repartidores en bicicleta y dos en moto para las entregas más lejanas.

El servicio de cáterin también había logrado despegar, aunque con cierta timidez. Luego de la experiencia que había tenido Ethan al cubrir la fiesta de Navidad de la revista donde trabajaba Jessie, se animó a aceptar un par de encargos durante el mes de enero, intentando organizarse con ese nuevo emprendimiento. Cuando se producía, exigía mucho de los empleados, ya que debía distribuir la atención de ellos entre la cafetería y el cáterin.

Pero, en febrero, un mes de bodas y fiestas especiales por estar rodeado de la magia del día de San Valentín, los pedidos se multiplicaban.

Los hermanos Martin tuvieron que estudiar con precaución la decena de solicitudes que les había llegado para no cometer un suicidio laboral. No contaban con el personal necesario para cubrir todas las tareas y no querían quedarle mal a nadie. El futuro de su empresa dependía de la calidad de su trabajo.

Aceptaron participar solo en tres grandes eventos: una fiesta de ascensos y premiación de un periódico local de gran demanda, que los ayudaría con publicidad gratuita; una despedida de soltera de la hija de un congresista, que los introduciría en el mundo de la alta sociedad de la ciudad; y una fiesta de San Valentín planeada por un popular canal de radio juvenil y una televisión local, que les permitiría calar en los gustos de los jóvenes y les daría gran difusión.

Ethan Martin no podía estar más feliz, aunque su alegría, como

siempre, tenía sus límites. Como hombre cauto no se confiaba de los éxitos, manteniendo su mente en alerta para cuidarse de imprevistos. Nunca descuidaba los detalles, ni siquiera, los que debían controlar otros, como el trabajo que realizaba su hermano y socio Gary, el de su gerente Theresa o el de cualquier otro empleado. Así los conflictos no lo tomarían de nuevo desprevenido como había sucedido en Navidad.

Y era posible que pronto tuviera que asumir solo el control de su empresa por segunda vez, ya que a Gary no le había funcionado el tiempo que se había tomado el pasado mes de diciembre para salvar su matrimonio y la fragmentación de su familia. La comunicación entre ellos se había vuelto un obstáculo insalvable, haciendo que la convivencia fuera cada vez peor. Por las discusiones con él, su hijo mayor se había mudado a la casa de un amigo para iniciar la grabación del disco que, según ellos, los haría muy famosos; y su hija le había quitado el habla, luego de que él echara a su novio emo por querer dormir siempre en su sala como si no tuviera hogar. Su esposa, cansada de sus ausencias y de su repentina pretensión de imponer autoridad pisoteando al resto sin oír sus opiniones, empacó las cosas del hombre y lo envió en un taxi al departamento de su hermano.

Ethan lo recibió con solidaridad, pero, luego de tres semanas de vida comunitaria, comenzaba a molestarle la actitud negativa, depresiva e irritable de Gary. Adoraba a su hermano y procuraba entender su situación dándole su apoyo, sin embargo, la personalidad autodestructiva que estaba asumiendo comenzaba a sacarlo de sus casillas.

Para evitar discusiones se pasaba más tiempo en el departamento de Jessie que en el suyo, pero a ella también la comenzaba a atormentar un problema familiar, así que buscaban las maneras de encontrarse en sitios neutrales.

Jessie, en el ámbito laboral, había alcanzado grandes logros. En la revista estaban a punto de ascenderla a Director Creativo, cediéndole la dirección de algunos proyectos de importancia. Además, se aventuraba a realizar ocasionales proyectos de diseño gráfico para el servicio de cáterin de Ethan, haciendo reconocido su talento. Uno de ellos, serían los artes que decorarían las cajas para los pasteles de la fiesta de San Valentín organizada por canal de radio juvenil y una televisión local, desde que firmaron el contrato ella trabaja en esos diseños. Sin embargo, procuraba no llenarse de encargos, pues la revista la absorbía casi por completo y ese trabajo le apasionaba.

Su vida comenzaba a marchar bien. Sus éxitos laborales y la mejor relación que con lentitud iba llevando con sus padres

divorciados la ayudaban a sentirse serena y le permitían disfrutar del amor y de la compañía de Ethan, sin sufrir otros contratiempos.

No obstante, una noche recibió una visita inesperada. Su hermana Marie regresaba de California, arruinada, y con su novio Donovan. El emprendimiento que ambos habían iniciado en la ciudad del sol se fue por la borda quedándoles dinero solo para cubrir el viaje de vuelta.

La chica no quiso acudir a sus padres porque aún sentía resentimientos hacia ellos por haberse divorciado de forma repentina y vendido la casa familiar sin consultarle, siendo ella la que vivía en ese hogar. Jessie la aceptó por solidaridad y establecieron acuerdos para la convivencia, pero las discusiones entre su hermana y el novio se volvían cada vez más insoportables.

Marie había podido conseguir un empleo de medio turno de camarera en un restaurante. Donovan, en cambio, solo realizaba trabajos ocasionales siendo chófer de un amigo que hacía envíos a ciudades cercanas con su camioneta pick up. La falta de un trabajo estable lo frustraba, anhelando marcharse a otra ciudad donde hallaría más oportunidades laborales, pero Marie no deseaba irse aún. Proponía quedarse unos meses mientras reunían algo de dinero. Allí, al menos, tenía la casa de su hermana como refugio seguro.

Para Jessie, su hogar era el sitio al que acudía para sosegar los nervios, descansar y llenarse de energías, pero desde hacía dos semanas debía actuar como un árbitro en discusiones de pareja reviviendo la situación que había tenido que atravesar en Navidad, cuando su familia comenzó a desmembrarse. No quería pisar de nuevo esa mala hierba. Ella sabía lo que traía consigo: miedos, inseguridades y constantes enojos, y peor aún, tener que lidiar con su falta de creatividad y concentración en el trabajo por el estrés emocional que experimentaba.

Ethan la ayudaba a manejar aquel problema de la mejor forma posible, al tiempo que ella lo ayudaba a soportar la delicada situación con su hermano Gary. Al final del día, ambos terminaban viéndose en alguna habitación de hotel, exhaustos. Se envolvían en sus pieles para no dejar espacio a la rabia, pues sabían lo que aquello les deparaba.

En el pasado habían descargado sus frustraciones con una familia de muñecos de nieve confeccionados con material reciclado, ahora, lo único que estaba a la mano para aliviar las decepciones de la vida era su relación, que solo contaba con poco tiempo de existencia, siendo frágil ante cualquier golpe.

Capítulo 2.

La noche del sábado, Ethan estaba a punto de enloquecer. Ese día era la fiesta de ascenso y premiación de un diario de gran demanda local, donde su servicio de cáterin debía lucirse para ganar publicidad gratuita. La furgoneta que había alquilado ya había salido con la mayor cantidad de los pedidos, solo faltaban unas cajas de red velvet cheesecake, el postre más famoso de su negocio y la estrella de aquella fiesta, pero su auto había elegido esa noche quejarse por la falta de mantenimiento impidiéndole que cumpliera su cometido.

La gran cantidad de trabajo que había tenido ese día lo hizo olvidarse de pequeños detalles, como el hecho de mantener a tono su vehículo y el haber dejado su cuadernillo de recibos en su departamento.

Se esforzó por olvidar la frustración que sentía para pensar en una solución. Tomar un taxi era riesgoso, esos autos eran pequeños y las cajas irían muy apiladas, corriéndose el riesgo de dañar el producto. Si no llegaba al lugar donde se realizaría la ceremonia con sus postres en buen estado, fallaría en su intención de ofrecer un servicio de calidad.

Repasó mentalmente su lista de amistades y los vehículos que poseían para determinar a quién podría pedirle auxilio, estando en eso llamó a Jessie, con quien había planificado una cita esa noche para ir a cenar. Le solicitaría a la chica que buscara el cuadernillo de recibos en su casa y se vieran en el edificio donde se realizaría el evento del diario, ya que le quedaba de paso, así cerraba su negocio y luego irían juntos a comer. Con eso resolvería uno de sus problemas.

Para su suerte, Jessie no solo aceptó socorrerlo con el tema del cuadernillo, sino que le informó que Donovan, el novio de Marie, esa noche tenía a su cargo la camioneta pick up de su amigo porque a primera hora del día siguiente debía viajar a Queen para llevar un encargo. Habló con el joven y este aceptó darle un aventón para entregar los pasteles.

Ethan respiró hondo, sintiendo alivio por haber resuelto ambas dificultades antes de lo previsto y se sentó en la trastienda de la cafetería a relajar los nervios.

A los pocos minutos, llegó Donovan, pero no había ido solo, sino acompañado por Marie.

Los dos ayudaron a Ethan a subir la mercancía en la camioneta y

enseguida se pusieron en marcha. Durante el viaje, Donovan se mostró bastante hablador. No paraba de quejarse sobre la difícil vida que se producía en las grandes metrópolis, donde había tanta competencia laboral que tu trabajo no era bien valorado. Eso le despertó el interés por irse a una ciudad menos poblada, donde consiguiera mejores oportunidades de empleo. Ethan intentaba asesorarlo, pero el tema encrespaba a Marie. La chica, apenas tuvo la ocasión, se metió en la conversación para discutir con el chico sobre esa mala idea de marcharse sin nada en los bolsillos, durmiendo a la intemperie y comiendo con las pocas monedas que pudieran hacer durante el día. Aunque tuviera apenas veintiún años, esa situación tan inestable le producía ansiedad y la hacía sufrir de ataques de pánico.

El camino se convirtió en un tortuoso debate de pareja, donde los implicados aprovecharon la ocasión para reclamarle al otro los errores que venían acarreando desde que se habían conocido y les resultaban desagradables.

Ethan estaba furioso por verse en medio de aquella contienda, sobre todo, por estar obligado a intervenir. El reducido espacio le impedía dar privacidad a la discusión e ignorar el manoteo que se generaba entre los novios y amenazaba con convertirse en golpes intencionados.

Jessie, por su parte, había llegado al departamento de Ethan y utilizó la llave que él en una ocasión le había facilitado para entrar. Ahogó un grito al encontrar en la sala a Gary en pijama y con los pies descalzos sobre la mesa de centro mientras veía la televisión. Entre risas nerviosas el hombre le explicó que se estaba quedando allí porque había tenido una altercado con su esposa en casa.

Ella asintió, algo incómoda, y se disculpó con él para ir a la habitación de Ethan en busca del cuadernillo de recibos. Mientras hurgaba en los cajones escuchó que tocaban el timbre y Gary abría. Oyó que su cuñado conversaba con una mujer, justo en el momento en que ella había hallado el cuadernillo y lo guardaba en su cartera.

Por estar concentrada en su tarea no se había percatado que en la sala se gestaba una discusión. Al salir, vio que la recién llegada reñía sacudiendo un dedo acusador frente a la cara de Gary, como si le estuviera recitando una lista de advertencias. Supuso que era la esposa, pero desde que había iniciado la relación con Ethan, él jamás la había presentado a su familia. A Gary lo conocía porque se lo encontraba a diario en la cafetería, pero aquella era la primera vez que veía a su esposa. Por eso, la mujer tampoco la reconoció y al verla, se aterró.

—¿Quién es esta? —preguntó la morena alta de cabellos largos con desprecio y repasó a Jessie de pies a cabeza.

Ella se molestó por el tono que había usado, pero se quedó callada esperando que su cuñado respondiera.

Gary, sin embargo, por suspirar hondo demostrando que la situación lo superaba, no tuvo tiempo de aclarar la duda antes de que su mujer sacara sus propias conclusiones.

—¿Por eso viniste al departamento de Ethan? ¡¿Para tener una amante?!

La acusación empalideció el rostro de Jessie y enrojeció el de Gary, quien enseguida se enlazó en un debate aireado con su esposa ignorando la presencia de Jessie.

—¡Yo no vine aquí! ¡Tú me echaste de casa!

—¡¿Cómo no hacerlo, si era imposible vivir contigo?!

—¡¿Y crees que vivir contigo es como visitar un parque de diversiones?!

La mujer gruñó con tanta furia que asustó a Jessie. Por eso ella se marchó de aquel lugar sin que ellos lo notaran para dejarlos solos, haciéndose oídos sordos a los llamados desesperados de la mujer que exigía su presencia para aclarar su identidad.

Mientras tanto, dentro del vehículo donde iba Ethan, la riña entre novios terminó cuando el sonido de unas sirenas de policía se escuchó tras ellos. Él se pasó una mano con ansiedad por los cabellos para controlar los nervios. Eso lo atrasaría.

Luego de perder un valioso tiempo con los oficiales, se hizo responsable de la multa y del regaño de los policías para poder retomar el camino cuanto antes. El cliente lo llamaba y a él le enfadaba fallarle.

Un tenso silencio se instaló dentro de la camioneta cuando lograron retomar el camino. Para su tranquilidad, no ocurrió otro inconveniente hasta que llegaron al edificio donde se celebraba el evento del diario.

Con rapidez hizo la entrega de los pasteles y salió al exterior pretendió despedir a Donovan y a Marie para así esperar a Jessie en soledad, sin tener que soportar más discusiones. Sin embargo, halló a la pareja descosiéndose a los gritos en plena calle.

La rabia estaba a punto de dominarlo, pues uno de los encargados del evento comenzó a ver con preocupación en incidente. Él pidió disculpas y se dirigió a ellos para halarles las orejas y alejarlos de allí, ya que temía que aquello afectara la valoración que el cliente pudiera hacer de su servicio, pero, justo cuando llegaba al sitio donde se encontraban, Donovan subió a la camioneta y se marchó abandonando a Marie.

La chica, al verlo alejarse con rapidez, desató un vendaval de lágrimas y se sentó en la acera.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber Ethan aproximándose a ella y

levantándola del suelo para tranquilizarla.

—¡Se fue! —berreó la joven en medio de sollozos—. ¡Donovan me dejó! ¡Me dijo que se iría sin mí! ¡Que no me soportaba! —gritó antes de caer sobre el pecho de su cuñado y llorar de forma escandalosa.

La gente que pasaba por el lugar los observaba con extrañeza y algunos con desaprobación, quizás creyendo que ella lloraba por culpa de él. Ethan apretó la mandíbula y abrazó a la chica mientras se alejaba. No quería que su cliente se enterara del conflicto.

Tomó un taxi y por el camino llamó a Jessie para relatarle lo ocurrido. Su novia le contó que salía de su edificio luego de dejar a Gary y a su esposa envueltos en una dramática pelea que le puso los nervios de punta.

A pesar de su inquietud, Jessie le rogó a su novio que no llevara a Marie al departamento aún, porque allí podría estar Donovan haciendo sus maletas. Y no se equivocó. Cuando entró en su casa encontró al chico recogiendo con enfado sus pertenencias mientras se quejaba por el comportamiento obsesivo de Marie, que no sabía respetar su posición como hombre de la casa.

La chica estaba a punto de estallar por la indignación, pero prefirió no hacer ningún comentario para que él no perdiera más tiempo y se fuera cuánto antes. Desde que ellos habían llegado a su departamento le molestó su actitud arrogante y autoritaria, y el mal trato que le propinaba a Marie dando a entender que él le hacía un favor a la chica al estar con ella. No entendía como su hermana había sido capaz de enredarse con un joven como él. Lo único que la justificaba era la difícil situación que Marie había atravesado cuando sus padres se separaron y la dejaron en la calle, teniendo que apegarse a lo primero que se le acercara para sobrevivir.

Cuando Donovan se fue, ella llamó a Ethan para que regresara con su hermana. Al hacerlo, el sufrimiento de Marie estalló al darse cuenta que de verdad su novio se había ido.

Jessie tuvo que hacerse cargo de su llorosa hermana mientras Ethan se comunicaba con su cliente para pedirle nuevamente disculpas por lo ocurrido y notificarle que el lunes le llevaría al diario el recibo de la entrega y buscaría su paga. Aunque las chicas se habían encerrado en la habitación para sosegar el desconsuelo amoroso él no quería marcharse dejando a Jessie sola con aquel serio problema. Además, en su casa Gary y su esposa podrían estar acabando con sus cosas, no tenía ganas de enredarse en otra pelea de pareja.

Se sentó en el sofá, cansado. Al salir Jessie, él dormitaba. Ella se acurrucó a su lado, recibiendo un abrazo protector de parte de su novio y un beso en la cabeza.

—Perdón —masculló Jessie pegada a su pecho.
—Nada de lo ocurrido es tu culpa.
—Es mi hermana.
—Y tú, mi novia. Si a ti te afecta, a mí también.
Ella lo besó en los labios y se abrazó más a él, rogando porque al día siguiente pudiera resolver la situación de Marie antes de que el torbellino de la inestabilidad de la chica consumiera la vida que ella, con esfuerzo, había estado construyendo.
Esa noche se olvidaron de la cena que habían programado y decidieron quedarse allí y pedir pizza mientras vigilaban a Marie. Jessie tenía miedo de que su hermana, en un ataque de desesperación, cometiera alguna torpeza como en ocasiones solía hacer.

Capítulo 3.

Por culpa de los inconvenientes de la noche anterior, el domingo se convirtió un día pesado para Ethan, ya que no había descansado bien por ayudar a Jessie a mantener un ojo sobre Marie.

Como todos los días, la cafetería funcionaba, aunque cerraba más temprano, y era el único lugar donde podía trabajar en paz. En su casa estaba Gary, con sus quejas por la difícil situación de su matrimonio.

Se instaló en la trastienda con los libros de contabilidad. Tenía un atraso con el cierre de cuentas de enero, ya que febrero había comenzado con fuerza y no le daba respiro. Él estaba decidido a hacer crecer su cafetería, por eso no se rendía. Sin embargo, el tiempo no le era suficiente para realizar todo lo que quería, ni siquiera, para compartir un día de descanso con su novia acurrucados en la cama viendo una película o visitando algún sitio interesante.

Jessie, por su parte, tenía un calvario en su casa. Marie aún lloraba a mares por el abandono de Donovan y amenazaba con hacer alguna estupidez para recuperar a su novio, como arrastrarse frente a él suplicándole que volviera porque ella cambiaría su actitud o aceptar su propuesta de seguirlo a donde fuera sin importarle las consecuencias.

No permitiría que su hermana llevara a cabo algunas de esas ideas. Se esforzaría por hacerle entender que aquel chico nunca había sido el indicado, solo un medio para superar un trauma familiar. Que en realidad, no se quisieron, solo había sido un mecanismo para rebelarse porque no tenía ni los medios ni la valentía para hacerlo por su cuenta; pero Marie se la ponía difícil, porque hasta hablaba de suicidarse mientras berreaba tumbada en la cama, asegurando que su vida había terminado en el momento en que Donovan cruzó la puerta del departamento para no regresar jamás.

En la cafetería, Ethan trabajaba sin descanso, sacando decenas de cuentas y ordenando facturas. Su teléfono no paraba de repicar, ya fuera por mensajes de texto o llamadas. Él verificaba el número respondiendo solo a Jessie, a su contador o algún cliente o proveedor importante, pero la mayoría eran de su abuela.

En la mañana había hablado con ella intentando explicarle con sutileza por qué aún su novia no había quedado embarazada y por qué faltaba mucho para que lo estuviera. No había forma de hacerle

entender a la mujer que ellos habían iniciado hacía poco una relación, estaban conociéndose y cimentando su noviazgo, que ambos tenían proyectos a nivel laboral y luchaban por sacarlos adelante. Un hijo los detendría en ese momento, porque el niño necesitaba de atención exclusiva de sus padres y eso no podían ofrecérselo por culpa de inconvenientes familiares y sobrecarga de trabajo.

Los últimos mensajes de su abuela eran para consultarle sobre el epitafio ideal para su lápida, dándole a entender que su muerte estaba cerca y se iría sin disfrutar de un bisnieto de su parte. Ante aquellos mensajes fatalistas, él no tuvo otra opción que responderle: «No existe ninguna frase corta que pueda describirte. Una lápida no sería suficiente». Su abuela, en vez de conmoverse por aquel bello mensaje, enseguida lo llamó para retarlo.

—¿Quieres que me muera? ¿Ya estás calculando cuántas lápidas tendré sobre mi tumba?

Ethan respiró hondo ante el arranque de su abuela.

—Te amo, preciosa, y nunca he pensado en tu muerte. Eres tú quien está hablando de lápidas y epitafios.

—Me queda poco tiempo y tú no quieres darme un bisnieto.

—Es muy pronto para tenerlo. Jessie y yo solo hemos compartido un par de meses, ni siquiera he podido llevarla a Nueva Jersey para que la conozcas.

—Antes se acordaban matrimonios sin que la pareja se conociera y hubieron familias muy fuertes.

—No lo dudo, pero ahora es distinto —respondió con resignación y sin dejar de ordenar facturas por su fecha.

—Ella no quiere tener hijos, ¿cierto? Tendré que hablar con esa chica. Gary me dio su número de teléfono.

Ethan se alarmó.

—Abuela, Jessie ahora tiene situaciones serias qué resolver. No te pongas insistente. Cuando pueda, iremos a Nueva Jersey y conversamos sobre el tema —dijo irritado y trató de introducir las facturas, ya ordenadas, en el sobre que correspondían, pero le fue difícil y algunas cayeron al piso. Él gruñó con enfado.

—Ahora ella es mi nieta y debe saber que estoy por morir.

Por estar ocupado en recoger del suelo una factura que había caído bajo la mesa, Ethan no logró responder a tiempo a su abuela, así que la mujer cortó la llamada sin despedirse. Él pensó que lo hacía para comunicarse con Jessie, exigiéndole una respuesta por su tardanza en quedar embaraza, debía advertirle.

Gruñó de nuevo por Gary, por ser tan imprudente de facilitarle el número de teléfono de su novia a su sofocante abuela, y quiso levantarse para llamar enseguida a Jessie sin considerar que aún la

mesa estaba encima de él dándose un buen golpe en la cabeza que lo hizo maldecir por el dolor.

En el departamento, Jessie preparaba las comidas que serían su almuerzo y cena durante la dura semana de trabajo que se le venía encima, como guisos de carne, ñoquis de espinaca y lasaña de berenjenas. Luego las congelaría. Marie iba de un lado a otro estrujando las manos entre sí con la vista fija en el suelo, nerviosa, tratando de elucubrar una idea que la ayudara a recuperar a su novio.

—Tiene que estar donde su amigo, no tiene dinero para irse a otro lado.

Jessie suspiró hondo sin dejar de atender la preparación de la comida.

—No tiene dinero para nada, Marie, ni siquiera para mantenerse aquí, en mi departamento.

—Él tiene un proyecto. Es importante y muy efectivo. Solo… ha sido difícil ponerlo en marcha porque no consigue un trabajo estable que lo ayude a cubrir los gastos iniciales.

Jessie resopló con cansancio.

—Marie —llamó su atención, girándose hacia la chica para que la mirara a la cara. A su edad, su hermana no tenía ningún tipo de visión de futuro, solo quería estar con su novio—. En el edificio de la revista hay un centro de atención telefónica donde siempre buscan gente para trabajar. Le ofrecía a Donovan conseguirle una entrevista, pero no quiso.

—¿Un centro de atención telefónica? En esos lugares explotan a la gente.

—¡Es un trabajo estable! Es poco, pero de alguna manera tiene que empezar. Además, también le ofrecí interceder por él en la empresa de vigilancia que dirige el sobrino de mi jefe y en el almacén de la fábrica de papel que surte a la revista para que lo contraten como ayudante. Tengo los contactos, pero Donovan se niega porque dice que no les gusta.

—Es que no son trabajos ideales, él espera algo mejor.

—Donovan no tiene referencias para un trabajo ideal. Nunca ha hecho nada, solo vivir de sus padres hasta que se atrevió a irse contigo a California.

Marie la observó con altanería.

—¿Me echas en cara que mi novio aún es un don nadie y el tuyo todo un empresario?

—Yo no he mencionado a Ethan en esta conversación —respondió ofuscada.

—¡¿Y qué faltó para hacerlo?!

Jessie se sostuvo la cabeza con ambas manos al sentirse saturada

por la terquedad de aquella chica, que parecía muda a cualquier razonamiento. Marie rugió indignada por la reacción de su hermana y se marchó a su habitación refunfuñando.

Al quedar sola, Jessie no tuvo otra opción que respirar hondo y continuar con su tarea. Luego de superar la problemática con sus padres meses atrás no pensó que le caería encima el conflicto de su hermana. Quería ayudarla, pero no podía ser su madre, eso era algo que la joven no entendía.

Era evidente que debía dedicar un gran tiempo a hacérselo comprender.

Pensaba en eso cuando recibió una llamada de Ethan. Saber de él la hizo olvidar por un momento su problema.

—Amor, ¿cómo estás?

—Adolorido —se quejó.

Ella arrugó el ceño al escucharlo maldecir por lo bajo. Ethan nunca maldecía, a menos que los inconvenientes lo asfixiaran.

—¿Qué pasó?

—Olvídalo, es una tontería. Te llamo para advertirte que mi abuela va a llamarte.

—¿Tú abuela? ¿Por qué? —consultó extrañada mientras terminaba de armar la lasaña de berenjena y vegetales que luego introduciría en el horno.

—Está ansiosa porque le dé un bisnieto y como me niego, piensa que es porque tú no lo quieres.

Aquello congeló la sangre de Jessie. ¿Hijos? ¿No era muy pronto para hablar de eso?

—¿Y… qué le digo?

—No sé, inventa algo. Gary le dio tu número —explicó entre quejidos de dolor—. Mi abuela es muy insistente cuando se lo propone y desde hace dos años dice que su muerte está cerca y debemos complacerla en todo.

Ella resopló, aún inquieta por el tema de los hijos.

—Mi tía abuela estuvo así por más de una década.

—Solo… síguele la corriente. Luego, yo me encargo.

—Sí, imagínate. Un hijo —expresó esforzándose por sonar divertida, cuando en realidad, la idea la asustaba.

—Ese es un tema imposible ahora, pero mi abuela no lo entiende. Yo solo quiero enfocarme en mi negocio.

Aunque ella también estaba enfocada en sacar adelante su carrera, por alguna razón las palabras de él le resultaron amargas. Ethan no pensaba en la relación de ambos, sino solo en su cafetería.

—Claro… tu negocio. Y yo en mi ascenso —dijo con inseguridad. Un vacío se le acentuó en el pecho, haciéndola sentir abandonada.

—Exacto, ambos necesitamos estabilidad. Los niños no están dentro de mis proyectos. Por favor, síguele la corriente a mi abuela e invéntale algo, o te atormentará con ese tema por toda la eternidad. Yo… Ahhh… —se quejó. Había entrado al baño para revisarse la cabeza y verificar si tenía una herida, pero no veía nada, aunque sentía dolor al tocarse el área golpeada. Jessie pensó que el lamento era por la situación de su abuela y no por una magulladura, eso la lastimó aún más—. Yo ahora no puedo pensar en nada. Debo terminar de ordenar estas facturas porque en unas horas vendrá el contador a buscarlas. Te llamo luego, amor.

—Está bien. Espero te rinda el día —se despidió para terminar la llamada. No quería seguir hablando con él.

«Los niños no están dentro de mis proyectos». Aunque en ese momento de su vida los niños no estaban dentro de sus aspiraciones, quizás en un futuro sí lo estuvieran. Le hacía un gran daño saber que Ethan no los quería, eso la hacía pensar que tampoco deseaba una estabilidad con ella más allá de las citas que les permitieran compartir y disfrutar del sexo.

Tuvo que dejar lo que hacía para sentarse en una silla y pensar en aquella situación, porque eso la deprimía.

Capítulo 4.

La mañana del lunes, Jessie terminaba de alistarse para ir al trabajo cuando recibió una visita. Gruñó por lo bajo mientras abría la puerta, tenía los minutos contados para llegar a la revista. Una fuerte discusión con Marie, quien seguía derrumbada en la cama llorando sus pérdidas, le robó un tiempo valioso.

Al abrir se sorprendió al ver a la esposa de Gary parada frente a su puerta, con una expresión severa en el rostro y los labios apretados.

—¿Podemos hablar?

La chica asintió algo intimidada y se apartó para dejarla entrar. La mujer observó con detalle la sala, como si buscara en los rincones indicios del engaño de su marido.

—Será rápida mi visita —dijo encarándola. A pesar de que su postura indicaba enojo, sus ojos se notaban empañados con lágrimas. Era evidente que hacía un gran esfuerzo para mantenerse erguida—. Solo quiero saber si lo tuyo con Gary es serio.

Jessie empalideció un instante, pero casi enseguida se encendió por la rabia y la frustración.

—Gary es mi cuñado, no mi amante —reveló, apoyando las manos en las caderas.

La mujer la observó impactada. Quizás la fotografía que había encontrado de ella en la sala del departamento de Ethan y una tarjeta de presentación con su dirección le pertenecían a su cuñado y no a su esposo.

—¿Gary es…?

Jessie resopló y miró su reloj de pulsera. Debía irse ya o llegaría tarde y tenía una reunión importante a primera hora.

—¿Ethan no te lo dijo? Soy su novia desde hace dos meses.

Por un instante hubo silencio hasta que la mujer pudo reaccionar. Había quedado en shock.

—Nunca me habló de ti. Ni siquiera sabía que tenía novia.

—Pues, lo siento —expresó molesta—. Tengo que ir a trabajar. Voy tarde. Habla con Gary o con Ethan. Yo no puedo ayudarte.

Luego de otro incómodo silencio, la mujer se marchó ahora de hombros caídos. Jessie cerró la puerta y respiró hondo para serenarse, controlando el ciclón de rabias que la había invadido.

Fue a su habitación en busca de su cartera y de su abrigo, al salir, pasó por el dormitorio de Marie para despedirse, pero se sorprendió al no hallar a la chica en su cama.

—Maldita sea —masculló saliendo del departamento y sacando su teléfono móvil para intentar comunicarse con ella. Estaba segura de que cometería una locura.

Ethan aparcó el auto a varias calles de distancia de la cafetería. Una de sus metas más próximas sería encontrar un lugar para estacionar cerca de su negocio. Caminó con premura, como era habitual en esa ciudad, mientras pensaba en todos los asuntos que tenía pendientes para ese día.

Su teléfono móvil sonó interrumpiendo el orden de su agenda mental. Escuchó el tono que había elegido para indicar que su novia lo llamaba: *Make love to me* de Luke James, por eso atendió enseguida.

—Amor.

—Ethan, tengo un problema grave.

—¿Qué ocurre? —preguntó preocupado, volviendo más lentos sus pasos.

—Marie está en la estación de buses pretendiendo ir a California, detrás de Donovan. Se enteró de que él había conseguido el dinero para regresar y utilizará sus pocos ahorros para seguirlo.

—¿Qué? —indagó, deteniéndose. Su ceño se apretó por la irritación.

—Necesito evitar que se marche o cometerá un gran error, pero en la oficina me esperan. Si no voy, pondré en riesgo mi ascenso. Tienes que ir por ella.

—Nena, el contador llegará en media hora a la cafetería para finalizar el cierre de cuentas. Tenemos que hacer eso hoy o nos multarán —explicó, comprimiendo el rostro en una mueca.

—¡Serán solo unos minutos! —pidió alterada—. Llévala al departamento, yo me encargaré al salir de la reunión.

—¿Y si no quiere ir? ¿O va conmigo y después quiere marcharse de nuevo? ¡No puedo quedarme con ella!

—Por favor, ¡será solo un instante! Hablaré con mi jefe para salir luego de presentar mi propuesta.

Ethan masculló una maldición en silencio y apretó el puño de su mano libre para controlar la rabia. No podía decirle que no. Cuando él necesitaba de su novia, Jessie acudía en su auxilio sin poner trabas.

—Está bien. Iré —claudicó resignado, tragándose su irritación.

Ella le agradeció de manera romántica antes de terminar la llamada y corrió a su trabajo. Ethan respiró hondo y apretó la mandíbula con furia antes de regresar a su auto e ir a la estación de buses en busca de su explosiva cuñada.

La halló haciendo fila para comprar un boleto a California para esa noche, al tiempo que coqueteaba con un moreno de facciones

árabes. El chico se despidió de ella con un beso en la mejilla cuando él apareció, dejándole la vía libre a Ethan para convencer a la joven de regresar antes de que el contador llegara a la cafetería.

Le costó más de media hora persuadirla de que aquel viaje no ayudaría a que recuperara el amor de Donovan, sino que lo alejaría más de su lado. Él necesitaba tiempo y espacio, y ella también. Era momento de que ambos pensaran lo que querían antes de forzar una relación que por ahora, no tenía ningún futuro.

La llevó al departamento de Jessie y tuvo que escuchar los llantos y lamentos de la joven por otra media hora mientras le preparaba un café y se comunicaba con su contador vía mensajes de texto.

Al llegar su novia, Marie estaba hecha un ovillo en el sofá, con la cabeza recostada en las piernas de él y gimiendo recuerdos románticos que Donovan y ella habían vivido en California.

Jessie se disculpó con Ethan y le dio un beso en los labios antes de llevar a su hermana arrastras a la habitación. Él ordenó y limpió la cocina mientras estuvo solo, al salir Jessie, se abrazaron con fuerza, como si llevaran semanas sin hacerlo.

—Gracias —masculló ella pegada al pecho del hombre.

—Tranquila —dijo y le besó la cabeza para luego separarse—. Tengo que irme, el contador lleva bastante tiempo esperándome en la cafetería.

—Lo siento.

Él suspiró y apretó los labios mirándola a los ojos.

—No puedes hacerte cargo de Marie. Tienes que dejar que aprenda de sus propias experiencias.

—Si puedo evitar que cometa un error, lo haré.

—No vas a estar siempre. Apenas le des la espalda, escapara. Está decidida a ir por Donovan, me lo ha dicho.

Jessie se cruzó de brazos mostrándose enfadada.

—La convenceré de que él no la quiere.

Ethan negó con la cabeza.

—Eso será contraproducente. Es como una niña, si le niegas algo, se aferrará a eso.

—Tomaré el riesgo —pronunció con seguridad.

Ethan volvió a suspirar mientras salía a la sala en busca de su chaqueta. Ella lo siguió.

—Creo que será un error, pero es tu decisión. —Se giró hacia su novia para darle un beso en la frente—. Solo intenta que no te afecte.

Luego de decir aquello, se dirigió a la puerta para marcharse.

—¿Nos veremos esta noche? —quiso saber Jessie, sintiendo un vacío en su pecho.

—No sé, te llamaré. Debo visitar a varios clientes que quieren contratar el servicio de cáterin y el cocinero desea que pruebe unos postres nuevos. Hoy estoy hasta el tope y ya voy con retraso.

—Lo siento —repitió, observándolo con melancolía.

—Te llamaré apenas pueda —aseguró Ethan al abrir la puerta y le guiñó un ojo antes de marcharse.

Ella quedó parada en medio de la sala. Una sensación de pérdida se esparció por su organismo.

Capítulo 5.

La mañana del martes, Jessie pudo pasar por la cafetería antes de ir a su trabajo. Ethan y Gary se hallaban al frente de las labores, controlando que nada faltara y que todo funcionara a la perfección.

La pareja se fue a la trastienda para estar un rato a solas y conversar, aprovechando la soledad para abrazarse y besarse, pero, la llegada de un cliente los interrumpió.

Al día siguiente, Ethan debía atender el cáterin de la fiesta de despedida de soltera de la hija de un congresista. El evento lo ayudaría a entrar en los gustos exclusivos de la alta sociedad de Brooklyn. La presión porque todo saliera perfecto era inmensa. Los nervios ese día lo tenían algo desequilibrado.

La prima de la agasajada había ido con una amiga para finiquitar los detalles, además de hacer otras exigencias. Entre ellas, solicitar que Ethan se encargara de la decoración del Candy Bar donde se ubicarían los postres porque ellas estaban saturadas. Explicó que el salón estaría ataviado con colores rojos, negro y blanco, y que utilizarían globos dorados con forma de besos para el escenario donde estaría el grupo musical. Ethan casi entra en shock, pero la prima lo calmaba con caricias en el pecho y con sonrisas sugerentes. Sabía muy bien como manipular a un hombre con sus encantos para obligarlo a aceptar sus caprichos.

A Jessie los celos estuvieron a punto de hacerla enloquecer, pero se controló lo mejor que pudo. Por la postura tensa de ella, Ethan pudo darse cuenta de lo incómodo de la situación, así que se esforzó por alejarse un poco de la clienta sin incordiarla. No deseaba perder el contrato, pero tampoco, a su novia.

Para desembarazarse de aquel inconveniente, le propuso a Jessie que ella se encargara de la elaboración de los artes para el Candy Bar. Su experiencia en diseño gráfico la hacía idónea para ese trabajo. Con eso obligaba a la clienta a alejar sus manos de él y le explicara a Jessie sus ideas antes de que lo metiera en un problema serio.

Gary observaba todo sin atreverse a intervenir, ya que su situación marital estaba muy comprometida y eso lo había vuelto precavido.

Al marcharse la mujer, satisfecha por haber logrado que ellos le quitaran una carga de encima a un precio asequible, Jessie recogió sus pertenencias y se despidió porque debía ir a trabajar. Ethan le rogó que se quedara unos minutos, sabía que la chica había

quedado resentida por lo sucedido con la clienta, pero la joven ya se estaba sintiendo muy incómoda por todos los inconvenientes que habían tenido que atravesar esos días y la empujaban a reflexionar sobre su relación.

Además, no se sentía de ánimos para los besos y los abrazos cuando ambos estaban hasta el límite con sus responsabilidades.

Luego de una despedida tensa, Jessie se marchó, dejando a Ethan con un dolor en el pecho que no comprendía y que lo ponía aún más nervioso.

En la revista, la chica no deja de pensar en su novio, en lo lejano que lo sentía por culpa del trabajo, en su negativa a estabilizarse y a tener hijos y en el coqueteo descarado de aquella mujer. Jessie era consciente de que él era un hombre atractivo y exitoso, era de esperarse que otras mujeres pusieran sus ojos en él, así como ella lo había hecho. Su tranquilidad radicaba en que la atención del hombre se hallaba sobre su persona, pero… ¿qué tan fuertes eran los lazos que los unían?

Sabía que era muy pronto para evaluar sentimientos, sin embargo, para ella esa relación era de gran importancia. Lo amaba, de eso estaba segura, y quería compartir con él mucho más. Deseaba disfrutar de la vida a su lado, ir al cine, a fiestas y pasear por la naturaleza de su mano; viajar y emprender nuevos proyectos teniéndolo de cómplice, hacer locuras juntos y que él fuera el primero al que llamara para celebrar sus éxitos, pues su voz era su fortaleza, sus caricias su consuelo y sus besos la energía que reactivaba sus emociones y la hacía sentirse indetenible.

La posibilidad de perderlo la llenaba de amargura y le restaba todo el ánimo.

Apoyó los codos en su mesa de trabajo y ancló su cabeza entre sus manos. Lucharía por retenerlo, pero debía ser consciente de que, si no estaban destinados para estar juntos, ella no podía dejarse llevar por la depresión como le ocurrió en Navidad con la separación de sus padres. Tenía que aprender de sus errores. Sin embargo, la idea de no tenerlo le habría un hoyo profundo en el estómago que le producía arcadas.

Para evitar dejarse llevar por pensamientos nefastos, se levantó de su silla y fue al área de archivo a buscar un material que había mandado a imprimir para llevarse a casa. Allí se topó con Oswald, uno de los redactores de la revista que buscaba una edición antigua que le serviría como documentación para uno de sus artículos. Se trataba de un chico alto y delgado, de cejas pobladas y grandes anteojos de pasta, que había entrado a trabajar en ese lugar meses atrás y desde esa ocasión flirteaba con ella esperando conquistarla algún día. Aunque el joven era atractivo, resultaba muy insistente

para su gusto.

—¿Cansada? —preguntó él al verla llegar con rostro atribulado.

—Un poco.

—Deberías darte un respiro después del trabajo. ¿Te gustaría ir conmigo por un café? Hay una cafetería muy popular a unas cuadras de distancia, cerca de la parada de bus. Si te animas, podríamos ir y comernos una red velvet cheesecake. Dicen que son buenas.

—Sí, son buenas —aseguró con nostalgia y sonrió ante la absurda posibilidad de ir a una cita con otro hombre a la cafetería de su novio.

—¿Las has probado? Yo no he podido ir, pero espero hacerlo pronto. ¿Me acompañarías?

Jessie aumentó la sonrisa y estuvo a punto de decirle que aquel negocio era de su novio, pero no se animó a dar demasiadas explicaciones.

—No soy una chica de dulces —fue su justificación y pidió a la encargada lo que había ido a buscar.

—Entonces, podemos ir a comer una hamburguesa, o una ensalada en un restaurante, o quizás, comida china. ¿Te gusta la comida china? —Ella negó con la cabeza, mintiendo, solo quería que él dejara el tema—. ¡Ya sé! Te gusta la pizza —aseguró con una sonrisa. Jessie le sonrió de vuelta, asumiéndolo él como un sí. Al verla recibir su material y marcharse, tomó el suyo que estaba sobre el mesón y fue tras ella—. ¿Qué prefieres, pizza vegetariana o de carne?

La joven respiró hondo mientras caminaba a su oficina. El acoso del chico la irritaba, pero eso le trajo a la mente el acoso de la mujer que organizaba la despedida de soltera con Ethan. Su novio, a pesar de que estaba frente a ella, no le hizo ningún desaire a su clienta, nunca reveló que su novia estaba cerca, resolvió el asunto dejando la puerta abierta, para que pudiera ser cruzada en otra oportunidad.

Eso le hizo crepitar en su interior la rabia. Se detuvo girándose hacia Oswald, haciendo que el chico frenara de forma repentina para no chocar con ella.

—Me gustan las pizzas con pepperoni, son mis favoritas; pero ahora estoy recargada de trabajo, tal vez, otro día —expresó guiándole un ojo.

Oswald quedó mudo mientras la veía alejarse contoneando las caderas con sensualidad. Su corazón se propulsó en su pecho como si fuera una campana de bomberos.

Lo rechazó, pero dejó abierta esa puerta.

Capítulo 6.

Al terminar la jornada, Oswald fue a la oficina de Jessie para intentar convencerla de que compartieran un café, estaba ansioso por saber que tan abierta había quedado aquella puerta para él, pero la chica ya se había marchado. Comprimió el rostro en una mueca de insatisfacción antes de regresar a su cubículo de hombros caídos.

Jessie salió del ascensor y buscó entre los autos aparcados en el estacionamiento interno del edificio el de Ethan. Él la esperaba escuchando música. Al verla caminar hacia su auto, bajó para recibirla dándole un beso en los labios.

A diferencia de otras ocasiones, aquel beso lo sintió frío, sin emoción. Él se notaba cansado, con su cabeza puesta en otros temas. Luego de eso, ella rodeó el vehículo para subir al asiento del acompañante, muy seria, postura que a Ethan le daba a entender que ocurría algo.

Después de ocupar cada uno su puesto y poner el vehículo en marcha para salir del edificio, él bajó el volumen de la música y se atrevió a buscar conversación. Jessie miraba con melancolía la vía, una actitud poco usual en ella.

—¿Todo bien?

—Sí —respondió sin más, haciendo que él arrugara el ceño.

—¿Estás recargada de trabajo? Puedo buscar a otro diseñador para que haga el arte para la despedida de soltera.

Ella respiró con desazón, viniéndole a la mente la prima de la agasajada que además de pasteles, buscaba algo más con su novio.

—Ese encargo no es gran cosa, solo poner unos cuantos besos en un papel y elegir una letra sugestiva.

Hubo un instante de silencio.

—Para mí sí es gran cosa —replicó él con seriedad—. La buena calidad y la apariencia elegante de ese pedido serán clave para introducirme en la vida social de la ciudad.

Jessie respiró hondo, arrepentida por sus palabras poco delicadas.

—Disculpa, no quise decir que…

—¿Qué pasa? —pidió. Ella apretó la mandíbula con enfado—. No saliste tensa del trabajo por una tarea adicional que tengas pendiente. Te conozco.

—Solo estoy un poco cansada por asuntos personales.

—Nuestra relación es un asunto personal —alegó, preocupado.

La gran cantidad de trabajo que había asumido esos días lo tenía tan distraído que no había analizado las emociones de su novia.

Ella se mordió los labios al saberse descubierta.

—Es Marie —dijo como excusa, siendo en parte, sincera—. El tema de Marie me agota.

Ethan reflexionó su respuesta. Aunque sabía que podía ser cierta, sentía que faltaba algo a esa confesión.

—¿Por qué no le recomiendas que pase una temporada con tu madre en Maryland, o con tu padre? Si ella no tiene dinero para el viaje puedo ayudarte a cubrirlo. Como un préstamo —agregó enseguida eso último al recibir la mirada casi indignada de la chica.

A Jessie le molestaba que otros pretendieran solventar sus problemas financieros. Esa había sido una de las líneas que delimitaban su relación.

—Sería una locura. Marie solo iría con reproches y ellos estarían a cada segundo en contacto conmigo para que los ayude a resolver sus diferencias con ella. Ninguno ha podido superar las rabias que les dejó el divorcio.

—Por esa razón debes convencerla de ir y desconectarte de ellos —aportó él sin dejar de atender la vía—. Marie reaccionó de manera dramática con Donovan porque tiene miedo a quedarse sola, no porque lo ame. Ella tiene que crecer y aprender a vivir consigo misma, sin depender de otros, pero no podrá hacerlo si no cierra primero sus heridas. Tú no puedes ayudarla a superar sus obstáculos, lo que haces es desgastarte y ella seguirá igual. Y en cuanto a tus padres… —Ethan calló un instante para pensar bien sus palabras. Aunque le molestaba la forma en que ellos agobiaban a Jessie para empujarla a resolver sus problemas, no podía intervenir. Quién debía poner límites era su novia, pero para eso ella debía comprender el error que cometían—. Ya pasaste por esa situación hace dos meses. Creo que sabes cómo detenerlos.

Jessie respiró hondo agobiada por el tema. Sin embargo, debía reconocer que él tenía mucha razón. Si le daba más largas a ese asunto terminaría convirtiéndose en un conflicto serio.

Al llegar a su edificio, Ethan estacionó en la entrada y esperó a que ella bajara sin apagar el motor.

—¿No subirás? —preguntó Jessie con extrañeza y angustia. Él siempre se quedaba unas horas luego de llevarla a su casa. Cenaban juntos y tenían algo de sexo y charla antes de que se fuera, pero ese día parecía poco dispuesto.

—Debo ir a la cafetería —confesó Ethan con desagrado—. Esta noche terminaremos los pasteles para decorarlos en la mañana. No quiero dejar a los empleados solos, ya les exijo mucho al hacerlos trabajar horas extras.

—¿Y Gary?

—Irá a su casa para conversar con su esposa. Hay problemas con sus hijos. No es nada serio, pero si no lo atienden ahora, las cosas se complicaran.

A Jessie le molestó que Gary pudiera hacerse cargo de su vida familiar mientras Ethan realizaba todos los sacrificios posibles para mantener activo el negocio de ambos. A su parecer, no había equilibrio, pero no opinó porque sentía que no tenía autoridad para hacerlo. Él ni siquiera la había presentado a su familia, era una extraña.

—Quédate solo unos minutos —pidió, con el corazón estrujado en el pecho.

No deseaba que se fuera, comenzaba a sentirlo lejano. Más aun sabiendo que él dejaba abiertas otras puertas y no cerraba la suya.

—Jessie…

—No te robaré mucho tiempo —interrumpió, casi rayando en la desesperación.

Ethan respiró hondo, incómodo por aquella situación. Quería complacerla, pero en la cafetería requerían de su presencia para que todo marchara sin errores ni dilataciones. Sin embargo, al verla a los ojos y descubrir en sus pupilas el brillo del deseo, sus venas se encendieron.

Era consciente de que en ese momento su novia lo necesitaba y él la estaba dejando de lado por sus responsabilidades. Dedicarle aunque fuese una hora no afectaría su desempeño, al contrario, uniría más los lazos que los ataban aumentando sus fortalezas.

La amaba, y el amor que ella le dedicaba era como gasolina para sus motores.

—Está bien, me quedaré una hora.

Ambos sonrieron, llenos de ilusión y alegrías. Se besaron con ansiedad antes de que él apagara el motor y salieran del auto. Mientras subían a su piso, compartieron caricias y besos apasionados. Antes de que ella pudiera abrir la puerta del departamento, él la pegó contra la pared e introdujo una mano por debajo de la falda para acariciarle el muslo hasta llegar a la nalga, que apretó con deseo. Hacía todo eso sin dejar de devorar su cuello con besos y mordiscos.

Jessie gemía con los ojos embriagados por la pasión y con mano temblorosa sacó la llave de su cartera. Quería entrar rápido o Ethan la desnudaría en el pasillo, donde estaban a la vista de los vecinos.

Pasaron a trompicones a la sala oscura, arrebatados por la lujuria que sus caricias salvajes les producía. Él tomó la liga de la tanga y quiso bajarla con rapidez para tener acceso libre a su sexo, pero el sonido de unos jadeos sonoros y el grito de Jessie lo detuvo,

obligándolo a repasar asustado la habitación.

Marie se hallaba desnuda, cabalgando con energía a un sujeto que también se encontraba desnudo y acostado sobre el sofá. Era el moreno de facciones árabes con quien la chica había estado hablando mientras hacía fila en la terminal de buses para comprar un boleto a California.

—¡¿Qué demonios haces?! —gritó Jessie, hecha una caldera a punto de estallar por la furia.

Marie tomó su blusa del suelo y bajó del hombre cubriéndose con ella la desnudez.

—¡¿Qué haces aquí?! —indagó Marie, alarmada.

—¡Es mi casa!

—¡Pensé que te quedarías esta noche con Ethan!

El aludido no podía sentirse más abochornado. Les dio la espalda para no mirar como el joven se ponía de pie y se vestía a toda prisa mientras las mujeres discutían.

—¡¿Quién es él?! —quiso saber Jessie, aún alterada.

—Es…

—Malik —respondió el chico con nerviosismo y cerrándose la cremallera del pantalón.

El rostro de Jessie estaba a punto de ponerse azul por la cantidad de ira que tenía acumulada. Ethan se acercó a ella para calmarla, evitando mirar hacia Marie que comenzaba a ponerse la blusa con torpeza.

—Amor, deja que él se vaya y luego hablan.

Las lágrimas humedecieron el rostro de Jessie, que estaba saturado por la indignación.

—¿Qué hace él aquí? ¿Cómo fuiste capaz de meter a un extraño a mi casa?

—Es un amigo —alegó Marie nerviosa, viendo como el joven Malik tomaba sus zapatos y salía a las carreras de la casa mientras terminaba de ponerse la camisa—. ¡No te vayas así! —trató de detenerlo, pero él abrió la puerta y escapó de aquella situación incómoda.

—¿Qué no se vaya? Tiene que irse, esto no es un hotel —apuntó Jessie, logrando que Marie la mirara con furia, aún semi desnuda.

—Yo estoy viviendo aquí.

—No. Tú te estás hospedando aquí. Esta no es tu casa —aclaró con enfado. Marie se mostró impactada.

—¡Eres una egoísta! —gritó y se marchó a su habitación con porte de reina sin importarle que de la cintura para abajo no llevaba nada puesto.

Jessie no podía respirar con normalidad por la cólera que le recorría las venas. Sus manos temblaban y sus ojos estaban

anegados con lágrimas amargas.

—¿La escuchaste? —dijo hacia Ethan— ¡Me llamó egoísta!

—Tranquila. Respira hondo —pidió él, e intentó abrazarla, pero ella se apartó para ir tras su hermana y continuar con la discusión —. Jessie…

—¡Ve a la cafetería! —fue su respuesta mientras caminaba hacia el pasillo de las habitaciones, dándole la espalda.

Ethan maldijo por lo bajo y se pasó una mano por el cabello con inquietud. Estuvo un instante parado en aquel lugar sin saber qué hacer, preocupado por la forma en que podría terminar ese problema, pero cuando comenzaron a resonar los gritos producto del debate entre hermanas, su teléfono empezó a repicar anunciándole la llegada de mensajes de texto. Se trataba de Theresa, solicitando su pronta presencia en la cafetería para solventar una situación.

En medio de un suspiro, y con inseguridad, salió del departamento. Por ahora, allí él estaba sobrando. Lo mejor era dejarlas resolver sus diferencias, luego regresaría para darle apoyo a su novia.

Tenía sus propios asuntos delicados que solucionar.

Capítulo 7.

La noche anterior había sido dura para ambos. Jessie casi no pudo dormir luego de la discusión con su hermana, estaba dispuesta a ayudarla, pero no podía aceptar que transformara su departamento en un motel de carretera.

Las emociones de Marie eran muy inestables. No sabía si amaba u odiaba, si sentía miedo o inseguridad, ni siquiera era consciente de lo que deseaba en la vida y, aunque Jessie se enfocara en servirle de guía, la chica debía superar muchos traumas y ella no tenía suficiente tiempo para dedicárselo.

Pensar en la situación de su hermana le impidió que se ocupara de otras cosas, por eso le costó culminar el diseño del arte para la fiesta de despedida de soltera. Estuvo casi toda la noche frente al computador, en una batalla campal con el programa de diseño. A pesar de ser un trabajo de poca exigencia le consumió muchas horas, al final, no quedó satisfecha con el resultado, pero Ethan le había asegurado que había quedado genial cuando ella se lo consultó por Whatsapp.

Él también estuvo casi toda la noche apoyando a los empleados con la preparación de los pasteles, luego, conversando por videollamada con la joven que realizaba los artilugios en madera para el Candy Bar. Le fue imposible regresar con Jessie, aunque se sintió tranquilo de que la pelea con Marie no había terminado en más dramas.

A primera hora de la mañana, Jessie le envió por correo electrónico el diseño final de los artes, algo frustrada por no haber dado más de sí. Ethan quería animarla de alguna manera, estaba inquieto por todos los problemas que de nuevo los arropaban. Sabía lo que le sucedía a su novia cuando las complicaciones la asfixiaban demasiado: se dejaba llevar por la depresión.

Ya habían atravesado una crisis por culpa de los inconvenientes, no deseaba que aquello se repitiera.

Conversaron por teléfono y se citaron para esa noche, así compartían una cenaban juntos mientras hablaban de los conflictos que los agobiaban. Ambos necesitaban sacar de adentro sus frustraciones. Luego le prometió que la llevaría a bailar, así expulsaban energías y podrían sentirse más livianos. Finalmente, y si sus departamentos estaban ocupados por sus inquilinos imprevistos, se irían a un hotel. Le dejó en claro que esa noche dormiría entre sus brazos y que su cara sería lo primero que viera al

despertar. Necesitaba embriagarse de ella.

Se despidieron de manera romántica antes de enfrentar el duro día que tenían por delante. Ethan debía imprimir los artes, recibir los artilugios del Candy Bar y supervisar la decoración final de los pasteles, además, asegurarse del correcto funcionamiento de la cafetería.

Aunque Gary lo acompañaba, anímicamente su hermano parecía vagar por otros rumbos. Su postura derrotada y silenciosa intimidaba a todos. Hasta los empleados evitaban acercarse para no incordiarlo, dejando más carga sobre los hombros de Ethan, que ese día estaba saturado.

Durante la tarde se ocupó de realizar todas las entregas, evaluando con ojo clínico el pedido. La calidad y buen servicio le aportaría unos beneficios insuperables. Cuando creyó que todo estaba listo y que podía encargarse únicamente de la cafetería antes de su cita con su novia, lo llamaron del evento rogándole por unos postres fríos adicionales. La cantidad de invitados aumentó a última hora y sus productos serían los más apreciados. Eso, en parte, lo llenó de alegrías.

A pesar de que aquello le costaría un esfuerzo extremo, lo conversó con el cocinero y este aceptó el reto. Tenían los recursos y Theresa se ocupó en distribuir el personal para que todas las tareas se cumplieran, tanto la preparación de los postres, como la atención de la cafetería en horas de mayor proliferación de clientes.

Ethan estaba animado. Aquel inconveniente podría significar un gran peso en su causa de dar más visibilidad a su nuevo emprendimiento. Se ocupó de que todo quedara perfecto, incluso, mejor que el pedido inicial. Hasta decidió adicionar unos pasteles exclusivos que ya tenían listos como premio por la confianza.

Para garantizar que el trabajo no sufriera ningún fallo, fue en persona a entregarlo. Era de noche y, evitando fallarle a Jessie, había acordado con la chica encontrarse en las afueras del lugar donde se llevaba a cabo el evento, así, luego de culminar la negociación, juntos se irían a su cita.

La joven aceptó y quedaron en verse a la salida, pero cuando Ethan llegó al lugar, descubrió que la fiesta era a todo dar y hasta la televisión local se hallaba en los alrededores registrando los hechos. Los invitados formaban parte del círculo social más exclusivo de la ciudad y el ajetreo era tal, que aquello parecía una locura. Le indicaron que llevara los pasteles a la cocina porque el resto del personal estaba ocupado, así que no tuvo otra opción y, con ayuda de un joven empleado, hizo entrar el pedido.

Para recibir la paga debía esperar a la organizadora de la fiesta, la prima de la agasajada, quien tardó más de un cuarto de hora en

atenderlo, obligándolo a permanecer dentro de aquella cocina abarrotada mirando su reloj de muñeca con ansiedad. Jessie debía estar por llegar.

La clienta apareció de pronto envuelta en un diminuto corpiño de lentejuelas y con una falda de cuero súper corta, tambaleándose hacia él por la borrachera. Aquel imprevisto lo enfadó.

En el exterior, Jessie bajó del taxi mirando el auto de su novio aparcado cerca del área de servicio, esperó un buen rato mientras le enviaba mensajes de texto para que supiera que estaba afuera, pero él no respondía a ninguno. Ni siquiera, los veía.

Se distrajo detallando la pomposidad del evento. No se trataba de una simple despedida de soltera, era una fiesta grande, con invitados de lujo. La fila de autos de marcas costosas que hacían entrar al estacionamiento lo demostraba.

Comenzó a ponerse ansiosa, así que se acercó a la puerta de la cocina y preguntó a la persona que vigilaba por el dueño de la cafetería Martin’s. Este le notificó que él estaba adentro esperando su pago, pero luego de unos minutos, al ver que el hombre no salía, decidió dejarla pasar.

Jessie atravesó la estancia como si estuviera en medio de una pista de atletismo caminando en sentido contrario a los corredores. Tuvo que esquivar el paso acelerado de los meseros que llevaban bebidas y aperitivos a los invitados, para llegarse hasta el lugar que le habían indicado.

Al encontrar la oficina tocó a la puerta, notando que esta estaba entornada. Al no recibir respuesta, decidió dar un vistazo al interior.

Ethan tuvo que ayudar a la mujer a caminar hasta la oficina porque el vapor del alcohol no le permitía estarse en pie. Ella reía a carcajadas y le contaba anécdotas vergonzosas que habían ocurrido en medio de la celebración.

Guardó las manos en los bolsillos de su pantalón para controlar la rabia mientras veía como la mujer hurgaba con torpeza dentro de los tres bolsos de marca que había llevado buscando su chequera. Apretó la mandíbula sabiendo que quizás tendría que contactarla en otra ocasión, porque su estado no le permitiría elaborar con precisión el pago.

Habló para notificarle que se iría, asegurando que tenía un compromiso, luego se comunicaría con ella para completar la negociación, pero la mujer se angustió. Se lanzó hacia él rogándole que la disculpara, que no se marchara, que ella no deseaba fallarle.

Cuando Jessie asomó su cabeza dentro de la oficina, la mujer estaba colgada del cuello de Ethan y empujaba hacia ella su cabeza para alcanzar sus labios, pues la cercanía del hombre le despertó el

apetito por él.

—¡Ethan!

Aquel llamado le congelo la sangre al aludido y lo obligó a tomar a la mujer con firmeza para apartarla de su lado, sin soltarla. Estaba tan borracha que si lo hacía, ella caería al suelo.

Jessie observaba la escena con la amargura y la decepción brillando en sus ojos. La clienta, desconcertada por lo que ocurría, reclamó por la presencia de aquella extraña exigiendo que se marchara.

—¿Acostumbra aprovecharse de todos sus empleados? —rebatió Jessie nublada por la ira.

—Jessie. No —pidió con firmeza Ethan, sin soltar a la mujer que intentaba abrazarse a él para que todo a su alrededor dejara de dar vueltas.

A la chica el pedido de su novio le fragmentó el corazón. Se sintió tan desdichada que, luego de recuperar sus movimientos, salió a toda prisa de aquel lugar esforzándose por no llorar.

Ethan maldijo mientras llevaba a la mujer hasta una silla y la dejaba sentada antes de correr tras ella, con el miedo palpitándole en el pecho.

Capítulo 8.

Salió a gran velocidad del establecimiento y miró en todas direcciones buscando la figura de Jessie. La halló andando apresurada hacia una avenida. Corrió para alcanzarla, interponiéndose en su camino para detener su paso.

—Amor, escucha… —pidió, al tiempo que recuperaba el aliento.

La sostuvo por la cabeza exigiendo su atención. Los ojos de la joven estaban ahogados en lágrimas y su rostro enrojecido por la ira.

—Todo fue un maldito error. Ella está borracha, nunca imaginé que intentaría algo así.

Jessie se mordió los labios y buscó desviar su atención de la mirada abrasadora de él, para pensar con claridad y sosegar el fuego que la consumía por dentro, pero Ethan se lo impidió. Necesitaba que creyera en él. Tenía miedo de perderla.

—Jessie…

—La defendiste —lo interrumpió, con enfado—. Me pediste que cerrara la boca para no ofenderla.

—¡Está borracha! —insistió, desesperado—. No ibas a lograr nada discutiendo con ella, solo enfadarla más.

—¡¿Y qué importa si se enfada?! —preguntó, quitándose de encima las manos de él. Sus límites comenzaban a ser rozados.

Ethan apretó la mandíbula antes de responderle. Sabía que la lastimaría, pero para él era necesario que ella comprendiera su punto.

—Es mi clienta.

Jessie quedó paralizada por aquella dura frase. Apretó los puños para no desbordarse, si lo hacía, terminaría deshecha frente a él. Ethan ponía su trabajo por encima de ella.

—Perfecto. Entonces, ve y culmina tu negocio —apuntó antes de pretender esquivarlo y seguir su camino.

Ethan la detuvo sosteniéndola por un brazo e intentó acariciarle el rostro, pero la chica se lo impidió.

—Solo quería que no terminara mal, pero igual iba a detenerla.

Jessie retrocedió un paso escapando de su agarre mientras sus ojos, incendiados por el tormento y la decepción, lo traspasaban.

—Hazlo a tu manera, pero hoy déjame en paz —pidió, antes de darle la espalda y marcharse.

Como si aquellas palabras fueran una espada afilada, Ethan sintió que lo partían en dos. Tuvo que morderse los labios y apretar

los puños con fuerza para no correr detrás de su novia. Si lo hacía, Jessie se encerraría aún más en su caparazón rechazándolo con histeria. Lo mejor era dejar que se sosegara el potente tornado que se había activado en su interior.

Rugió con impotencia mientras regresaba a su auto. No podía creer que aquella noche, que debía ser de celebración, terminara de esa manera, robándole uno de sus principales logros.

Pasó las horas sentado en su sofá, bebiendo licor y pensando en infinidad de cosas. En su trabajo, en sus proyectos y aspiraciones, pero principalmente, en su relación con Jessie, en la forma absurda en que se conocieron y en las maneras en que habían podido superar cada uno de sus obstáculos. Los ronquidos de su hermano eran su única compañía. Gary había llegado al departamento una hora después de él y, al encontrarlo con semblante furioso pero reflejando dolor en su mirada, quiso acompañarlo y servirle de apoyo. Sin embargo, el cansancio lo dominó y terminó derrumbado en un sillón. Sus problemas familiares lo tenían agotado, le impedían dormir con regularidad y concentrarse en sus tareas.

Ethan lo observó un instante. Notó su piel más pálida y arrugada, y su cuerpo mucho más delgado. No había tenido oportunidad de detallarlo, por eso, descubrir sus cambios le preocupó. Gary siempre había sido un sujeto lleno de energías, quizás con un poco de mal carácter, pero siempre dispuesto a darlo todo por sus proyectos y por los que amaba. No pudo evitar verse reflejado en él.

A la mañana siguiente, se levantó muy temprano para ir a la casa de Jessie antes de que comenzaran la jornada laboral. Terminaba de alistarse cuando tocaron el timbre de su departamento. Al abrir, comprimió el rostro en una mueca de desagrado.

—¿Ya me odias? —preguntó Nicole, la esposa de Gary, observándolo con superioridad.

—No. Es solo que llegaste en mal momento.

El rostro de la mujer pasó del orgullo a la rabia en segundos, aunque debatiéndose con el terror.

—¿Está…? —Ahogó la pregunta, aunque Ethan fue capaz de percibir la desconfianza en ella. Nicole pensaba que Gary tenía otra mujer.

—Está vomitando en el baño —completó con enfado y le dio paso para que entrara en la casa. La mujer caminó escondiendo la vergüenza tras un semblante altanero—. Me acompañó anoche y estuvimos bebiendo hasta tarde —mintió, su hermano apenas había soportado un trago antes de caer rendido.

El problema era que su organismo estaba tan descompuesto, por

la falta de sueño y de alimentación, así como por la pesada carga de preocupaciones, que una simple gota de licor lo afectaba.

—Tú no sueles beber de más —repuso la mujer sin poder evitar desconfiar. Ethan respiró hondo.

—Hay ocasiones en que preferimos ahogarnos en alcohol que en rabias.

Guardó las manos dentro de los bolsillos de su pantalón descubriendo una cruel verdad en aquellas palabras.

—¿Es por la chica que conocí hace unos días? —quiso saber Nicole, mirando todo con recelo, como si buscara pistas que le aseguraran que sus sospechas de infidelidad eran ciertas.

Ethan apretó la mandíbula antes de responderle.

—Se llama Jessie y es mi novia desde hace un par de meses.

—¿Un par de meses? ¿Y por qué no me la habías presentado antes? —reprochó— Pensé que ella era…

—¿La amante de Gary? —la interrumpió, haciendo que la mujer se irguiera con soberbia—. Nunca te hablé de ella porque desde hace mucho no podemos hablar de nada. Te veo muy poco y cuando eso pasa, estás tan enfadada que me da miedo molestarte. Creo que deberías creer más en Gary para que no estés tan irritada.

Ella lo traspasó con unos ojos puntiagudos capaces de destrozar cualquier alma con su mirada.

—Mi desconfianza no nació en mi cabeza, sino en tu cafetería, pero te ahogas tanto en el trabajo que no te das cuenta de lo que ocurre a tu alrededor.

Aquellas palabras fueron como una patada certera en el estómago de Ethan. No solo por la duda de lo que ocurría a su hermano, sino por lo sucedido con Jessie. ¿Tanta importancia le estaba dando a su empresa que era capaz de ponerla por encima de la gente que amaba y lo cegaba?

—Nicole. ¿Qué haces aquí?

La llegada de Gary impidió que siguieran hablando. La mujer alzó el mentón y repasó de pies a cabeza a su marido escondiendo en su actitud dura lo afectada que se sentía al notarlo tan descompuesto.

—Dijiste que podía buscarte cuando quisiera para continuar nuestra conversación sobre el problema de nuestros hijos.

El momento se hizo incómodo para los tres dentro de la sala. Ethan finalmente carraspeó, incómodo.

—Me voy. Quedan en su casa —dijo antes de marcharse.

Capítulo 9.

Ethan llegó a la cafetería de hombros caídos. Había ido al departamento de Jessie esperando hallarla para conversar antes de acercarla a su trabajo y resolver el malentendido de la noche anterior, no quería que la chica siguiera molesta con él, pero Marie lo recibió adormilada, informándole que su hermana había salido temprano porque tenía una reunión muy importante. Luego le cerró la puerta en la cara porque estaba muerta de sueño.

Estuvo enviándole mensajes durante toda la mañana sin recibir respuestas, eso lo frustró. O ella tenía un asunto muy importante que atender o lo estaba evitando. Se aferró a la primera opción para no caer en la desesperación, ese día tenía muchos asuntos pendientes que resolver.

Se dejó absorber por el trabajo para intentar controlar la ansiedad. Tampoco quería resultar un acosador que no dejaba a su novia respirar luego de una pelea, pero le dolía, se ahogaba en el miedo y la rabia. Necesitaba que Jessie le diera una oportunidad o se volvería loco.

Luego del almuerzo, la chica pudo liberarse de las responsabilidades. Los dueños de la revista habían decidido asumir el reto de formar parte del equipo promotor de un congreso sobre negocios rentables en la era digital que se realizaría en el verano. Desde ya comprometían a su equipo de mayor confianza en aquel proyecto, encargándole a Jessie la dirección de la publicidad.

A la chica le sorprendió el nombramiento. Eso sería un gran espaldarazo para su carrera, el ansiado ascenso que estaba esperando. Sin embargo, la situación con Ethan la tenía con el ánimo por el suelo. Debía hablar con él y resolver sus diferencias, o sería incapaz de dar todo en su trabajo.

Era muy emotiva, si su vida personal no iba al mismo ritmo que su vida laboral, le sería difícil lograr un equilibrio.

Cuando llegó a su oficina revisó su teléfono móvil que había tenido que poner en modo silencio para atender la larga y extenuante reunión donde la había sobrecargado de trabajo y de nuevas metas qué alcanzar. Se impactó al tener varias llamas perdidas de Ethan y un montón de mensajes donde le rogaba que hablaran.

Su corazón se partió en pedazos mientras leía sus súplicas. No pensó que él se sintiera tan decaído. Trató de llamarlo, sin obtener respuestas, le envió mensajes de texto pidiéndole que se

encontraran al salir del trabajo, pero ni siquiera eran vistos. Se desesperó, decidiendo comunicarse con Gary para saber de él.

Su hermano le confesó que Ethan supervisaba la preparación del pedido que debían entregar al día siguiente para la fiesta de San Valentín, que el buen servicio ofrecido en la despedida de soltera había llegado a los oídos de los organizadores del otro evento, así como la noticia de la preparación de un Candy Bar y de postres exclusivos que envió de regalo. Ellos querían incluir todo eso en su encargo, lo que había enloquecido a Ethan porque debía adquirir productos adicionales para cubrir el compromiso.

Entraba y salía de la cafetería teniendo que contratar a un par de ayudantes de cocina para que todo pudiera estar listo esa misma noche y rogarle a la chica que elaboraba los artilugios en madera para el Candy Bar que le facilitara algunos especiales. Por eso había olvidado su teléfono móvil en el negocio mientras se ocupaba de un millón de tareas.

A Jessie aquella noticia le produjo diversas emociones. Por un lado sintió celos. Imaginó que Ethan había tenido que verse de nuevo con la prima de la agasajada de la despedida de soltera que intentó besarlo, por eso ella lo ayudaba con la promoción de sus productos. Esa cercanía la desquició. La vio como una competencia muy fuerte que brotaba sus inseguridades.

Pero también sintió emoción. Era consciente de que su novio debía estar feliz por haber logrado otra de sus metas. Su nuevo emprendimiento daba buenos frutos gracias a su trabajo incansable, era imposible que no se alegrara por ese gran éxito. No obstante, eso le recordó que ella se había comprometido a realizar el arte para la decoración de los pasteles de ese evento. Tenía algunos bosquejos, pero nada concreto. Por estar llorando sus penas toda la noche anterior no pudo ocuparse de ese trabajo y ahora debía robarle horas a la revista para cumplir. Se encerró en la oficina a terminarlo, a escondidas de su jefe, luego bajó al área de archivo de la revista a rogarle a la encargada que se los imprimiera sin que nadie supiera, teniendo que comprarle unos chocolates como pago por el favor.

Al finalizar la jornada laboral fue en busca de los artes luego de comprar las golosinas, topándose con Oswald cuando llegaba al archivo, el redactor de la revista que solía coquetear con ella.

—Hola, pensé que no eras una chica de dulces —se burló al verle los chocolates.

—No son para mí —respondió con una sonrisa forzada al recordar que le había dicho esa mentira la última vez que hablaron.

—Supongo. ¿Y hoy sí estás de ánimo para una pizza con pepperoni, o sigues recargada de trabajo?

Ella apretó los labios al acordarse que le había asegurado que algún día aceptaría su invitación de ir a comer, dejando la puerta abierta a otra posible relación como suponía que hacía Ethan.

—Hoy no. Tengo un asunto importante que resolver.

El chico sonrió con amplitud, escondiendo de esa manera su frustración mientras se dirigía a la puerta de la calle con ella. Ambos se despidieron de la recepcionista mientras salían, mirando con tristeza a la mujer que debía cumplir horas extras por unas faltas injustificadas que tuvo días atrás.

—¿Puedo acompañarte? ¿Vas a la parada de bus o caminas hasta la estación del metro?

Ella respiró hondo y se detuvo en medio de la acera para encararlo.

—Disculpa, voy apurada. Mi novio me espera.

Él arqueó las cejas ante esa confesión mientras ella se encogía de hombros.

—Oh, entiendo. Entonces… ¿nos vemos mañana?

—Sí, nos vemos mañana —respondió y se aproximó a él para darle un beso en la mejilla como pago por haberlo utilizado en una ocasión para sentirse mejor, sin que él lo supiera.

Siguió hasta la cafetería para entregar los artes rogando porque Ethan le concediera unos minutos para conversar y no pasaran otra noche alejados y enfadados.

No lo halló. Solo a Gary, que intentaba ayudar a Theresa a dirigir el café.

—¿Crees que tardará mucho? —preguntó ansiosa.

Por ocuparse de aquel encargo dejó pendientes un par de asuntos de la revista que se llevaba a casa y que deseaba terminar temprano para descansar. Tenía días sin dormir las horas necesarias y ya en su rostro se notaban las ojeras y en su postura el peso del cansancio.

—Él entra y sale. No sabría decirte si tardará o no —respondió el hombre mientras buscaba en el depósito paquetes de vasos donde servían el café para llevar.

—Necesito hablar con él —suspiró ella con melancolía. Gary la observó con algo de severidad, su semblante agotado no le permitía ser más firme.

—Ethan está intentando hacer las cosas bien. Sé que comete errores, todos lo hacemos —dijo con enfado, sin mirarla, atendiendo su tarea—. Pero se esfuerza porque te ama, porque eres muy importante para él y no quiere que solo lo quieras porque te parece atractivo, ya que la belleza se pierde con los años. Quiere que estés orgullosa, que lo veas triunfar para que estés segura de que es un hombre íntegro y esforzado —explicó, derrumbando, sin

darse cuenta, las fortalezas de la chica, haciéndola sentir culpable y cruel.

Lo que Jessie no sabía, era que esas palabras Gary no las decía por Ethan, sino que se hacía referencia a sí mismo. Eran las palabras que su esposa no le permitía expresar, que tenía tan atoradas en la garganta que se lo estaban consumiendo por dentro.

—Sí, debo reconocer que exagera —continuó el hombre—, que se mete tan de lleno en sus responsabilidades que en ocasiones se olvida del tiempo, pero eso no quiere decir que te olvida a ti, o al amor que siente por ti, es solo que… —dudó, viendo con tristeza un paquete de vasos como si ellos fueran el rostro dulce de su esposa —. Tiene miedo de que no sea suficiente, que hace falta más. Se siente poco y cree que tiene poco, necesita más por ti, porque tú lo mereces, porque tú eres su todo. Por eso, está en constante búsqueda, dando más de sí, sin descanso. Y cuando recibe la felicitación de alguna persona externa, así sea de una mujer, no puede evitar sentirse dichoso porque lo está logrando por ti. —Se giró hacia la chica, observándola con una mirada sufrida tan contagiosa que la de ella enseguida la igualó—. Cometió un error, se dejó llevar, pero no lo hizo por lujuria o por falta de amor hacia ti, sino que fue un momento de éxtasis, una locura que ella aprovechó y que él no fue capaz de evitar porque aún se siente poco, porque no logra hacer más a pesar de que se esfuerza.

Jessie quedó paralizada, sin poder apartar sus ojos empapados por lágrimas de los atormentados de Gary. El corazón le dolía haciéndola sentir muy débil.

Luego de un instante de silencio, él pestañeó varias veces como si saliera de un sueño repentino.

—Disculpa, yo… —Miró con extrañeza el paquete de vasos que antes había confundido con su esposa y apretó la mandíbula—. Debo volver a la cafetería.

Ella asintió y le permitió salir del depósito. Se sentó abatida sobre una caja de madera a pensar. Gary le había confesado cosas que nunca había podido ver y eso le produjo angustia.

Nunca imaginó que fuera tan ciega.

Capítulo 10.

Ethan pasó toda la tarde rodeado por el sonido incesante de las batidoras, del calor del horno y del olor de la crema batida, la frutilla y el chocolate. Ayudaba en lo que podía, colocando capacillos en la bandejas, sacando pastelillos del refrigerador para que fueran decorados o limpiando la mesa del cocinero mientras él trabajaba en otra antes de que regresara a esa para atender un postre diferente.

Salía a toda velocidad a comprar lo que hiciera falta, o atendía las constantes llamadas del cliente que no paraba de hacer exigencias adicionales. Algunos de los organizadores de la fiesta de San Valentín eran amigos de la organizadora de la despedida de soltera y la chica, avergonzada por lo que había hecho la noche anterior, luego de ir en persona a la cafetería y disculparse con él y entregarle el pago que le debía, se encargó de dar buenas recomendaciones de su servicio a sus allegados. Ethan le agradeció cada uno de los gestos, pero nada de eso lo hizo sentir bien.

El no tener aún noticias de Jessie cortaba cualquier buena noticia. Su silencio lo entristecía.

En una de sus tantas salidas en busca de algún ingrediente faltante, aprovechó que estaba cerca del edificio donde ella vivía y fue a su departamento. Estaba seguro de que pasaría gran parte de la noche terminando los preparativos para el pedido de la fiesta de San Valentín, pero tenía que verla y no dejar que llegara otro día sin pedirle perdón.

Sin embargo, fue Marie quien lo recibió. La chica, a pesar de estar molesta con él, ya que por su culpa había estado despierta toda la madrugada acompañando a su hermana que había llegado de la calle llorando, lo dejó entrar para decirle unas cuantas cosas a la cara.

—La engañaste —reclamó, apuntándolo a la cara con un dedo acusador.

—No lo hice, pero ese es un asunto que solo discutiré con Jessie —dijo con firmeza, dejando en claro que no le gustaba compartir su vida privada con otros.

—Lloró toda la noche. ¡No me dejó dormir! —exclamó enfadada.

Ethan apretó la mandíbula, ya que comprendía que la queja de la joven era más por su falta de sueño que por la tristeza de su hermana.

—Vine porque pensé que ella estaría aquí. ¿Crees que tardará?

—No sé. Podría estar con otro hombre pasando su desilusión. Ya sabes, por eso de que «un clavo saca a otro clavo» —pinchó, sonriendo satisfecha al verlo tensar el rostro y asumir un semblante enfadado.

—Jessie no es así —dijo con seguridad, haciendo que Marie sonriera con burla.

—Tú no sabes nada de mi hermana.

—Tú tampoco.

Ella afiló la mirada buscando intimidarlo.

—¿Pasas un par de meses revolcándote con Jessie y ya te crees un sabelotodo?

Ethan se molestó por esas palabras, así que decidió darse media vuelta y salir del departamento. Marie era demasiado inmadura y en ese momento él no podía manejarla.

—Dile que vine —expresó dirigiéndose a la puerta.

—¿Para qué? ¡¿Para que corra a tus brazos y caiga de nuevo en tu mentira?! —exclamó con ira, haciendo que él se detuviera para observarla desconcertado—. Ustedes los hombres son iguales. Se aprovechan de una mujer mientras la necesitan y luego la desechan cuando ya no les sirve.

—Lo que ocurre entre Jessie y yo es diferente —alegó, al entender que ella hablaba desde su perspectiva, comparando lo ocurrido entre ellos con lo que vivió con su novio Donovan.

—¿Diferente? Jessie me dijo que te has alejado de ella porque tienes miedo a una estabilidad. Que tu familia te exige tener hijos, pero tú solo piensas en tu trabajo, por eso defiendes más a tus clientes que a ella.

—¡¿De dónde sacas eso?! —preguntó ofuscado.

—¡Me lo dijo mientras lloraba! —rebatió alterada—. Tu abuela la llama insistiéndole que te convenza de tener hijos, pero tú enseguida cierras esa puerta con excusas porque no estás dispuesto a cruzarla, tu trabajo es lo primordial. Tanto, que cuando te coquetean las clientas se lo permites porque eso te asegura la fama. ¡Eres un cretino! Mereces que ella te esté engañando con Oswald.

—¿Oswald? —consultó al borde de un estallido de cólera.

No podía creer lo que Marie le contaba. Sus reclamos estaban acompañados de situaciones que solo debían ser conocidos por Jessie y por él, como el tema del empeño de su abuela porque tuviera pronto descendencia, o lo sucedido con su clienta en la cafetería y la noche anterior. Era evidente que Jessie se lo había contado mostrándole a la chica su versión distorsionada de los hechos, una opinión que no había conversado con él. Habría preferido escucharlo de su novia que oírlo en los gritos rencorosos de su cuñada.

Pero, ¿quién era Oswald? ¿Jessie también le había hablado de ese hombre? ¿Por qué Marie menciona un engaño?

¡¿Jessie lo engaña con otro?!

Aquella idea le destrozó el corazón.

—Aún no lo conozco —continuó Marie con altanería—, solo sé que es alguien de su trabajo, pero estoy segura de que él la entiende y no juega con ella como lo haces tú, ni la hace llorar toda una noche. —La chica apoyó las manos en las caderas y lo miró de pies a cabeza con soberbia al notar que había logrado lastimarlo al ver su postura crispada y el brillo afligido que irradiaban sus ojos—. Todos ustedes son iguales. Cuando se sienten saturados se van, sin importarles como dejan el corazón de la mujer que los ama —concluyó con tristeza, recordando su propio sufrimiento, el amor que la había abandonado sin una explicación convincente y olvidándose por completo de ella.

—Yo no soy así —aseguró Ethan, y apretó los puños con fuerza para controlar el sufrimiento que lo agobiaba—. Yo no me iré. No la voy a perder.

Marie lo observó con aturdimiento, sorprendida por su última afirmación, viendo como él retrocedía y se marchaba.

Quedó sola, de nuevo, en aquel apartamento tan vacío como lo estaba su existencia, sin esperanzas de que alguien llegara para acompañarla. Se abrazó a su cuerpo mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, consciente de que lo perdería todo, incluso a su hermana, luego de que soltara las intimidades que ella le había revelado y que le hizo jurar que no le contaría a nadie.

Estaba tan enfadada con los hombres en general que no dudó en escupírselo en la cara a Ethan para borrarle su semblante seguro y reclamarle por el dolor que le había hecho sentir a su hermana.

Ethan salió del departamento hecho una caldera de miedos, rabias y frustraciones. ¿Jessie lo creía tan desalmado al pensar que él se aprovechaba de ella y le daba más importancia a su empresa que a su relación?

Quiso tomar su teléfono móvil para llamarla, pero gruñó al recordar que lo había dejado en la cafetería por descuido. Así que se dirigió al trabajo de la chica.

A pesar de que ya debió haber salido de su oficina, si no había llegado a su casa podía ser porque aún se encontraba allí. En la mañana había tenido una reunión. Necesitaba ubicarla, hablar con ella, saber si eso que le había dicho Marie era cierto, que ella sentía que él no le daba el respeto que se merecía, pero sobre todas las cosas, le urgía saber del tal Oswald, si en realidad existía o era una mentira de Marie para atormentarlo.

Imaginar que Jessie lo engañaba lo llenaba de una amargura

desesperante. Apretó con fuerza los puños en el volante y sus ojos se nublaron con lágrimas de ira y dolor. Se negaba a creer en eso.

Pero si fuera verdad, si por algún pequeño motivo ese hombre existiera y pretendiera quitársela, iba a luchar. No se apartaría a las primeras. La amaba y se lo haría entender de alguna manera.

Capítulo 11.

Llegó al edificio donde estaba ubicada la revista y corrió al interior. Como lo había supuesto, ella no estaba. Al ver que la recepcionista aún se encontraba en los alrededores, la abordó preguntándole por Jessie.

—Se fue hace una hora —dijo la mujer mientras sacaba un peine de su cartera para arreglarse el cabello antes de retirarse del trabajo. Su jornada por fin había terminado.

—Fui a su casa y no está. ¿No sabes si tenía planes? —preguntó, controlando la desesperación que lo abrumaba. La mujer alzó los hombros con indiferencia.

—No iba sola, la acompañaba uno de los redactores. Quizás fueron a tomar algo o a cenar.

El hielo se extendió por las venas de Ethan, paralizando los latidos de su corazón.

—¿Un redactor? ¿Será Oswald? ¿Iba con Oswald? —quiso saber casi al borde de la histeria.

La recepcionista, por estar ocupada mirando su reflejo en un espejo de mano mientras se peinaba, no pudo percibir cómo la ira y el miedo consumían al hombre.

—Sí, Oswald Levine. Salieron juntos.

El hielo que se había colado en su sangre se volvió agua cuando esta hirvió por la amargura. Su mayor miedo se hacía realidad: el tal Oswald existía y estaba con su chica.

Salió del edificio sin despedirse, con la vista nublada y el cuerpo tenso. Repasó la calle de punta a punta, sin saber qué hacer. No sabía dónde buscarla y no tenía tiempo de recorrer la ciudad, lo esperaban en la cafetería y ya debían estar desesperados al notar que tardaba.

Lleno de frustración y con un dolor latente en su pecho, regresó a su negocio. Allí al menos se hallaba su teléfono móvil, con él trataría de comunicarse con ella, pero fue inútil, estuvo una hora esforzándose por llamarla sin recibir respuestas y no podía descuidar el trabajo.

Gary había tenido que marcharse antes de que él llegara, al terminar el horario de la cafetería. Se había citado con su esposa en un restaurante, en uno de sus inagotables intentos por recuperarla. No podía interrumpirlo, así que debía quedarse a cargo. Los empleados estaban haciendo aquel sacrificio de trabajar horas extras por su empeño de sacar adelante un segundo

emprendimiento.

Jessíe, por su parte, no quería ir a su casa, deseaba estar sola, por eso prefirió pasear por la imponente Brooklyn por horas desconectando su teléfono móvil para que nadie la molestara. Anduvo por los barrios cercanos pensando en todo lo que le había dicho Gary, tomándolo para sí misma sin notar que aquello estaba dirigido a él.

Nunca imaginó que Ethan se sintiera tan presionado por querer salir adelante. Supuso que ya todo lo tenía hecho, solo debía mantener el ritmo de su trabajo para no fracasar, pero jamás se le había cruzado por la mente que él tenía una fuerte sensación de vacío asfixiándolo y que se esforzaba por llenarla con más y más emprendimientos.

Mucho menos tuvo conciencia de que ella fuese un motivo para aumentar esa presión. No quería significar eso para él, pues, se había enamorado de lo que era, no de lo que pudiera ser en un futuro. No necesitaba más, solo tener la seguridad de que él estaba a su lado, de que se sentían a gusto y de que sus momentos juntos podían ser tan alegres y entretenidos que los desconectaba del duro día a día que ambos afrontaban.

Quería ser su compañera, no una carga pesada que estaba obligado a llevar sobre los hombros. Eso transformaba a la relación en algo traumático e incómodo. La llenaba de tantas obligaciones y sacrificios, que era evidente que terminaría llevándolo a él, o a ella, a otros brazos donde buscar consuelo por ese gran peso.

Jessie comenzó a sentirse desesperada, pensó que Ethan estaba confundiendo el motivo por el que estaban juntos… ¿o quizás fuera ella?

Recordó el tema de los hijos y la negativa de Ethan por tenerlos, y de no hacerla parte de su realidad al no llevarla a conocer a toda su familia. Él dejaba la puerta abierta, pero solo una rendija. No le permitía mirar más adentro, ni dar un paso adelante. Marcaba un límite, como si aún no estuviera seguro de querer seguir con ella. Eso la entristeció y la llenó de temores. ¿Acaso ella solo era un pasatiempo para él?

Jamás le prometió nada, solo intentarlo.

Sin embargo, ¿ella lo había dejado entrar completamente en su vida? ¿Lo llevó a conocer a sus padres o estaba dispuesta a darle hijos para retenerlo?

Tenía demasiadas dudas, demasiadas inquietudes revoloteando en su cabeza. No sabía a quién echarle la culpa de lo que pasaba, o determinar si realmente pasaba algo o todo era producto de su cabeza agotada por los problemas.

Necesitaba calma para pensar con claridad, por eso se dirigió al

Brooklyn Heights Promenade, uno de los muelles de la ciudad que poseía unas vistas insuperables de Manhattan. Por la oscuridad de la noche, los grandes edificios parecían montañas cubiertas de estrellas antecedidas por la calma de las aguas del río. Se quedó allí por un buen rato, perdió la noción del tiempo cuando sus lágrimas hicieron presencia al mezclar sus conflictos actuales con recuerdos del pasado, con la separación de sus padres por la falta de amor y comprensión, obligando un matrimonio que para ambos significó una carga.

No pudo evitar compararse con ellos, sintiéndose culpable por lo que ocurría con su relación con Ethan, ya que podría estar presionándolo como lo habían hecho sus padres con su matrimonio.

Cuando decidió regresar a su departamento, era muy tarde. Trató de comunicarse con su novio, pero él no respondía. Debía estar aun finiquitando lo referente al pedido que debía entregar al día siguiente.

Así que no le quedó más opción que derrumbarse en la cama y cerrar los ojos agotada, dejándose llevar por el sueño.

La mañana del viernes 14 de febrero, Jessie estaba inquieta. En el ambiente de la ciudad volaban mensajes e imágenes alusivas al día del amor, demostrando que las máquinas publicitarias de todas las empresas estaban bien aceitadas y desde las primeras horas hacían estallar sus mensajes consumistas por todos los medios posibles.

Ella salió a la calle controlando su irritación. Sus problemas personales no estaban en consonancia con lo que divulgaban ese día, con ese ambiente de ternura y pasión que pregonaban y le producían más culpabilidades y angustias.

Antes del ir al trabajo pasó por la cafetería esperando hallar a Ethan, pero solo encontró a Gary, quien comenzaba a asumir sus responsabilidades con un semblante demasiado abatido.

—¿Tardará?

—No sé si vendrá en la mañana. Iba a reunirse con la mujer que organizó la despedida de soltera. Ella planifica una cena que se realizará antes de la boda de su prima y quiere contratar el servicio de cáterin.

La noticia estrujó el corazón de Jessie con mayor fuerza.

—Han tenido buenos resultados con ese emprendimiento.

—Es una locura —se quejó el hombre—. Anoche hablé con Ethan de ese tema. Es demasiada presión, yo ni siquiera puedo con la cafetería.

Ella respiró hondo y sonrió con melancolía. Estaba feliz por Ethan, porque era un hombre decidido y capaz que no descansaba ante ningún obstáculo por alcanzar sus metas. Eso era admirable.

Se marchó afligida y con la vista dirigida al suelo, pensando que de momento había perdido la batalla. Ese día sería una locura para él y era imposible que conversaran, quizás, mañana lograría encontrar un tiempo para abordarlo y evaluar si tenía oportunidad de recuperar su relación o no.

Capítulo 12.

Ethan llegó a la cafetería con la sangre fluyéndole indetenible en las venas. Se sirvió un café bien cargado y se fue a la trastienda para reunirse con Gary e informarle de las novedades.

Estaba alegre porque sus negocios marchaban con buen pie, pero aún no había podido hablar con Jessie y eso despertaba sus ansiedades.

—Firmé contratos para cubrir dos eventos la próxima semana y uno para finales de mes —comentó mientras su hermano hacía inventario—. El lunes debo reunirme con los dueños de un salón de fiestas que están interesados en asociarse a nosotros. Si todo sale bien, tendremos cubierto cada fin de semana de marzo, abril y mayo, y posiblemente ese ritmo se extienda hasta diciembre. Ellos están copados y las empresas de cáterin con las que han trabajado no dan la talla.

Gary respiró hondo y bajó el rostro hacia su cuaderno de apuntes. Las noticias no lo emocionaban.

—Es mucho, Ethan.

—Podríamos abrir la cafetería solo cinco días a la semana y buscarnos un socio, así separamos una actividad de otra.

—¿Un socio?

—Sí. Alguien debería quedarse aquí con Theresa y los empleados del café y otro tendría que asumir el cáterin con un personal particular y en un lugar propio. De esa manera no nos agobiamos y hacemos trabajar a los mismos empleados horas extras. Yo podría ocuparme de la logística y los contratos de ambas empresas, así como de las finanzas. Me gusta estar afuera, no haciendo pasteles o atendiendo mesas.

Gary asintió. Esa idea lo hacía sentir más tranquilo.

—Pido el café cinco días a la semana.

Ethan sonrió y se acercó a él para palmearle un hombro.

—Lo lograremos.

Gary se pasó una mano por los cabellos con preocupación.

—Cometí un error con Jessie. —La noticia impactó a Ethan, que observó a su hermano con los ojos agrandados—. Vino ayer a traer los artes de la fiesta de San Valentín y le dije cosas que tenía que haberle dicho a Nicole.

—¿Qué? ¿Ella estuvo aquí? —Gary asintió.

—Vino al salir de su trabajo. Estuvimos hablando un buen rato.

—Maldita sea —gruñó Ethan y se pasó ambas manos por los

cabellos—. ¿Vino sola? —preguntó con ansiedad.
—Sí —respondió Gary desconcertado.
—¡Qué imbécil! —se reprochó a sí mismo, pensando en lo idiota que había sido al imaginarla con otro.
—Se fue algo entristecida. Y esta mañana vino de nuevo.
—¡¿Estuvo aquí?! —quiso saber casi fuera de sí.
Gary lo miró con enfado. Comenzaba a molestarle sus reacciones exageradas.
—Llegó minutos después de que te fueras a la reunión con la mujer de la despedida de soltera.
—Oh, no —exclamó preocupado—. ¿Le dijiste con quién me reuniría?
—Por supuesto —respondió Gary y apretó el ceño al escucharlo maldecir de nuevo—. ¿Qué pasa? —exigió irritado.
—Nada. Yo… —Recordó todo lo que había hablado con Marie, brotando de nuevo sus ansiedades. Sacó su teléfono móvil del bolsillo y marcó el número de Jessie dispuesto a no rendirse hasta que ella lo atendiera.
Gary negó con la cabeza y lo dejó solo para darle privacidad. Comprendió que allí había un problema que debía resolver entre ellos.
Para suerte de Ethan, Jessie respondió al tercer repique, pero hablando con voz baja. Quizás estaba dentro de una reunión.
—¿Ethan?
—¿Dejaste los artes y te desentendiste del pedido?
Ella estuvo en silencio un instante, tal vez, reflexionando sobre aquella extraña pregunta.
—Ese era mi trabajo, ¿no?
—No —alegó con firmeza—. Asumimos juntos esta negociación desde un principio, es un trabajo en sociedad. Tenías que haber estado aquí para ayudarme a terminar los pasteles.
—¿Yo? Ese no fue el acuerdo —apuntó contrariada.
—A las cinco debo entregarlos en el salón de eventos del Holliday Inn, espero estés allí y cumplas con tu compromiso.
—Pero, Ethan, nunca dije…
—A las cinco, Jessie. ¿O piensas abandonarme? —no pudo evitar realizar aquella pregunta sacando a flote la amargura que le inundaba el alma.
Apretó la mandíbula enfadado consigo mismo, quería obligarla a reunirse con él, no comprometerla a decir lo que no sentía su corazón.
—Allí estaré.
Se apretó el puente de la nariz controlando el ramalazo de emoción que le produjo aquella afirmación. Pensó que se negaría,

que no la vería más, que sus oportunidades de recuperarla estaban agotadas.

—Estaré esperándote —dijo con un rastro de desesperación en la voz y cortó enseguida la llamada, para sosegar el volcán de emociones que estallaba en su interior.

Apoyó su mano libre en la pared y bajó la cabeza en dirección al suelo, parecía exhausto. Sus ojos se empañaron con lágrimas que supo retener. La furia lo superaba.

Jessie miró estupefacta un instante su teléfono móvil. ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué Ethan la hacía esa absurda exigencia?

No se veían ni hablaban desde la discusión en el evento de la despedida de soltera, ella no sabía si estaba enfadado o no, si su relación había fracasado o aún tenía esperanzas de mantenerse unida. Estaba confundida y temerosa, pero las señas que le hacía su jefe al otro lado de la mesa la obligó a guardar el móvil e intentar concentrarse en lo que hablaban.

Sin embargo, su corazón afligido le impedía mantener la claridad. Necesitaba verlo, conversar con él y saber qué estaba ocurriendo entre ellos.

Tuvo que rogarle a su jefe de que le permitiera retirarse de la revista antes de la hora de salida, asegurándole que compensaría esas pérdidas la próxima semana, como lo hacía la recepcionista. Fue difícil que le concedieran el permiso, ya que se estaba volviendo imprescindible. A medida que ascendía, su responsabilidad en la empresa era mayor.

Mientras salía del edificio, la recepcionista la llamó.

—Tu chico, el de la cafetería, vino ayer a buscarte.

—¿Ethan?

—Sí, pero ya te habías ido con Oswald.

Ella respiró hondo y agradeció que le comunicara la información marchándose con los ánimos renovados y con una enorme sonrisa en los labios. Ethan la había buscado, seguramente, cuando ella había ido a la cafetería a hablar con él. Eso la llenaba de esperanzas.

Y mientras hubiese un rastro de ella, se aferraría con fuerza a esa posibilidad. Lucharía para que su relación no se fragmentara.

Capítulo 13.

La amplia terraza del hotel se había engalanado para la ocasión. La entrada estaba adornada con dos enormes cisnes que se acercaban para darse un beso, dejando un portal con forma de corazón. Del techo colgaban decenas de luces de colores y de estrellas y corazones bañados con purpurina. A lo largo se habían armado varios escenarios ideados para realizar diferentes actividades y juegos amorosos. Cámaras de televisión estaban instaladas por doquier y al final, asentaron la tarima que recibiría a los grupos musicales invitados para amenizar esa noche. Tras ella se hallaba una zona de picnic rodeada de carpas coloridas que ofrecían venta de comida y mercancía alusiva al evento.

Cientos de personas se movían de un lado a otro dando los últimos toques al decorado o revisando el funcionamiento de los equipos de audio o de las cámaras de televisión. Una radio juvenil, así como una televisión local, eran los encargados de dirigir aquella ceremonia, de organizar los juegos y las actividades y de la presentación de los grupos de música.

Jessie se sentía intimidada dentro de aquel lugar. Había demasiado rosa, demasiados corazones y demasiada purpurina encandilando sus ojos. No era una mujer poco romántica, solo que odiaba los excesos, además, la situación que atravesaba la hacía sentirse fuera de lugar. Su drama opacaba la alegría romántica que flotaba en el aire.

Se llegó al área exclusiva para los artistas y personalidades de importancia donde se instalaría el Candy Bar que a Ethan le tocaba llenar con sus postres. Ya él había llegado y terminaba de descargar las cajas con los aperitivos, solo faltaba organizarlos en los artilugios que habían decorado con los artes que ella elaboró.

Se apresuró y comenzó a arreglar la mesa, ese creía que era el trabajo que Ethan le había exigido que realizara. Ubicó en lugares estratégicos el carrito tipo kiosco fabricado en maderas delgadas, el tiovivo, las bases para pastelillos y los porta chupetines; luego comenzó a llenarlos con los postres que ellos habían llevado de la cafetería antes de terminar el decorado con otros artes que ella había preparado.

Ethan la vio cuando dejaba una caja con cupcakes sobre una mesa auxiliar. Ambos compartieron una mirada ansiosa, que duró más de lo que habían deseado, pero se controlaron para culminar con su compromiso. Él dirigió a los chicos que lo habían

acompañado para que terminaran de armar la cadeneta de globos que rodearía la mesa y colgaran del techo las letras que componían la palabra «Amor», que había mandado a realizar en cartón grueso rellenándolas con imágenes de parejas enamoradas.

Se había esforzado por invertir en un decorado vistoso y de calidad que atrajera la atención de futuros clientes y de nuevo había acertado, porque eran muchos los que se acercaban preguntando por sus servicios y alabando el trabajo de diseño.

Una par de horas después, luego de culminar la instalación del Candy bar y mostrársela al cliente recibiendo decenas de agradecimientos y felicitaciones, comenzaron a recoger el material sobrante para retirarse. Dentro de poco iniciaría la fiesta.

Jessie conversaba con un par de mujeres, asistentes al evento, interesada en los artes. Ethan se acercó a ellas y, luego de saludar de forma cordial, pidió permiso para llevársela a un rincón poco poblado en los alrededores de la tarima principal para hablar.

—Todo quedó genial —dijo ella con inseguridad buscando romper el tenso silencio que se habían instalado entre ellos.

Ethan respiró hondo y le dedicó una mirada cálida antes de responderle.

—Gracias por haber venido.

—Era mi responsabilidad, ¿no? —alegó la chica recordando la exigencia que él le había hecho por teléfono durante la mañana.

—En realidad, no. Te mentí para obligarte a venir.

Jessie lo observó con atención, conmovida por sus palabras.

—No tenías que obligarme a nada. Con solo pedirlo hubiera bastado. Quería verte.

Él arrugó el ceño.

—Pensé que te negarías. Por lo ocurrido la última vez…

Ella negó, paseando su mirada incómoda por los alrededores, esforzándose por retener las lágrimas en sus ojos. Recordar el momento en que vio a otra mujer a punto de besarlo la llenaba de miedos y penas.

—Jessie, yo…

—No quiero ser una carga para ti —alegó, interrumpiéndolo. Ethan puso los ojos en blanco, sabiendo que aquello era lo que su hermano le había metido en la cabeza—. Sé que no quieres estabilidad, ni hijos, porque piensas que aún no tienes nada qué ofrecer, pero te aseguro que yo no busco un hombre que me construya un mundo, solo uno con el que pueda disfrutar el mundo que yo misma estoy creando.

Él se llenó los pulmones de aire y sonrió con admiración.

—Sé que eres perfectamente capaz de sostener tu vida, créeme que lo que ha estado ocurriendo no tiene nada que ver con alguna

frustración o con algún pensamiento machista. El tema de los hijos no es porque no desee estabilizarme contigo, eso lo quiero con todas mis fuerzas, si no te lo he propuesto es porque aún nos estamos conociendo y encauzando nuestras carreras. No quiero presionarte para no perderte.

Ella se mordió los labios.

—Mi abuela es muy intensa y cree que está a punto de morir —continuó—, por eso insiste tanto sin pensar en lo que nosotros deseamos. Claro que quiero hijos, Jessie, y espero tenerlos contigo —confesó, observándola con anhelo—, pero apenas estamos en el primer tramo de nuestra relación y no estoy dispuesto a equivocarme y afectar lo nuestro solo por caprichos.

La chica sintió la vergüenza bullir en sus mejillas y bajó el rostro, pero él enseguida lo subió sosteniéndole la barbilla con un dedo.

—Te amo, de una forma que no puedo explicar, pero ya no soy un muchacho.

—Yo solo creí… —dudó, arrepentida—. Gary me dijo…

—Gary está pasando por una situación muy difícil y mezcló nuestros problemas con los suyos. Ese asunto del miedo por no tener nada que ofrecer es un tema de él, no mío.

—¿Ese es el conflicto que tiene con su esposa?

Ethan comprimió el rostro en una mueca de desagrado.

—Es más complicado que eso, pero es lo que a él más lo atormenta.

—Entonces… —quiso exponer Jessie, recordando el tema de la mujer que estuvo a punto de besarlo.

Ethan pudo traducir las expresiones de su rostro y se lo rodeó con ambas manos para exigir de ella toda su atención.

—Yo no quise besar a esa mujer ni iba a permitirle que ella me besara, pero no quería ser brusco. Hoy nos reunimos y ella se mostró bastante apenada. Fue con su novio y con un hermano, quizás, para evitar que yo pensara que pretendía acosarme. Lo que pasó ese día fue culpa del alcohol y de una maldita mala suerte. Es todo.

—Pero, tú la defendiste —se quejó.

Él se sintió incómodo y apretó la mandíbula para controlar el enfado mientras le acariciaba el rostro con dulzura.

—Cometí un gravísimo error y por eso sí te pido disculpas. Soy nuevo en todo esto, como empresario y como novio. No sé cómo tratar con mis clientes para complacerlos y al mismo tiempo ponerles un límite para que no se aprovechen de mí. Fíjate como en estas últimas dos fiestas me exigieron hasta exprimirme sin poder decirles que no por miedo a perder el contrato. Pero no puedo

seguir así, no solo por mí, sino porque arrastro con esos errores a los empleados, a quienes les termino exigiendo más de lo que acordamos, y dejo de lado a la gente que amo —reveló con tristeza. Ella no pudo evitar acariciarle la mandíbula sintiéndose conmovida por sus palabras—. Además, mis relaciones pasadas fueron todas momentáneas, nada que quisiera mantener en el tiempo. —La vio con fijeza, arropándola con su mirada decidida—. Contigo es diferente, lo que palpita aquí —se señaló el corazón—, es más fuerte de lo que puedo describir, pero eso no me hace perfecto, al contrario, me llena de inseguridades y hace visible mis torpezas.

—Tú no eres torpe —alegó ella dejando escapar de sus ojos una lágrima de felicidad.

Ethan la limpió pudiendo regocijarse con la suave textura de su piel.

—Lo soy, por eso podría perderte.

—¿Perderme?

Él se apretó los labios para controlar los celos.

—Marie me habló de Oswald.

El rostro de Jessie perdió toda su coloración.

—¿Qué?

—Fui a tu trabajo y la recepcionista me confirmó su existencia. ¿Quién es él?

—Nadie —se apresuró por responder ella.

—Pero, Marie me dijo…

—No tuve que confiar en ella —expresó Jessie para sí misma, furiosa por la traición de su hermana.

Se dio media vuelta para calmar la ira que la embargó, pero Ethan la tomó de un brazo para obligarla a encararlo.

—Háblame de él. Solo dime qué ocurrió. Confía en mí, puedo manejarlo.

Jessie negó con la cabeza.

—Él es un compañero de trabajo que ha coqueteado conmigo desde mucho antes de que te conociera, pero a quien nunca le he prestado atención hasta el día después de que te vi con otra mujer entre los brazos, una que antes había coqueteado contigo y a quien no le pusiste límites.

Ethan se tensó haciendo que su mirada se oscureciera. Abrió su chaqueta, echándola para atrás para poder apoyar sus manos en las caderas, como si se preparara para recibir el golpe final.

—¿Él fue tu venganza?

—¡No me vengué de nada! —respondió enfadada por la desconfianza—. Sentí que dejabas puertas abiertas a otras posibles relaciones y la mía la medio cerrabas para evitar que te exigiera estabilidad por el tema de los hijos. Solo… sentí mucha rabia y

quise hacer lo mismo.

—¿Dejar una puerta abierta?

Ella suspiró con fatiga antes de responderle.

—Sí, solo eso. Él lleva meses pidiéndome una cita y yo le he negado hasta el habla. Ese día le di a entender que algún día podíamos hacerlo, pero no me atreví a más. Eso fue lo que le conté a Marie: ¡mi rabia por no poder actuar igual que tú! Lo que en conclusión me dejaba como una perdedora y una…

No pudo continuar con su explicación porque Ethan le había encerrado el rostro entre sus manos y se apoderó de su boca de forma arrolladora.

La besó con urgencia, chupando sus labios e introduciendo su lengua para atrapar toda su esencia. Se hundió más y más, perdiendo la capacidad de respirar y de pensar mientras sus labios y lenguas danzaban en un baile interminable.

Jessie tuvo que apartarse un poco dejando su frente pegada a la de él, para recuperar el aliento. Las lágrimas le bañaron las mejillas humedeciendo los dedos de Ethan, quien gemía por las poderosas emociones que le produjo el beso.

—Ethan… —suspiró, pero él la silenció posando los dedos en sus labios hinchados.

—Pensé que te había perdido.

Ella negó con la cabeza.

—Te amo demasiado. Si me hubieras dejado, no sería capaz de reiniciar una relación enseguida. Vas a causarme una gran herida.

—No pienso herirte. —Se irguió para poder mirarla a los ojos. Los suyos estaban húmedos por la ternura y el deseo, ahogados por el amor—. Eso me mataría.

Aquella reconciliación estaba siendo tan intensa para ambos, que de momento olvidaron que se hallaban en un sitio público y con el personal de la cafetería esperando por ellos en el estacionamiento para marcharse.

Las luces de la tarima principal se encendieron, apagándose las de los alrededores y activando una lámpara de focos led giratoria que desprendía rayos de colores con forma de corazones.

Ethan la miró con ternura, viendo como su cuerpo era bañado por esas figuras.

Comenzó a sonar una versión moderna del tema *Time in a bottle*, de Jim Croce, que al hombre le hizo sonreír por estar muy en consonancia con lo que sentía en ese momento.

Si pudiera guardar tiempo en una botella
La primera cosa que me gustaría hacer
Es guardar cada día

Hasta que la eternidad se desvanezca
Solo para pasarlos contigo.

Volvió a besarla, pero esta vez con suavidad, degustándose con su sabor dulce y disfrutando de los enérgicos latidos que retumbaban en su corazón al confirmar que ella seguía siendo tan suya, como él lo era de ella.

¿Te gustó?

Espero hayas disfrutado de esta corta y romántica historia, te invito a dejar tu comentario en Amazon y leer las otras novelas de mi catálogo, donde encontrarás suspenso romántico, drama, romance histórico, comedia, new adult, chick lit y fantasía romántica.

Sigue mis redes sociales y no pierdas ninguna novedad:

Twitter: **@jonaira16**
Instagram: **@jonairacampagnuolo**
Facebook: **Jonaira Campagnuolo Autor**

SOBRE LA AUTORA

Jonaira Campagnuolo, escritora de novela romántica que nació una tarde de febrero en la ciudad venezolana de Maracay, pero ahora reside en Argentina, con su esposo y sus dos hijos. Es amante de los animales, la naturaleza y la literatura. Desde temprana edad escribe cuentos que solo ha compartido con familiares y amigos. En la actualidad se dedica a administrar su blog de literatura **DESDE MI CALDERO** (**http://desdemicaldero.blogspot.com**) y a escribir a tiempo completo.

Conoce otras obras de romance escritas por la autora, y publicadas en Amazon.


Jonaira Campagnuolo
Un beso para Siempre...

UN BESO PARA SIEMPRE

Jonaira Campagnuolo

UN BESO PARA SIEMPRE

Primera Edición Abril 2021
SC: 2104127484618

© Diseño de portada e interior: Jonaira Campagnuolo

ÍNDICE

“¿Quién iba a decir que un beso pudiera ser así, capaz de alterar el paisaje interior hasta tal punto de desbordar los mares, de empujar los ríos montaña arriba, de devolver la lluvia a las nubes?” (Jandy Nelson)

Capítulo 1.

Después de un largo y frío invierno, la primavera despuntaba con todo su brillo sobre Brooklyn, haciendo florecer en cada rincón mantos de flores que le devolvían el colorido a la ciudad.

Sin embargo, aquella irradiante belleza encandilaba a Jessie. La joven había alcanzado con mucho esfuerzo el puesto de Directora creativa en la revista donde trabajaba, un cargo por el que había luchado por meses, pero que ahora la ahogaba en preocupaciones, más aún, en la primavera, época en que se desarrollaba una gran cantidad de eventos importantes que debía cubrir.

Ella estaba acostumbrada a dar todo por el trabajo que la apasionaba, pero desde hacía un par de meses se saturaba tanto, que le costaba seguir su propio ritmo, comprendiendo que debía reducir la velocidad para no desbocarse, pero a cada segundo se le hacía más difícil mantener el control.

No solo le tocaba dirigir diversas campañas

de publicidad, sino también, debía organizar cada detalle del congreso sobre negocios rentables en la era digital que se llevaría a cabo en el verano. Lograba atender cada tema dividiendo a su equipo de forma eficiente para no perderse nada, pero ella debía estar pendiente de los detalles de cada grupo, o el esfuerzo se vendría abajo, y actualmente estaba atravesando un momento en su vida en que todo le molestaba: el brillo del sol, la brisa helada, los insectos que la rondaban, los ruidos de las personas que pasaban por su lado como si estuvieran solas en el mundo…

Vivía con los nervios de punta desde hacía días y no entendía los motivos. La carga de trabajo, aunque se venía intensa, era igual a otras temporadas, pero algo la afectaba anímicamente, produciéndole un humor de perros.

El *Cherry Blossom* era un evento que se llevaba a cabo en Nueva York desde hacía décadas. Un festival traído de tierras asiáticas en el que se celebraba la llegada de la primavera gracias a la floración del árbol de cerezo,

especies obsequiadas por el gobierno de Japón a la ciudad hace más de cien años, que crecían imparables en varias zonas, como en el Jardín Botánico de Brooklyn.

Desde febrero comenzaba a organizarse el *Hamani*, una práctica milenaria de observación de las flores copiada de Japón. Aquel primer domingo de abril, Jessie se encontraba en el Jardín Botánico rodeada de hermosos cerezos de flores rosas que, al mezclarse con el verde primaveral, concedía al paisaje un ambiente mágico impregnado de romance que a muchos conmovía, menos a ella.

El aroma de las flores le irritaba la nariz, como si fuese una especie de alergia, manteniéndola con semblante enfermo e iracundo durante la reunión que se llevaba a cabo.

Ya el hecho de trabajar un fin de semana le molestaba, pero aquel era el único día disponible para confirmar, con una de las organizadoras del evento, el calendario de las festividades que se llevarían a cabo a finales del mes de abril para celebrar el *Hamani*. Las fiestas

incluirían un espectáculo de percusión japonesa, representaciones de baile y artes marciales, comedia *stand up*, una tradicional ceremonia del té, un mercado de comida asiática y un desfile de *Cosplay* muy bizarro, ¡y su revista quería cubrir cada una de esas celebraciones!

Se hallaba en medio de su conversación con la mujer, acompañada por un par de periodistas de importantes medios de comunicación de la ciudad, cuando su teléfono móvil comenzó a repicar.

Al principio lo ignoraba, y hasta lo silenció para poder culminar el encuentro sin interrupciones, pero pronto se hartó del sentirlo vibrar dentro de su cartera. Parecía un animal nervioso que se sacudía solicitando que fuese liberado.

Pidió disculpas para atender la llamada, pensando que sería un asunto familiar. Sus jefes, los miembros de su equipo de trabajo y su novio Ethan, sabían que si ella no respondía el teléfono debían dejarle un mensaje para que se comunicara apenas se desocupara, pero a sus padres o su hermana era difícil hacerles

entender esa sencilla instrucción. Cuando ellos requerían de ella, la llamaban una y otra vez, sin descanso, hasta que la paciencia de la chica estallara y decidiera dejar de lado lo que hacía para atenderlos.

Esa era una costumbre de los Lilley que Jessie no podía hacer desaparecer.

Se apartó quedando bajo la sombra de un inmenso árbol de cerezo y sacó con premura su móvil.

Suspiró con agobio al ver reflejado en la pantalla el nombre de Sofía, su madre.

—Mamááá… —saludó con fastidio mientras ponía los ojos en blanco.

—¡Jessie! ¡Por amor al cielo! ¡¿Por qué tardaste en atender?! ¡Estoy al borde de un colapso!

Ella volvió a suspirar antes de responder.

—Te he explicado que si no te atiendo enseguida es porque estoy en un asunto importante. Déjame un mensaje y apenas me desocupe te llamo.

—¡No puedo esperar! —El grito angustiado de Sofía hizo que la chica bajara los hombros

con derrota. Si no fuera porque sabía lo dramática que era su madre, se preocuparía realmente.

—¿Qué ocurre?

—Es Marie.

—¿Y qué sucede ahora con Marie? —consultó agobiada.

Si su madre era la reina del drama, su hermana menor era la emperatriz del desastre. Marie siempre fue una joven alegre y desinhibida, pero luego de la separación y del divorcio de sus padres quedó algo desestabilizada.

Abandonó los estudios en la universidad, fallaba en cada intento por conseguir un trabajo estable y tenía una vida amorosa y sexual descontrolada y salvaje. Constantemente se metía en problemas y en ocasiones la arrastraba a ella en su cadena de conflictos.

Jessie agradecía que la chica al final decidiera quedarse en Maryland con su madre, porque estando con ella no solo le complicaba la vida laboral, sino que también, afectaba su relación con Ethan.

—Oh, Jessie. ¡Nuestra Marie va a casarse!

—¡¿Quééé?! —preguntó con tanto asombro, que no pudo nivelar su tono de voz.

Al darse cuenta de su imprudencia, enseguida alzó los hombros buscando esconder su cabeza por la vergüenza y se giró hacia las personas con las que había estado reunida descubriendo que la veían con curiosidad.

Sonrió apenada y les dio la espalda para culminar esa conversación.

Cada vez que hablaba con su madre terminaba liada.

—¿Cómo que Marie va a casarse? ¡¿Con quién?! —inquirió en susurros y enfadada.

No le conocía un novio a su hermana, solo había escuchado nombres de desconocidos que en ocasiones salían con ella y, por medio de fotos que le enviaba su madre, conocía rostros que nunca se hicieron habituales. Jamás tuvo información de alguna relación estable.

—¿Cómo que con quién, Jessie? Con el único amor de su vida, ¡con Donovan!

El corazón de la joven dejó de latir un instante. Aquel sujeto, un año atrás, trató

bastante mal a su hermana abandonándola a su suerte en Brooklyn, teniendo Jessie que encargarse de ayudarla a superar esa dura prueba junto a su novio Ethan.

—¡Donovan! ¿El idiota que la dejó hace un año y la hizo sufrir?

—Aquello fueron problemas de pareja, corazón. Resolvieron esas diferencias hace unas semanas y ahora van a casarse.

Jessie gruñó. Molesta con Marie por ser tan inconsciente, con el idiota de Donovan por parecer un sujeto bipolar y con su madre, que apoyaba cada locura de su hermana sin pensar en las consecuencias.

—¡¿Hace unas semanas?! Mamá, ninguna mujer inteligente decide casarse con su ex semanas después del reencuentro y luego de haber sufrido por su abandono. ¿Qué seguridad tiene Marie de que Donovan no se marchará otra vez? ¡Estuvo perdido por un año, ¿y ahora vuelve con la idea de casarse?!

—Jessie, amor, son jóvenes. Él necesitaba tiempo para pensar bien las cosas y Marie para madurar, sabes que siempre ha sido una niña

consentida. Pero ahora, todo está bien.

—¿Todo está bien, mamá? —Ella puso los ojos en blanco, sin creerse lo que escuchaba—. ¿Cómo puedes decir eso? Donovan no quiere a Marie ni ella a él, van a arruinar sus vidas si se casan.

—¡No digas eso! —la reprendió—. Ellos se aman, hija, he visto estas semanas lo mucho que se quieren.

Jessie resopló con hastío, imaginando que cuando su madre hablaba de «lo mucho que se quieren», se refería a las escenas de casi sexo que de seguro había visto confundiéndolas con amor.

De ser así, entonces su hermana estaría enamorada de muchos otros hombres con los que también debería casarse.

—Es una locura, no estoy de acuerdo con esa boda —dictaminó con severidad.

—Nadie te ha preguntado si estás de acuerdo o no, Jessie. Eso es decisión de Marie. Si ella quiere casarse, nosotros debemos apoyarla —rebatió Sofía con firmeza.

—¡¿Cómo voy a apoyar un suicidio?! —alegó

Jessie con enfado—. Ese matrimonio repentino le hará daño. No cuenten conmigo para eso —enfatizó y comenzó a caminar de un lado a otro con nerviosismo, para drenar un poco las inquietudes que le producían esa conversación.

—Jessie. —La mujer endulzó la voz para sosegar la furia de su hija—. Marie te necesita a su lado, eres su única hermana y no podrá hacer esto sin ti.

—¡¿Acaso va a casarse conmigo?! —preguntó con ironía—. No me necesita para esto, ella nunca me ha necesitado para nada. Fíjate, estoy recibiendo esta absurda noticia por ti y no por ella. ¿Por qué no me llamó para anunciarme su feliz enlace matrimonial si soy tan importante?

—Porque está atravesando un momento muy difícil.

—¡¿Difícil?! —expuso Jessie casi fuera de sí, sin importarle las miradas que atraía al alzar la voz mientras hablaba—. Un matrimonio no debería ser una decisión difícil, sino feliz. Cuando decides casarte, lo haces porque elegiste dejar de luchar sola para hacerlo de la mano de alguien a quien amas, adaptando tu existencia a

la de él y haciendo que él se adapte a la tuya. Compartiendo ideas, proyectos, responsabilidades y alegrías, además de amor. Si Marie tomó esa decisión, es porque está pletórica de felicidad, y si realmente es así, debería ser ella quien se lo grite al mundo y no mandar a su madre a anunciarlo.

Al otro lado de la línea se escuchó un suspiro.

—Jessie, hija, no seas tan dura. Marie te necesita. No se casará solo por amor, sino por necesidad.

—¿Necesidad? ¡¿De qué hablas?! No estamos en el siglo dieciocho en que las mujeres se casaban por necesidad u obligación.

—Pero estamos en el veintiuno, en que es difícil mantener sola a un hijo.

Aquello dejó paralizada a Jessie y le congeló la sangre en las venas.

—¿Un… hijo…?

La voz se le fue al pronunciar esa palabra. De pronto, se sintió mareada, teniendo que soportarse del tronco del cerezo para no perder el equilibrio.

—Sí, corazón, un hijo. Marie está embarazada de Donovan y nos necesita. Necesita que la apoyemos en esto.

Capítulo 2.

Jessie no sabía si se sentía furiosa, angustiada o alegre. Tenía un nudo de emociones en su pecho que se extendía hacia su estómago y le producía nauseas. Luego de hablar con su madre, culminó rápido la reunión y salió del Jardín Botánico mascullando quejas.

Le afectó muchísimo enterarse que Marie estaba embarazada, pero más por la seguridad y la salud del bebé que por su hermana.

Marie era una joven inconsciente e impulsiva y un niño necesitaba estabilidad para poder desarrollar una personalidad sana.

¿Cuál sería el futuro de ese niño? ¿Donovan tendría la valentía de asumir esa responsabilidad como correspondía?

Cruzó a toda prisa una avenida para dirigirse a una tienda de comida rápida que había divisado al salir del parque, tenía ganas de una hamburguesa con mucho queso. Estaba tan agotada por el conflicto que se avecinaba que le era urgente recuperar fuerzas con algo bien cargado de grasas y carbohidratos.

Aunque se apresuraba por cubrir sus necesidades básicas, no podía dejar de pensar en ese niño y en la soledad que posiblemente experimentaría al tener una madre que solo se preocupaba por ella y por nadie más; y un padre que quizás, lo abandonaría de un momento a otro, como lo hizo con Marie un año atrás, cuando se sintió presionado por la realidad.

Lo imaginó triste, solitario y nervioso. Parado en el patio de la escuela aferrado a las tiras de la mochila que le colgaba de la espalda y esperando que alguien se acordara de él y fuera a buscarlo. Viendo como todos sus compañeros se iban uno a uno, siendo recibidos por sus padres o tutores con cálidos abrazos y besos en la frente, mientras él seguía a la espera, cada vez más solo, con el cielo encapotándose de nubes de lluvia sobre su cabeza y con un dolor profundo abriéndose paso en su corazón…

Aquella idea la deprimió, aunque más que una idea, esas imágenes formaban parte de un recuerdo. Se recordaba a sí misma de niña viviendo esas situaciones, experimentando de

nuevo el miedo y el vacío que dejaban la soledad y la sensación asfixiante que producía no saber con certeza si alguna vez regresarían por ella o la abandonarían para siempre.

La única diferencia, era que ella debía cargar con su hermana menor, quien se aferraba con firmeza de su brazo para no perderla.

Al estar frente al chico que atendía el establecimiento de comida rápida pidió una hamburguesa gigante con papas fritas mientras las lágrimas le corrían por las mejillas. El joven la miraba como si ella estuviera loca de remate, pero eso a Jessie no le importaba, seguía sumergida en la imagen de su futuro sobrino desamparado en el patio de la escuela suplantando sus propios recuerdos.

Al tener su pedido, se sentó en una mesa apartada y llamó a Ethan. Necesitaba desahogarse con alguien.

—Jessie, amor. ¿Ya saliste de la reunión? —preguntó él asombrado, pensó que ella tardaría más en esa actividad.

Aunque se habían prometido los fines de semana solo para ellos, aprovechó la repentina e

impostergable ocupación de ella para atender una emergencia en su negocio. Iba en una moto atravesando el duro tráfico de la avenida Madison, en pleno centro de Nueva York, para llegar al negocio de uno de sus nuevos socios. Necesitaba hacerle llegar un cargamento de *cupcakes red velvet cheesecake* que un año atrás hicieron famosa a su cafetería.

El problema era que el establecimiento estaba ubicado frente a la catedral San Patricio, donde ese día se realizaba un desfile de sombreros de Pascua. Decenas de personas se aglomeraban en los alrededores haciendo pesado el tráfico para lucir sus despampanantes creaciones, convirtiéndose en una odisea llegar a algún sitio cercano.

Esa tradición había nacido hacía más de un siglo cuando los devotos se vestían con sus mejores galas para asistir a la misa de Pascua. En la actualidad, se había transformado en una fiesta estrambótica y divertida, con gente de todas las edades exhibiendo sombreros con formas de conejitos, o con cestas de huevos acompañadas por pájaros o cabras; incluso,

algunos se salían de la temática para escenificar el estadio de beisbol de los Yankees o algún otro lugar turístico de la ciudad. El alboroto que creaban era tan grande, que impedían el fácil desenvolvimiento del tráfico.

Ethan no era muy dado a esas celebraciones, pero le fascinaban porque atraían clientes. La cafetería de su socio estaba a reventar. Los pedidos se desbordaron tanto, que tuvo que recurrir a él por más postres.

No perdió oportunidad en aceptar el reto y servirle de apoyo, pero su equipo de reparto los fines de semana era reducido y no cubrían zonas tan lejanas. Por eso tuvo que ir en persona vestido con unos vaqueros sucios y con una gruesa campera de cuero que lo hacía ver como un rudo motero. Minutos antes había estado reparando una filtración que comenzaba a producirse en los baños de empleados de la cafetería.

—Ethan, estoy mal —respondió Jessie con un bocado de hamburguesa metido dentro de su boca.

Él había atendido el teléfono aprovechando

que estaba parado frente a un semáforo en rojo, pero se orilló al escucharla hablar con dificultad. Pensó que ella sonaba de esa forma porque se ahogaba.

—¿Qué te ocurre? ¡¿Dónde estás?! —quiso saber, angustiado.

—En un McDonald's.

—¿Un McDonald's? —preguntó, torciendo el rostro en una mueca de desagrado y comprendiendo, en parte, por qué ella se asfixiaba. Para él, la comida rápida no era comida de verdad—. ¿Qué haces en ese lugar? ¿Y la reunión que tenías en el Jardín Botánico?

—Ya terminó —reveló apurando el bocado—. Me dio hambre porque mi mamá me dio una mala noticia.

—¿Una mala noticia? —consultó confuso.

«¿Desde cuándo el hambre y las malas noticias tenían relación?», pensó.

—Marie va a casarse.

—¡¿Qué?! —exclamó, alarmado—. ¿Con quién? —indagó, al tiempo que repasaba en su memoria la gran cantidad de parejas ocasionales que le había conocido a su cuñada en un año,

tratando de ubicar a alguno que mereciera la pena para vivir junto a él por siempre.

—Con Donovan.

—¡¿Donovan?! —Su grito repentino llamó la atención de una familia que pasaba en ese momento por su lado, todos portando sombreros que escenificaban jardines en plena floración.

La noticia que le daba Jessie lo impactó. Recordó al sujeto hablador y pedante que había tenido la gallardía de abandonar a su novia en medio de la calle, luego de discutir con ella a los gritos y manotazos, y le pareció increíble que ahora estuvieran a punto de casarse.

—Está embarazada.

—Mierda —fue lo único que él pudo responder, entendiendo de esa manera toda la inquietud que tenía su novia.

Jessie era una joven muy sensible y preocupada por su familia. Aunque sintiera rabia por lo que hacía su hermana, su situación la angustiaría, más aún si había un niño en medio.

—Nena, voy a entregar un pedido que tengo pendiente y enseguida iré por ti. Espérame y te

busco en unos cuarenta minutos.

—Estoy comiendo, yo… —Ella calló al sentir un sabor extraño en el bocado que masticaba. Las náuseas se le multiplicaron, su rostro empalideció y su estómago comenzó a dar vueltas amenazando con expulsar todo su contenido—. Luego te llamo —dijo escupiendo en una servilleta lo que tenía en la boca.

—¿Qué pasa?

—Nada, te llamo luego —expresó con dificultad y cortó la llamada antes de correr a los aseos para vomitar lo que había comido.

La pena por el conflicto que se les venía encima la enfermaron, porque sabía que Marie no tenía capacidad para manejar aquella situación y ese niño terminaría pagando todas las culpas y los errores de sus padres, como le había sucedido a ella.

Al verse reflejada en esa realidad se descompuso. Sus emociones afectaban directamente su salud, complicándole la existencia.

Capítulo 3.

En su oficina, Jessie se enfocaba en sus responsabilidades. El tema de su hermana, por salud mental, lo había relegado por los momentos. Necesitaba revisar un millón de cosas, diseñar y presentar propuestas y los nervios comenzaban a jugarle una mala pasada.

Los malestares estomacales se habían intensificado, dejándole un rostro ceniciento que empezaba a inquietar a Ethan. Por culpa de la gran carga de trabajo de la chica no había podido obligarla a ir al médico, pero no dejaba de estar pendiente de ella, llamándola cada vez que podía, asegurándose que comiera sano y tomara vitaminas.

La tarde del miércoles, Jessie se encontraba ahogada en un mar de papeles. Terminaba de ajustar los calendarios de los eventos que se realizarían esas semanas de primavera, delegando funciones a cada miembro de su equipo y evaluando los artes que habían diseñado para las campañas publicitarias digitales de la revista.

Aunque tenía mucho por hacer, había creado un sistema que le permitía avanzar sin agobiarse y disfrutar del proceso, pero ese método no estaba diseñado para soportar los inconvenientes que le traería una nueva llamada de su madre.

En medio de un suspiro, atendió a Sofía, con la corazonada de que esa conversación movería de nuevo su eje de rotación.

—Mamá, ¿todo bien?

—No, Jessie. Nada está bien.

Ella se recostó en la silla sonriendo con pesadez al confirmar sus sospechas.

—¿Qué ocurre?

—Tú hermana, hija. Marie está mal y te necesita.

Jessie respiró hondo para llenarse de valor.

—¿Cómo puede estar mal alguien que está a punto de casarse con el hombre que ama y será madre en unos meses?

—No seas irónica. —El regaño de su madre la impactó. En realidad, a Jessie le parecían que esos dos motivos eran suficientes para estar feliz —. Marie no la está pasando bien. No

conseguimos un buen salón para llevar a cabo la boda, los disponibles son excesivamente costosos y Donovan no colabora lo suficiente. Han estado discutiendo mucho estos días y me preocupa la salud de su embarazo.

La joven se frotó el puente de la nariz para soportar la irritación.

—Dime que sabías que eso pasaría, mamá. No es por echarle más leña al fuego, pero esa relación entre Donovan y Marie jamás ha tenido buen futuro. Él la empujó a dejar los estudios y a escapar a California, cuando regresaron arruinados, no puso gran interés en recuperarse, lo que hizo fue abandonarla ante el primer inconveniente y perderse por todo un año sin dar señales de vida. Ahora regresa, igual de arruinado que antes, ¿y en pocas semanas la embaraza? —indicó agobiada—. Si se casan, ¿de verdad crees que él será capaz de cuidar de ella y del niño?

—No te llamé para recordar el pasado o juzgar a ese pobre chico. Donovan también está atravesando su propio calvario. Sus padres no lo están apoyando ni con el matrimonio ni con el

embarazo de Marie. Está solo en esto. Ellos solo nos tienen a nosotros. —Jessie resopló con enfado y puso los ojos en blanco—. Necesitamos que vengas a Maryland para que nos ayudes a darle solución a los problemas que se están presentando con la boda.

—¡¿Qué?! —preguntó indignada—. Mamá, no puedo dejar mis responsabilidades para resolver las metidas de pata de Marie.

—Jessie, eres su hermana mayor. Marie solo cuenta contigo.

—Y contigo y con papá —recordó—. ¿Papá sabe de todo esto? —consultó con curiosidad y comenzando a sentirse saturada.

—Claro que lo sabe, pero tiene demasiadas preocupaciones cuidando de su nueva familia y no puede venir. Recuerda que Anastasia también está embarazada.

Jessie recostó los codos en el escritorio para sostener con la mano libre su cabeza llena de rabias y angustias. Anastasia era la nueva esposa de su padre y quien ya contaba con siete meses de embarazo… ¿u ocho?

Ella había perdido la cuenta de todo lo que

no tuviera que ver con su vida personal o con su trabajo. Solo esperaba que le avisaran cuándo nacería su medio hermano para ir a conocerlo.

—Mamá, no puedo ir. Este mes lo tengo repleto de actividades.

—Jessie, será solo un par de semanas. Marie quiere casarse antes de que culmine Abril.

—¡Este mismo mes! —vociferó alterada y enseguida se tapó la boca con una mano esperando que fuera de su oficina nadie la hubiese escuchado por haber levantado tanto la voz.

—¡Está embarazada, hija! ¡¿No lo recuerdas?! Pronto se le notará y no quiere casarse así.

De nuevo respiró hondo para calmarse, no podía perder el control en el trabajo.

—Por eso no consiguen salón, mamá. Es imposible encontrar un lugar para una boda en primavera en una o dos semanas.

—Tienes que ayudarnos, Jessie —suplicó Sofía—. Tú siempre has sido la más inteligente de la familia. Marie está mal con todos los problemas y con los malestares que le produce

el embarazo y yo no funciono cuando estoy angustiada, lo sabes. Y si hablamos de tu padre… —suspiró con irritación—. Él no puede asumir nada por tener que cuidar de Anastasia. Tú eres nuestra única salvación.

Jessie cerró los ojos con cansancio pensando: *«Y a ella, ¿quién la ayudaba?»*.

—Veré qué puedo hacer desde aquí, pero es imposible que viaje estos días. Lo lamento.

—Corazón, has un sacrificio. Te necesitamos de verdad. No puedo lidiar con esto yo sola.

—Veré qué puedo hacer mamá. Te llamaré luego.

Todo el cuerpo de Jessie se tensó al culminar la llamada y las náuseas volvieron a atormentarla. Desde pequeña siempre fue muy sensible a los problemas a pesar de lograr conseguir los medios para superarlos, pero antes de hallar una solución, era habitual que se viera afectada por las circunstancias actuando de forma impulsiva y, algunas veces, de manera absurda, empeorando la situación.

Ahora tenía ganas de llamar a su padre y a su hermana para entablar una aireada discusión

con ellos y obligarlos a que asumieran sus responsabilidades. Pero, como sabía que esa estrategia no resultaría, pues a su padre y a su hermana no los hacían funcionar los regaños, sino que al contrario, los paralizaban más, para descargar tensiones se le antojó destrozar los papeles que tenía sobre su mesa.

Si los transformaba en confetis y los lanzaba por la ventana de su oficina, ubicada en un quinto piso, molestaría a alguien y le ocasionaría un problema a otra persona. De esa forma pasaría algo de su irritación a otro, relajando su alma.

Luego de hacer trizas un par, se obligó a detenerse. No podía caer en lo mismo que le había sucedido hacía más de un año, cuando, para descargar sus frustraciones, dirigió toda su furia hacia unos muñecos de nieve confeccionados con materiales de desecho que había divisado muy solitarios junto a una parada de bus. Había aprendido de los golpes del pasado y sabía que actuar de manera infantil no la ayudaría a sentirse mejor, sino que al final, le crearía más inconvenientes.

Lo mejor era liberarse de los problemas canalizando alguna solución, pero los malestares estomacales le impedían pensar con claridad, así que decidió recurrir a su segunda mejor fuente de ideas: Ethan.

Enseguida llamó a su novio y le contó, con ansiedad, lo que había conversado con su madre.

—Jessie, amor, no puedes permitir que te impongan esa responsabilidad —respondió él luego de escucharla con paciencia.

—Solo me pidieron ayuda —justificó a su familia, porque sabía que ellos no poseían su don para resolver conflictos.

—No te pidieron ayuda. En pocas palabras te exigieron que resolvieras el tema del salón para la boda. Eso es responsabilidad de Donovan y de Marie, son ellos los que quieren casarse pronto.

—Conociste a Donovan, sabes que él no será capaz de hacer nada. Y que Marie es inútil para tomar decisiones acertadas.

—Pero ese es un problema de ellos, nena, no tuyo.

—¡Marie está embarazada! —alegó para

convencerlo de que sí era su asunto.

—¡Ese también es un problema de ellos!

Ella respiró hondo para mantener la compostura. Lo había llamado por ideas, no para que le llevara la contraria.

—Ethan. Es mi sobrino. No quiero que viva con carencias afectivas.

«Como me sucedió a mí», aunque eso último se lo pensó, prefirió no decirlo.

—Jessie, el hecho de que ellos se casen no asegura que ese niño reciba el amor que necesita. Lo sabes, amor. Si sus padres no se aman y no lo aman a él, con o sin matrimonio sufrirá lo mismo.

Ella no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas. Ethan tenía razón, además, ya había pensado en esa posibilidad, pero imaginó que al no decirlo no se haría más real. Ahora eso le generaba un peso intenso en el pecho que acrecentaba sus malestares.

—No quiero que se sienta solo… ni abandonado —expuso con voz llorosa—. Si ayudando a sus padres a resolver sus problemas aseguro su felicidad, pondré todo lo que esté en

mis manos para lograrlo.

Ethan, que en ese momento se hallaba en su cafetería realizando una revisión del inventario, suspiró hondo al escucharla y lanzó de mala gana sobre un escritorio los papeles que tenía en la mano.

Sabía que aquella situación la afectaba mucho porque le traía a la mente recuerdos del pasado. Jessie vivió con sus padres, pero ellos nunca se quisieron realmente, manteniendo siempre una distancia que, sin darse cuenta, la extendían hacia sus hijas generándoles a ambas vacíos difíciles de llenar.

Su chica no estaba dispuesta a asumir el problema de aquella boda por Marie, por Donovan o por sus padres, sino por ese niño que venía en camino, que parecía repetir su historia.

—Nena, escucha, recuerda que este fin de semana iremos a Nueva Jersey a visitar a mi abuela. El viaje te servirá para descansar y relajarte y de esa manera, juntos hallaremos una solución. Podemos hablar con algunos de mis clientes que organizan eventos para que nos ayuden a conseguir un lugar en la ciudad. Tal

vez sea difícil, pero no creo que nos resulte imposible. ¿Te parece?

—Dame la lista de esos clientes y yo los llamo. Tú no tienes por qué preocuparte por los problemas de mi familia.

—Te amo, Jessie —enfatizó con firmeza, para que ella nunca dudara de sus sentimientos—. Tus problemas son mis problemas y tu familia es la mía, nunca lo olvides. —Después de decir aquello, endulzó la voz para que sonara algo graciosa y así relajarla—. Ni olvides que mi familia también es la tuya y que este fin de semana enfrentaremos una vez más a mi abuela y su obsesión con el matrimonio y con los hijos. Cuando ella se entere de la situación de Marie, se volverá más insistente con nosotros. Será capaz de llegar a la boda y derribar con su bastón a Marie y a Donovan para subirnos a nosotros al altar jalados por las orejas.

Jessie sonrió aflojando un poco el nudo que apretaba a su estómago y le producía malestares. Ya había tenido varias oportunidades de compartir con Bertha, la abuela de Ethan y, aunque era una mujer

insistente y pedía sin descanso otro bisnieto que pudiera cargar antes de morir, adoraba a esa mujer. La sentía tan suya como si en realidad fuera de su propia sangre.

—Amo a tu abuela.

—¿Y a mí no?

—Sabes que sí. Te amo con locura. Gracias por hacerme sentir mejor.

—Nena, sabes que ese es mi trabajo y lo hago con gran placer.

El corazón de Jessie palpitó con alegría, sabía que hablar con Ethan sería la mejor solución a sus problemas, porque él la ayudaba a enfocarse y no perder el norte, que muy fácil extraviaba por culpa de sus complejos e inseguridades.

Él era su complemento, su mayor apoyo. Solo esperaba no liar de nuevo esa relación a causa de los arrebatos de su hermana. Ya le había sucedido en dos oportunidades y no podía permitir una tercera. No debía abusar de la paciencia de Ethan.

Si lo perdía a él, caería de nuevo en un abismo del que le costaría levantarse.

Capítulo 4.

La casa de Bertha Martin estaba construida en medio de un terreno inmenso en el poblado de Ramsey, en Nueva Jersey. Asentado en un barrio pudiente habitado en su mayoría por jubilados que gozaban de generosas pensiones.

La primera vez que Ethan la llevó a esa casa le contó que su abuela provenía de una familia alemana que había emigrado a Estados Unidos en 1870. El abuelo de ella y su padre trabajaron en bienes raíces, obteniendo varias propiedades que para esa época no tenían gran importancia, pero que luego se hicieron valiosas.

Al morir el padre de la mujer, sus ocho hijos se repartieron esas propiedades.

Bertha recibió aquella casa que amaba como si fuese un miembro más de su familia, pues allí había reunido muchos recuerdos, ya que dentro de esas paredes había vivido su alegre infancia y su ferviente juventud. Allí nació su hija e hizo florecer un matrimonio que la llenó de muchas satisfacciones. Allí murió su esposo y sus nietos jugaron felices llenando cada rincón de risas y

ayudándola a sobrellevar las pérdidas.

Muchas veces sus dos bisnietos, los hijos de Gary, el hermano de Ethan, fueron a visitarla brotando de nuevo la felicidad en ese hogar. Y era ahí donde ella quería recibir al hijo de su nieto favorito: Ethan, un retoño que esperaba tener en sus brazos antes de que muriera, evento que venía anunciando desde hacía una década.

La vivienda era una construcción de dos pisos con paredes de madera y piedra y techos a dos aguas. Muchas ventanas adornaban su fachada, todas ellas de hojas corredizas. Su interior contaba con un recibidor, biblioteca, despacho, sala de estar, comedor y una cocina amplia que había sido diseñada para albergar a familias numerosas, pues esa era la costumbre en la época; y arriba, ocho habitaciones amplias y amobladas permanecían cerradas, pues sus únicos habitantes vivían en la planta inferior, ocupando las habitaciones que habían sido dispuestas para el servicio, al no tener fortaleza para subir y bajar escaleras constantemente.

En la actualidad, solo vivían en la casa Bertha y su prima Martha, una mujer de más de

setenta años de edad que había quedado viuda y cuyos hijos vivían en el sur, en Texas, donde se asentaron con sus familias. Al quedar sola, decidió vivir con Bertha, así se hacían compañía durante la vejez.

Al bajar del auto, Jessie observó con asombro el enorme terreno que rodeaba el hogar. Por más que lo visitara, nunca dejaba de maravillarse con el bosquecillo de pinos del fondo y con los espacios abiertos sembrados de grama.

Amaba ese lugar. La calma que inspiraba, era relajante.

—¿Entramos? —quiso saber Ethan al ubicarse junto a ella y tomarla de la mano.

Jessie lo observó, detallando su rostro varonil ahora invadido por una barba un poco larga, que le daba una apariencia algo descuidada y bohemia. La acarició con su mano libre, hundiendo los dedos en el vello espeso y viendo como él se frotaba contra ellos como si fuera un gatito exigiendo más caricias.

Se dejó atrapar por sus penetrantes ojos verdes, quedando prendada antes de fijarse en

sus labios, que frotó con un pulgar mientras experimentaba una sensación de ansiedad en su estómago.

—¿Todo bien? —quiso saber Ethan al notar el anhelo que reflejaba su semblante.

—Te deseo —confesó, sintiendo un fogonazo en su vientre que le causó un estremecimiento y un gemido involuntario.

—Ey, tranquila —pidió él en susurros, sorprendido por el nivel de excitación que había brotado de ella.

La atrajo hacia sí, abrazándola por la cintura, y dándole un beso apasionado que ella enseguida profundizó. Introdujo su lengua hambrienta dentro de él, acariciándolo con tanta vehemencia que Ethan enseguida se tensó y tuvo que parar el beso o pronto las cosas se le saldrían de las manos.

—Calma, preciosa. Esta noche, luego de que se duerma la niña traviesa de esta casa, te daré lo que quieres.

Jessie suspiró con tanto dramatismo que arrancó una sonrisa divertida en él.

—Está bien, esperaré —dijo fastidiada y se

apartó para caminar a la casa con cara de chica regañada.

Ethan la apresó por una mano y la atrajo de nuevo al interior de sus brazos.

—Estas muy ansiosa —habló enfebrecido sobre los labios de ella.

La actitud de Jessie lo encendía de deseo. Los ojos de la chica brillaban con lujuria y su piel ardía. Lo necesitaba, pero con seguridad su abuela estaba pegada a alguna de las ventanas esperando inquieta a que entraran. No era buen momento para dejar correr lo que sentían, pero por Dios que lo haría, porque una sola mirada extasiada de ella era capaz de crear una hoguera en su interior.

La besó de nuevo con arrebato antes de rodear con un brazo su cintura y caminar a su lado a la casa, riendo como si fueran dos adolescentes que se susurraban al oído promesas ardientes.

Se obligaron a controlarse al estar dentro del hogar y mientras saludan a las dos mujeres.

Lo primero que hizo Bertha fue preguntarle si ya estaba embarazada, al recibir una negativa,

la mujer comenzó a quejarse por dolencias ficticias diciendo que morirían en pocos días sin disfrutar de otro bisnieto.

—Pero si apenas acabas de cumplir los ochenta. Los expertos dicen que los ochenta son los nuevos veinte —justificó Ethan sentándose al lado de su abuela en la mesa ubicada en un saloncito junto a la cocina, donde la mujer tenía todos sus materiales de tejido y donde acostumbraba tomar el té, tanto durante las mañanas como en las tardes.

—Esos expertos no sufren en sus huesos lo que yo sufro. Inventan esas estupideces para ignorar las peticiones de los viejos moribundos.

Ethan, con una sonrisa de ternura marcada en el rostro, tomó la mano arrugada de su abuela y le dio un beso tierno en el dorso. Ella estaba recostada en una mecedora de madera que había sido reforzada con almohadones y mantas para aumentar su comodidad. Su anatomía pequeña y delgada, de tez blanca y pecosa, y con sus cabellos canosos como si fueran una nube de algodón, la hacían parecer frágil, pero quien conocía su carácter fuerte,

determinado, inteligente y terco sabía que aquella mujer tenía más fortaleza que un ejército en pie de guerra.

Un gato gordo, blanco y perezoso dormía en su regazo. El animal solo abrió los ojos para lanzarles una mirada rencorosa cuando ellos llegaron.

—Deja de hablar de enfermedades y muerte. Tú eres más fuerte que todos nosotros juntos. Estoy seguro que podrás esperar un poco más por bisnietos.

Ella gruñó con enfado y lanzó una mirada acusadora hacia Jessie, que tomaba su té en silencio y haciéndose la desentendida, sentada junto a Martha, una mujer gruesa de cabellos canosos (que siempre llevaba recogidos en un apretado moño) y poseía una sonrisa tatuada en los labios que le achicaba los ojos.

Jessie trataba de esconder con la taza sus mejillas encendidas. Cada vez que Bertha saltaba con esa conversación de los hijos, ella se inquietaba.

—No sé qué tanto esperan —rezongó—. Esta casa se está viniendo abajo porque nadie la

habita. Le hacen falta niños.

—Tú y Martha la habitan, la llenan de vida —dijo Ethan aun acariciando la mano de su abuela.

—Vivimos solo en los alrededores de la cocina. El resto de las habitaciones están llenas de telarañas, goteras, termitas y suciedad.

Él lanzó una mirada hacia Martha, viendo a la mujer negar con la cabeza mientras bebía su te, y pendiente de que Bertha no la descubriera o la amonestaba por metiche.

Jessie disimulaba la risa comiendo las exquisitas galletas de avena y miel que le habían ofrecido. No podía parar de comer. El ambiente fresco y silencioso del lugar, más el fascinante sabor de aquellos aperitivos, abrieron su apetito.

—Vine para revisar todos esos desperfectos que dices que existen. Traje las herramientas necesarias.

—No son muchos, en realidad…

—¡La casa se nos viene abajo! —porfió Bertha, interrumpiendo la aclaración de Martha y haciendo saltar al gato, que decidió bajarse de su cómoda cama para echarse en un rincón

donde tenía un almohadón para él.

Martha asintió resignada y apretó los labios para no reír divertida. Llevarle la contraria a la doña era un suplicio. Bertha se pasaba los días llamando a Ethan para quejarse por las tuberías, por el foco de las lámparas, por el ruido de las bisagras y por el polvo imaginario que solo sus ojos veían. Lo único que quería era tenerlo allí, con ella.

—Debo reconocer que esta casa tiene más de cien años construida y necesita de muchos arreglos —agregó Ethan—. La última vez que se le hizo una remodelación, fue cuando mi abuelo vivía y ya han pasado veinte años desde que partió.

—Dios lo tenga en su gloria —dijo Bertha mirando al techo y se santiguó antes de continuar—. Esta casa necesita de niños corriendo por sus pasillos y no reparaciones —expuso molesta.

—Los niños aumentan el desgaste del hogar —insistió Ethan.

—La soledad se come la madera, los niños no —rebatió la mujer, comenzando a enfurecerse.

—Gary ya te ha dado dos bisnietos, ¿no estás conforme con ellos?

—Ellos están grandes y ya no les gusta venir a mi casa. Antes la adoraban porque tenían mucho espacio para jugar, pero ahora son chicos de ciudad —expresó eso último con desagrado—. Solo los niños y los viejos adoran este lugar, para el resto es un sitio apartado y abandonado.

—A mí me encanta. —La intervención de Jessie arrancó una sonrisa en Bertha—. Es cierto que es apartado, pero esa es su mayor fortaleza. La tranquilidad y la frescura que se respira en este rincón del planeta, es relajante —expresó antes de meterse una galleta entera a la boca y tomar otra de la bandeja.

—¿Ves? —insistió Bertha hacia Ethan—. Solo la gente inteligente es capaz de ver las maravillas de esta casa.

—No he dicho que no sea una casa maravillosa —reveló él, acercándose a su novia para darle un beso en la cabeza. Estaba intrigado por su comportamiento inusual.

Aquel hogar parecía no solo alborotarle la

libido, sino también, el apetito. Jessie había pasado toda la semana en Brooklyn con malestares estomacales y con otras molestias físicas, pero desde que había llegado a Ramsey no había hecho otra cosa que comer y excitarse como una colegiala.

Él estaba dispuesto a darle todo lo que ella necesitaba, pero sentía mucha curiosidad por lo que ocurría en su cabecita y la hacía actuar de esa manera.

—Iré a bajar la maleta y las herramientas del auto, ya regreso —notificó antes de dirigirse al salón principal.

—Iré contigo para indicarte la habitación que te preparé —ofreció Martha poniéndose de pie para acompañarlo.

Al quedar solas, Bertha sonrió hacia Jessie, notando el hambre voraz que había invadido a la joven.

—Estas algo pálida y enclenque —le soltó sin delicadeza.

Ella se sonrojó.

—He tenido unas semanas muy difíciles en el trabajo y he estado indispuesta del estómago

por el estrés —reveló la chica con la boca llena.

—Deberías pasar unas semanas aquí. Recobrarás en segundos la lozanía.

—Imposible. Aunque quisiera no podría abandonar Brooklyn este mes, tengo demasiado trabajo. Además, mi hermana se casa y tal vez deba viajar a Maryland para la boda.

—Maryland no es buen sitio para casarse. Hay demasiado vandalismo y agitación en esa ciudad.

Ella torció el rostro en una mueca.

—Es cierto. Maryland se ha transformado en una urbe tan agitada que se crea mucha demanda para realizar cualquier actividad, a mi hermana le ha costado conseguir un salón para oficiar la boda.

—¿Y no lo apartó con tiempo? Esas cosas no pueden organizarse de un día para otro —expuso la mujer, y se inclinó hacia la mesa para aproximar con disimulo hacia Jessie, la bandeja que contenía unos bastoncitos de queso y jamón que Martha había preparado.

La joven no dudó en tomar también de ellos y meterse uno a la boca luego de tragar la

última galleta.

Bertha no dejaba de detallarla. Evaluaba sus visibles cambios físicos. Por años había trabajado como enfermera en hospitales muy concurridos y era capaz de detectar las condiciones de salud de las personas con solo mirarlas.

Una sonrisa satisfecha se dibujó en su rostro.

—Marie quedó embarazada y quiere casarse antes de que se le note.

—Si ese es el caso, no puede ponerse exigente y buscar un salón para fiestas en estas fechas. ¿Por qué no organiza la boda en su casa?

—Ella ahora se queda con mamá en el departamento de una tía. Es pequeño y allí vive mucha gente, porque además están los dos hijos de mi tía, el esposo y hasta tienen un perro.

—Madre de Dios, qué lío —expresó la mujer poniendo cara de suficiencia—. ¿Y cómo van a hacer?

—Siguen averiguando lugares. Yo tengo que ayudarlas de alguna forma desde Brooklyn, porque me es imposible viajar a Maryland por los momentos.

Jessie dejó de comer abruptamente tapándose la boca para eructar con disimulo y poniendo cara extraña, como si sintiera un retorcijón en el estómago.

—¿Y por qué no la hacen aquí?

—¿Aquí? —consultó, dirigiendo hacia Bertha una mirada asombrada y confusa.

—¡Claro! Mira todo el espacio que tenemos —dijo señalando hacia una de las ventanas para mostrar su patio—. Esta casa necesita algo de vida y una boda le sentaría bien.

—No sé, tendría que proponérselo a mi hermana. Quizás sería complicado trasladar a todos…

—¡No pongas excusas, Jessie! —se quejó la mujer, interrumpiéndola, y sacudiendo una mano por sobre su cabeza para restar importancia a sus palabras—. Habla con tu familia, cuéntale lo hermoso y fascinante de este lugar. Es gratis y como regalo podría ayudarlos con los preparativos.

—¿Tú?

—Tengo a gente de confianza que se dedica a la organización de fiestas y si es para mí, el

costo no sería descomunal.

Jessie se mostró confundida. Aunque la idea resultaba excelente, porque aquel hogar estaba hecho para grandes celebraciones, el hecho de tener que trasladar a toda su familia, y a la de Donovan, de Maryland a Nueva Jersey parecía complicado.

Sin embargo, poco pudo reflexionar el tema y continuar su conversación con Bertha. El estómago le giró como un carrusel llevando hasta su garganta todo lo que había comido desde que había llegado a esa casa.

—¡Discul…!

Ni siquiera fue capaz de culminar la palabra. Corrió a toda velocidad hacia el baño más cercano para limpiar a su estómago de lo que lo molestaba.

Bertha la dejó ir sin importunarla, sonriendo complacida.

Capítulo 5.

Los días siguientes para Jessie fueron un caos. Por supuesto, su madre y su hermana aceptaron encantadas realizar la boda en la casa de Bertha Martin. Las fotografías que ella les había enviado por Whatsapp del lugar hicieron estallar de emoción a las dos mujeres.

Realizar el evento allí no solo reduciría considerablemente los costos, al ser gratuito, sino que habían dado con un sitio precioso, amplio, cómodo, fresco y rodeado de una exuberante naturaleza. El traslado lo tomarían como un paseo vacacional. Para después de la boda hacían planes para visitar los casinos y las playas de la región.

Enseguida se pusieron a trabajar en la lista de invitados. De parte de los Lilley, asistiría Sofía acompañada de su hermana y de la familia de esta, así como el padre de Jessie con su nueva prole. Por el lado de Donovan, intentaban contar con la presencia de la madre de este, ya que el padre se había negado rotundamente a apoyar ese enlace, pero aún no habían recibido

respuestas de la mujer. En cambio, los novios obtuvieron la confirmación de la presencia de un montón de amigos, algunos de Brooklyn y otros de California. Por esas noticias estaban felices.

En casa de Bertha se quedarían solo los familiares, el resto se instalaría en un hotel cercano que había propuesto Ethan.

Aunque la fecha tentativa del evento era para el veinticuatro de abril, Sofía y Marie irían a Nueva Jersey ese jueves quince de mes para ajustar los detalles de la celebración.

Por suerte, Bertha tenía muy buenas influencias en la Alcaldía de Ramsey y logró convencer al alcalde para movilizar lo referente a los permisos para la fiesta y el registro matrimonial. También obtuvo la aceptación del sacerdote local para oficiar el rito en la casa. Solo faltaba ocuparse del tema de la decoración, la comida y la música, entre otros detalles.

Marie estaba exultante, tan llena de emoción que parecía una histérica y era difícil controlarla en favor a la salud de su embarazo.

Jessie era la única que parecía un manojo de

nervios andante. En tan solo tres días tuvo que organizar su trabajo para tener libres el jueves y el viernes, así como el fin de semana, y servir de anfitriona en la casa de Bertha mientras su familia se quedaba allí, pues Ethan no podía acompañarla. Gary se había enfermado de un virus primaveral dejando la cafetería por varios días, complicándole las cosas en Brooklyn.

La cabeza de la chica estaba hecha un caos, pero siguió el consejo de Ethan de tomar todo con la mayor calma posible para que no la afectara. Que recordara que la boda era de su hermana y no la de ella, así el agobio no la vencía.

El día de la llegada de Sofía y de Marie, entre ella y Martha habían preparado el recibimiento, teniendo listas las habitaciones de las mujeres y elaborando una cena de bienvenida.

Sin embargo, la sangre de Jessie se congeló en sus venas al ver que no solo un taxi se acercaba al hogar, sino dos. Su madre no había venido solo con Marie, sino que además se había traído de Maryland a su hermana Helena, a su cuñado Ronald y a sus dos sobrinos,

incluyendo al perro.

—¡Jesieee! —gritó Marie envuelta en un manto de felicidad al bajar del auto y corrió hacia ella para abrazarla por el cuello con cierta rudeza.

Por poco, ambas caen al suelo por culpa de aquel efusivo abrazo, pero Jessie logró mantener el equilibrio y sonreír con nerviosismo.

—Cálmate, recuerda que estas embarazada.

Marie comenzó a dar saltitos de alegría.

—Estoy bien, aburrida. ¡Serás tía! ¿Eso no te alegra?

—Claro que me alegra —dijo con preocupación, intentando que la chica dejara de saltar como si fuera una niña inconsciente—. Tienes que cuidarte, para cuidarlo a él.

—Lo sé, lo sé —repitió la rubia con fastidio —. Estoy feliz, no empañes mi alegría con tus advertencias.

Jessie puso los ojos en blanco y suspiró hondo.

—¿Qué hace mi tía aquí? —preguntó dando una ojeada hacia los taxis y viendo que sacaban

varias maletas del interior. Parecía que se mudaban a Nueva Jersey y no iban a pasar unos días antes de la boda—. Se suponía que ella y su familia vendrían la próxima semana.

—Necesitamos toda la ayuda posible —contestó Marie algo irritada.

Jessie se tambaleó cuando Phillip, su primo de diez años, entró a las carreras en la casa seguido por su perro Roco, un Husky siberiano indisciplinado aunque muy cariñoso.

—¡Phillip, no! —lo regañó, pero el niño ni siquiera la escuchó—. ¿Por qué trajeron al perro? —consultó molesta.

—¿Qué te sucede, Jessie? ¿No estás feliz por vernos? ¡Voy a casarme y a tener un hijo! ¡Tienes que apoyarme!

—Y te apoyo, solo que…

Prefirió no decir nada para no empañar aquel recibimiento. Se guardó el *«no abusen de la bondad de los demás»* muy hondo en su memoria para no ocasionar incomodidades.

Al final, Sofía, Marie, la tía Helena, el tío Ronald, su hijo Saúl de diecisiete años, Phillip de diez y Roco, entraron como una tromba en la

casa revisando cada habitación como si estuvieran valorando la propiedad para comprarla. Con total descaro cambiaban de posición muebles para que ellos, y el perro, tuvieran mejor movilidad y exploraron el patio en busca del mejor sitio para instalar un asador que habían sacado del galpón ubicado tras la piscina, sin pedir siquiera permiso a la dueña.

Martha daba vueltas por toda la casa atendiéndolos, haciéndoles aperitivos o sirviéndoles bebidas, siempre con un rostro alegre. El gato se había refugiado en el ático, furioso por la presencia del perro que no paraba de olfatearle la cola y ladrarle cuando caminaba con altanería, ignorándolo.

Bertha, en cambio, parecía una niña feliz. Sonreía con amplitud ante la presencia de aquel tumulto imprevisto y no paraba de hablar con Sofía y con Helena sobre sus planes para la boda.

—Quiero poner las mesas aquí, en forma de semicírculo, y que la pista de baile esté en medio, con varios ramos de flores adornándola. Y junto a aquel roble blanco la tarima de los

músicos. Donovan quiere contratar a dos grupos musicales, así que debemos darle espacio para sus instrumentos —ordenaba Marie al tío Ronald mientras él analizaba el espacio como si fuese un arquitecto especialista en distribución de espacios.

Jessie observaba todo desde la distancia, con los nervios de punta. Inquieta por la forma en que su familia se había apoderado de aquella casa, adaptándola a sus necesidades.

Aunque a la dueña no parecía molestarle las licencias que se tomaban, a ella le resultaba una falta de respeto.

—¿Qué opinas, Jessie? —La intervención repentina de Bertha a su lado la sobresaltó. La mujer se había acercado sostenida de su bastón —. Marie quiere que se construya una tarima para los músicos, otra para el pastel y que se haga un piso de madera en medio del patio para bailar.

Ella apretó la mandíbula controlando sus molestias.

—Me parece un gasto excesivo. Se puede bailar en el salón, así no es necesario hacer

tarima para los músicos.

—No será excesivo, corazón. Nos hemos ahorrado en el salón —expuso Sofía llegándose hasta ellas—. A tu hermana, además, le gustaría adornar la pista con un techo y cubrirlo con muchas luces blancas, como si fuera un cielo.

—Estamos en primavera, mamá. Es más hermoso disfrutar del cielo real y es menos costoso. Deberían ahorrar dinero para preparar la llegada del niño.

—¡Es la boda de Marie, hija! —porfió Sofía —. Solo te casas una vez en la vida y es una ilusión para toda mujer tener una boda de ensueño. Déjala que haga lo que quiera, ya vendrán los recursos para recibir al niño —completó con una sonrisa hacia Bertha, que la mujer respondió aunque lanzando una mirada curiosa hacia Jessie.

—Creo que todos ustedes tienen mal establecidas las prioridades —alegó la joven sintiendo un dolor profundo en su pecho.

—Marie solo quiere disfrutar su momento antes de ocuparse de problemas reales —justificó la madre.

—¿Tener un hijo del hombre que amas es un problema? —insistió, indignada.

—Por supuesto que no —rebatió Sofía comenzando a mostrarse molesta—, pero déjala que viva su sueño de una boda impactante y luego piense en todo lo demás.

Jessie abrió los ojos de par en par, asombrada por la conclusión de su madre.

¿De qué le serviría a Marie gastar todos sus ahorros en una boda por todo lo alto, si luego no tendría dónde refugiarse el día después del evento? ¿No le importaba perder los recursos que luego le permitirían controlar su embarazo hasta llevarlo a buen término? ¿Y garantizar un espacio seguro y sin carencias para ella y para su hijo?

Su familia llevaba horas en ese lugar y de lo único que hablaban era de ramos de flores, de techos improvisados, de mesas, de músicos, de comida y de tipos de champaña. Cuando ella preguntó dónde iban a vivir después de la fiesta la ignoraron y cuando quiso saber de Donovan, solo le dijeron que desde que había regresado de California vivía con un amigo y estaba en la

búsqueda de un trabajo, pero que aquella loable tarea la había dejado de lado para centrarse en su boda, aprovechando un dinero que su padre le había entregado para que se estableciera.

Esos días, mientras Marie se ocupaba de los detalles de la fiesta en Ramsey, él estaría en Brooklyn con sus amigos organizando su despedida de soltero.

Jessie, aún más indignada, abrió la boca para iniciar una aireada discusión con su madre por lo inestable de aquel enlace, pues sabía que al final, Marie no tendría como asumir toda la carga del embarazo ni del niño y ella tendría que ayudarlos de por vida, pero el grito atronador de Phillip, pasando por su lado en una carrera veloz hacia la piscina, la sobresaltó y aceleró los latidos de su corazón.

El niño salió de la casa en calzoncillos como alma que lleva el diablo y se lanzó a la piscina alzando una cortina de agua hacia el lugar donde Saúl ayudaba a su padre a encender el asador. Roco lo siguió ladrando sin parar.

—¡Maldito engendro! ¡Deberías morirte! —gritó Saúl al ser salpicado por el agua que había

expulsado Phillip.

—Hijo, deja las malas palabras —pidió Helena sin darle mucha importancia al asunto y concentrada en escuchar la explicación de Martha sobre la forma en que cuida las violetas que tenía sembrada en el jardín trasero.

Jessie sintió tanta vergüenza que la piel de la cara le ardió y en medio de un resoplido se marchó al interior de la casa buscando sosiego. Quizás estaba siendo exagerada, pero no consideraba justo que su familia se comportara de esta forma tan grosera en ese lugar, que los había recibido con alegría y sin cobrarles un solo centavo.

A ella le importaba mucho Bertha y la opinión que ella pudiera tener de esa parte de su vida. Quería trazar su futuro junto a Ethan, sin dejar sombras que opacaran su relación, pero a su familia no parecía importarle nada. Solo apoyaban, una vez más, los caprichos de su hermana, creyendo que de esa manera la ayudaban a superar las adversidades.

Se sentó en la sala, de cara al ventanal que daba al jardín delantero, tratando de hacerse la

sorda a los gritos y al alboroto que se producía en el patio.

Quiso llamar a Ethan, pero pensó que ya lo había atormentado demasiado esos días con sus complicaciones, enfermedades y preocupaciones. No deseaba fatigarlo y que él finalmente se cansara de ella por considerarla una histérica.

Quedó en soledad tratando de calmar su pena hasta que una cosa gorda, blanca y peluda le saltó encima para recostarse en su regazo. El gato había salido del ático en busca de su dueña, al no hallarla, se quedó con ella para recibir algo de atención, aprovechando que no había ningún perro en las cercanías que amenazara su calma.

Jessie no era muy dada a las mascotas, pero aquella compañía la ayudó a no sentirse tan sola. La tarea de acariciarle el pelaje sedoso la distrajo, sosegando un poco sus inquietudes.

—¿Qué voy a hacer con esta locura? —le preguntó al animal, a pesar de saber que no obtendría respuestas.

Capítulo 6.

Las primeras horas del viernes le vaticinó a Jessie lo terrible que se le presentaría el día. Los malestares estomacales y el mal humor se anclaron en ella despertándola antes de que despuntara el sol y volviéndole el rostro ceniciento.

Se mantuvo encerrada en su habitación aprovechando para adelantar algo de trabajo y enviando correos electrónicos a sus subordinados con decenas de órdenes y advertencias. Pasadas las diez salió para intentar desayunar algo, a pesar de tener poco apetito, descubriendo que su familia no se había levantado, pero la casa parecía haber sido atacada por un huracán.

Se avergonzó al ver a Martha haciendo comida como para un batallón, al tiempo que ordenaba. Casi toda la vajilla estaba acumulada en la encimera, sucia, mientras Roco masticaba un hueso echado bajo la mesa con restos de comida regadas a su alrededor.

—Santo Dios —exclamó y enseguida se puso

a lavar platos ignorando las molestias que el brillo de la mañana le producía en los ojos.

—¿No piensas saludarme?

Jessie volteó el rostro, apenada, viendo a Bertha salir del saloncito de tejido y caminando con pausa apoyada en su bastón.

—Abuela, disculpa el desorden. Anoche me fui a la cama temprano porque tenía dolor de cabeza, no pensé que dejarían todo tan revuelto.

—No te preocupes, niña, fue muy divertido. ¿Sabes cuándo fue la última vez que me quedé hasta la media noche escuchando chismes de gente desconocida?

—¿Te acostaste tarde? —preguntó sin dejar de realizar su tarea.

—Y Martha. Ella se fue a la cama horas después de que yo me acostara. En esta casa hemos estado tan solas, que la llegada de tu familia ha sido una novedad muy entretenida.

—Pero mira como dejaron todo —se quejó mostrando la vajilla sucia—. No puedo creer que sean tan desconsiderados.

—Cada quien tiene su personalidad —justificó Martha entrando en la cocina y

ayudando a Bertha a sentarse en una silla—. Pero así como son un tornado para el desorden, también lo son para el orden. Anoche Helena y Sofía limpiaron el patio en segundos mientras yo acostaba a Bertha. Acordamos limpiar la cocina y la sala hoy en la mañana, porque estábamos muy cansadas.

—Estás tomando muy a pecho lo que hace tu familia. Te noto muy nerviosa —intervino Bertha recibiendo su té del día.

—No puedo evitarlo, esta situación me tiene muy inquieta. Ellos solo hablan de la celebración, pero nadie se ha parado a pensar en lo que sucederá después, que para mí es lo más importante. —Jessie lanzó la esponja en el interior del fregadero y se quitó los guantes para pasarse una mano por la frente, con angustia—. Donovan es un chico inmaduro, como Marie. No tiene trabajo, ni terminó los estudios. Duerme en el sofá de un amigo mientras Marie comparte cama con mi madre en la casa de mi tía. El veinticuatro será la boda, pero no saben qué harán el veinticinco. ¿A dónde irán? ¿Dónde vivirán? ¡Eso parece no importar!

—No tienen las mismas prioridades que tú —dedujo Bertha, dando un sorbo cuidadoso a su bebida caliente.

—No es que esas sean solo mis prioridades —alegó la chica encarando a las mujeres—, ¡esas deben ser las prioridades de todo recién casado que además, están a la espera de un hijo!

—Jessie, querida —expresó la anciana con una sonrisa indulgente—. No te angusties. Deja que tu hermana tropiece. Nunca aprenderá si no lo hace.

—Créeme, Bertha —dijo resoplando una risa que pretendía ser burlona, pero parecía más de lástima—. Marie vive de tropiezo en tropiezo. Si con todo lo que ha pasado no ha aprendido, es porque nunca lo hará. —Se giró de nuevo al fregadero y se enfundó los guantes para continuar con su labor—. Lo peor es que al final, seré yo la que deba resolver todo, porque ninguno de ellos tiene la capacidad de hacerlo.

Martha se aproximó a la chica y con delicadeza, manteniendo una sonrisa dulce, cerró el grifo y le quitó la esponja de las manos.

—Siéntate con Bertha a tomar té. Te veo muy

pálida, supongo que tuviste mala noche y una mañana pesada.

Jessie suspiró con agobio.

—No sé qué me pasa —reveló resignada y quitándose de nuevo los guantes—. Diría que son los nervios de la boda, pero ¡no es mi boda!

—Pasa que tu corazón ama tanto que termina ocupando el puesto de los demás —expuso Bertha mientras Jessie caminaba con los pies arrastras y los hombros caídos hacia la mesa, para sentarse con postura derrotada frente a la anciana—. Deja de preocuparte por los demás y comienza a hacerlo por ti misma.

—No puedo —confesó la chica con voz triste—. Es tan difícil —enfatizó la última palabra manteniendo una mirada perdida en un horizonte imaginario.

—Pues, busca las maneras —ordenó la abuela—, porque hoy tendremos un día muy movido. En una hora llegará Karin, la organizadora de eventos de la que te hablé y quien ayudará con los preparativos de la boda. Ella es como un tornado de categoría cinco. Si no estás preparada, te llevará por delante. Así

que, ¡arriba ese ánimo! Será divertido —agregó eso último con una sonrisa traviesa que lo que logró fue aumentar la preocupación de la joven.

Karin era una mujer muy allegada a Bertha, una experta en eventos que era como una hija muy querida para la abuela. Se conocieron hacía más de veinte años, en el hospital, cuando la mujer, siendo una niña, había llegado al centro médico sufriendo de una apendicitis severa, pero sus familiares no tenían el dinero suficiente para cubrir los gastos ni el cariño necesario para consolarla.

En ese tiempo, Bertha ya no trabajaba, pero igual iba al hospital como parte de un grupo de apoyo que ofrecía asistencia psicológica y social a pacientes con pocos recursos. No solo cuidó de Karin en esa ocasión, logrando una gran compenetración con la chica y garantizando su salud, sino que la animó durante toda su vida patrocinando sus estudios hasta convertirla en una profesional independiente.

Bertha ya le había hablado a Jessie de ella y de su intención de colaborar con la boda sin cobrar ni un centavo, solo por agradecimiento a

la anciana. Para Sofía y Marie, aquella fue una noticia sensacional, pero Ethan, al enterarse del asunto, gruñó con desagrado, a pesar de no hacer ningún comentario. A Jessie le extraño su actitud, sin embargo, no pudo interrogarlo al respecto por el cúmulo de situaciones que sucedieron después, y luego, lo olvidó.

Ese día esperaban a la mujer, pero Jessie, a pesar de la buena vibra que la abuela y Martha intentaban trasmitirle, no podía estar tranquila. Menos cuando su familia al fin se levantaba y continuaba arrasando el hogar como si nada les importara.

La chica tuvo discusiones con su madre, con su tía, con Phillip y hasta con Roco, pero la más fuerte fue con Marie, quien no solo abusaba de la confianza y del apoyo que Bertha le había dado, sino de su propia condición de mujer embarazada. Iba por toda la casa sin descanso, subía y bajaba escaleras sin parar, cargaba objetos pesados de un lado a otro y hasta jugaba a las carreras con Roco y Phillip mientras evaluaba el terreno.

Jessie la miraba con el ceño fruncido y en

ocasiones, le llamaba la atención. Hasta que Marie perdió la compostura y le gritó a su hermana reproches y quejas para que la dejara en paz, se ocupara de su vida aburrida y no le tuviera envidia por haber conseguido a alguien que la amara en exclusiva y no compartiéndola con su trabajo, como lo hacía Ethan, que hasta se guardaba el regalo de hacerla madre porque no tenía tiempo para los hijos.

Aquella alusión le fragmentó el corazón a la joven. Se encerró en su habitación a llorar de rabia e indignación, pensando en Ethan y en la realidad de que él no estaba allí, acompañándola, porque debía atender su empresa.

La cafetería y el servicio de cáterin le robaban mucho tiempo, entregándole a Jessie, solo migajas.

Se tiró en la cama boca arriba y por instinto se cubrió el vientre con las manos. Imaginó la posibilidad de tener hijos y recordó aquella antigua discusión que había tenido con Ethan por el tema.

Aunque una parte de su mente afligida la

atormentaba con pensamientos amargos de que su novio no la quería lo suficiente para decidirse a casarse y formar una familia, otra parte le recordaba que estaba en esa situación por decisión de ambos.

Ethan le había ofrecido el cielo, pero ella no quiso tomarlo porque deseaba construirse su propio firmamento lleno de estrellas, que luego compartiría con el de él. Se esforzaba por tener su carrera cimentada, por alcanzar sus metas laborales y existenciales, luego de eso, pensaría en estabilizar aún más la relación. Entonces, ¿por qué estaba siendo atacada por pensamientos tan depresivos e infantiles?

Se levantó de la cama asumiendo una actitud más firme. Dejó de llorar y se enjugó las lágrimas con la manga del suéter apretando la mandíbula con enfado.

—Deja de ser una niña tonta, Jessie Lilley —se reprendió a sí misma, y se puso de pie para ir al baño y lavarse antes de salir a la habitación y dar la cara a sus problemas.

Al llegar a la sala, quedó de piedra. Su familia había creado un alboroto alrededor de

una visita recién llegada.

—¿Qué sucede? —preguntó a Martha que miraba sonriente la escena desde la distancia. Parada detrás de Bertha, quien veía con satisfacción aquel encuentro.

—Llegó Karin —fue la única respuesta de la mujer.

—¿Y por qué tanto revuelo? —quiso saber Jessie, extrañada.

Sabía que su familia era cariñosa con las visitas, más aún, con las personas a las que recién conocían, pero le parecía exagerada la atención que prestaban a aquella persona.

—Karin tiene la facultad de robarse el corazón de la gente —reveló Bertha.

Jessie apretó el ceño y observó con curiosidad hacia el centro de la sala, justo cuando su familia comenzaba a tomar distancia dándole respiro a la recién llegada.

Al estar el espacio más despejado, ella pudo al fin ver a la famosa organizadora de eventos de la que Bertha tanto hablaba, quien poseía una apariencia tan llamativa que la dejó con la boca abierta.

—No me digas que está niña tan mona es la novia de Ethan —preguntó con emoción la mujer utilizando un voz grave, muy masculina, aunque esforzándose por sonar afeminada—. Ya entiendo por qué Ethan me rechazó para estar con ella, ¡es una preciosura! —vociferó dando saltitos de alegría antes de correr a abrazarla y tomarle la mano con devoción—. Yo soy Karin, preciosa, y seré tu mejor amiga.

Jessie tuvo que alzar el rostro para mirarla a la cara. Ella era alta, con una melena larga, lisa y rubia de bote y de contextura fuerte, aunque con un cuerpo muy curvilíneo. En su rostro, exageradamente maquillado, resaltaban unos labios hinchados por el botox y de su garganta sobresalía una prominente nuez de Adán, pero eso no le restaba estilo.

La joven no pudo hablar por la sorpresa, pero sonreía alegre, sintiendo en la mirada sincera que Karin le dirigía, el apoyo que tanto necesitaba.

Capítulo 7.

Como lo había asegurado Bertha, Karin se robaba el corazón de todos.

El viernes, a su llegada, no hablaron ni una pizca de la boda. Resultó que la mujer era, además, profesora de yoga. Así que dedicó todo ese día a realizar terapias de relajación y de renovación energética con las que pretendía conocer a la familia y entrar en confianza.

Pronto logró establecer nexos muy cercanos con ellos. Parecía un sacerdote que escuchaba con paciencia los lloriqueos de cada integrante de la familia mientras los consolaba con abrazos y frases sacadas de revistas holísticas para ayudarlos a superar sus penas e inseguridades.

Jessie miraba con reprobación las sesiones de meditación y estiramiento que acontecieron al día siguiente. Karin decía necesitar alcanzar la sanación emocional de cada miembro antes de que se embargaran en una empresa tan agotadora y desgastante como lo era una boda. Aquellos ejercicios propiciaron la confesión de emociones que Jessie no quería escuchar.

Marie no dejaba de llorar por la falta de atención de Donovan, por la nula participación del hombre en los preparativos de la boda y por su trato poco cariñoso. Pero, cuando comenzaron a hablar de los traumas del pasado, incluyendo a Sofía en la terapia, se marchó. No podía soportar aquella innecesaria y exagerada muestra de debilidad. Estaban allí para darle solución a un problema, no para abrir heridas que nunca cicatrizaron del todo.

Se marchó al interior de la casa con los nervios de punta. Si bien Karin le había parecido una bella persona, no la creía capaz de llevar a cabo el trabajo que se le había encomendado.

Mientras ellos estuvieron sumergidos en sus tratamientos emocionales, ella se encargó de comunicarse con floristas, carpinteros, agencias de festejos y restaurantes solicitando presupuestos para contratos de urgencia y consultando su disponibilidad para la fecha en que se realizaría el evento.

Bertha le insistía en que dejara todas las responsabilidades en manos de la organizadora,

que confiara en Karin, porque ella era muy buena manejando a familias histéricas y consiguiendo rebajas de último momento, pero su lado precavido no podía dejar de ocuparse de lo que importaba. Además, eso ayudaba a mantener a Karin alejada de ella, ya que la mujer insistía en incluirla en sus terapias y ella no quería formar parte de ese circo.

Jessie consideraba que su vida marchaba a la perfección, que tenía más de lo que había deseado en la vida, por eso no necesitaba de esas sesiones de autocompadecimiento. Sin embargo, tenía un nudo apretado en la garganta que le impedía estar del todo feliz. En su vientre se anidaba un miedo atroz al fracaso y a las equivocaciones, del que no podía desprenderse. Un temor que no comprendía del todo, pero que parecía estar a flor de piel, volviéndola susceptible.

Si alguien hurgaba un poco en esa herida, esta sangraría sin control y no deseaba que eso ocurriera, mucho menos, delante de su familia, quienes confiaban y se sostenían de ella porque la creían fuerte y sin fracturas internas.

Karin la buscaba por toda la casa mientras ella se escondía apoyándose de cualquier excusa. No quería hablar de sí misma, no deseaba llorar frente a otros, porque sabía que una vez que empezara, no pararía nunca.

El domingo se había refugiado en su habitación para revisar los cronogramas de trabajo de la revista de la próxima semana y así enviar observaciones y ajustes a sus empleados, olvidándose de la boda y de su familia. Si ellos no la escuchaban y no prestaban atención al evento que se llevaría a cabo el próximo fin de semana, entonces, ella se mantendría al margen.

Estaba tan sumida en su tarea que el único mundo que parecía existir a su alrededor era lo que reflejaba el computador a través de la pantalla, reduciendo su existencia a las tablas, a los números y a las fechas que se mostraban, sin posibilidad de espacio para la vida humana.

No obstante, interrumpió su trabajo cuando alguien invadió sin permiso su guarida y rompió su privacidad.

—¿Piensas enterrarte en la pantalla?

Se erizó por completo al oír una voz familiar

tan cerca de su oreja y captar un aliento cálido que le quemaba y le estremecía la piel.

Se giró enseguida, lanzándose al cuello de aquel usurpador para aferrarse a él como si estuviera cayendo por un precipicio y ese fuera el único punto de soporte que existía.

—Ey, no imaginé que me recibirías de esta manera.

Ethan la abrazó con fuerza, aspirando a profundidad el aroma dulce que ella desprendía y que tanto lo trastornaba.

Sonrió complacido al ver que la chica apretaba el abrazo como si no quisiera terminarlo nunca. Él tampoco deseaba darle fin, anheló todos esos días su contacto y su calor, sentir la sedosidad de su piel y captar el sabor embriagante de sus besos.

La envolvió mucho más entre sus brazos, aunque se mosqueó al escuchar el sonido de un llanto suave y contenido.

—¿Qué ocurre? —quiso saber e intentó cortar el abrazo para mirarla a la cara, pero ella se aferró aún más a él y escondió su rostro húmedo por las lágrimas en su cuello—. Jessie,

¿qué ocurre? ¿Por qué lloras?

—Dame un momento —gimoteó ella.

—Nena, ¿qué pasa? Sabes que no me gusta verte así —pidió, acariciándole la espalda y comenzando a preocuparse al notar que el llanto de su novia aumentaba.

—Dame un segundo.

Ethan procuraba darle lo que pedía, sin dejar de consolarla, pero a los pocos minutos comenzó a perder la paciencia. Su preocupación crecía con cada sollozo de Jessie, desesperándolo y avivando en su pecho mucha rabia hacia lo que fuera que le había hecho tanto daño.

—Amor, por favor, dime que pasa o enloqueceré.

Ella se obligó a calmarse, soltándose de él para secar su cara. Ethan enseguida le tomó el rostro para alzarlo y mirarla a los ojos, doblegándose por el dolor que reflejaban.

—¿Qué sucedió?

—Nada.

—¿Cómo que nada? Tú nunca has llorado por nada.

—Hoy sí —reveló volviendo a reiniciar el llanto.

—Nena, te lo pido, dime qué ocurre —rogó, acariciándole el rostro y borrando las lágrimas que escapaban de su rostro, dedicándole una mirada suplicante—. ¿Tuviste una discusión con tu madre, o con Marie? ¿Karin te dijo algo que no te gustó?

—No, nada de eso.

—¿Entonces? —Ante la continuación del llanto de la chica, Ethan se inquietó—. Maldita sea, Jessie, si no me dices ya mismo qué ocurre, saldré afuera y le partiré la cara al primero que se me cruce en el camino.

—¡No! —pidió ella con angustia—. No hagas nada, solo… —Lo abrazó por la cintura, hundiendo el rostro en su pecho. Él por instinto la abrazó y besó su cabeza, aunque sus ojos brillaban por la furia—. Me has hecho mucha falta, es todo.

Ethan suspiró hondo y apretó la mandíbula con enfado. Imaginó que otro había sido el culpable de su tristeza. Descubrir que él había sido el causante de esas lágrimas, lo amargó.

—Nena, lo siento. Estos días he tenido mucho trabajo. Gary ya está un poco mejor, pero no se ha incorporado al cien por ciento y comenzaron los eventos de primavera. Hemos tenido varios pedidos que cubrir.

—Lo sé, lo sé. No te reprocho nada.

—Estás llorando porque me extrañas y si me extrañas tanto, es porque te he abandonado mucho tiempo.

Jessie se obligó a calmarse, despegándose de él para secarse las lágrimas.

¿Por qué estaba actuando de forma tan inmadura? ¿Por qué se sentía tan sensible y lloraba sin motivos?

—Lo lamento, no sé qué me pasa.

—Debes estar muy cansada —dedujo él acariciándole los cabellos y mirándola con dulzura.

—Bertha no me deja hacer nada y Karin lo único que ha hecho estos días es servir de confesora a mi atolondrada familia, ni siquiera han planificado qué hacer para la boda. Yo averigüé algunos presupuestos, pero a nadie parece interesarle. ¡No me escuchan!

Ella se cruzó de brazos y bajó el rostro apretando el ceño y mostrando un puchero que la hacía ver como una niña consentida y enfadada. Ethan la observó con atención, extrañado por sus reacciones, aunque sonrió al verla tan adorable.

—Acabo de llegar y encontré a Marie, a Helena y a Karin en la sala, eligiendo la mantelería y las telas que usarán para el decorado comparando las que ofrecen algunas empresas con las que tú investigaste. Ronald se encuentra con sus hijos en el patio, acompañando a unos carpinteros que toman medidas para construir el entarimado donde estará el pastel; contratistas que tú ubicaste —le aclaró, logrando que ella lo observara sorprendida—. Y Martha y Sofía evalúan los menús de los restaurantes que propusiste. —Con el pulgar de una de sus manos le acarició la mandíbula, levantándole el rostro para tenerlo más cerca del suyo—. Dime qué te pasa, amor. ¿Por qué estás tan triste?

Las mejillas de Jessie se coloraron por la vergüenza. Se había encerrado en esa habitación

como una niña caprichosa, que exigía atención en los momentos en que a ella se le antojaba y no cuando era más conveniente. Quizás, todos estaban trabajando con sus propuestas porque sentían lástima por su estado.

—Dios, Ethan. ¡Qué vergüenza! —dijo alejándose de él y tapándose la cara con ambas manos.

—¿Vergüenza, por qué?

—Me he comportado como una niña. Marie debe estar enfurecida conmigo. Pensé que no les importaba nada, porque desde el viernes están con Karin haciendo yoga y meditación. Me encerré aquí para que no me molestaran, porque no estoy de acuerdo con perder el tiempo de esa manera cuando hay demasiado trabajo.

—Amor —expuso Ethan aproximándose a ella para tomarla por el cuello y aproximar su cara a la suya, bañándole la piel del rostro con su aliento—. Karin no solo es especialista en organizar eventos, también es terapeuta y profesor de Yoga.

—Lo sé, ¿por qué me lo recuerdas?

—Mi abuela la llamó para que atendiera

primeramente la situación emocional de tu familia. Marie no solo necesita una mano para su boda, sino también, a alguien que la ayude a entender su posición en el mundo, más ahora que será madre.

La chica no podía salir de su asombro.

—¿Bertha trajo a Karin para que hiciera estas terapias?

—Y para ayudar con la boda, por supuesto —aclaró y torció el rostro en una mueca disconforme—. Sabes como es mi abuela de metiche, queriendo resolver todo al mismo tiempo. Creo que ella se parece un poco a ti.

Jessie se sintió miserable.

—Me he comportado como una boba —expuso cubriéndose la cara con ambas manos, con un semblante marcado por la vergüenza.

—Has estado muy tensa, amor —reflexionó él y apartó las manos de la chica para mirarla a los ojos—. Karin me acaba de decir que ha estado detrás de ti estos días para ayudarte a relajar tus emociones, pero has sido esquiva.

Jessie apretó los ojos un instante para soportar la incomodidad que le produjo esa

confesión.

—No puedo creer lo tonta que he sido. Debo disculparme y ayudar de alguna manera.

Se dirigió enseguida a la puerta para reunirse con su familia y con Karin, pero Ethan se atravesó en su camino para detenerla.

—No, tú vendrás conmigo.

—¡¿A dónde?! —preguntó alterada.

—A dar una vuelta. A relajarnos y disfrutar de este bello domingo de primavera.

Su abuela, al llegar, también le había informado del estrés que reflejaba Jessie y de su extrema sensibilidad. Por eso deseaba alejarla unas horas para ayudarla a encontrar calma.

—¡No puedo irme! Vine para servirle de apoyo a mi hermana y la he cagado estos días. Hoy debo colaborar porque mañana me tengo que presentar en la revista.

Trató de marcharse de nuevo, pero él se lo impidió.

—Jessie, amor, escucha. Hagamos…

No pudo continuar porque resonaron gritos en el exterior. Alguien discutía y lo que se oía era una voz de hombre.

Ambos salieron apresurados para saber qué ocurría y, al llegar al primer descanso de las escaleras, Jessie quedó de piedra al ver a Donovan sacudiendo con violencia a su hermana por los hombros mientras le gritaba reproches.

Capítulo 8.

Jessie corrió para apartar a Donovan de Marie, empujándolo para hacerlo entrar en razón.

—¡¿Enloqueciste?!

—No te metas en este asunto —pidió el joven con amenaza y se aproximó a ella con porte pendenciero.

Ethan se interpuso en su camino para detenerlo, mostrándole una actitud desafiante.

—Será mejor que te calmes —le advirtió, logrando que Donovan retrocediera y lo observara con recelo.

—Vamos a calmarnos todos, aquí no ha pasado nada —intervino Sofía acercándose a sus hijas con una sonrisa nerviosa—. El estrés por la boda nos tiene algo descontrolados. —Peinó los cabellos de Marie para ayudarla a recuperar la compostura—. ¿Por qué no le enseñas a Donovan lo que hemos elegido para la fiesta?

—¿Cómo puedes pedirle eso? —rebatió Jessie, indignada.

—Necesitamos recuperar el aliento —

justificó la mujer con obviedad, aunque sin verla a la cara, aún peinando los cabellos de su hija menor.

—¿El aliento? ¡Este tipo estaba maltratando a Marie!

—¡Él no me maltrataba! —refutó ella irguiéndose y estirándose la ropa—. Fue un malentendido. Discutimos por una… tontería. Le reclamé por no haber venido antes.

Jessie bufó, enfadada, y lanzó una mirada rencorosa hacia Donovan, descubriendo su rostro enrojecido e hinchado, típico en las personas que estaban pasadas de tragos.

Repasó la sala y no solo halló a Karin encendida en rabias siendo detenida por Ronald y por Saúl, y a su tía abrazada a Phillip cerca de la puerta, también se hallaban dos sujetos y una chica a los que no conocía, parados en un costado y haciéndose los desentendidos.

—¿Cómo puedes decir eso? Vi como él te…

—Jessie. —La interrumpió Ethan sosteniéndola por los hombros—. Amor, deja que ellos resuelvan sus asuntos.

—Pero, ¡la maltrataba! —impugnó,

sobrepasada por su rabia e indignación.

—¡Te dije que no me hacía daño! —alegó Marie mostrándose también enfurecida—. ¿Por qué de todo tienes que hacer un drama? —reprochó la chica.

Jessie quedó muda mientras veía a su hermana pasar por su lado para anclarse en el brazo de Donovan y salir juntos de la casa seguidos por sus tres amigos.

Nadie habló mientras se marchaban, el silencio fue tan tenso que le produjo una explosión de dolor y cólera a Jessie en el estómago.

—Nena, regresemos a la habitación —pidió Ethan al oído, pero aquello, en vez de consolarla, lo que hizo fue encender aún más la llama que la consumía por dentro.

—¡No! —Se sacudió el agarre de él y observó a su madre con severidad—. ¿Cómo pudiste apoyarla en esto? —gruñó, refiriéndose a Marie.

—Es un problema de pareja que solo Marie puede resolver.

—La maltrata, mamá y ¡está embarazada!

—Jessie… —comenzó a hablar la mujer,

pero utilizó una voz tan condescendiente que a la chica la hizo parecer idiota.

—No puedo creer que permitas que esto ocurra —reprochó, interrumpiéndola y alejándose un paso.

—Hija, escucha. Marie es quien tiene que darse cuenta del error que está a punto de cometer.

—¿Y si no lo hace?

Sofía negó con la cabeza, con los ojos ahogados en lágrimas.

—No podemos hacer nada si ella misma no abre los ojos. Si la obligamos a hacer lo contrario, lo que hará será alejarse de nosotros y así no podré ayudarla.

Jessie se sostuvo la cabeza con una mano sintiéndose mareada. Ethan se aproximó a ella y quiso tomarla de nuevo por los hombros para tranquilizarla, pero la joven se apartó corriendo a su habitación sin decir una sola palabra y envuelta en una nube de rabias.

Al llegar, se hizo un ovillo en la cama para calmar sus emociones.

Se esforzaba por sosegar su ira, aunque le

resultaba imposible recuperar la cordura. Quería gritar o romper algo, solo para sentirse satisfecha.

Sabía que se comportaba como una niña, pero al recordar que Marie actuaba peor que ella, de forma tan inconsciente, aceptando un maltrato que no se merecía, el fuego de su cólera la calcinaba una vez más.

Nunca imaginó que se encontraría algún día en esa situación. Ese tipo de problemas lo había visto lejano, por eso no sabía cómo afrontarlo.

Minutos después, tocaron a su puerta. Apretó la mandíbula con enfado, no quería dar explicaciones a nadie. Sin embargo, autorizó la entrada al incómodo visitante.

Cuando Ethan apareció, ella experimentó una mezcla de emoción y rabia. Le gustaba tenerlo allí, pero odiaba que la viera en ese estado y la tratara como una malcriada, minimizando la grave situación de su familia.

—¿Qué quieres? —preguntó con amargura y sentándose en la cama.

—Saber cómo estás —respondió él y tomó una silla para ubicarla frente a ella.

—Estoy bien.

—Estás enfadada, y eso no es estar bien.

—Si sabes cómo estoy, ¿por qué me preguntas? —rebatió de mala gana.

Ethan respiró hondo, entendiendo lo que le había advertido su abuela, sobre la sensibilidad que ella experimentaba en ese momento.

—Porque quiero que te desahogues y te liberes de las emociones que te hacen daño.

—No me trates como una histérica —pidió con la mandíbula tensa.

—Nunca he hecho eso, solo quiero ayudarte.

—Aquí la del problema no soy yo. ¿No te das cuenta?

—Entiendo lo que está ocurriendo con Marie, lo que tú pretendes y lo que pretende tu madre, pero lo siento, nena —agregó en medio de un suspiro—. Ella no es mi prioridad, solo tú.

Jessie abrió los ojos como platos.

—Está embarazada, Ethan. Si él la lastima, la vida de ella y la del niño corren peligro. ¿Cómo pueden quedarse de brazos cruzados esperando que Marie entienda el riesgo y actúe por su cuenta?

—Jessie, entiendo tu punto, y estoy de tu parte; pero, por más que intentes detener a Marie, ella no va a escucharte si no comprende su situación.

—Entonces, no estás de mi parte —rebatió con enfado y observándolo con irritación—. No puedo esperar que Marie comprenda nada. ¡La va a lastimar! Hay que hacerla entender del peligro que corre de alguna manera.

—Trataste de hacerlo allá abajo y ¿qué sucedió? —intervino mostrándose molesto—. Ella se fue con él dejándote ahogada en tu rabia, porque cree que la criticas, no que la ayudas. Ahora están muy tranquilos en el patio con Karin hablando de decoración y de ubicación de las mesas y de la pista de baile, mientras tú estás aquí, haciéndote daño por un problema que es de ellos.

—No es solo de ellos, ¡también es mío! La vida de mi sobrino está en juego.

Ethan apretó los labios antes de hablarle y se llenó los pulmones de aire. Jessie y Marie eran muy parecidas, ambas se encerraban en una idea y era difícil hacerlas entrar en razón. Pero

él debía seguir intentándolo por Jessie. Ella era lo único que le importaba en aquel conflicto.

—Nena, entiende que si sigues interviniendo…

La indignación sobrepasó a Jessie. No podía aceptar que a nadie en esa casa pareciese no importarle la vida de un ser humano indefenso e inocente.

Se puso de pie, interrumpiendo la intervención de Ethan, y traspasándolo con una mirada rencorosa.

—Quiero estar sola.

Él la observó sorprendido un instante y se levantó para encararla.

—Amor, escúchame…

—Déjame sola.

—Jessie, no hagas esto —pidió con tristeza y preocupado porque la relación de ellos se viera afectada por culpa de un conflicto de otros.

—Quiero estar sola. ¿Crees que soy yo la que no entiende las cosas? Entonces, déjame en paz para que pueda asimilarlas.

—Nena, por favor, no me apartes.

Ella le dio la espalda, con su corazón siendo

traspasado por una espada de dolor. Odiaba que la señalaran como una terca, que minimizaran sus preocupaciones, necesitaba hacer respetar sus posturas, aunque le doliera lastimarlo a él en el proceso.

Se cruzó de brazos y se esforzó por mostrarse firme.

—Solo necesito estar sola para pensar.

—Jessie…

—Vete, Ethan. Por favor.

Las últimas palabras las dijo con voz ahogada y con sus ojos hundidos de nuevo en lágrimas.

Él quedó inmóvil un instante, siendo afectado por una sensación asfixiante, como si le rompieran el corazón en pedazos.

Apoyó sus manos en las caderas y bajó el rostro tratando de mantener la cadencia de su respiración y no hacer estallar la furia que lo embargaba.

Por un momento, quiso ignorar su petición y superar el espacio que los separaba y abrazarla, sin soltarla jamás, pero la actitud de ella y su estado tan vulnerable volvía esa poca distancia en un abismo insuperable.

Obligarla a dejar de lado su punto de vista y desentenderse del problema sería como obligar a Marie a abandonar a Donovan porque no le convenía. Ambas estaban aferradas a sus ideales y no se alejarían de ellos hasta no comprender lo que sucedía a su alrededor.

Amaba a Jessie con todas sus fuerzas y verla tan distante lo rompía por dentro. Se fragmentaba, abriendo espacios que llenaba con furia y desesperación.

Sin embargo, respetó su espacio.

Retrocedió en silencio, viendo como ella continuaba dándole la espalda como si no le importara su partida. Esa actitud lo lastimó aún más, aunque no podía ver cómo las lágrimas volvían a correr por el rostro de la joven y esta vez, con mayor tristeza.

Jessie cerró los ojos con pena cuando oyó que él abría la puerta y salía de la habitación, cumpliendo con su exigencia. Se derrumbó sobre la cama a llorar con desconsuelo, y en esta ocasión, con verdadera razón.

Capítulo 9.

El resto del día no se presentó ningún inconveniente porque Donovan se había marchado con sus amigos y nadie había dicho una sola palabra de lo ocurrido, ni siquiera, Jessie, que decidió seguir la corriente y no luchar contra ella.

Sin embargo, con Ethan se mantenía distante. Él intentaba acercarse y ella procuraba mostrarse abierta, pero enseguida se encerraba en un caparazón de mal humor. Había una inquietud dentro de su interior que lo rechazaba y la empujaba a apartarse con disimulo de él, y de cualquiera, prefiriendo estar sola pensando en la inestabilidad de sus emociones.

Bertha, que había notado el intercambio entre ambos, se inventaba excusas para acaparar la atención de su nieto con reparaciones de emergencia, obligándolo a darle el espacio que su novia requería. Sabía que eso era necesario para no asfixiar la relación y provocar un alejamiento más marcado.

Karin se encargó de mantener a todos activos

para que las mentes se distrajeran y poco a poco ir limando las asperezas que se habían creado ese día. Consiguió que una florista amiga aceptara su invitación de visitar la casa de los Martin y llevar un muestrario de flores y ramos para que Marie, Sofía y Helena los consideraran. A Ronald y a los niños los entretuvo con los carpinteros mientras Martha decidió encerrarse en la cocina a preparar bocadillos para todo el mundo, su actividad favorita.

Bertha se marchó con su gato a dormir la siesta, sabiendo que Ethan se hallaba en el ático reparando una gotera. De esa forma se aseguraban que Jessie estuviera sola en el cuarto de tejido, sumida en la organización de las actividades de esa semana, como los ensayos de maquillaje, las cenas con los amigos y familiares, las pruebas de sonido y las sesiones fotográficas.

Obtuvo un momento de tranquilidad rodeada de papeles logrando calmar la efervescencia de sus hormonas, con Roco durmiendo a sus pies.

—¿Cómo está mi novia preferida?

Ella sonrió con pereza y se frotó el rostro con

una mano demostrando cansancio.

—Hablas como si yo fuera la que va a casarse —respondió a Karin.

La mujer se sentó a su lado y la miró con adoración, pero también, con precaución. No quería fastidiarla.

—Te confieso que estaría más feliz si organizo tu boda en vez de la de tu hermana. No me importa que fuera de un día para otro. —Le acarició los cabellos con delicadeza, apartando los mechones que caían en su cara ojerosa—. Ese evento sí que sería todo un acontecimiento. No cualquiera es capaz de conquistar el frío corazón de Ethan Martin.

Jessie apretó el ceño y dejó lo que hacía para dedicarle toda su atención.

—Ethan no tiene el corazón frío, es muy cálido y amoroso.

—Es así ahora, porque está contigo —confesó la mujer alzando los hombros y con semblante de superioridad.

—¿Lo conoces de antes?

—Lo conozco de toda la vida, querida —reveló socarrona.

Su mirada ilusionada se perdió en el horizonte de los recuerdos mientras se saboreaba los labios como si recordara escenas apasionadas.

—Oh, Dios. Me estás asustando —bromeó Jessie.

—No pienses nada malo —aseguró Karin en medio de una risa—. Conozco a Ethan desde que éramos unos niñatos, Bertha me ayudó a entrar en la misma escuela en que estaba él, por eso estudiamos juntos varios años. Para esa época yo era un chico confundido con inclinaciones travestis, motivo por el que era blanco de burlas y maltratos. Ethan me defendió muchas veces, por eso siempre lo he visto como mi héroe particular. —Suspiró, apoyando un codo en la mesa para sostener su cabeza saturada de anhelos nunca cumplidos—. Te confieso que estuve enamorada de él un buen tiempo, ¡babeaba por ese hombre! —agregó en medio de otro suspiro—. Pero Ethan nunca tuvo ojos para mí, era muy serio y estaba dedicado a los estudios, llegando incluso a rechazar a las chicas lindas que lo perseguían. Es por ese motivo que

digo que tenía un corazón de hielo. Aunque siempre me trató con respeto, como un verdadero amigo, gesto que le agradezco con toda el alma. Si no hubiese sido por él, y por Bertha, habría estado muy sola.

—Esa historia es preciosa —intervino Jessie con una sonrisa.

—¿Y cuál es la tuya con él? ¿Cómo se conocieron?

Ella suspiró hondo, mirando con pesar la nada mientras recordaba los malos momentos que le hizo pasar, pero que a la vez, fueron los que unieron sus vidas.

—Ethan le daba promoción a su cafetería colocando una atractiva decoración navideña en la entrada de su negocio. Yo estaba atravesando un momento incómodo con mi familia y descargué mis emociones destruyendo varias veces ese decorado.

—¡Vaya! Sí que eres una chica apasionada —bromeó Karin arrancando risas en Jessie, que disimuló mordiéndose los labios.

—Lo fastidié mucho en esa época.

—Ya veo por qué te quiere tanto. —Ella se

sonrojó por la vergüenza—. Ethan siempre ha sido un hombre de carácter, correcto y responsable, pero es amante de los retos. Para llamar su atención tuviste que romper su ambiente perfecto y tranquilo y, de seguro, se la pusiste muy difícil para conquistarte.

—No pasaba por mi mejor momento —se justificó con pesar.

—Mejor aún, no hay nada que no atrape más a Ethan Martin que algo difícil de alcanzar.

—¡No digas eso!

La empujó por un hombro con chanza, desatando más risas en Karin.

—¿Y por qué no se casan?

Jessie suspiró perdiendo la sonrisa.

—Nos estabilizamos —confesó, aunque no parecía segura de sus palabras.

—¿Se estabilizan? Bertha me ha contado que el negocio de Ethan dejó de ser una simple cafetería y ahora también ofrece servicios de pastelería a otros negocios y cáterin dulce en eventos. Y tú obtuviste el puesto de Directora creativa en la revista donde trabajas. ¿Qué otros retos piensan alcanzar?

—Estamos llenos de ideas y de sueños.

—Eso lo entiendo, pero… la vida es como un mar bravío y no hay mejor manera de superarla que con compañía. Aunque los esfuerzos y logros sean tuyos, es gratificante tener a alguien tu lado con quien celebrar los triunfos, e incluso, a quien contarle los nuevos planes y quien te ayude a alcanzarlos.

Ella quedó pensativa un instante.

—Ethan cumple esa función. No veo, ni quiero, a otro hombre llevando a cabo ese papel, aunque no estemos casados.

—Ohhh, entonces lo de ustedes es una relación basada en el amor y no en el compromiso —concluyó maravillada—. ¿Y por qué, entonces, no viven juntos? —La pregunta paralizó a Jessie—. No sé qué opinas tú, pero a mí, esas relaciones tan intensas, aunque a distancia, con el tiempo, terminan fracturándose.

—¿De qué hablas? —preguntó inquieta.

—¿Buscas más estabilidad en tu vida, pero no en tu relación con él? —inquirió con acento provocador—. El corazón es como un barco,

preciosa, si no encuentra un puerto seguro, seguirá buscando hasta hallarlo, esa es su función.

La joven amplió los ojos en su máxima expresión.

—El barco de Ethan encalló en mi puerto —expuso con enfado.

Karin se mostró divertida.

—Pero, si no le has puesto amarres —bromeó con socarronería—, cuando lleguen mareas altas podría…

Ella no pudo continuar con su comentario porque Sofía comenzó a vociferar su nombre con insistencia desde el patio. Exigían su presencia para tomar decisiones finales con respecto a las flores.

—¡Voy, cariño! —respondió y se puso de pie, pero, antes de marcharse, se giró hacia Jessie y le guiñó un ojo con camaradería—. Nos vemos luego, reina.

Al quedar sola, ella bufó irritada. A pesar de haber alcanzado la calma en esas horas, su pecho volvía a encenderse con el fuego del miedo y la ira.

—¿Qué no le he puesto amarres? Ya verá —dijo para sí misma y se levantó envuelta en furia dispuesta a buscar a Ethan por cada rincón de esa casa.

Lo halló en el ático, recogiendo los materiales con los que había trabajado reparando la gotera. Él la observó precavido, sin saber cómo tratarla luego de que lo echara de su lado y lo evitara durante todo el día, aunque con su corazón anhelante por su cercanía.

—¿Terminaste? —Él asintió, siguiéndola con la mirada. Ella se paseaba por la habitación como si evaluara las cosas allí arrumadas, deteniéndose en una mesa apoyada contra la pared—. ¿Es resistente? —preguntó, limpiando el polvo que tenía encima y detallando su madera marcada por el uso.

Ethan apretó el ceño, desconcertado por su extraño comportamiento.

—Supongo. Tiene más de cincuenta años, pero mi abuela no la desecha porque está en buenas condiciones, aunque algo desgastada.

—¿Me resistirá?

Al no obtener respuestas inmediatas, ella se

giró para encararlo, descubriendo la manera profunda, y algo desconfiada, en que él la evaluaba.

—¿A qué te refieres?

—Te deseo. —La confesión le aceleró el corazón a Ethan. Ella entrelazó las manos en su espalda, mostrándose como una chica inocente—. Desde hace mucho no tenemos sexo en lugares no habituales —expresó, recordando la vez en que lo hicieron escondidos en el depósito de la cafetería, pendientes de que no los descubriera Gary o algún empleado; o cuando se atrevieron a hacerlo en la oficina de la chica, luego de que ella hubiera tenido una larga reunión con su jefa.

Él se aproximó, mirándola con intensidad.

—Hace unos minutos me pedías espacio y ahora ¿sexo en el ático?

—¿No quieres? —preguntó retrocediendo. La postura de él la intimidaba.

—Contigo, lo quiero todo, pero… —Se acercó tanto que ella debía alzar el rostro para mirarlo. Ethan aprovechó la cercanía para acariciarle la mandíbula, al tiempo que fijaba

toda su atención en sus labios sonrosados y húmedos, abiertos para él—. ¿Estás segura de lo que necesita?

—Te necesito a ti —dijo sin dudar— y no quiero que busques otros puertos.

—¿Otros puertos?

Ella tragó grueso sintiéndose algo tonta por lo que iba a decir, pero siempre confió en él, esa era una de las cosas por las que se había enamorado de ese hombre. Con Ethan le era fácil abrirse y sincerarse. Él sabía escucharla y le servía de apoyo. Su compañía la ayudaba a estabilizarse.

Y no deseaba perderlo. Daría lo que fuera por mantenerlo a su lado.

—No he estado bien estos días. No sé si es por el estrés de la boda o por mi trabajo, pero sé que te he descuidado y tú eres como un barco. Si no consigues estabilidad emocional con nuestra relación te irás a otro puerto más seguro.

Ethan la observó por unos segundos, entre sorprendido y confundido, luego respiró hondo y puso los ojos en blanco descubriendo a qué se

refería.

—Hablaste con Karin, ¿cierto? —consultó molesto. Ella solo asintió—. Voy a matarla —dijo irguiéndose, pero Jessie lo abrazó por el cuello llamando por completo su atención para que no se apartara de ella.

—Lo siento. Estoy mal de la cabeza, pero no he dejado de amarte.

—Eso lo sé, nena —confesó, envolviéndola entre sus brazos y besándola con ternura en los labios.

—¿No te irás a ningún otro puerto? —preguntó inquieta.

—¿Estás loca? —pronunció besándola con arrebato—. En ti no solo enterré mi ancla, sino que el suelo de mi barco se agrietó por completo y por allí te escurriste. Ahora estoy lleno de ti, de tu agua divina —suspiró, besándola de nuevo—. Ni estoy en condiciones para seguir navegando ni quiero hacerlo. Soy feliz aquí, a tu lado.

Ella sonrió, aliviada, y atrapó los labios de él para besarlos y chuparlos con avaricia.

—Entonces, ¿podemos tener sexo sobre esta

mesa?

Ethan se carcajeó sobre la boca de ella, abrazándola con mayor intensidad.

—Lo haremos donde quieras y todas las veces que quieras.

La alzó, logrando que Jessie se enroscara en sus piernas para sentarla en el borde de la mesa y así poder consumírsela por completo, robándole todo el éxtasis que tenía acumulado en las venas, haciéndola suya, una y otra vez, y entregándose entero a ella.

Dejaba adherido en sus labios y en su piel, cada gramo de su existencia.

Capítulo 10.

Cerca del final de la tarde, Jessie conversaba con su madre sobre los adelantos que habían logrado ese día con respecto a la boda. Ella y Ethan regresarían a Nueva York para atender algunas obligaciones laborales y en un par de días volverían a Ramsey.

Se hallaban en la sala, despidiéndose, cuando de pronto apareció Marie, quien había desaparecido horas antes, con la excusa de ir a la ciudad por artículos de uso diario que necesitaba con urgencia.

El asunto fue, que la rubia no regreso sola. Iba acompañada por un joven llamado Thomas, quien por mucho tiempo había sido vecino de la familia en Brooklyn y siempre tuvo mucha afinidad con Marie. Con ellos iban dos chicas jóvenes, quienes al parecer, eran la hermana y la prima del chico.

A pesar de que Thomas se había mudado a Rhode Island hacía un par de años, mantenía contacto con su hermana vía telefónica, reuniéndose, según Marie, en dos ocasiones.

A Jessie le encantó verlo de nuevo, ya que era un sujeto agradable y muy respetuoso. Pronto se enteraron que estudiaba abogacía y era bueno en natación. Deporte que le había aportado una estructura ósea atlética y musculosa, de espalda ancha y abdomen definido, que no pasaba inadvertida.

Todos recibieron al grupo con entusiasmo, incluso Bertha, que parecía una niña que estaba siendo visitada por amiguitos de la escuela. Hablaba con todos sin parar, asegurándoles que su nieto Ethan le había garantizado un bisnieto para antes de su muerte.

A Jessie le encantó la presencia de aquellos jóvenes, quienes de forma milagrosa modificaron el ánimo de Marie suavizando la tensión que la discusión con Donovan había generado. Sin embargo, se mosqueó al notar que su hermana se mostraba demasiado cariñosa con Thomas. En ocasiones, lo tomaba de la mano y le acariciaba los brazos, y, cuando hablaban entre ellos, se mantenían muy juntos, para hacer de la conversación algo privado.

Existía entre los dos muchas sonrisas y

miradas llenas de anhelo, que le concedían al rostro de Marie un brillo de alegría que jamás había tenido.

Aunque ese comportamiento de su hermana le generó algunas angustias. Jessie no realizó ningún comentario y se despidió de su familia y de los recién llegados marchándose con Ethan a Brooklyn. Al llegar a la ciudad, fue adsorbida por sus responsabilidades, sin dejarle tiempo a reflexionar nada de lo vivido, hasta el martes en la mañana, cuando regresó a Ramsey para colaborar con los últimos preparativos.

El clima en la casa de los Martin ese día era diferente. En el patio ya estaba construida la tarima donde se realizaría el enlace, la de los músicos, la del pastel y terminaban de ubicar la pista de baile. Karin revisaba las telas con las que se elaboraría el techo sobre la pista y Ronald, ayudado por sus hijos, evaluaba las extensiones de luces que adornarían todo el lugar.

Martha había acompañado a Sofía y a Helena a una degustación de aperitivos salados en la empresa contratada para ese servicio mientras

Marie compartía con sus amigos en la sala, a la espera de las estilistas, que irían para realizar pruebas de varios tipos de maquillaje y peinados.

Thomas se encontraba con ellas, sentado junto a Marie, muy cerca. Si algún desconocido entraba en ese momento, con facilidad los confundiría como los novios, situación que generó nuevas inquietudes en Jessie.

De Donovan, no se sabía nada. El joven de nuevo estaba desaparecido. No obstante, eso no oscurecía el semblante de Marie. La chica parecía tan feliz, que Jessie no se atrevió a interrogarla sobre lo sucedido esos días en que no estuvo presente.

—Deberías participar en los ensayos con las estilistas —dijo Karin apareciendo de forma repentina tras ella y haciéndola saltar del susto.

—No tengo tiempo para eso —justificó y se fue hacia el salón de tejido para revisar las cuentas de gastos. Le había prometido a su madre que se ocuparía de eso al llegar.

Karin la siguió haciendo sonar sobre el parqué los altos tacones de sus zapatos. Jessie la

observaba de reojo, algo inquieta por su acoso.

—Vamos, preciosa, no solo eres la dama de honor, sino la madrina. ¡Debes deslumbrar!

—Quien tiene que deslumbrar es Marie —argumentó, sentándose en la mesa.

Karin se ubicó a su lado y batió su larga cabellera rubia hacia atrás antes de hablarle.

—Marie brillará como las estrellas, pero quiero que tú también lo hagas. No solo eres preciosa, sino que eres un soporte importante para esta familia.

—¿De qué hablas? —resopló con cierto tono de burla y distrayéndose organizando las facturas.

Karin la observó con dulzura, entendiendo que ella misma no comprendía el papel que jugaba en aquel sitio.

—Sin ti, esta gente se derrumba —alegó, señalando con una mano en dirección a Marie.

—¿Qué dices? Aquí nadie me necesita, mucho menos, mi hermana. Ha pasado días sin mí y todo parece estar quedando perfecto.

—Eso es lo que crees —insistió ella, irguiéndose—. Cuando tú no estás, Marie se

comporta de forma nerviosa y malhumorada, pero apenas llegas, es como si le regresara el oxígeno al cuerpo.

—Eso es falso —aseguró, tratando de imaginarse a Marie en esa situación.

Su hermana siempre se irritaba cuando ella aparecía, porque decía que Jessie no hacía otra cosa que reprenderla y dictarle órdenes que ni sus padres le hacían llegar. Aunque era habitual que acudiera a su lado cuando tenía algún problema, jamás habían tenido mucha afinidad por lo distintas que eran.

Marie era un tornado y Jessie, la calma. Sin embargo, su mundo de paz casi siempre era contagiado por el caos de su hermana, consumiéndola en la vorágine de los inconvenientes que ocasionaba.

—Niña, he estado aquí día y noche, y no solo ayudando con los preparativos de la boda, sino sirviendo de apoyo moral y espiritual a cada miembro de esta familia, que parece haber sido creada por un volcán en erupción y no por seres humanos —comentó, en todo burlesco—. Por eso te hablo con propiedad. Tu presencia da

seguridad a cada uno de ellos, porque saben que al estar tú aquí, todo se llevará a cabo como ha sido planeado.

—Dicen que lo que yo hago es complicar las cosas.

—Porque tienen miedo de aceptar que no tienen autonomía en su propia vida. —Karin se aproximó para hablar con Jessie de forma confidencial. Ella la miró con las cejas arqueadas, sin poder evitar sentir cierto recelo —. Te seré sincera —habló en susurros, para que solo ella escuchara—. Esta celebración no llegará a su fin y me da la impresión de que todos lo saben. Esperan a que tú ayudes a desencadenar las decisiones finales.

Jessie apretó la mandíbula con enfado.

—¿Viste lo que sucedió el domingo cuando traté de hacerles entender que Donovan no sería un buen esposo para Marie, aunque ella esté esperando un hijo de él? —apuntó Jessie.

—Esa fue una reacción normal, un intento por mantener esa autonomía ficticia de la que te hablo. El problema fue que tú te rendiste muy pronto, pero hiciste mella, corazón. Lograste un

cambio en tu hermana. Mira cómo se comporta ahora, ya mira en otra dirección.

—¿Dices que me rendí? —preguntó indignada.

—Si hubieras insistido más ese día en que Donovan no es hombre para tu hermana, tal vez hubiese detenido este absurdo evento.

—No lo creo. Donovan es una decisión de Marie, no mía. Eso fue lo que todos me porfiaron ese día.

—Marie es una niña que le teme hasta a su propia sombra. Está con él por miedo a la soledad, porque es el único hombre que le ha prometido estar a su lado aunque lo dijera estando borracho. Se aferró a sus vanos juramentos y ahora no sabe cómo librarse de ellos.

—Tiene veintidós años, debe aprender a actuar a través de las consecuencias de sus propios actos —rebatió con enfado, repitiendo lo que el resto de los presentes había dicho, a pesar de no estar de acuerdo con esa conclusión.

Karin respiró hondo, mostrándose agotada.

—Tu hermana no está bien de la cabeza.

¡Necesita ayuda! —enfatizó—. Es una bomba de tiempo y sabes que ella es del tipo de bomba que cuando estalla, salpica a todos los que estén a su alrededor.

Jessie apoyó los codos en la mesa para sostener su cabeza saturada.

—Lo siento por ella, tengo mis propios problemas.

—Y tendrás más, cariño, porque, ¿a quién recurrirá esa chica cuando su bomba estalle? ¿Quién será la principal afectada por sus malas decisiones?

Jessie sintió un nudo en su estómago al escuchar esa concusión. Lo que Karin decía era algo que ya había sospechado con anterioridad, pero que todos la obligaban a no mirar. Si salían mal los planes de Marie, quien terminaría cuidando de la chica y del niño sería ella, porque ni su madre ni su padre tenían los medios ni la paciencia para hacerlo.

Comprimió el rostro en una mueca de desagrado, pero no pudo continuar su conversación con Karin por escuchar una discusión en la sala. Ambas se levantaron y

enseguida salieron para saber qué ocurría: Donovan había llegado, logrando ser testigo de la manera cariñosa y cercana en que se encontraban Marie y Thomas, reaccionando de forma violenta.

Jessie no podía salir de su asombro al toparse con aquella discusión, siendo embargada por la preocupación.

La bomba comenzaba a estallar.

Capítulo 11.

El ambiente se tensó de tal manera en la casa de los Martin, que hasta Bertha andaba por todas partes retando al que se atravesara en su camino.

Karin logró evitar una pelea monumental entre Donovan y Thomas, ya que el primero estuvo a punto de desfigurarle a golpes la cara al segundo, solo alcanzó a darle algunos puñetazos. Los suficientes para tumbarlo sobre una mesa de vidrio y tirar al suelo las fotografías que la adornaban, todas reliquias de la abuela, que se hicieron trizas rompiéndose los marcos que tenían más de ochenta años dentro de la familia.

Martha trataba de curar las heridas de Thomas en la cocina mientras las chicas con las que había ido el joven, lo mantenían encerrado en esa estancia. Él estaba encendido por la furia y deseaba salir para retar a su contrincante. No quería ser el único con la cara amellada.

A Donovan lo habían sacado al garaje delantero y hasta los carpinteros que trabajaban

en el patio ayudaban a que no volviera a la casa. Bertha le había prohibido la entrada hasta que no se calmaran sus emociones. La abuela no deseaba seguir perdiendo objetos de gran valor sentimental.

Marie se encontraba con él, discutiendo a los gritos. Cada uno se escupía quejas y reproches en la cara. Sacaban a la luz sus trapos sucios, aireándolos delante de extraños y familiares.

Ronald se mantenía cerca, temiendo que se fueran a las manos. No solo Donovan era peligroso por la ira que lo embargaba al creerse engañado días antes de la boda, sino que la propia Marie era de cuidado. Cuando la chica estaba cegada por la ira, era capaz de clavar uñas y dientes en el otro sin medir consecuencias.

Sofía lloraba, por la vergüenza y la rabia. Helena intentaba calmarla, pero era imposible detener la pena de aquella mujer.

Jessie, por su lado, se había sentado en la escalera con él móvil en la mano y con un semblante abatido, mirando por la ventana lo que sucedía en el exterior. No sabía si ayudar

con Thomas, o con el enfrentamiento entre Donovan y su hermana, o acompañar a su madre a llorar hasta que las lágrimas se les secaran a ambas. Ni siquiera trataba de detener a Bertha, que estaba tan enfurecida que no paraba de caminar por la sala revisando que todas sus pertenencias estuvieran en perfecto estado y quejándose por los marcos de las fotografías destruidos, que habían pertenecido a su madre.

No sabía qué hacer, ni qué decir. Un miedo intenso se le anidó en el vientre y la volvió insegura.

Se quedó allí, escuchando las detonaciones de las bombas que estallaban a su alrededor. Aquello parecía un campo minado, un país en guerra, siendo ella, quien al final, cargaría con todos los heridos y asumiría todas las derrotas.

Intentaba comunicarse con Ethan, pero él no atendía ni a sus llamadas ni a sus mensajes, posiblemente, se encontraría en alguna reunión de trabajo o realizando algún envío en la moto. La gran cantidad de pedidos que llegaban a su cafetería lo obligaban a quitarse la chaqueta del

saco y la corbata para colocarse el casco o el delantal, y servir de apoyo a sus empleados.

En esos momentos, ella solía esperar hasta que él se desocupara, pero ahora lo necesitaba con urgencia, por eso insistía, rogando que Ethan se apiadara de su perseverancia y la premiara dedicándole su atención.

Necesitaba escuchar su voz arrulladora, lo único capaz de evitar que estallara también y se hiciera pedazos.

—Falta poco.

Karin se sentó a su lado fumando un cigarrillo. Aunque procuraba mostrarse tranquila, el brillo de furia que brillaba en sus ojos y su mandíbula tensa revelaban su verdadero estado.

—Falta poco, ¿para qué? —quiso saber Jessie.

—Para que termine la discusión.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Viví en una familia conflictiva, querida. Por experiencia sé que las discusiones violentas no pasan de diez minutos, luego vienen los reproches, el llanto y finalmente el cansancio

producido por la resignación y el arrepentimiento.

Jessie la observó con el ceño fruncido.

A pesar de no creer sus palabras, internamente quería confiar en ellas.

—¿Y cuánto llevamos?

—Nueve minutos —respondió mirando su reloj de pulsera—. Prepárate, porque una vez terminen de pelear entre ellos, buscarán a alguien de su bando para que los apoye durante la etapa de reproches y llantos, y estoy segura, que Marie vendrá por ti.

Ella negó con la cabeza y dejó perder su mirada agotada en el follaje de los árboles del exterior.

—Irá con mi madre.

—Si tu madre es incapaz de sostenerse a sí misma y Marie lo sabe —expuso con obviedad.

—Yo tampoco puedo sostenerme a mí misma —rebatió con los ojos húmedos.

Karin la miró con severidad.

—Tu inestabilidad actual es hormonal, niña. Una vez que se aprende a mantenerse en pie, nada te derrumba.

—¿De qué hablas? —preguntó confundida y Karin respiró hondo para explicarle su punto de vista, pero la aparición repentina de Donovan en la sala lo silenció.

—¡Karin!

—¡¿Qué necesitas gallito?! —le preguntó con ironía y lanzándole una mirada letal que al joven intimidó.

—Eres organizadora de eventos, ¿cierto?

—Tan cierto como que después de la tormenta llega la calma.

—Necesito que me ayudes a organizar mi despedida de soltero. —La mujer alzó una ceja con incredulidad—. Quiero que sea algo loco y descontrolado. En un club nudista. ¿Puedes con eso o es demasiado para ti?

Karin se puso de pie irguiéndose con arrogancia, demostrando que era más grande, más fuerte, más inteligente y más divertida que Donovan.

—Sé muy bien cómo hacer una fiesta salvaje, pequeñajo, aunque dudo que tú puedas soportar mi estilo fiero.

—Pruébame —la provocó, haciendo crecer

una sonrisa perversa en el rostro de la mujer.

—Nos vemos en un rato, querida.

Karin se despidió de Jessie antes de llevarse a Donovan fuera de la casa y subirlo a su auto, regalándole a todos en la casa un momento de paz.

Jessie había quedado inmóvil observando aquella conversación. Era evidente que Donovan proponía lo de la despedida de soltero para vengarse del coqueteo de Marie con Thomas, aprovechando la ocasión para estar con mujeres y lastimar a su hermana de la misma forma en que él se sentía lastimado.

Suspiró bajando los hombros con derrota. Si a pesar de los problemas presentados hasta ahora, aquel enlace seguía su rumbo, el futuro de esa relación no se divisaba ni bueno ni duradero.

Apoyó los codos en las rodillas y sostuvo con ambas manos su cabeza agotada, dirigiendo la mirada al suelo. Recordó su infancia marcada por las constantes discusiones de sus padres, por los alejamientos de su padre cuando lo superaban los problemas y por la tristeza

perenne de su madre. Los momentos de felicidad, aunque fueron muchos, se opacaban por completo por los conflictos que se presentaban. Al final, luego de años de tantas peleas, se separaron de forma brusca, quebrando la estabilidad del resto de la familia. Una base que a ella le costó reparar, pero que Marie aún no superaba.

¿Aquel sería el futuro de su sobrino? ¿O el de él se vería aún más empañado por la violencia que demostraban los padres?

—¿Puedo sentarme contigo?

La voz afectada por el llanto de su hermana resonó a su lado. Al alzar el rostro, Jessie la miró.

Ella se veía afligida. Se abrazaba a sí misma y tenía la cara hinchada de tanto llorar.

—Sí.

Cuando Marie se ubicó junto a ella, Jessie recordó las palabras de Karin: *«Prepárate, porque una vez terminen de pelear entre ellos, buscarán a alguien de su bando para que los apoye durante la etapa de reproches y llantos»*.

—¿Estás bien? —preguntó mirándola con

cautela.

—No.

El silencio reinó entre ellas un minuto mientras ambas se sumían en sus pensamientos. Jessie, en realidad, no quería asumir ese rol de ser un soporte para su hermana, ya que no apoyaba aquel matrimonio, pero tampoco tenía la valentía de rechazarla.

—¿Continuarás con esto?

—¿Con qué? —quiso saber Marie mirándola con el ceño fruncido.

—Con la boda —aclaró Jessie con obviedad.

—¡Por supuesto que lo haré! —respondió la chica de mala gana—. Si me niego, todos pensarán que rompimos porque soy una golfa y no es así. Thomas es solo un buen amigo. Donovan no lo entiende porque nunca lo había conocido.

—Aunque no lo conociera, no tenía que actuar de esa forma tan violenta.

—Eso fue lo que le dije, pero es duro para entender.

«Como tú», quiso decir Jessie, pero se reservó ese comentario para no empeorar la situación.

—Sé que se le pasará pronto, siempre lo hace —expuso Marie aunque en su rostro no se reflejaba confianza—. Espero que Karin ayude a que se libere de rabias y luego me comprenda.

Jessie arqueó las cejas recordando que la intención de Donovan había sido la de vengarse por la afrenta haciendo algo peor a lo que le habían hecho a él. ¿Esa sería la forma en que ese futuro matrimonio se trataría?

—No me parece sano para la relación de ustedes ni para la vida de su hijo que actúen de esa manera —expuso sin lograr mantenerse al margen en esa ocasión. Necesitaba con urgencia expresar su punto de vista o desfallecería por faltar a sus principios.

—¿Acaso estás esperando que me retracte y suspenda la boda para echarme en cara lo inconsciente que soy? —preguntó Marie disgustada.

—Claro que no. Solo quiero lo mejor para ti.

—Lo mejor para mí es que mi hijo tenga a su padre.

—Puede tenerlo sin necesidad de que te cases con Donovan, hay muchas maneras de llegar a

acuerdos con él. Forzar un matrimonio puede perjudicarlo, recuerda lo que sucedió con nuestros padres y terminó afectándonos a ambas.

—¿Y piensas que yo cometeré los mismos errores que nuestros padres? —dedujo la joven con enfado—. ¿Tan tonta me crees?

—¡No te creo una tonta! —rebatió Jessie comenzando a sentirse sobrepasada por aquella situación—. Solo…

—Sé que no soy tan inteligente como tú, pero puedo manejar mi vida. —Jessie resopló desviando la mirada en otra dirección, topándose con su madre, que escuchaba desde la puerta la conversación con semblante enfadado—. Pensé que me apoyabas, pero veo que no es así.

Al terminar de decir aquello, Marie se levantó y se marchó dando zancadas largas y pesadas, dejando en claro lo lastimada que se sentía.

Jessie quiso detenerla, pero se sintió tan miserable que quedó paralizada. Al buscar apoyo en su madre, recibió de esta una mirada

cargada de reproches antes de alejarse también y dejarla sola, siendo abatida por sus terribles sentimientos de culpa y tristeza.

Capítulo 12.

Durante un par de días, Jessie procuró mantenerse al margen. Se quedó en la casa de los Martin ayudando en lo que podía a Karin y haciéndole compañía a Bertha, quien comenzaba a mostrarse recelosa por la presencia de extraños en sus dominios.

Amigos de los novios llegaban para el enlace, pasando horas en la casa, aunque se habían alojado en hoteles cercanos. La mayoría eran chicos despreocupados, que solo pensaban en beber, celebrar y reír con estruendo. Mantenían a Donovan embriagado y a Marie de los nervios, al destruir, con su comportamiento alocado, parte de los adornos que comenzaban a engalanar el patio donde se llevaría a cabo la boda.

—Si no ayudan en nada, ¿por qué no se van y vienen el sábado? —preguntó con enfado la abuela, mirándolos con el ceño fruncido desde la puerta de la cocina.

—Karin decidió que hoy se hiciera el ensayo de la cena de bodas —recordó Martha, ocupada

en la preparación de algunas tartas.

—Para el ensayo solo es necesario que estén los familiares y uno que otro amigo que tenga responsabilidad en el evento. Esta bandada de aves de rapiña no es útil, solo le crean problemas a los novios.

—Lo siento mucho, abuela. Fue decisión de Donovan y de Marie —respondió Jessie cabizbaja, ayudando a Martha a cortar hojas ovaladas en la masa que luego usaría para decorar las tartas.

—Tú no tienes que disculparte por nada —reprendió la mujer dando un bastonazo al suelo—. Si no fuera por ti, tu hermana ya se habría lanzado de un puente —alegó, aproximándose a ella.

—No sé si habré hecho bien. Si no le hubiese ofrecido esta casa para la boda, esta locura no se estuviera llevando a cabo.

—De esa forma no ibas a detener nada —aportó Bertha—. Si no la hubieses ofrecido, habrían escapado a las Vegas y ya estarían sufriendo por sus malas decisiones. Aquí, al menos, han tenido tiempo para pensarlo.

Jessie resopló.

—¿Para pensarlo? ¿O para odiarme por meterme en sus vidas? Ahora ni mi madre me habla.

—A nadie le gusta que le digan las verdades en sus caras. No te hablan porque no pueden con la vergüenza. Ya se les pasará.

Jessie la observó con tristeza, pensando que aquello no sería tan sencillo como la abuela lo pintaba. Conocía a su familia y lo orgullosos y tercos que eran, y ella, lamentablemente, los había lastimado demasiado al decir en voz alta lo que su mente pensaba.

No le quedaba otra opción que aceptar resignada que se llevara a cabo aquella locura y disfrutarla de la mejor manera posible. Luego, cuando se avecinaran los nuevos problemas, buscaría la forma de solventarlos.

No podía «pre»-ocuparse de asuntos futuros, se hacía mucho daño a sí misma con eso.

Después del mediodía, el ambiente se caldeó. La llegada de Arnold, el padre de Jessie, junto a su esposa embarazada Anastasia y los dos niños del primer matrimonio de la mujer, aumentó en

gran medida el alboroto. Phillip y Roco se unieron a los dos chicos recién llegados, para hacer de las suyas, mientras Anastasia, con su voz mandona, decidió unirse al coro dictatorial de Karin y lanzar órdenes al personal sin dejar a nadie ocioso.

Sofía no le dio respiro a su exesposo. Aprovechó la ocasión para soltarle a Arnold todos los reproches que llevaba anidados en el alma señalándolo como el culpable de la inestabilidad de sus hijas. Helena quiso servir de referí entre ellos, pero pronto se cansó decidiendo refugiarse en la cocina, con Martha, y dejarlos odiarse en paz.

Jessie trató de servir de muro de contención para que no crearan ningún caos en aquella casa, sentía mucha vergüenza por lo que Bertha pudiera pensar, pero Karin la apartó de la contienda llevándosela arrastrada al exterior en contra de su voluntad.

—¡¿Qué haces?! —preguntó indignada.

—No creas que te salvarás de responsabilidades, niña.

—Karin, necesito calmar a mis padres —

sentenció, obligándola a detenerse. Habían llegado al estacionamiento delantero del hogar.

—Deja que tus padres resuelvan solos sus asuntos, son adultos. Tú intervención no los ayuda.

—¡No conoces a mis padres! —bramó furiosa y la señaló con un dedo acusador—. Y no te metas en nuestros asuntos.

Le dio la espalda para regresar a la casa, pero la mujer se apresuró a interponerse en su camino.

—Necesito con urgencia que alguien vaya a buscar unos materiales que son necesarios para el decorado de la tarima de los músicos y tú eres la única que está desocupada.

—Claro, porque tienes a todo el mundo saturado de cosas. Ni a Marie la dejas en paz, recuerda que ella está embarazada.

Karin puso los ojos en blanco.

—¿Por qué la gente buena es tan inocente?

Ella apretó el ceño, confundida, pero enseguida se sacudió la cabeza para no perder el tiempo con banalidades, debía regresar e impedir que sus padres discutieran.

—Déjame ir —pidió, cansada.

—Ayúdame a conseguir lo que necesito y te prometo que yo me encargaré de tus padres. Los pondré a hacer ejercicios de respiración en la terraza —rogó, con rostro suplicante—. Fue tu idea celebrar la boda en esta casa y solo quedan dos días para tener todo listo. —Sacó las llaves de su auto de su bolsillo y un papel doblado en cuatro partes—. ¿Puedes hacer este recado? De verdad es importante.

Jessie resopló como un toro embravecido, sintiéndose culpable por haber generado aquel caos.

—¿A dónde? —preguntó con voz malcriada y arrancándole de las manos las llaves y el papel.

Karin sonrió con picardía.

—Allí tienes la dirección y la lista de cosas que tienes que traer. No hay que pagar nada, luego yo me encargo de todo. En ese lugar te están esperando —expresó eso último con una voz misteriosa, que aparentaba una segunda intención.

Pero ella estaba tan enfadada que no quiso discutir. Puso los ojos en blanco y se giró para

marcharse cuanto antes de allí. Acababa de descubrir que necesitaba un poco de espacio.

Con cierta dificultad halló la dirección que le habían indicado. Se trataba de un invernadero ubicado en las afueras del centro poblado.

Revisó la lista y lo que estaba escrito eran diversas herramientas de trabajo, pero en ese lugar parecía que solo vendían plantas, unas más preciosas que otras.

Sin embargo, prefirió no dudar de las extrañas formas de trabajar de Karin y bajó del auto para entrar en el negocio. Fue atendida por un joven que trabajaba en una maceta de hermosas begonias blancas con el borde rosa, al entregarle el papel, este sonrió con picardía.

—Ven conmigo —le indicó.

Jessie atravesó con él el establecimiento hacia la parte trasera que estaba separada del resto por una pared de cristal. No se podía divisar lo que se encontraba al otro lado gracias a un muro de plantas que tapaban la visibilidad.

El joven abrió una portezuela, también de vidrio, y le pidió que siguiera un camino trazado con plantas de palmas hacia la parte

más oculta del invernadero, cubierta de árboles que crecían en enormes macetas y de follaje muy verde y bien cuidado.

El corazón de la chica se propulsó a mil por horas. Le pareció muy sospechoso que la quisieran adentrar por un lugar que se escondía de la vista de cualquiera. No obstante, prefirió no dejarse llevar por sus inseguridades y confiar en aquella gente, y en Karin. Había pasado demasiados días atormentadas por sus pensamientos fatalistas, necesitaba un respiro.

Fascinada, se encaminó hacia el final del negocio caminando entre una vegetación tan espesa, que la hacía sentir como si estuviera en medio de una selva. Acariciaba el follaje de los árboles que ya superaban su estatura, sintiendo la sedosidad de sus hojas y captando el fresco aroma que desprendían.

Ese ambiente transformó por completo su humor, produciéndole emociones placenteras que la hicieron sonreír y olvidarse de las angustias y preocupaciones que la invadieron por días.

Cerca del final de ese camino, el verde follaje

se mezclaba con el colorido de algunas plantas llenas de flores, que volvían maravilloso el lugar, muy iluminado por la luz natural que dejaba pasar su techo de cristal.

—Hola.

Había estado tan embelesada mirando un arbusto de flores Alegrías (Balsamina), con especies que iban del rojo al blanco, que no reparó en que no estaba sola.

Aquella voz familiar fue la que le indicó la presencia de compañía.

Saltó por la impresión y se giró rápidamente quedando sin oxígeno un instante al encontrar a Ethan en ese lugar, parado frente a ella.

A los pies del hombre se extendía una alfombra peluda y varios cojines grandes y esponjosos. Una bandeja con aperitivos estaba en un costado y una botella de vino espumoso se enfriaba dentro de una pequeña cava de metal con hielo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendida.

—Quise darte una sorpresa. ¿Sirvió?

Los ojos de Jessie se llenaron de lágrimas, pero esta vez, no fueron de dolor, angustia o

rabia, sino de felicidad.

Corrió hacia él y se lanzó a sus brazos hinchada de emociones, sin que los recuerdos de los problemas vividos los últimos días la atormentaran. Se hundió en el cuello de Ethan a respirar su aroma embriagante, llenándose de él, de su calor y de sus caricias, mientras su mente de blanqueaba de los pesares y se inundaba de amor.

De lo que más habían anhelado todas esas horas.

Capítulo 13.

Sin darse cuenta, pasaron casi dos horas en una idílica compañía, amparados por el espeso follaje de los árboles que crecían cuidados en aquel invernadero y entre las macetas coloreadas de flores.

Jessie reía escuchando las anécdotas de Ethan sobre las últimas ocurrencias experimentadas en su negocio, ya fuera con los empleados o con algún cliente exigente, que más que momentos de rabia o tensión, generaban risas por lo absurdo que se presentaban.

Él le había confesado que estaba allí escapando del caos que esos días le había generado la enorme cantidad de trabajo. Al dejarla en casa de su abuela, debía correr de nuevo a Brooklyn para una reunión con unos clientes que deseaban sus servicios de un cáterin dulce en una boda en el campo de golf de Dyker Beach, un sitio habituado por gente adinerada.

Ethan esperaba que ese evento le diera un gran impulso a su empresa entre los miembros

de esa clase social.

Él estaba tirado de espaldas al suelo, sobre los almohadones, con ella acurrucada en su pecho, recibiendo cientos de caricias y besos en su rostro y cabeza, como si fuese una adorada deidad. La mujer jugueteaba con las pulseras delgadas de cuero trenzado que le había regalo para su cumpleaños, en la que se encontraba una de cuentas de madera que portaba una pequeña llave como dije y hacía alusión a la llave de su corazón.

Se la dio como referencia a que él era el único capaz de llegar hasta lo más profundo de su ser, para aliviarla e impulsarla, llenándola de nuevos vigores. Solo Ethan tenía ese permiso especial, a quien ella le daba acceso a sus emociones y pensamientos más escondidos. Su confidente, su secuaz, su compañero de alegrías, tristezas y sueños.

En ocasiones, durante la conversación, él la apretaba entre sus brazos aspirando como un drogadicto su aroma. Calentaba sus labios fríos de deseo en la piel tibia de su amada, ansioso por mayor intimidad, aunque cohibido porque

aquel lugar no les ofrecía mucha privacidad.

Karin lo había ayudado a realizar esa travesura, para alejar a Jessie un poco de la anarquía que se generaba en casa de su abuela por culpa de la boda de Marie y Donovan. Si se lo hubiese pedido, ella se habría negado, ya que se consideraba responsable de aquel evento y de las descontroladas acciones de toda su familia.

Jessie comenzaba a mostrar signos de estrés y a él le preocupaba su salud. Ella tendía a dejarse dominar por la depresión cuando eso sucedía, desequilibrándose emocionalmente, lo que afectaría el desempeño en su trabajo y en su vida cotidiana.

Ethan sabía que ella había luchado sin descanso por alcanzar el puesto laboral que ahora disfrutaba y no quería que lo perdiera por culpa de las acciones desesperadas de otros. Por eso se esforzó para alejarla un par de horas de esa casa, ayudándola a recuperar un poco el control de sus nervios.

—¿Por qué el ser humano no ha conseguido la capacidad de detener el tiempo? —quiso saber ella gimiendo de placer cuando él la

apresó con firmeza entre los brazos.

Cerró los ojos, complacida al escucharlo ronronear, hundido en su cuello, mientras dejaba regados en él decenas de besos y suaves mordiscos.

—La tenemos, pero nuestra mente se ocupa de sabotearnos el trabajo. ¡Deja de pensar en otra que no sea mis besos! —la reprendió juguetón.

Jessie disimuló la risa cuando él intentó meter una de sus manos bajo su camisa, en busca de uno de sus senos. Enseguida la sacó antes de que terminara desnudándola en aquel sitio público.

Aunque el follaje les servía de pared entre ellos y los empleados, no generaba tanta privacidad, y corrían el riesgo de que en cualquier momento, alguno se llegara hasta allí y fuera testigo de su apasionado encuentro.

—Quédate quieto. Si sigues así, harás que yo también pierda el control.

—Eso quiero —aseguró, aplicando más firmeza para girarla y así alcanzar la boca que anhelaba, absorbiendo los labios que lo

enloquecían e introduciendo su lengua entre ellos para robar todo el sabor y la cordura que aún tenían aprisionado.

El beso fue tan fogoso y desesperado que pronto Jessie sucumbió a sus encantos. El pecho se le llenó de una necesidad que amenazaba con explotar emitiendo jadeos sonoros que estuvieron a punto de delatarlos.

La tensión que se producía en su vientre y el palpitar en su entrepierna la ayudaron a decidirse por dejarse embargar de la locura inconsciente del amor. Terminó de ubicarse sobre Ethan, entrelazando sus piernas con las de él para darse algo de placer mientras se hundía en su boca queriendo comérselo a besos.

Ethan pudo introducir su mano bajo su blusa y alcanzar uno de los senos que con rapidez sacó del sujetador para estimular el pezón con sus dedos, como si ellos fueran pedernales que, al frotarse entre sí, generaban la chispa necesaria para encender la hoguera que comenzaba a calentarse en el interior de cada uno.

No había pasado mucho tiempo cuando ambos perdieron por completo la conciencia

siendo arrastrados por el placer desordenado del deseo. Llegaron a un punto en que no podían detenerse, Jessie lo comprendió cuando él la volteó para acostarla en el suelo y subir su blusa, chupando con avaricia sus senos.

La mente se le volvió fuego. Las enormes llamas que habían crecido a su alrededor le bloquearon la visión, el entendimiento y la prudencia. Solo se concentraba en respirar para no sucumbir ante el deleite efervescente del goce.

La piel la tenía tan sensible que el simple toque de él la erizaba y estremecía. Se retorcía con cada caricia, escuchando a su corazón palpitar furioso en su pecho y sintiendo crecer un orgasmo incontenible en su bajo vientre.

Quizás gimió más alto de lo debido cuando él logró desabrochar y bajar sus pantalones e introducir una mano entre sus bragas, tocando su centro. El simple roce de sus dedos le produjo una descarga fuerte de placer que contrajo de forma dolorosa cada uno de sus músculos, haciéndola creer que moriría.

Por segundos, su corazón dejó de latir y todo

en su interior estalló siendo embargada por una luz brillante y enceguecedora.

Se rompió en pedazos, en las manos de él, volviéndose polvo.

Poco a poco las sensaciones fueron pasando, dejándola en un letargo total. Como si aquel fenómeno hubiese drenado de ella todo lo inmundo que la invadía y le hacía daño.

Quedó flácida en el suelo, procurando controlar la respiración y sin querer abrir aún los ojos para no parar de disfrutar de las delicias que le dejaba el placer.

—Nena, ¿qué fue eso?

La pregunta de Ethan la trajo de golpe a la realidad y la obligó a despertar de ese sueño para observar la cara desconcertada de él.

—¿Qué pasó?

—Amor, solo te toqué y tú…

Ella abrió los ojos en su máxima expresión, comprendiendo lo que a él le costaba explicar y sintiéndose algo abochornada.

—Oh, mi amor, lo siento —se disculpó, pretendiendo sentarse, pero sin poder mover un solo músculo—. ¡No sé qué me pasó!

Él sonrió un poco tenso. Aun ardía por el deseo que lo consumía, pero al ver que ella se notaba mucho más relajada, se resignó a solo disfrutar de la liberación de su amada.

—No te preocupes. —La tranquilizó, calmando su urgencia al acariciarle el rostro y darle besos dulces para evitar que volviera a inquietarse—. Te traje aquí con esa intención, pero nunca pensé que lo lograría en un minuto. Me harás creer que soy muy bueno.

—Pero tú… tú, no…

—Yo estoy bien si tú estás bien.

—¡Ethan! —exclamó ella disconforme, arrancando risas en él.

—Déjalo así, Jessie. —Luego de decir aquello, escucharon voces que sonaban cercanas —. Debí alquilar un cuarto de hotel y no dejarme convencer por Karin de la originalidad de un picnic en el interior de un invernadero. ¡Maldita sea! —confesó, ayudándola a acomodarse los pantalones y la blusa.

—Aquí fue hermoso —aceptó ella, incorporándose y dando una mirada a su alrededor, a los árboles jóvenes que se erguían

junto a ellos y a las bellas flores de colores variados—. Es como si estuviéramos en un jardín privado, disfrutando de nuestra propia primavera.

Las voces se hacían más cercanas. Ethan se puso de pie y la ayudó a levantarse.

—Pero no es tan privado como quisiera.

Ella notó que él se acomodaba los pantalones para ocultar su enorme erección.

—Oh, Ethan. No es justo —se quejó, notando que ella se sentía exultante por la intensa descarga que experimentó, pero él seguía mostrándose tenso.

Ethan encerró el rostro de ella entre sus manos para hablar muy cerca de sus labios.

—No te preocupes, estoy bien. —La abrazó, apretándola contra sí para que no se alejara—. Esta noche, cuando termine la reunión con los nuevos clientes, regresaré a Ramsey para terminar lo que comenzamos. Te lo prometo.

—¿Y pasarás todas estas horas así? ¿Viajando de una ciudad a otra?

—Tranquila, sobreviviré —dijo y frotó su nariz con la de ella antes de darle un dulce beso

en los labios y aproximarse a su oreja—. No es la primera vez que me pones así y me obligas a esperar horas, o hasta días, para complacerme, ¿lo recuerdas? —susurró, estremeciéndola y erizándole toda la piel.

—¿Vas a dejarme igual?

—¿Estás excitada de nuevo? —preguntó, impresionado.

—¿Qué crees? —expuso ella con el ceño fruncido, aunque con un semblante divertido en el rostro.

Sin embargo, no pudieron hablar más, las voces se hicieron tan cercanas que en segundos aparecieron dos personas invadiendo su rincón mágico. Se trataba de un empleado y un cliente que evaluaba los árboles para decidir cuales comprar.

El hombre, al ver la escena del picnic romántico en medio de la vegetación, sonrió maravillado.

—¿También ofrecen este servicio?

El empleado no supo qué decir, solo sonrió alzando los hombros como respuesta.

Al poco rato, ambos ya estaban de nuevo en

la casa. Jessie se sentía caminar entre nubes de felicidad mientras atravesaba el estacionamiento tomada de la mano con Ethan, riendo como si fueran chiquillos traviesos, dándose besos y caricias atrevidas de forma disimulada, para no montar un espectáculo delante de los hombres y mujeres que trabajaban en los arreglos de la boda.

Ethan ignoraba las constantes llamadas y mensajes de Gary, quien estaba nervioso por la ausencia de su hermano y la cercanía de la hora de la reunión con los clientes de la boda en el campo de golf de Dyker Beach, un evento considerado de gran importancia para el reimpulso de su empresa. Ethan no pensaba aumentar en demasía su angustia, solo quería dejar a Jessie a buen resguardo en la casa de su abuela, más tranquila y cargada de energías, antes de atender las exigencias de su negocio.

No obstante, los rostros de alegría de ambos se perdieron al llegar a la sala y ser testigos de una escena impactante.

El salón estaba a oscuras, ya que todos se encontraban en el patio o en la cocina, pero era

evidente que no estaba desolada.

Jessie y Ethan pudieron ver a dos figuras abrazándose entre sí en un rincón, compartiendo algo más que un beso apasionado. A pesar de las sombras podían ver lenguas debatiéndose entre sí con deseo y partes de cuerpos desnudos que manos inquietas dejaban a la vista.

—¡Marie! —gritó Jessie ahogada por la sorpresa, sobresaltando a su hermana que dejó lo que bien hacía para mirarla con terror.

—Je… Je… Jessie —pronunció la chica de forma temblorosa, luego de sacar su mano del interior de los pantalones de Thomas y encararla.

El joven se apresuró por cerrarse la bragueta y bajar su cara encendida por el deseo y la vergüenza.

Los gemidos de deseo se habían apagado para sumir al lugar en un silencio tenso y cargado de estática.

Capítulo 14.

—¡¿Estás loca?! —vociferó Jessie fuera de sí, alertando al resto de la familia que se hallaba en los alrededores.

—¡No es lo que tú piensas! —expuso Marie aproximándose a ella, rogándole con la mirada prudencia.

—¡¿Pensar?! ¡¿Me has dado tiempo de pensar?!

Ethan se acercó a Jessie por detrás para tomarla por los hombros.

—Tranquila, amor. Deja que Marie se explique.

—Sí, déjame explicarte, hermana, pero, por favor, ¡baja la voz! —suplicó entre dientes y con lágrimas de miedo en los ojos.

Jessie se puso roja como un tomate, de la rabia y la indignación. Marie no paraba de cometer imprudencias desde la separación de sus padres, pero la única que quedaba allí como una histérica era ella.

Sin embargo, no pudieron continuar la discusión. De pronto la sala se llenó con toda la

familia preguntando con desespero lo que sucedía. Sofía tenía media cara maquillada y Helena el cabello lleno de rulos, ya que las estilistas habían llegado minutos antes y comenzaban su trabajo embelleciendo a todos para el ensayo de la cena de bodas.

La hermana de Thomas apareció en lo alto de la escalera envuelta en un paño y acompañada por su prima, ambas observando la escena con desconcierto, mientras uno de los amigos de Marie se asomaba al piso inferior con espuma de afeitar cubriéndole la mandíbula.

Martha tenía pegotes de masa adheridos a las manos y Phillip, Roco y los hijastros de Arnold, entraron por la puerta principal con los pies manchados de barro.

—A ver, a ver, ¿qué sucede aquí? —Arnold tuvo que esquivar a los empleados curiosos parados en la puerta de la cocina para llegar a sus hijas y saber lo que ocurría.

—¡Ya vienes tú a pretender poner orden cuando nunca te has interesado por lo que le sucede a las niñas! —reclamó Sofía, reiniciando los acalorados debates entre ellos.

En segundos aquel lugar se convirtió en un ring de boxeo para diversas peleas. Todos querían intervenir, todos querían calmar, todos querían aprovechar la ocasión para sacarse de adentro lo que les incomodaba.

Sofía y Arnold se enfrascaron en su eterna discusión por las responsabilidades ignoradas en su matrimonio fallido, Helena y Ronald intentaron callarlos, pero nada lograban. Marie y Jessie seguían escupiéndose cosas sin parar, sin que Ethan pudiera separarlas. La hermana de Thomas le exigía a su hermano desde lo alto de las escaleras, y a los gritos, que subiera para que le contara lo que pasaba, pero él no estaba seguro de dejar a Marie en un momento tan incómodo, ni siquiera los empujones de su prima lograban moverlo. Roco ladraba sin descanso, nervioso por la mala vibra que palpitaba en esa habitación, y los niños se carcajeaban, divertidos por la absurda situación generada mientras los empleados susurraban entre sí agrandando aquel chisme.

Bertha se había sentado en una silla junto a la puerta de la cocina para mirar la escena con

una sonrisa perversa marcada en el rostro. Karin tomó una banqueta y se ubicó a su lado, encendiendo un cigarrillo.

—Tardaron mucho, pensé que esta situación finalmente no se daría —confesó la mujer dando una calada larga a su pitillo y peinándose con una mano sus cabellos rubios.

—Y este no es el final, querida, aún falta lo mejor —expuso la abuela palmeándole una rodilla.

Karin amplió los ojos en su máxima expresión.

—¿Cómo sabes, vieja bruja? Ya ha quedado en evidencia que la cascara vacía no quiere al pepinillo, sino al rinoceronte —expresó, refiriéndose a Marie como la cascara vacía (por su comportamiento irreflexivo), a Donovan como el pepinillo (por tener pene pequeño al ser poco visual) y a Thomas como el rinoceronte (por todo lo contrario al anterior).

Ambas habían adoptado ese código para hablar de ellos sin que nadie se diera cuenta.

—¿Querer? En este conflicto el amor nunca se ha involucrado.

—¿Intervenimos? —quiso saber Martha, aproximándose a ellas, viendo con angustia como se caldeaban aún más cada una de las discusiones.

—¡No! —exigió Karin indignada.

Bertha gruñó con enfado y golpeó el suelo con su bastón.

—Ve a terminar de hornear galletas, que esto apenas comienza a ponerse divertido.

Martha la observó con asombro, pero no dijo nada. Notó, en la sonrisa ancha de la anciana, lo mucho que disfrutaba aquellos impases. Los había estado esperando desde que Jessie le contó lo sucedido y ofreció su casa para ser testigo en primera fila de aquel espectáculo.

En ocasiones, Bertha le daba algo de miedo, pero no podía dejar de querer a esa vieja inteligente. Si permitía que todo ese conflicto llegara a ese punto, era por alguna razón en particular.

O, ¿por qué había recurrido a Karin? Quien los únicos eventos que había organizado en su vida habían sido fiestas gay, locas y salvajes.

Al cansarse del eterno debate que mantenía

sobre su fallido matrimonio y su atropellado desempeño como padres, Sofía y Arnold se unieron a la pelea verbal entre Jessie y Marie, donde las lágrimas comenzaban a correr a pesar de que Ethan se afanaba por calmarlas.

Mientras Sofía intentaba sosegar la verborrea afligida de Marie, Arnold se enfocó en Jessie, achacándole su responsabilidad en aquel suceso.

Aseguraba que todo era su culpa, por perderse de casa por más de una hora abandonando a su hermana que tanto la necesitaba, creando así espacio para que Marie buscara refugio y apoyo en quien no debía.

Ethan, indignado por esas justificaciones, inició una contienda verbal con el hombre, defendiendo a su chica, discusión que Jessie logró evitar arrastrando a Ethan fuera de la casa al ver que su padre se ofendía cada vez más.

—Tienes que irte.

—¡¿Qué?! —preguntó él con enfado mientras ella lo dirigía a su auto.

—Esto se nos fue de las manos y necesito resolver esta situación ya.

—Jessie, tú no tienes que resolver nada. Es

un problema de tu hermana, no tuyo.

—Dijiste que debías ir con urgencia a Brooklyn para una reunión de negocios. Gary no deja de llamarte.

—¿Me estás echando de tu lado? —inquirió, reflejando en su semblante un dolor profundo y desesperante que contagió a Jessie.

Ella se aproximó a él para hablarle con firmeza, a pesar de que sus ojos brillaban por las lágrimas contenidas.

—La conversación que ahora voy a tener con mi familia no será fácil y no deseo que te involucres. Eres demasiado importante para mí y no quiero que la relación que tienes con mis padres se fragmente por esta situación. Fíjate lo que acaba de suceder entre mi padre y tú, ¡casi se van a los golpes! —alegó con angustia—. Lo siento, pero te quiero lejos para que no te afecten los errores de mi hermana.

Él endureció la postura, mostrándose fiero y determinado, aunque demostrando el dolor que lo embargaba al ser rechazado de esa manera.

—Esté aquí o no, igual me afectarán las equivocaciones de Marie, de tus padres y de

toda tu familia, porque te afectan a ti y tú eres una extensión de mí. ¿Eso lo entiendes? —Ella lo miró conmocionada, retrocediendo un paso por su actitud intimidante—. Irme a los golpes con tu padre por defenderte es casi tan terrible para mí como permitir que ellos te agobien por culpas que no te corresponden. ¡Te están destruyendo por dentro y me destruyen a mí!

—Ethan, por favor —pidió ella, apenada—. Déjame resolver este asunto sola, necesito hacerlo. Si tú estás allí, lo que harás será cohibir la discusión.

—Jessie, este problema te está haciendo daño. Llevas semanas con malestares y desánimos que comienzan a afectar tu trabajo. Deja que Marie lo resuelva. Ven conmigo a Brooklyn.

—No puedo —expuso ella con tristeza. Él resopló con hastío y retrocedió para caminar de un lado a otro frotándose el cabello con ambas manos—. Ethan, por favor, tienes que confiar en mí —rogó ella logrando detenerlo—. Sé que he hecho las cosas mal estos días, dejándome afectar por los problemas, pero te prometo que

no seguirá siendo así. Enfrentaré esta situación con sangre fría y con determinación.

Él la observó con dulzura y resignación y con las manos apoyadas en sus caderas.

—Tú no eres una mujer de sangre fría, por eso me enamoré de ti.

Ella corrió hacia él para abrazarse a su cintura, hundiendo la cara en su pecho, embriagándose de nuevo con su aroma y con el calor que desprendía su piel.

—Confía en mí —suplicó sin modificar su postura.

Pero él la tomó por el rostro para obligarla a mirarlo a los ojos.

—No vuelvas a echarme de tu lado.

—Nunca lo haré, pero necesito que me des espacio, que me permitas crecer y enfrentarme a mis monstruos. No puedo depender siempre de ti, tengo que aprender a superar los problemas externos sin que ellos afecten mi desempeño y mis emociones.

—Jessie… —suspiró él observándola con adoración, sintiéndose orgulloso por su entereza, aunque sin poder evitar preocuparse

por su salud.

Sin embargo, no pudo continuar porque su teléfono no dejaba de repicar. Gary debía estar ya sin cabellos de tanto que se los había jalado por culpa de la angustia.

—Tienes que irte —pidió la joven al notar la disyuntiva que se creaba en el rostro de él, al no saber qué hacer—. Vamos a estar bien —prometió, conmoviéndolo.

—Sí que lo estaremos —garantizó antes de tomar su boca y abrirla para él atrapando todo su sabor con su lengua, llenándola de calor y de nuevas energías.

El teléfono no dejaba de repicar, lo que obligó a Ethan a separarse en medio de un gruñido para entrar en el auto y marcharse.

Mientras él salía del estacionamiento, Jessie le expresó, por medio de lenguaje de señas, un «Te amo» que él respondió lanzándole un beso con una mano antes de decirle adiós.

Al quedar sola, ella suspiró hondo y dio media vuelta decidida a volver a la casa.

Apretó el ceño, miró con fiereza el hogar y caminó con pasos firmes dispuesta a resolver de

una vez por todas, la locura en la que se había sumido su familia.

Capítulo 15.

La discusión se prolongó, tanto, que tuvo que ser suspendido el ensayo de la cena de bodas. Y no solo por la situación incómoda que se había creado, sino porque el novio no aparecía, aunque nadie lo extrañaba.

Al inicio del debate, todos se habían exaltado, incluso Marie terminó discutiendo a los gritos con la hermana de Thomas y con su prima, pero Jessie llegó y con firmeza puso orden en la sala. Regañó a los empleados enviándolos a sus puestos de trabajo, a Thomas pidiéndole que se retirara a cualquier rincón de la casa con las chicas que lo acompañaban y al resto de su familia la confinó en la cocina con Martha.

Los amigos de Marie presentes se excusaron marchándose a la ciudad antes de que los echaran, otorgándole a Jessie la oportunidad para soltar todo lo que tenía atrapado dentro con sus padres y su hermana.

Las lágrimas iban y venían a medida que el debate se desarrollaba, pero al final, la

testarudez de Marie ganó. Su escena de besos y caricias atrevidas con Thomas la justificó por la desaparición de Donovan. Decía que la rabia por su abandono en ese momento tan importante la deprimía necesitando de consuelo. Algo típico en ella. Sin embargo, dejó en claro que no iba a detener la boda, que amaba a Donovan y se aseguraría de construir una vida con él y garantizarle a su hijo la cercanía de su padre.

Por más que Jessie se esforzó para hacerla comprender que no era necesario casarse utilizando como excusa el bienestar del niño y que era posible que aquello terminara mal, no fue posible hacerla cambiar de parecer.

La conversación terminó con llantos y acusaciones, como ya era habitual, con Marie largándose histérica diciendo que haría lo que se le viniera en gana y con sus padres reprendiéndola por no apoyar a su familia como era debido.

Cuando todos se hubieron ido a sus quehaceres dejando a Jessie sola en la sala, ella se derrumbó en el sofá a mirar con melancolía la nada. Se sentía cansada y algo débil, con un

dolor de cabeza comenzando a punzar en sus sienes, haciéndole mella el estómago.

Para aumentar sus penas, Ethan le comunicó que no podía regresar a Ramsey. La reunión con los clientes se había alargado más de la cuenta y sus empleados estaban afanados en terminar los postres que él llevaría para la boda de Marie. No podía dejarlos solos mientras ellos se esforzaban por cumplir con el trabajo.

Así que a la chica no le quedó de otra que resignarse a pasar sola esa amarga noche, siendo la única que era agobiada por sentimientos de culpa en esa casa.

—¡Qué paz! —exclamó Karin en medio de un suspiro dejándose caer en el sofá junto a la joven.

Al desplomarse en el mueble, hundió la parte donde había caído levantando de forma brusca la de Jessie, haciéndola volar por el salto.

—¡Karin! —expresó sobresaltada.

—Disculpa, preciosa —pidió la mujer entre risas—. Los problemas de tu familia me tienen agotada.

Ella suspiró hondo.

—Perdón.

—¿Por qué me pides perdón?

—Porque es mi familia —respondió con obviedad.

—Pero no son tus problemas.

—¡Claro que son mis problemas! ¿Por qué todo el mundo insiste en lo contrario?

—No, Jessie. Aunque sean una familia, cada uno es autónomo. Tú no puedes cargar con los problemas del otro, solo acompañarlos en sus desdichas sirviéndoles de apoyo, pero no absorbiendo sus conflictos. —Ella la observó con el ceño apretado y la mujer le devolvió la mirada con la misma carga de firmeza—. Si fueras tú la del rollo, ellos estuviesen aquí, simplemente apoyándote en tus decisiones, como están haciendo con Marie, pero sin involucrarse en ellas.

Jessie estiró las facciones comprendiendo en parte lo que la mujer exponía, aunque sin aceptarlo completamente. Volvió a suspirar, desviando su atención hacia cualquier parte de la sala para dejarse atrapar por sus pensamientos.

—Sofía me contó que había tenido una fuerte discusión con Marie cuando ella le comunicó que estaba embarazada y el padre era Donovan, hasta Helena se incluyó en el lío. ¿Y cómo terminó aquello? Con el anuncio de la boda. —Jessie volvió a suspirar hondo, reconociendo en esa conversación las costumbres testarudas de su hermana—. Procuraron detener esa locura logrando que Arnold las apoyara desde la distancia. Él llamó a Marie para ofrecerle ayuda financiera y proteger su embarazo a pesar de que está esperando nueva familia, a cambio de que se alejara de ese hombre. Con eso lograron que ella se pusiera más histérica y amenazara con fugarse con Donovan. Ellos trataron de disuadirla, por el niño, aceptando la boda, pero los obstáculos que se presentaban la desesperaban y estaban a punto de lograr que ella cometiera el error de fugarse de nuevo con él hasta que llamaste tú proponiendo la casa de Bertha para hacer la celebración. Con eso lograste serenar a tu hermana.

—No creo que el hecho de que huyera con él, fuera peor que esta boda.

—Le diste más tiempo y eso es lo que agradecen tus padres. —Jessie la observó confundida. Ahora fue ella quien suspiró antes de continuar, comenzaba a sentirse realmente cansada—. Marie no está bien de la cabeza, creo que eso lo entienden tú y tus padres. Ella no asimila bien las cosas, necesita de más tiempo para comprenderlas y aceptarlas. Es demasiado impulsiva y obstinada. —Se recostó aún más en el mueble, apoyando su cabeza en el hombro de Jessie—. Hay una alta probabilidad de que esa boda no se realice, es un error. Tú pudiste comprenderlo enseguida, así como tus padres, pero la cabeza de Marie, hecha de… carburo de silicio —exageró—, necesita más tiempo para notarlo y ese fue el tiempo que tú le concediste. —La miró con ternura—. Falta muy poco para que ella termine de abrir los ojos y actúe, ya comienza a hacerlo. Por eso tus padres siguen apoyando esta locura, porque eso les da tiempo para que ella reflexione evaluando los golpes que le da la vida. Si la enfrentan y obligan a detenerse, lo que lograran será que cambie con brusquedad sus decisiones y termine fugándose

con Donovan.

Al finalizar su charla, se quedó un buen rato dormitando en el hombre de Jessie, permitiendo que ella pensara en sus palabras. La joven recostó la cabeza en la de la mujer, pero en realidad, poco pudo reflexionar, pronto el dolor de cabeza la dominó, afincándole los malestares.

Esa noche, Jessie la pasó terrible, con los niveles de tensión arterial descontrolados y el estómago girándole como un carrusel. Karin estuvo a su lado gran parte del tiempo, cuidándola, y Martha le preparó una infusión de manzanilla, pero aquello lo que hizo fue ayudarla a descargar lo que había comido en su romántico picnic con Ethan.

Al llegar la mañana, Bertha la recibió con un té de hierbas en el salón de tejido. El gato dormitaba en una silla a su lado, permitiendo que la anciana le acariciara el lomo.

—¿Cómo te sientes hoy? —preguntó la mujer, a pesar de que en la cara de la chica se evidenciaba su mal estado—. Estarás bella para la boda —se burló.

Jessie se sentó en medio de un suspiro frente

a la abuela y le dio un trago muy pequeño al té. Bertha sonrió al ver como los labios de la chica temblaban al entrar en contacto con la bebida caliente. Sus sospechas cada vez se confirmaban más.

—Espero mejorar en la mañana o no habrá madrina.

—Todos rogamos porque no haya novia, pero creo que eso es mucho pedir —dijo Bertha con ironía.

Jessie alzó un poco la cabeza para mirarla, descubriendo, en el brillo de sus astutos ojos, que ella entendía lo que sucedía entre su hermana y su novio, quizás, mejor que Karin.

—Creo que moriré antes del mediodía —expresó resignada y recostó su cabeza sobre uno de sus brazos.

—No seas dramática, niña, ya se te pasará. Deberías llamar a Ethan para que te lleve al médico.

—¡No…! ¡No le avises a Ethan de que me siento mal! —pidió, sin conseguir fuerzas para levantar la cabeza.

Ethan estaría ocupado con la preparación

final de los pasteles que debía llevar a la boda. Tenían que estar allí antes de las cuatro de la tarde para que los mesoneros acomodaran la mesa dulce y las bandejas que llevarían a las mesas de los invitados.

Ella había tomado una medicina para el estómago y calmantes para el dolor de cabeza. Esperaba que ambas le hiciera efecto para ir con las estilistas a que la peinaran, pero sentía que no tenía fuerzas ni para respirar. Una opresión en el pecho la asfixiaba, solo quería dormir y olvidarse de todo.

El retumbe de gritos en la sala la hizo entender que no lograría sosegar sus malestares. En esa ocasión, sí alzó la cabeza, oyendo la inconfundible voz alterada de Marie y la embriagada de Donovan.

—¿Qué pasa? —preguntó con angustia, viendo que la sonrisa de Bertha aumentaba.

—Apareció el novio, querida —reveló la anciana, poniéndose de pie para ir a presenciar el espectáculo en primera fila.

Jessie oía que se proferían maldiciones y ofensas, cada vez con mayor intensidad. Por las

palabras que entre ellos se escupían, pudo entender que Donovan se había enterado de lo sucedido con Thomas la tarde anterior, quizás, por medio de alguno de los amigos en común, y Marie sabía del día de lujuria salvaje que él había pasado en un burdel de la ciudad, donde estuvo celebrado su despedida de soltero.

Cerró los ojos con agotamiento cuando escuchó que su padre y Thomas se incluían en la discusión. Su madre gritaba a Marie para sacarla de allí mientras resonaba lo que parecía ser un forcejeo y objetos haciéndose añicos en el suelo.

—Oh, no… —suspiró con debilidad—. Bertha se enfadará de nuevo…

Se levantó, con intención de intervenir para evitar una nueva desgracia, pero el mundo se hundió a sus pies.

Perdió la conciencia mientras caía en un abismo oscuro, sintiéndose morir.

Capítulo 16.

Mientras la trasladaban a urgencias, Jessie lo único que hacía era repetir que no le avisaran a Ethan. No quería angustiarlo con sus problemas, minimizando su condición de salud a una pequeñez pasajera.

Lo cierto era que había perdido casi por completo la conciencia, desmayándose por un instante. Karin logró reanimarla antes de que Arnold corriera a su auto para encenderlo y llevarla al médico, mientras Anastasia, su esposa embarazada, gritaba órdenes a todos asegurando que sabía cómo tratar ese tipo de desvanecimientos, pidiendo paños húmedos, sal, azúcar, agua y algo con que soplar aire a la moribunda.

Los únicos que la obedecían eran los niños o los amigos de los novios, quienes corrían por la casa buscando lo que exigía y desordenando todo a su paso. Sofía se hallaba a los pies de Jessie llorando con desconsuelo, como si su hija hubiese muerto. Helena, en medio de un ataque de histeria, iba de un lado a otro diciendo que

sabía que eso pasaría, insultando a los empleados que miraban con curiosidad lo que sucedía a través de ventanas y peleando con su marido que trataba de detenerla.

Bertha era la única que parecía conservar la calma. La anciana se sentó de nuevo junto a su gato con una sonrisa. Nadie se sentía más satisfecha en ese lugar que ella.

Marie y Donovan habían desaparecido, Thomas y las chicas que lo acompañaban también. Gracias a eso, el drama ocurrido entre ellos se había tranquilizado, pudiendo concentrarse los presentes en Jessie.

La chica pasó un par de horas en urgencia, acompañada siempre por su madre, quien se encontraba ya más calmada de su llanto. Recibió la medicina indicada y le hicieron algunas pruebas antes de darle el alta, regresando a una casa que, misteriosamente, se encontraba en paz mientras los empleados terminaban de poner a punto todo para la gran celebración.

—¿Se hará finalmente la boda? —preguntó con incredulidad.

—Tú concéntrate en descansar. El doctor pidió reposo, ¿lo recuerdas? —expuso Karin con ironía y acomodándole los almohadones que la chica tenía tras la espalda al estar recostada en su cama.

—¿Dónde está Marie? ¿Qué sucedió con Donovan? —exigió.

La mujer suspiró hondo y comprimió el rostro en una mueca de desagrado al ver que la paciente no colaboraría con su recuperación mientras no supiera de su hermana.

—Ambos se están preparando. Marie está con las estilistas y Donovan con el masajista.

—¡¿Estilista?! ¡¿Masajista?! —preguntó casi fuera de sí e intentó levantarse. No podía comprender lo que sucedía.

Karin la obligó a recostarse de nuevo.

—Si no te quedas quieta llamaré a Ethan.

Esa amenaza la calmó como por arte de magia. No quería angustiarlo.

—¿Cómo es posible que la boda se lleve a cabo a pesar de lo que sucedió?

—Tu desmayo los asustó y los hizo entrar en razón —expuso la mujer aunque utilizando un

tono de voz que parecía una burla—. Mientras estábamos en urgencias, ellos hablaron, se besaron y reconciliaron, y ahora todo marcha normal.

La chica puso los ojos en blanco y suspiró con agobio. Con ambas manos se sostuvo la cabeza, reflejando agotamiento.

—Marie no está bien —concluyó.

—¿Y no lo habías notado?

—Tenía la esperanza de que tuviera la capacidad de razonar según sus propias experiencias.

Ella se sentó a su lado y la tomó de las manos para tranquilizar sus emociones.

—Marie es como tú, terca. —Esa aseveración la hizo apretar el ceño con enfado, pero Karin se irguió con soberbia antes de continuar—. Sí, niña, entiéndelo y acéptalo. Tú eres igual. Sabes que te haces daño con todo esto y no paras, porque dentro de ti tienes aprisionada a una mujer obsesiva que ama a su familia como si estos fueran niños de pecho, que necesitan cuidados dedicados. —Jessie no pudo evitar que aquellas palabras le dolieran—. Sé que ellos te

han demostrado inmadurez con sus actos y que todos están soldados a ti porque eres quien los mantienes a flote, pero no puedes dejar que afecten tu vida y te lastimen como lo han hecho estos días. Tienes que dejarlos elegir, aunque sea una mala decisión, solo así podrán crecer.

Ella volvió a suspirar con agobió y bajó los hombros en señal de derrota.

—Solo… no quería que se lastimaran más. Marie ha sufrido mucho —alegó, recordando todas las carencias afectivas que tuvieron de pequeña por culpa de las constantes peleas entre sus padres.

—Al igual que tú, pero tú te superaste y saliste de ese hoyo por tu cuenta.

—Ethan me ayudó —reconoció, mostrando una sonrisa débil en su rostro, sabiendo que, a pesar de todo el esfuerzo que él le había dedicado esos días para ayudarla a sentirse mejor, ella no le había entregado nada. Solo más angustias.

—Ethan solo te dio una mano, tú hiciste el esfuerzo de salir.

—Mi intención era darle una mano a Marie.

—Pero no eres la indicada para eso, niña. No puedes forzar las cosas. —Jessie la observó confundida—. Sé que tu intención es buena y es producto del amor que sientes por tu hermana, pero no eres tú quien logrará sacarla de allí, tiene que ser ella misma quien lo haga. Hay muchas manos extendida hacia ella, pero si Marie no pone un poco de su parte, ninguna le servirá de apoyo. Deja que ella se esfuerce, no le digas lo que tiene que hacer, solo… deja tu mano extendida y ya. Estoy segura que así sucedió con Ethan, ¿cierto?

Ella no tuvo más opciones que asentir, recordando la ocasión en la que estuvo hundida por la angustia y la desesperación, avanzando tambaleante y sin rumbo, amargada por sus desdichas, por sus pérdidas y carencias. Ethan solo se mantuvo a su lado, dándole amor, haciéndola reír y regalándole momentos de dicha, pero sin intervenir en sus decisiones. Como había hecho en esa ocasión con la locura de esa boda, aun sabiendo que esa solución sería una torpeza.

Ethan, al igual que Bertha, que Martha y que

Karin, entendía que ese enlace era la peor decisión del mundo. Sin embargo, tendieron su mano, sin decir nada más, solo por ella, en espera de que los mismos novios al final se esforzaran por salir del hoyo en el que se habían hundido.

Jessie, por su parte, se esforzaba por hacerle comprender a Marie de su error. Insistía una y otra vez, sin percatarse que con eso solo hundía más a su hermana.

—Tienes razón —aceptó, aunque entristecida —. Si es lo que Marie quiere, que lo haga. Cuando al fin se dé cuenta de su error, me tendrá con la mano estirada para ella, pero todo es su decisión, no la mía. No puedo dejar que esto me afecte.

A Karin los ojos se le aguaron por la alegría. Con dulzura le acarició una mejilla.

—Quédate aquí, descansando. Te traeré una bebida revitalizante y luego, yo misma te haré un peinado precioso, digno de la madrina más bella del mundo.

El ánimo de ella encendió un fuego de optimismo dentro de la joven, que la llenó de

esperanzas. A pesar de saber que todo ese espectáculo era un show mal pagado, no podía hacer nada por detenerlo. Cada vez que lo intentaba, Marie se alejaba más y más y no quería que terminaran distanciadas.

Para su tranquilidad, la mañana pasó sin otros sobresaltos. Jessie se mantuvo en la habitación, descansando y siempre acompañada de Karin, quien, como lo había prometido, se encargó de peinarla para la boda. Bertha y su madre en ocasiones iban y se sentaban a charlar con ella, manteniéndola al tanto de las personas que llegaban para la celebración. En una oportunidad, tuvo a Arnold escondido en su habitación, huyendo de su esposa, que como toda una capitana, andaba por toda la casa dando instrucciones. Aprovechaba su condición de embarazada para para hacerse sentir sin que nadie la contrariara.

Jessie no pudo evitar reírse por el comportamiento de su padre, que parecía un niño ocultándose del regaño de su madre.

¿De verdad, las mujeres embarazadas eran tan obstinadas?

Ella suponía que aquella actitud era producto del instinto de protección que les brotaba durante su condición y las empujaba a cuidar de todos, incluso, de aquel que no necesitaba ser cuidado.

Cuando Arnold al fin decidió salir y enfrentar a su amada, Jessie quedó sola por unos minutos. Aprovechó la ocasión para comunicarse con los miembros de su equipo de trabajo en la revista y evaluar su desempeño y el desarrollo de la cobertura del *Cherry Blossom*, el festival que conmemoraba la llegada de la primavera al mejor estilo asiático. Recibió complacida reportes positivos de todos y unas fotos de los árboles de cerezo en plena floración en el Jardín Botánico de Brooklyn. Un espectáculo natural precioso, capaz de conmoverle el corazón humedeciéndole los ojos.

—¿Hablas con Ethan?

La pregunta de su hermana la sobresaltó. No escuchó cuando Marie había entrado en la habitación y se acercó a su cama.

—No. Hablé con él hace una hora, llegará pronto con el primer cargamento de pasteles.

—¿Y qué te hace sonreír de esa manera? —quiso saber la chica y se sentó junto a ella. Vestía una bata de seda larga y estaba peinada con un moño elegante, rodeado por una diadema de perlas, y con mechones de cabellos trenzados entre sí asemejando los pétalos de una rosa.

—Me enviaron fotos de los cerezos en el Jardín Botánico. Míralos.

Estiró el móvil hacia su hermana para que ella pudiera ver las imágenes que sus compañeros de trabajo le habían mandado, arrancando una sonrisa de ternura en Marie. En ese momento Jessie se percató que la chica había entrado con rostro preocupado y las preciosas fotografías de los cerezos la llenaron de melancolía.

—Hubiese sido increíble haber llevado a cabo la boda en Brooklyn, en medio de los cerezos. Lamento que esa idea no se me ocurriese antes —expresó Jessie reconociendo que su hermana, aunque no estaba maquillada ni llevaba puesto su traje de novia, se veía hermosa, pero en su rostro no se reflejaba la

alegría.

—Aquí también es fabuloso. Este lugar no solo es bello, sino que es muy cálido, como una casa de verdad. —Ambas se observaron con cierta tristeza—. Estoy muy contenta por ti, porque supiste elegir a una buena familia que posee hogares seguros y llenos de amor.

El corazón de Jessie se comprimió por esa declaración, descubriendo que su hermana seguía afectada por todas las carencias afectivas que habían tenido desde niñas.

—Los hogares seguros y llenos de amor no lo hacen las casas —respondió con una sonrisa y la tomó de la mano para hacerle llegar su calor—, sino las personas que la habitan. Si existe amor sincero entre ellas, cualquier sitio donde estén se vuelve una fortaleza.

—Es difícil reconocer el amor… y mantenerlo —declaró Marie con la mirada perdida en sus pensamientos.

—Por eso no debemos tomar decisiones apresuradas por miedo a estar solos. Tenemos que amarnos primero a nosotros mismos y convertir nuestras vidas en un hogar seguro

antes de pretender unirnos a otros.

—Sí, pero para algunos resulta muy difícil cuando no tienes de qué sostenerte.

—Tú no estás sola.

Marie suspiró, reflejando en su rostro el pesar que la embargaba.

—Pero tengo que aprender a estarlo. Si no lo logro, no podré cuidar de nadie en el futuro.

—Marie, no es necesario…

—¿Confías en mí?

La pregunta de la chica congeló a Jessie, porque la resolución que sintió en su voz resultaba intimidante.

—Sí.

Marie asintió, irguiéndose y modificando su semblante a uno más firme y decidido.

—Yo elegí este camino y lo voy a recorrer cueste lo que cueste. Tal vez me caiga muchas veces, pero me levantaré siempre, eso lo aprendí de ti. —Jessie se conmovió por esas palabras, sintiendo como sus ojos se inundaban de lágrimas—. Aprenderé a sostenerme por mí misma.

—Sé que lo harás —aceptó permitiendo que

una lágrima escapara de sus ojos.

—¿Me apoyas? ¿No te decepcionarás de nuevo de mí?

—Me decepcionaré si no lo haces.

Ambas rieron afectadas por sus emociones, antes de fundirse en un abrazo fuerte y sentido.

—Te quiero. Siempre he querido imitarte, porque para mí eres la mejor del mundo —reveló Marie entre gimoteos y sin dejar de abrazar a su hermana—. Cuando sea grande, seré como tú.

Las dos se carcajearon, dejando escapar de esa forma la tensión emocional que apretaba sus almas, liberando a sus lágrimas, pudiendo de esa manera sentirse más livianas.

—Yo también te quiero y te apoyo, porque eres grandiosa a tu manera, aunque no te percates de eso.

Se separaron, sin soltarse de las manos, compartiendo miradas algo tristes y temerosas, pero bañadas por la determinación.

—Voy a lograrlo.

—Claro que lo harás, eres tan testaruda como yo, por eso estoy segura que llegarás lejos. —La

sonrisa se ensanchó en la cara de ambas, aligerando los pesares—. Sabes dónde estoy y cómo encontrarme. Siempre estaré para ti.

—Lo sé.

Un último y largo abrazo dio fin a esa conversación y quedó entre ellas como una despedida. Cuando Marie salió de la habitación, Jessie se recostó en la cama con una mezcla de alegría, alivio y tristeza inundando su pecho, aunque tranquila, porque sabía que todo su esfuerzo había servido de algo.

Capítulo 17.

Jessie no dijo nada sobre la reunión con Marie. Dejó que todo fluyera según lo programado. Su silencio le concedió a su hermana el tiempo necesario para reflexionar y tomar decisiones, acciones que todos habían estado esperando desde hacía mucho tiempo.

Afuera, los preparativos continuaban. Ethan llegó cargado de pasteles, poniendo a los mesoneros a correr para ubicarlos en sus puestos. El patio brillaba gracias a la bella decoración llena de luces, parecía un cielo estrellado sobre la tierra. Sofía y Helena miraban orgullosas y conmovidas aquel escenario, esforzándose por no llorar antes de tiempo y destruir sus maquillajes.

Todos los invitados había llegado ataviados con sus mejores ropas, la familia se afanaba por entretenerlos mientras iniciaba la celebración. Karin iba de un lado a otro ocupándose de cada detalle, enfundada en un vestido rojo y ceñido que la hacía ver como un *femme fatale*, mientras Bertha descansaba sentada en un sillón parecido

a un trono, mirando complacida la transformación de los exteriores de su casa en un lugar digno para recibir a reyes.

El sacerdote que oficiaría el enlace esperaba junto a su ayudante en el entarimado elaborado para tal fin, preparando lo necesario.

Jessie al fin salió de la habitación portando un hermoso vestido de gasa y encaje color bordó, que se ajustaba a su cintura y realzaba el tono crema de su piel. Ethan, al verla, detuvo la supervisión de la distribución de las cajas de pasteles para acercarse a ella sin quitarle los ojos de encima, mirándola maravillado, pero con un reflejo de reproche brillando en sus pupilas que ella no pasó desapercibido.

—Hola —lo saludó, disimulando su inquietud ajustándole el nudo de la corbata.

Aspiró con delicia el aroma de su perfume y se deleitó un instante apreciando su anatomía. Se veía perfecto enfundado en un traje gris hecho a su medida, que le concedía un porte recio y varonil que a ella le encantaba y le aceleraba el corazón.

—¿Por qué no dejaste que me avisaran

cuando estuviste en urgencias?

Jessie no lo encaró. Sus palabras enfadadas ya le dolían. No deseaba lastimarse con su mirada rencorosa.

—Porque podía manejarlo. Si te avisaban, se complicaría tu trabajo.

Él le tomó el rostro con una mano y la obligó a verlo a los ojos.

—Conoces mis prioridades.

—Ethan, si hubiese sido una verdadera emergencia, habría dejado que te avisaran —reveló en medio de un suspiro de cansancio—. Todo está bien, solo fue… una debilidad producto de tanto estrés.

El silencio fluyó un instante entre ellos, inquietándola, pues sabía que él estaba bastante molesto. Aquel mutismo, en cambio, le concedió a Ethan el tiempo necesario para sosegar sus emociones negativas. El enfado lo había dominado luego del miedo al enterarse de lo sucedido esa mañana con Jessie. Sabía que ella estaba al límite de sus nervios por culpa de aquella repentina y absurda boda, pero nunca pensó que toda esa situación afectaría tanto su

salud.

—Quiero que entiendas que desde ya eres una mujer cautiva —advirtió, muy serio—. Serás oficialmente secuestrada por el resto del fin de semana una vez que termine este espectáculo. No habrá teléfono móvil ni ningún otro medio de comunicación disponible para ti. Tus gritos, quejas y amenazas no servirán de nada. Te llevaré a un sitio apartado donde podamos estar solos para dormir, para no hacer nada, para comer hasta reventarnos y aburrirnos como focas antes de sumergirnos de nuevo en la vorágine de actividades que tenemos pendientes. ¿Entendiste?

—De acuerdo —aceptó casi de inmediato y con una sonrisa. La idea de tenerlo solo para ella, por todo un fin de semana, la animaba.

—No te pregunté si estabas de acuerdo o no, solo si entendiste o no —aclaró con severidad.

Jessie no pudo evitar estallar en risas.

—Sí, lo entendí —corrigió divertida—. Me parece bien que estemos lejos y solos. Necesitamos hablar.

Esa última frase la dijo recobrando su

seriedad, algo que mosqueó a Ethan.

—¿Hablar?

La chica asintió, inquietándolo aún más. Él era consiente que cuando una mujer decía: «Necesitamos hablar», era porque algo delicado sucedía.

La abrazó con uno de sus brazos, pegándola a su cuerpo mientras caminaban hacia el lugar donde estaba reunida la familia. Quería atrapar en su piel todo el calor que ella desprendía y que tanto anhelaba.

—Sí, necesitamos hablar —reconoció, descubriendo que ya era hora de asentar esa relación, de dejar de correr por caminos separados y construir uno juntos, protegido con altas vallas para no permitir la entrada de extraños.

La amaba y quería seguir creciendo junto a ella, por décadas, asumiendo sobre sus hombros la cruz que su chica cargaba y permitiendo que ella lo ayudara con la suya.

Si debían llorar, lo harían juntos, y si reían, lo harían entre ambos para que así, la risa retumbara con mayor fuerza.

Si el destino indicaba que debían organizar decenas de bodas para Marie, pues, él participaría en todas ellas y para la próxima, tomaría siempre a Jessie de la mano para que no volviera a caer vencida por sus emociones.

Ese último pensamiento, referente a las bodas de Marie, le había venido a la cabeza como una idea irónica. Sin embargo, al ver la cara colérica de Donovan, quien se había aproximado a Sofía y a Arnold para discutir con ellos sin esforzarse por disimular su estado frente al resto de los invitados, comprendió que su idea no estaba muy alejada de la realidad.

—¿Qué sucede? —preguntó a Saúl, quien se mantenía al margen, molesto por las confrontaciones verbales que esos días se sucedían con mucha regularidad.

—Marie desapareció —dijo con fastidio.

—¿Desapareció? —inquirió él preocupado, sabiendo que eso sería motivo para otro lío monumental que afectaría a su chica.

Vio con angustia como los amigos de la pareja se inquietaban poniéndose de acuerdo para salir en la búsqueda de la novia fugitiva,

mientras Donovan no paraba de reclamarle a los padres de la joven exigiéndoles explicaciones, al tiempo que ellos lo acusaban a él de ser el causante de ese desplante por su trato despectivo.

El ambiente empezaba a caldearse, ya que los pocos familiares que habían asistido de Donovan se acercaron para incluirse en la reyerta verbal, haciendo que los familiares de Marie los enfrentaran como si aquello fuese una pelea entre bandas delictivas.

Tomó a Jessie por los hombros pensando en las maneras de sacarla de allí para evitar que ella formara parte de ese conflicto y terminara de nuevo en urgencias. Al darse cuenta de la calma que invadía a su chica se mosqueó y dejó de preocuparse por el resto del planeta para fijar su atención confundida en ella.

—¿Nena? —Jessie lo observó tratando de sofocar una sonrisa de satisfacción—. ¿Lo sabías? —preguntó él comprendiendo lo que ocurría.

Ella asintió de forma disimulada.

—Vino a hablar conmigo al mediodía.

—¿Sabías que tu hermana escaparía de su boda? —consultó en voz baja y muy sorprendido. Nunca imaginó que Jessie fuera cómplice de un acto como ese.

—No sabía que se iría, solo que tomaría una decisión verdadera, no movida por el miedo o la terquedad. En realidad, no imaginé que llegara a tanto —expuso, en referencia al hecho de que Marie prefirió dejar plantado a Donovan en el altar que hablar con él y parar esa locura por las buenas.

Suspiró con agobio, reconociendo lo dramática que podía llegar a ser su hermana.

Ethan no pudo evitar sonreír con diversión. Se irguió, repasando los alrededores. Al fondo del patio halló a su abuela observando satisfecha el espectáculo que ofrecían, acompañada por Karin, a quien los ojos le brillaban por la picardía.

Negó con la cabeza, tratando de no imaginar a la mujer vistiendo a Marie con el traje de novia para luego llevarla al auto donde ella se fugaría. Si alguien podía ser más histriónica en esa casa que la propia Marie, era Karin. De

seguro, ella ya sabía de las intenciones de la chica y la ayudó para que huyera.

Volvió su atención a la discusión cuando escuchó que esta comenzaba a sonar más fuerte y ofensiva.

—¡No permitiré que esa perra se vaya con mi hijo!

—¡Cuidado con lo que dices de mi hija, sabandija! —amenazó Arnold, buscando aproximarse a Donovan con actitud pendenciera, siendo contenido por Ronald.

—¡Es una perra! ¡Siempre lo ha sido! ¡Le quitaré el niño cuando nazca!

Las carcajadas burlonas de Sofía sorprendieron a todos.

—¡Qué idiota eres, muchacho! Vives tan sumergido en tu existencia egoísta que no te das cuenta lo que sucede a tu alrededor. —Jessie quiso acercarse a su madre para calmarla, ya que se notaba alterada—. Marie no está embarazada —continuó la mujer, impactando a los presentes—. Lo descubrió hace poco y no dijo nada pensando que de esa forma te retendría, porque creía que te amaba. Gracias a

Dios se dio cuenta de sus sentimientos, y de los tuyos, antes de cometer un error.

Donovan se mostró tan contrariado como el resto de los familiares e invitados. Aunque no como Helena, Bertha o Karin, las únicas que no se mostraron asombradas por el anuncio.

—Es mentira. ¡Mientes! —gritó desesperado y pretendió volcarse sobre Sofía con intención de atacarla dominado por la ira, haciendo que varios se movieran para detenerlo. Entre ellos, Ethan, que se alejó de Jessie corriendo hacia el chico. Sin embargo, el joven logró reflexionar a tiempo y se contuvo por su cuenta—. Cuando fui a tu habitación, pensando que allí estaría escondida Marie, encontré sobre tu cómoda una prueba de embarazo que decía «positivo». ¡Ella sí espera un hijo mío!

Jessie se tapó el rostro con una mano empalideciendo por lo que sucedería a continuación. No había deseado que las cosas pasaran de esa manera, pero donde su familia estuviera incluida, no había oportunidad para programar nada.

—Esa prueba de embarazo no es de Marie,

tonto —atacó Sofía sin pensar en las consecuencias de sus actos—. Es de Jessie. Se la hicieron esta mañana en urgencias. Debiste leer el nombre de la paciente y la fecha de elaboración antes de llegar a una conclusión.

Todos los ojos se voltearon en dirección a la mencionada. Jessie se sintió cohibida al recibir la atención de cada uno de los presentes, sobre todo, la de Ethan, quien la miraba con el terror y la ansiedad tallado en las pupilas.

Capítulo 18.

—¡Ja! Esto se pone muy bueno —exclamó Bertha dando un bastonazo al suelo y mostrándose muy feliz.

—¿Nena? —preguntó Ethan, aproximándose a ella con precaución. Exigía una explicación que al parecer, iba a tardarse en llegar, porque Donovan comenzó a discutir con intensidad alterando a los presentes.

Se creó un conflicto que obligó a todos a participar para evitar una pelea. Se empujaban unos a otros, cada quien gritando lo más alto que podía para hacerse escuchar.

Karin se apresuró por movilizar a los mesoneros para que retiraran de las cercanías los adornos, botellas, sillas y cualquier otro objeto que pudiera utilizarse como arma. No solo por cuidar de la integridad de los presentes, sino porque esas cosas debían ser devueltas ahora que la boda, evidentemente, se había cancelado.

Jessie de nuevo quiso ir por su madre, pero fue empujada por unos amigos de Donovan

quienes intentaban contenerlo para que no se fuera de las manos con el padre de Marie. Ethan logró llegar a tiempo a ella y sacarla de la reyerta antes de que le hicieran daño, alejándola del gentío.

—Quédate aquí —le ordenó con severidad y dirigiendo hacia ella un rostro ceñudo y enfadado que no admitiría que lo contradijeran. Luego se dirigió al conglomerado de invitados para sacar de aquel lío a Sofía y a Helena—. No se muevan —exigió ubicando a las dos mujeres junto a su chica, antes de regresar al enredo hasta llegar a Donovan a quien sacó de allí a empujones, sin que nadie pudiera quitárselo de las manos.

Atravesó con él la casa, seguido por los familiares del chico y por los amigos más allegados, quienes corrían tras él para salvar a su compañero de lo que fuera iban a hacerle.

—¡¿Va a golpearlo?! —quiso saber Helena, al borde de un ataque de histeria.

—¡No, lo sacará a patadas de aquí! —aportó Sofía, roja por el enfado.

—¿Tenemos que ir a ayudarlo? —indagó

Raúl, emocionado por la posibilidad de una pelea.

—¡Si Ethan no le rompe la cabeza, se la romperé yo! —exclamó Arnold, bastante alterado, y quiso ir tras la bandada de amigos y familiares de Donovan, pero Ronald y el resto de la familia se lo impidieron, incluyendo Jessie.

—A ver, a ver, gallitos. Calma por aquí —pidió Karin aproximándose al hombre y acariciándole la cara para calmarlo, antes de acercar su rostro a él y hablarle de forma confidencial—. Tu esposa embarazada te necesita, campeón. ¿Por qué no te calmas y la llevas a la habitación para que descanse? Marie está bien, muy lejos de aquí, así que no debes gastar energías haciendo ningún espectáculo.

Arnold se giró enseguida hacia Anastasia encontrándola sentada en una silla, cerca de la tarima de los músicos, mirando a todos lados con angustia y frotándose su gran vientre. Se olvidó de su enfado y corrió hacia la mujer.

—¡Los demás, ayuden a correr a los invitados que no son de la familia, luego, vamos todos a

la cocina! ¡Nos comeremos los aperitivos y el pastel! —ordenó Karin con una sonrisa tan chispeante que nadie puso objeciones.

Cada uno se dirigió a algún sitio de la casa para dar cierre final a aquella frustrada celebración, animados por la idea de la comelona.

Jessie quiso ir con su madre a despachar al sacerdote, pero Karin la detuvo.

—Tú, jovencita, te quedas aquí donde tu abnegado novio te dejó. Si Ethan se entera que por mi culpa te moviste de este lugar me cortará las pelotas en pedacitos. —Se aproximó a ella para hablarle de forma confidencial—. No he podido hacerme la operación de cambio de sexo y no quiero que Ethan me la haga de forma salvaje y primitiva, así que, prudencia, niña.

—Esto se convirtió en una locura —respondió Jessie mirando con angustia los alrededores.

—Sabíamos que algo así sucedería. Me preocuparía si no hubiese pasado nada de esto.

Karin la tomó por los hombros y la alejó un par de metros lejos del gentío, hacia un espino

blanco bellamente floreado donde nadie pudiera tropezarla mientras pasaban de un lado a otro.

—¿Sabes a dónde fue Marie? —quiso saber Jessie.

—La vi marcharse con Thomas hace varias horas. Sea donde sea que esté, tengo la seguridad de que se encuentra bien.

Jessie suspiró hondo.

—No es la primera vez que hace una cosa de esta.

—¿Ya ha dejado a otros novios plantados en el altar?

—¡No! —se apresuró por aclarar—. Hablo de marcharse sin decir nada a nadie. Ya se ha vuelto una costumbre en ella. No sé cuándo parará y comenzará a encarar los problemas.

—Puedo apostar que eso será pronto. —Sonrió Karin para intentar infundirle ánimos y borrar de ella su expresión preocupada—. Tú, cariño, debes ocuparte de otras cosas —dijo acariciándole el vientre.

A Jessie se le encendieron las mejillas.

—No quería que Ethan se enterara así —expuso con pesar.

—Realmente, Donovan fue un patán.

—Bueno, él tampoco tenía culpa de nada… —argumentó recordando la terrible mentira que mantuvo su hermana por capricho.

—No lo defiendas —pidió Karin con severidad—. Marie hizo mal, pero él también tiene su parte de culpa. Se merecía que lo dejaran plantado.

Jessie torció el rostro en una mueca de desagrado.

—Espero esto sea una lección definitiva para todos.

—Es posible, pero de eso, preciosa, no tienes que preocuparte tú. Enfócate en lo importante —dijo, señalándole hacia la casa.

Ethan regresaba de haber echado a Donovan y a su gente, para evitar más inconvenientes que afectaran la salud de Jessie. Ahora la buscaba con ansiedad.

Al divisarla, sus ojos verde agua se clavaron con devoción en ella, con tanta intensidad que la estremecieron. Se apresuró por alcanzarla, logrando que Karin desapareciera sin hacer ruidos, dejando a solas a la pareja.

Sin embargo, ningún alboroto que se generara cerca de ellos podía romper el lazo visual que habían anudado. Ambos se miraron con tanto ardor que el mundo se evaporó para ellos.

Sus ojos centellearon por el deseo contenido en sus almas, por la incertidumbre de lo que se venía y por la alegría del fruto que había generado su amor.

—Nena, ¿es cierto lo de la prueba de embarazo?

Ella asintió, algo apenada.

—Era de lo que quería hablarte a solas.

Él soltó en un resoplido toda la tensión que había tenido almacenada en el cuerpo. Se pasó una mano por los cabellos, fijando su atención en el vientre aún plano de su chica.

—Un hijo —susurró, con una mezcla de sorpresa e inquietud.

—¿Lo quieres? —preguntó ella nerviosa, traduciendo sus gestos como inseguridad.

—Claro que lo quiero —expresó con firmeza y reflejando ahora una mirada determinada y segura—. Solo que… no me lo esperaba.

—Yo tampoco —se apresuró por aclarar—. Para mí también fue una enorme sorpresa.

Ethan se aproximó a ella, bañándola con la dulzura y la calidez que lo había embargado. La tomó por el rostro y acarició sus mejillas con los pulgares.

—Una sorpresa que me llena de alegría.

Jessie sonrió, sintiendo su pecho estallar por las emociones.

—No voy a negarte que estoy algo asustada, pero también, muy feliz. Desde que me confirmaron el embarazo, he tenido tiempo de pensar sobre él —dijo acariciándose el vientre —, sobre nosotros y sobre nuestro futuro. Y creo que llegó en el mejor momento.

Ethan la besó en los labios y dejó apoyada su frente en la de ella para hablarle.

—Viene para hacer de nosotros mejores personas y para fortalecer nuestra relación. —Volvió a besarla, pero esta vez, con más intensidad y entrega, saboreando con deleite sus labios, mordiendo con suavidad cada uno, sin importar que a su alrededor seguían moviéndose empleados y familiares—. Te amo, nena. A ti y a

nuestro hijo, aunque ahora sea una semillita recién plantada.

—Tengo dos meses de embarazo.

—¡¿Dos meses?! —preguntó impactado y mirándola con ojos agradados.

Ella se sonrojó por su reacción.

—Quizás tres, debo ir a un ginecólogo. He tenido demasiado trabajo estos días y no pude percatarme del retraso de mi período —justificó con tristeza.

—Yo también he estado muy saturado —reconoció avergonzado—. Perdóname, amor. Te prometo pausar un poco el ritmo para prestarte más atención.

Ella sonrió complacida.

—Yo haré lo mismo. Lo que sucede es que somos muy apasionados con lo que hacemos, entregamos más de lo que nos corresponde.

—Pero ahora lo haremos por él —dijo posando sus manos en el vientre de ella—. O por ella —aclaró—. O por ellos.

Jessie arqueó las cejas.

—¿Ellos?

—Pudieran ser dos —expresó Ethan con un

brillo de emoción en las pupilas, que a la joven la inquietó—. O tres… o cinco.

Los ojos de Jessie se abrieron como platos.

—No me asustes más de la cuenta.

Ambos se carcajearon, para luego mirarse de nuevo arrobados, prisioneros del amor que palpitaba en sus corazones.

—No me importan cuántos sean ni cómo sean, solo quiero disfrutar de este precioso regalo contigo.

Ella sonrió, conmovida por sus palabras.

—Y yo contigo. Para siempre.

Se abrazaron, como si aquel momento fuera un reencuentro y se fundieron en un beso profundo y apasionado, del que nada ni nadie fue capaz de interrumpir. Un beso que los absorbía, que encendía dentro de sus almas una hoguera que ni el tiempo extinguiría. Hacía arder sus emociones volviéndolas lava líquida, para mezclarlos en una misma esencia que los mantendría unidos para siempre.

Karin, al verlos tan entregados. Con disimulo retiró a todo el personal del patio y apagó algunas luces, dejando solo las pequeñas

bombillas que adornaban el techo de tela, como si encendiera el cielo para ellos. Luego, pidió que pusieran música, comenzando a resonar las melodías del tema *Eternal Flame*, de la banda The Bangles.

Con eso, creó el ambiente perfecto para que las llamas que se erigían dentro y alrededor de esos amantes, crecieran en intensidad, calentando aún más su amor y su determinación.

Cierra los ojos, dame tu mano, cariño
¿Sientes mi corazón latir?
¿Lo entiendes?
¿Sientes lo mismo?
¿Solo estaré soñando?
¿Es este ardor una llama eterna?

Epílogo.

Jessie abrió de par en par las cortinas y sonrió complacida al recibir los débiles rayos del sol.

En octubre, el otoño comenzaba a teñir con sus característicos tonos rojo, naranja y amarillo cada rincón natural de la ciudad, como si el fuego la consumiera, aunque sin trasmitirle un calor agobiante. En esa época las temperaturas bajaban, encapotando los cielos y obligando a los habitantes a estar mucho más abrigados y mantenerse precavidos ante la posibilidad de lluvia.

Aquel día, en especial, había amanecido frío y gris, pero ese tipo de clima no opacaba la felicidad de Jessie. Para ella, el otoño era una época de desprendimiento, un proceso necesario para poder resurgir y alcanzar el cambio y la felicidad. Por eso la amaba. Estaba tan sensible que sentía en su piel cada frágil rayo de luz como si fuesen sutiles caricias. De esas que se daban a escondidas y de forma repentina, erizándote por completo la piel y haciendo

aletear las emociones en tu interior.

Se giró hacia la cama deleitándose con la figura perfecta que descansaba sobre ella. Ethan estaba acostado boca abajo, abrazado a la almohada y con su cuerpo desnudo. Solo partes de una sábana se enredaba en sus piernas, dejando a la vista la mejor zona de su anatomía: su culo duro y respingón. Ese que ella le había mordido la noche anterior dando inicio a una jornada de sexo ardiente que lo dejó agotado.

Sus suaves ronquidos aún resonaban, sonidos que le encantaban a Jessie, ya que ellos se habían transformado en su música habitual para dormir; así como los susurros roncos de él llamándola en la noche, buscándola en sueños.

Se aproximó, sentándose con delicadeza a su lado, con cierta dificultad, ya que su ancho vientre, que albergaba dentro el fruto del amor que ambos sentían por el otro, le impedía moverse de forma ágil.

Con una mano le acarició la espalda, escuchando sus ronroneos mientras comenzaba a despertarse.

—Amor… Amor, es hora —dijo con voz

arrulladora y acercándose más, para darle besos en la mejilla y en la mandíbula, sin dejar de pasar sus dedos sedosos por la espalda y por el costado de él, produciéndole estremecimientos.

Un gruñido placentero le indicó que Ethan ya estaba despierto, a pesar de que no quería abrir los ojos. Se movía en la cama como buscando una posición más cómoda para seguir durmiendo, actitud que a ella la hizo sonreír.

—Levántate, perezoso. Si Karin llega y sigues aquí, entrará en la habitación para obligarte a salir de la cama.

Él rugió con furia, dándose la vuelta para quedar cara a cara con ella. Jessie aumentó la sonrisa al ver su semblante irritado y adormilado, pero, cuando abrió los ojos, se cegó con la claridad de sus pupilas verdes, tan brillantes como piedras preciosas. Sintió crecer una emoción en su pecho que la llenó de dicha y la empujó a desear hundirse para siempre en la profundidad de su mirada.

—Pon candados en todas las puertas y atraviesa muebles para que no pueda entrar.

La propuesta de Ethan le produjo risas.

—¿Crees que eso va a detenerla? Hace unos minutos me pasó un mensaje al móvil diciendo que está por llegar, así que mejor levántate para que ella no sienta deseos de entrar. Dice que si no llegamos a tiempo a las tiendas, perderemos las mejores ofertas —recomendó, acariciándole todo el contorno del pecho, hundiendo sus dedos en su vello suave y pasando por las tetillas, que frotó y pellizcó dulcemente.

—¿De verdad quieres que me levante? —preguntó él con voz ronca, afectada por el sueño y por el deseo que comenzaba a bullir en sus venas.

Al dirigir su atención al rostro de su amado, Jessie se estremeció al toparse con su mirada vehemente, cargada de lujuria y de ansiedades. El fuego que habitaba en su interior empezó a avivarse también, pero sabía que no tendría tiempo suficiente para desatar todos sus anhelos.

El cuerpo de Ethan a ella le resultaba tan delicioso que prefería disfrutarlo con tranquilidad, además, no tenía la energía para un polvo rápido antes de que llegara Karin. La

niña ocupaba ya demasiado espacio en su vientre y le impedía movimientos rápidos.

—Tienes que hacerlo, ya te dije que Karin está por llegar. Tiene un mapa de los lugares que visitaremos para aprovechar las liquidaciones por el Día de la raza. Faltan algunas cosas para completar la canastilla de tu hija, recuerda que en un par de semanas la tendremos con nosotros —justificó, frotándose su ancho vientre con amor.

Él se sentó con un solo movimiento, quedando muy cerca de ella. Acarició también la enorme panza y le sonrió con dulzura.

—Ella tiene todo lo que necesita —expresó, dirigiéndole a Jessie una mirada saturada de amor.

La besó en los labios, con dulzura, saboreando sin prisas cada uno de ellos hasta escuchar los gemidos de la mujer, que sucumbía ante el exquisito placer dejándose arropar por los brazos de él.

Aunque Jessie sabía que Karin podía aparecer de un momento a otro, no quiso detenerlo. Amaba estar en ese hogar, uno que

habían construido entre ambos, sobre bases sólidas e irrompibles, armado con paredes repletas de emociones y con un techo confeccionado por confianza.

Juntos podían transformar un cielo gris en un paisaje soleado e impregnado de vida, creando mundos exclusivos en los que criarían a su hija.

Un golpeteo insistente en la puerta principal los interrumpió.

—¡Jessie! ¡Jessie! ¡Jessie!

Ethan gruñó con furia mientras la soltaba para ponerse de pie. Ella hizo lo mismo, pero en medio de risas.

—Te dije que estaba por venir.

—¿Podrías pedirle que deje de golpear la puerta? —pidió molesto antes de entrar en el baño, al no soportar los insistentes llamados de Karin.

—¡Voy! —respondió ella y se apresuró por salir de la habitación y llegar a la sala para atender a la visita.

—¡Niña! ¡Te dije que estuvieras lista! A esta hora la ciudad ya es una locura. El tráfico es

insoportable —expuso la mujer respirando con agitación, como si acabara de llegar de una carrera de relevos.

—Ethan termina de vestirse —mintió y le dio la espalda para entrar en la cocina y ofrecerle algo de beber.

Karin se notaba muy agitada, pero eso no impedía que se viera como una reina, subida a sus altos zapatos de tacón, con la mirada resaltada por unas gafas de vidrio rojo con forma de ojos de gato y con el cuello rodeado por gruesas bufandas peludas y de tonos extravagantes que la hacían lucir estrambótica.

Así era ella: muy segura de sí misma y ansiosa por brillar. Adoraba captar la atención y las sonrisas de todos, antes de robarse sus corazones.

—Supongo que descansaste lo suficiente y tomaste todas tus vitaminas, ¿cierto? —preguntó siguiéndola—. Porque hoy tendremos mucho que recorrer y no aceptaré quejas por pies hinchados o por agotamientos, ni me dejaré manipular de nuevo con falsos desvanecimientos. Yo, cariño, aprendo de mis

errores.

Jessie se tapó la boca con una mano para esconder la risa mientras le hacía llegar una botella fría de agua saborizada.

En una ocasión, Karin se había ofrecido para acompañarlos a elegir cunas para la bebé, llevándolos de tienda en tienda, en busca de los mejores precios y productos de calidad. Luego de tres horas de recorrido, Jessie no daba más y le rogó a Ethan que la llevara a casa. Pero Karin estaba tan emocionada evaluando varios modelos en una tienda que parecía un aeropuerto, que pretendía obligarla a seguir. Ethan, para convencerla, planeó con Jessie un desvanecimiento fingido que justificara su traslado urgente y, aunque Karin aceptó la suspensión de la expedición, nunca se creyó el exagerado malestar.

Cada vez que podía se lo sacaba en cara, asegurando que no volvería a caer en sus tretas.

Como Karin lo había asegurado el día en que se conocieron, ella se había transformado en la mejor amiga de Jessie. Se hicieron tan cercanas que parecían hermanas de sangre, compartiendo

más con aquella alocada e indetenible mujer que con su propia familia.

Luego de la boda fallida sucedida en Ramsey, cada miembro de los Lilley regresó a su casa. Jessie mantenía constante comunicación con sus padres, quienes estaban al tanto del avance de su embarazo, pero dejándole su espacio, para no agobiarla de nuevo con su efervescencia.

Ya se habían reunido todos meses atrás en las cercanías de la bahía de Narragansett, en la nueva casa de su padre, luego del nacimiento de su medio hermano, y casi echan abajo la vivienda con su comportamiento inquieto.

Ahora la promesa era verse de nuevo en Ramsey, lugar que Jessie y Ethan habían elegido para tener a su hija y pasar varias semanas mientras se recuperaban del parto. Bertha estaba tan feliz con la noticia que poco le importaba tener otra vez dentro de sus dominios a esa familia indetenible. Ella, Martha y Karin ya tenían todo preparado para recibirlos, escondiendo las cosas de valor sentimental y llenando el refrigerador con comida como para alimentar a un ejército.

Esperaban también, la visita de Marie, quien se había asentado en Rhode Island desde su fuga. Vivía con Thomas en un pequeño departamento de estudiantes, trabajaba en las noches como empleada en un cine y en el día hacía cursos retomando su carrera administrativa.

En ocasiones, Jessie hablaba con ella. Estaba tranquila al saberla algo estable, a pesar de que aún se confesaba confundida por su futuro, pero comenzaba a tomar las riendas del mismo. En su relación con Thomas había roto el record de duración. No solo superó el límite de un par de semanas que era lo máximo que llegaba con sus amantes, sino que decía que discutían poco, que reían mucho y que ya no les molestaba tantos sus diferencias.

Jessie dudaba que él fuese el indicado para guardar por siempre el corazón de su hermana, pero al menos, se sentía feliz de que fuera él quien ayudara a reducirle la marcha. Su cariño y amistad lograron que ella comenzara a pensar en sí misma, en lo que quería en realidad y en lo que aspiraba, actuando en base a eso.

Por ahora, estaban juntos, quizás, pronto, ella se iría de nuevo en busca de otro puerto, pero ya no sería la misma Marie. La nueva tenía mayor claridad emocional y un mejor entendimiento de sí misma. Un error como el de Donovan, jamás lo cometería, aunque no podían asegurar que siguiera equivocándose.

Al final, de eso se trataba la vida, de cambiar constantemente de camino cada vez que tropezara con muros o grandes piedras hasta encontrar el indicado.

Mientras estaba en la cocina, Jessie escuchaba con paciencia y con una sonrisa en los labios la cháchara interminable de Karin, sobre el recorrido que tenía preparado. Su rostro sonrosado y alegre evidenciaba su satisfacción.

No podía estar más complacida con la vida. En su trabajo todo marchaba a la perfección, ya gozaba de las semanas de reposo previas al parto, y su familia estaba bien, cada quien en lo suyo, satisfechos con lo que habían logrado.

Y el camino que ella había tomado era el correcto. Lo confirmó al ver a Ethan salir de la habitación vestido de forma casual, con una

ropa que le hacía resaltar su cuerpo atractivo, y con los cabellos aún húmedos por la ducha. Lo veía tan varonil y seguro de sí mismo que no pudo evitar suspirar como una colegiala enamorada, más aún, cuando él dirigió sus ardientes ojos claros hacia ella, abrasándola con su mirada intensa.

—¡Ya era hora de que salieras! —reclamó Karin notándose ansiosa y dando golpecitos con la punta de su pie en el suelo.

—Dijiste que vendrías a las nueve y son las ocho. No eres capaz de cumplir con tu palabra —se quejó él llegándose hasta la cafetera para servirse un poco de café.

—Son las ocho y cincuenta y dos, querido, eso puede considerarse casi las nueve. ¿Te das cuenta que sí soy una mujer de palabra?

—Si casi son las nueve, es decir, que eres casi una mujer de palabra.

Karin ahogó un grito y Jessie se carcajeó por su dramatismo.

—Mira, renacuajo. Si no fuera por lo feliz que me siento porque mi sobrina está por nacer, te reprendería como te lo mereces y te mandaría

a freír monos.

La mujer se irguió con soberbia esperando que él saltara con alguna otra ironía, dispuesta a devolvérsela, pero al ver que la pareja no le prestaba el menor caso, por compartir miradas arrobadas, bajó su nivel de altivez. Adoraba ser testigo del amor que ellos se profesaban con sus acciones.

Jessie se aproximó a Ethan y él la recibió envolviéndola en uno de sus brazos y dándole un beso en la frente, que ella recibió con placer, cerrando los ojos y suspirando hondo.

—Iré a refrescarme para luego irnos. ¿De acuerdo, tórtolos? —preguntó con severidad, recibiendo un asentimiento por parte de Jessie y viendo como Ethan ponía los ojos en blanco, aunque también aceptando la propuesta.

Karin les dio la espalda y caminó como una reina en su palacio hacia el baño, para dejarlos solos un rato. Sabía que ellos necesitaban de ese espacio para darse amor, si no lo hacía, los tendría todo el día mirándose como si fueran adolescentes a los que les impedían tomarse de las manos en público.

Y sus sospechas fueron ciertas.

Apenas quedaron solos, Jessie tomó a Ethan por el cuello para sumergirse en su boca apasionada y fiera, que la arrancaba de la realidad para llevarla a vivir en una dimensión propia, más apetecible.

Él dejó la taza sobre la encimera y enseguida la envolvió en sus brazos cuidando de no apretarle la panza, para responderle el beso y profundizarlo, llevándolo a un nivel que solo ellos podían alcanzar al mezclarlos con todas sus emociones.

Esos besos arrebatados habían nacido una fría noche de Navidad y se hicieron fuego un día ajetreado de San Valentín, pero ahora se volvían granito, quedándose para siempre anclados entre ellos.

Besos que se darían toda vida. Besos para siempre…

¿Te gustó?

Espero hayas disfrutado de esta romántica historia, te invito a dejar tu comentario en Amazon y leer las otras novelas de mi catálogo, donde encontrarás suspenso romántico, drama, romance histórico, comedia, new adult, chick lit y fantasía romántica.

Sigue mis redes sociales y no pierdas ninguna novedad:

Twitter: **@jonaira16**
Instagram: **@jonairacampagnuolo**
Facebook: **Jonaira Campagnuolo Autor**

SOBRE LA AUTORA

Jonaira Campagnuolo, escritora de novela romántica que nació una tarde de febrero en la ciudad venezolana de Maracay, pero ahora reside en Argentina, con su esposo y sus dos hijos. Es amante de los animales, la naturaleza y la literatura. Desde temprana edad escribe cuentos que solo ha compartido con familiares y amigos. En la actualidad se dedica a administrar su blog de literatura **DESDE MI CALDERO** (**http://desdemicaldero.blogspot.com**) y a escribir a tiempo completo.

Conoce otras obras de romance escritas por la autora, y publicadas en Amazon.

Jonaira Campagnuolo



Bésame mucho...

BÉSAME MUCHO
SPIN OFF. SERIE BESOS

Jonaira Campagnuolo

BÉSAME. SPIN OFF. SERIE BESOS.

Primera Edición Diciembre 2021
SC: 1912102656315

ÍNDICE

“¡Por tus besos vendería el porvenir!”.
René de Chateaubriand

Capítulo 1.

Y de nuevo llegó el invierno, queriendo arropar con su manto helado las ardientes calles de Brooklyn. La nieve parecía un vestido de novia bordado de perlas, de larga e interminable cola. No había rincón de la ciudad que no se llenara de su blancura.

Era una dama lista, que estaba a la espera del novio para ser desposada. Su corazón latía con fuerza y ese no era otro que la cafetería Martin's, su lugar de moda. Un sitio que siempre estaba repleto de clientes, no importaba la hora ni la época del año. Sus deliciosos pasteles y la excelente atención que brindaban habían hecho de aquel establecimiento un lugar de referencia.

Los Martin se hicieron con uno de los terrenos colindantes para agrandar la cafetería. No querían perder el ambiente hogareño que desde el inicio brindaban, pero el alto flujo de clientes obligó a Ethan y a Gary a ampliar el establecimiento y dividir los espacios.

Una parte seguiría siendo para quienes deseaban sentarse en sus mesas a disfrutar de un café, un chocolate caliente con malvaviscos, un té o un trozo de sus famosos postres, dentro de un sitio tranquilo y con música de fondo que los ayudase a relajarse al salir del trabajo, o durante el descanso que le ofrecían los jefes. La otra sería para aquellos que querían ir a comprar algunos de sus productos y enseguida marcharse, pasando como torpedos por la tienda, gritando a todo pulmón sus pedidos para asegurarse de que no hubiese algún error, al tiempo que mantenían charlas nerviosas, o divertidas, con sus acompañantes.

Separar esos espacios no solo otorgaría comodidad a los clientes, sino a los propios dueños. Ethan no tenía problemas, porque siempre estaba en la calle atendiendo a proveedores y ocupándose de las finanzas, e inspeccionando el servicio de cáterin que también avanzaba indetenible con el apoyo de Ibrahim, el socio que habían hallado meses atrás y quien además era dueño de un café en la avenida Madison, en pleno centro de Nueva York. El que se hacía líos por la locura en la que se había transformado la cafetería era Gary, quien vivía con los nervios a flor de piel, a pesar de que tenía el apoyo de Theresa, la gerente.

El bullicio y las aglomeraciones lo ponían cada vez más inquieto, pero su conflicto no era porque no pudiese manejar un emprendimiento que crecía como la espuma, su problema radicaba en su drama personal, que desde hacía dos años no había podido resolver.

Su matrimonio seguía enfermo, se consumía como un cáncer que

había hecho metástasis, porque no solo era su relación de pareja la que se hacía escombros, también lo estaba la relación con sus hijos.

—Nicole dijo que los chicos habían aceptado la propuesta, que solo faltaba conversarlo con sus padres, pero que estaba segura de que ellos la apoyarían —informó Ethan mientras guardaba en un maletín los libros contables.

Gary estaba apoyado en el marco de la puerta de la oficina. Escuchaba, de brazos cruzados y cabizbajo, lo que su esposa Nicole le había contado a Jessie, la esposa de su hermano.

—No sabía nada de eso —gruñó con cansancio, como si le costara expresar palabras.

Ethan se giró hacia él y suspiró hondo al detallarlo. Gary había envejecido veinte años en tan solo dos. Se notaba ojeroso, delgado y hasta había empalidecido. Ya no se rasuraba por completo, pero tampoco se cuidaba la barba para verse a la moda, como lo hacía él. Tenía la apariencia de un anciano decaído y solitario, cuyo único entretenimiento era mirar la televisión o caminar encovado por un parque. La energía que siempre poseyó, su alegría y fuerza, fueron fragmentándose de la misma manera en que lo hacía su matrimonio y su familia.

—Supongo que Nicole lo discutirá contigo esta noche… o los próximos días —expuso para salir del paso.

—Tendría que haberlo hecho ya —se quejó Gary con el ceño fruncido—. Viajar cerca de Navidad es casi imposible. Si piensa pasar las fiestas en la casa de sus padres tendríamos que irnos esta misma semana. ¿Me lo contará un día antes del viaje? ¿O piensa marcharse sola con los chicos? —bramó eso último con enfado.

—Pensé que lo sabías —agregó Ethan para calmarlo—. Solo quería confirmar ese viaje contigo para programar mi agenda y apoyar en la cafetería durante tu ausencia. No quiero complicarme como sucedió en la Navidad de hace dos años.

—Lo ocurrido dos años atrás no se repetirá —aseguró, irguiéndose y descruzándose de brazos, aunque apretó los puños para controlar la rabia—. No iré a ningún lado sin avisarte con tiempo. Aprendo de mis errores, aunque cueste creerlo.

—Bien —dijo Ethan y se guardó las manos en los bolsillos de su pantalón para que su hermano no se sintiera desafiado y bajara el nivel de su irritación—. No quiero llenarte de angustias, pero creo que debes hablar pronto con Nicole. Si no resuelven sus diferencias, lo perderán todo. Me da la impresión de que esta Navidad es una fecha límite para ambos.

Gary bajó los hombros con derrota. Así revelaba el profundo dolor que amedrentaba no solo a su espíritu, sino también, a su cuerpo, convirtiéndolo en un guiñapo viviente.

—Gracias por avisarme —masculló de forma casi imperceptible antes de dar media vuelta y regresar a la zona del café que él administraba.

Al quedar solo, Ethan apretó la mandíbula para sosegar el fogonazo de rabia que esa situación le producía. Quería ayudar a Gary de alguna manera, pero no deseaba meterse en su relación de pareja ni en la de su familia. Había visto como reaccionaban los hermanos ante la intervención de terceros en sus decisiones. Lo entendió luego de ver como actuaba Marie, la hermana de Jessie, ante la insistencia de esta de llevarla hacia un camino que creía correcto, sin considerar sus opiniones.

Hasta ahora, él solo le había servido a Gary como un apoyo, pero consideraba que era hora de darle un pequeño empujón. Porque su hermano parecía haber perdido todas las ganas por impulsarse, comportándose como un barco de papel en medio de un río. Simplemente se dejaba llevar por la corriente sin saber a dónde ir.

Tomó el maletín para asistir a la reunión con el contador. Sin embargo, decidió pasar primero por la zona de despacho rápido, el sitio ajetreado y siempre repleto de ruidos que estaba siendo administrado por su persona de más confianza luego de Jessie y de Gary: su amiga Karin.

—Necesito hablar contigo —dijo con premura a la mujer interrumpiendo sus gritos para pedir a un empleado, que se hallaba al otro extremo del negocio, que le trajera otra bandeja de cupcakes de banana y chocolate.

—¿Vas a retarme por lo que le dije esta mañana al baboso machista que eché a patadas de la cafetería?

Ethan la observó con los ojos agrandados, pero luego suspiró con resignación. Karin tenía su estilo para manejar el negocio y lo hacía muy bien. Los empleados la adoraban y la obedecían en todo, y los clientes, igual.

Algunos iban solo para verla, disfrutaban de sus coqueteos y reían con sus ocurrencias, pero habían sujetos, con un alto nivel de imbecilidad, que no perdían la ocasión para burlarse del transgénero que atendía esa parte de la cafetería Martin’s. A esos, la propia Karin sabía ponerlos en su lugar sin crear conflictos mayores dentro del negocio, y si se pasaban de intensos, los sacaba a empujones mientras era aplaudida por el resto de los clientes.

—No sé de qué hablas y no quiero saberlo, solo necesito que me dediques unos minutos. Es un asunto personal.

La mujer se mostró alarmada.

—¿Pasó algo con Olivia? ¿Embarazaste de nuevo a Jessie? —preguntó con exageración, como si estuviera a punto de sufrir una apoplejía.

Él apretó los puños y la mandíbula con rabia antes de responderle.

—¿Cómo voy a embarazar a Jessie luego de dos meses de haber dado a luz? ¿Quién crees que soy? —preguntó molesto—. Y no pasa nada con Olivia. Mi hija está muy bien, es… —Miró a los alrededores para asegurarse que no había empleados en los alrededores—. Se trata de Gary, necesito ayuda para él.

Karin puso los ojos en blanco y batió la larga melena rubia que tenía atada en una cola de caballo.

—¿Qué dejó de hacer Gary ahora? Porque no puedo preguntarte qué hizo, porque nunca hace nada. Se transformó en un ente sin voluntad ni consciencia, funciona en automático desde hace dos años —se quejó con altanería cruzándose de brazos.

—Exacto, ese es el punto, que sigue sin hacer nada y no puedo permitir que siga así. Ya han pasado dos años desde su pelea con Nicole y creo que ella está poniendo fecha límite a su capacidad de aguante.

Karin lo observó con atención mientras comenzaba a enroscar un mechón de su cola en su dedo.

—¿Dijo algo de abandonarlo definitivamente?

—No con exactitud —aclaró Ethan irguiéndose, porque se sentía incómodo al hablar de las intimidades de su hermano—, pero le comentó a Jessie esta mañana, cuando llamó para saludar y saber de Olivia, que se irá a casa de sus padres con los chicos a pasar las navidades, y Gary no sabía nada.

Karin suspiró con cansancio. Aquello parecía una declaración de separación definitiva.

—¿Y qué pretendes?

—No sé, mantenerlos unidos de alguna manera.

—¿Y no te parece que eso podría ser contraproducente? Él y Nicole no hacen otra cosa que discutir o ignorarse cuando están juntos, llevan dos años asumiendo esa actitud, y los chicos ni le hablan. ¿Para qué insistes en mantener unida esa familia? Tal vez separarse sea la solución.

Ethan se tensó ante esa posibilidad.

—Gary no ha tenido verdadera oportunidad de resolver los problemas con su familia, el trabajo en la cafetería lo ha absorbido porque no paramos de crecer y las ocasiones en que ha decidido irse con ellos de viaje para propiciar un acercamiento, sucede alguna situación incómoda con los chicos que impide que los padres hablen y se reconcilien. Luego de varios intentos, se rindió, y como dices tú, ha estado funcionando en automático desde entonces. —Respiró hondo antes de continuar—. Solo quiero que él y Nicole hablen sin nada que los interrumpa, creo que esa es la única forma de que resuelvan sus

diferencias. De la cafetería me ocuparé con tú ayuda y con la de Theresa.

Karin suspiró con dramatismo y miró al techo como si reflexionara. Luego de casi un minuto pensando decidió hablar.

—Hay una forma de ayudarlos, pero es un poco… violenta.

Ethan arqueó las cejas y la observó con cierta preocupación.

—¿A qué te refieres con «violenta»?

—A que tendremos que engañarlos, empujarlos a hacer algo que no quieren y dejar solos a los chicos por un día —culminó reflexiva.

—¿Dejarlos solos por un día? —preguntó el hombre alarmado.

Karin apretó el ceño y lo observó con enfado.

—Dijiste que tu hermano y Nicole necesitaban paz para hablar y reconciliarse. Las veces en que han fallado, ha sido por causa de esos mocosos. Para que solventen su situación deben charlar por varias horas estando solos. A esos niñacos nada les pasará si están solos ese tiempo.

Ethan suspiró hondo, algo que molestó aún más a Karin y la hizo poner los ojos en blanco.

—Tu sobrino Trevor tiene diecinueve años —continuó—, está frustrado porque su banda musical fracasó antes de su debut y por eso perdió el cupo en la universidad. Odia trabajar para su padre y para su tío como repartidor de cafés en bicicleta. Y Janis, a sus diecisiete años no se conoce a sí misma, vive enfadada hasta con la brisa que golpea su cara y estar todo el día en casa, con su madre, no la ayuda a crecer y a cambiar de actitud. ¡Déjalos solos un día! —expuso fastidiada—. También necesitan pensar y reconciliarse con ellos mismos para encontrar sus caminos. No morirán de hambre sin su madre por unas horas.

Ethan comprimió el rostro en una mueca de desagrado. No tenía mucha confianza en la capacidad de sobrevivencia de sus sobrinos, quienes habían crecido siempre bajo el ala protectora de Nicole.

—¿Y si los llevo a Nueva Jersey, con la abuela?

Karin lo observó con altanería y levantó una ceja.

—No está mal el plan. Bertha les dará la sacudida que necesita para hacerlos reaccionar.

Ethan se lo pensó mejor. Aunque fue su idea, se percató del riesgo que significaba llevar a esos niños consentidos con su abuela, que era buena para quitar malcriadeces con estrategias algo excesivas; pero no tenía tiempo para idear otro plan. Ayudar a su hermano era un asunto de urgencia.

—Está bien, hablaré con Jessie y nos llevaremos a los chicos a Nueva Jersey con alguna excusa, pero, ¿qué haremos con Gary y con Nicole?

Karin sonrió con picardía.

—Eso déjamelo a mí.

—No quiero obligarlos a nada —dijo preocupado—, solo darles espacio para que puedan hablar y resolver sus asuntos.

—Y eso les daré —expuso socarrona—. Me aseguraré de que tengan muchísimo espacio para gritarse a la cara todo lo que sienten. Créeme que no habrá nada en kilómetros a la redonda que los moleste.

A Ethan le angustiaba dejar en manos de Karin esa situación tan delicada, pero ella no le había fallado nunca. A pesar de que tenía un estilo algo desquiciante para resolver problemas, lograba hacerlo en tiempo record, por eso no dudó en acudir por su ayuda.

—Hecho. Haré lo que me digas para lograr que Gary y Nicole tengan su espacio. Si debo mentirles, cuenta conmigo.

Ella sonrió con triunfalismo y pegó un gritito de alegría que alertó a algunos clientes y empleados. Ethan sintió vergüenza y la obligó a guardar la compostura.

—Vamos al cuartito de atrás para explicarte el plan —le susurró al oído.

—¿Al cuartito de atrás? —preguntó asustado.

Karin no pudo evitar carcajearse.

—No te haré nada, tonto. Le prometí a Jessie que cuidaría de ti mientras estás en el trabajo y eso haré. Lo que pasa es que no me parece apropiado hablar aquí de un plan para engañar a…

—Sí, sí, sí. Vamos y explícame rápido tu idea que tengo una reunión con el contador en unos minutos —apuró viendo su reloj de muñeca.

Karin y él se fueron a la trastienda para elucubrar su plan macabro, uno que pretendía poner fin al difícil conflicto que atravesaba Gary y su esposa y le devolvería un poco de paz a la pareja. Aunque la forma en que lo lograrían sería algo… violenta.

Capítulo 2.

Gary no dejaba de gruñir ante todas las explicaciones, justificaciones y excusas, que relataba Ethan para convencerlo del trabajo que debía asumir.

Gracias a la incesante publicidad positiva que había adquirido el servicio de cáterin de la cafetería, un empresario neoyorquino, que planificaba actividades de descanso y esparcimiento para los empleados de sus diversos negocios buscando el mayor rendimiento de su fuerza laboral, los contrató para cubrir los refrigerios de un campamento corporativo navideño que llevaría a cabo por primera vez en el parque estatal Clarence Fahnestock, la semana antes de Navidad.

Si tenían un buen desempeño en esa tarea el empresario no dudaría en considerarlos para la infinidad de actividades que tenía programadas para el próximo año, convirtiéndose en un cliente de gran peso. No podían fallarle.

El problema radicaba en que no tenían suficiente personal para hacer el envío. Ibrahim, el socio, ya se había ocupado de asegurar la elaboración de los pasteles y aperitivos, pero no tenían quien los llevara. La Navidad era una época repleta de encargos, pero no era profesional dejar de lado los que habían sido cerrados con anticipación solo porque uno más importante aparecía a última hora.

Ethan no podía encargarse de eso, ya que debía completar el cierre fiscal con el contador y, como el área de Gary era más tranquila y él contaba con el apoyo de Theresa, no tendría problemas en dejar por unas horas su puesto para llevar el pedido.

Karin lo acompañaría y solo estarían afuera por unas tres o cuatro horas, como máximo.

Gary aceptó de mala gana el encargo. Desde hacía dos años odiaba salir de su zona de confort, pero no tenía opciones. Todos ponían de su parte para que aquel emprendimiento funcionara. Él no debía ser la excepción solo porque todo le causara mal humor.

Mientras ayudaba a Theresa a organizar a los empleados antes de marcharse, en la zona de despacho rápido de la cafetería se había desatado un drama monumental.

—¡¿Por qué siempre me pasan estas cosas a mí?! —sollozó Karin, desatando un llanto sonoro que tenía nerviosos a todos los trabajadores y a los clientes de esa área.

Nicole intentaba calmarla, al tiempo que buscaba liberarse de ella. Karin, que se había sentado en una silla, se abrazó a su cintura y hundía en su panza su rostro lloroso.

—No digas eso, aún no has confirmado la información —aportó Jessie con inquietud mientras procuraba tranquilizar a Olivia, su bebé, que también lloraba, aunque asustada por los gritos de la otra.

—¡Dasha nunca me ha engañado! —gimoteó, en referencia a una amiga, también transgénero, que supuestamente le había confesado que su novio de turno la engañaba—. Si ella dice que lo vio con otra es cierto. ¡Los hombres son unos malditos!

—Sí que lo son —mascullló Nicole entre dientes, furiosa por lo que sucedía.

Aquel drama le traía a la mente el recuerdo del engaño de Gary, quien hacía dos años se había besado con una empleada nueva del café siendo pillado por otra con quien ella había hecho buenas migas. Recibió un mensaje de texto que derrumbó por completo su paz mental y matrimonial. Luego de eso, vino la peor época de su vida, una etapa llena de dolor por haber sido engañada y haber perdido al hombre que más había amado en el mundo y, que para ser sincera, aún amaba.

La convivencia se vio afectada por discusiones, reclamos y acusaciones, contagiando de manera negativa a sus hijos.

—¡No puedo vivir con esto! ¡Siento que voy a morir! —expuso Karin con exagerado dramatismo.

—¡No seas idiota! —reclamó Nicole, viendo con desaprobación como algunos empleados curiosos se asomaban a la trastienda para ver qué sucedía—. Sé que duele mucho, pero olvídate de morir. Ningún hombre vale más que tu vida.

—¡Pero es que yo lo amooo! —gritó Karin abrazándose más a la cintura de Nicole, lastimándola y haciendo que la cólera de la mujer aumentara.

Olivia comenzó a llorar con ímpetu por los bramidos, angustiando a Jessie, y afuera los empleados y clientes cuchucheaban. Aquel espectáculo se le estaba saliendo de las manos.

—Tendré que llevarme a Karin a casa para que se calme —dijo mientras maniobraba pasa sacar su móvil de la pañalera sin dejar de mecer a Olivia—. Le avisaré a Ethan para que se ocupe del café.

—Pero, Ethan está con el contador y nosotras… ¿no íbamos a la pediatra? —consultó Nicole, confundida.

Jessie la había llamado ese día para que la acompañara a llevar a Olivia a la pediatra, porque Ethan debía estar todo el día ocupado con el cierre fiscal. Acordaron encontrarse en el café y de allí ir juntas al consultorio, pero se toparon con el drama de Karin.

—Llamaré a la pediatra para que me cambie la cita para mañana. No puedo dejar así a Karin, está muy mal —justificó mirando a la llorona con pena.

Comenzó a teclear en su móvil, pero Karin la interrumpió.

—¡No puedo, Jessie! ¡No me puedo ir! —alegó entre gimoteos, con todo el rostro empañado por lágrimas y con el rímel corrido. En su mano llevaba aferrado un pañuelo y con él hizo un ruido espantoso que sobresaltó a la bebé al sacudirse los mocos—. ¡Debo entregar un pedido muy importante!

—¡Olvídate del pedido! —exclamó Nicole al límite de su rabia —. No puedes presentarte en ese estado ante ningún cliente. Ni siquiera puedes trabajar hoy.

—¡No me puedo ir! —siguió vociferando con tal sufrimiento que parecía que el corazón se le iba a partir en dos— ¡Esta entrega es importante! ¡Es un cliente nuevo y de mucho dinero!

—¡Que lo haga Ethan cuando regrese! —sentenció Nicole, apretando la mandíbula para no estallar.

—¡Él no puede, está ocupado y hay que hacer la entrega en la mañana!

Karin se derrumbó sobre la cintura de Nicole para llorar, amenazando con hacerla perder el equilibrio. Su llanto exagerado no solo alteraba a la niña, sino también, a los empleados.

Una de las cocineras decidió abandonar su puesto para llevar una taza de té y colaborar con el control de aquel drama.

Si no sacaban a Karin de allí, afectarían el trabajo en la cafetería.

—Sí, creo que lo mejor sería llevarla a tú casa —aceptó Nicole resignada y forcejeó con Karin para que la soltara.

—¡No me puedo ir! ¡Tengo que hacer la entrega! —porfiaba la mujer luchando para no moverse.

La cocinera estaba a punto de llorar también, angustiada por el estado de su jefa y el de la bebé.

—¡¿Nadie en esta cafetería puede asumir esa entrega?! —reclamó Nicole, logrando zafarse de Karin.

—Las entregas a los clientes importantes la hacen los empleados de mayor rango o los dueños en persona —explicó Jessie esforzándose por sosegar el llanto de su hija—. Pero hoy todos están ocupados.

—Tú puedes asumir la entrega —expuso Karin entre gimoteos, ahora abrazada a la cocinera—. Eres la esposa de Gary, así que también eres una dueña. Podrías llevar el pedido mientras Jessie se ocupa de mí —dijo eso último reiniciando su entristecido y escandaloso llanto.

Nicole gruñó con frustración y apoyó las manos en las caderas, no por el trabajo imprevisto que tenía, sino porque le habían recordado que aún todos la consideraban esposa de Gary, a pesar de que entre ellos no existía nada más que recuerdos fragmentados que se hacía cada vez más lejanos.

Ante el nuevo desborde de llanto de Karin, otras empleadas de la

cocina aparecieron abandonando sus puestos para calmarla y ayudar con Olivia, y los despachadores se asomaban curiosos dejando solos a los clientes. Era necesario detener ese espectáculo.

—Está bien, iré a hacer la entrega —aseguró Nicole—, pero tienes que dejar de llorar. Eso enfermará a la bebé.

De forma automática, Karin dejó de berrear para gemir en silencio, como una niña regañada, otorgando algo de calma. Jessie se mordió los labios para no mostrar una sonrisa de alivio mientras abrazaba a su hija tranquilizando su agitación.

Hasta ahora, el plan marchaba sobre ruedas, Nicole y Gary habían aceptado formar parte de aquel loco viaje, pero aún faltaba sentarlos a los dos dentro de un mismo auto para que emprendieran una aventura hacia la reconciliación.

Minutos después, Nicole había logrado despachar en un taxi a Jessie, a Olivia y a la entristecida de Karin y daba instrucciones a los empleados del trabajo que debían hacer mientras estaban solos. Esperó paciente por más de media hora a que la camioneta de reparto pasara a buscarla, cargada con el pedido de pasteles que entregaría en una zona del parque estatal Clarence Fahnestock, ubicado a hora y media de Brooklyn.

Observó con inquietud su móvil, viendo las previsiones del tiempo. Se esperaba una fuerte nevada para ese día, pero Ethan le había asegurado que se había comunicado con el guardaparques y este le notificó que no habría ningún problema. El peligro se correría en la noche, cuando la nieve acumulada en los caminos hiciera imposible el tránsito.

Ella confió en la palabra de su cuñado, así que, cuando le indicaron que la camioneta había llegado y la esperaba afuera, se colocó su gorro de lana y los guantes y salió apresurada.

Quedó inmóvil al abrir la puerta del copiloto y ver a Gary ocupando el asiento frente al volante.

—¿Eres el chofer? —preguntó impactada.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Karin? —quiso saber él, con el ceño fruncido, y lanzando miradas irritadas hacia la cafetería.

Nicole resopló con hastío, imaginando que estaba siendo víctima de una broma de mal gusto.

—Karin tuvo un problema con su novio y está muy afectada. Jessie se la llevó a su casa porque sus llantos alteraban a los empleados y a los clientes. Yo vengo a suplirla en la entrega.

Ambos compartieron una mirada, entre dura y nerviosa. La de Gary, algo empañada por la confusión y la inquietud, y la de Nicole, por la resignación y la firmeza.

Se debatieron unos segundos hasta que él gruñó y tomó su móvil para teclear con rapidez intentando hacer una llamada.

Como hacía frío, Nicole entró al auto y cerró la puerta. Miraba de reojo como la ansiedad aumentaba en su esposo a medida que pasaban los segundos y no atendían a su llamado.

—¿A quién llamas? —consultó al cansarse de esperar.

—A Karin —masculló él entre dientes.

—No te responderá porque no está en condiciones. Ya te dije que quedó muy afectada por el engaño de su novio.

Él gruñó y apagó el teléfono lanzándolo sobre el salpicadero.

—¿Desde cuándo Karin tiene novio? —rugió con furia. Nicole lo observó con reproche.

—¿Tanto te molesta hacer este viaje conmigo? Solo serán tres horas como máximo.

Aquello fue como un disparo al pecho del hombre. Se relajó, asumiendo un semblante algo avergonzado.

—No. Lo que pasa es…

—No estás preparado para estar encerrado dentro de un auto conmigo, y por tanto tiempo.

—Nicole… —trató de explicarse en medio de un suspiro de cansancio, pero ella lo detuvo de nuevo alzando una mano con la palma abierta.

Siempre hacía eso, nunca le daba oportunidad de dar sus justificaciones por miedo a lo que pudiera decir. No quería ser herida por sus palabras llenas de desamor.

—Yo tampoco estoy preparada, pero es necesario que demos este paso. —Gary la miró con cierta sorpresa y desconcierto—. Dejemos de actuar como chiquillos miedosos y vamos a comportarnos como adultos. ¿Te parece? —Como él no respondía y la veía como si ella fuese un ser de otro mundo, agregó:— ¡Por favor, Gary! Solo entregaremos unos pasteles y listo. Hemos atravesado situaciones más incómodas desde que nos casamos. ¿No te parece?

Se observaron, pero esta vez, en los ojos de ambos brillaba algo diferente. Había rabia y también confusión, pero además, mucho anhelo. Un deseo que crecía indetenible en sus pechos y que no sabían cómo controlar.

—Tienes razón —cortó él, poniendo en marcha la camioneta—. Serán solo unas horas —dijo y se adentró en el tráfico, lleno de inquietud.

Él sabía que ese viaje no solo sería para cumplir con un cliente importante, sino que marcaría un antes y un después en sus vidas. Podría significar una reconciliación o un corte definitivo en su relación, esa idea alteró sus nervios.

Mientras ellos se alejaban, desde un ventanal de la cafetería, Ethan, Karin y Jessie, quien acunaba a una dormida Olivia, los veían.

—¿Hicimos lo correcto? Han anunciado una fuerte nevada para

hoy —preguntó Jessie.

—Ese es el plan cariño, que se queden varados por la nieve y pasen juntos más de tres horas para que hablen. Ya después veremos si tenemos que ir a recoger sus cuerpos sin vida o preocuparnos por los nuestros —respondió Karin.

—¿Por los nuestros? —quiso saber Ethan.

—¿Qué crees que pasará cuando se den cuenta que todo es una vil mentira y que los enviamos a un lugar que está cerrado por la nieve para el paso de transeúntes? ¿Te parece que lo tomarán bien?

—No me preocupa cómo lo tomarán, sino que estén bien —aseguró él.

—Hablé con Connor hace rato —comunicó la mujer refiriéndose al guardaparques de la zona del Clarence Fahnestock, con quien ella tenía una amistad muy profunda—. Los dejará allí por unas horas y, antes de que oscurezca, los buscará. Tienen comida y abrigo adicional en la camioneta. ¡Estarán bien!

Jessie y Ethan compartieron una mirada llena de inquietud, pero ya no podía detener lo hecho. Solo esperar a que el riesgo valiera la pena y no destruyera aún más los escombros que la traición habían dejado.

Capítulo 3.

Gary no paraba de quejarse mientras se adentraba en un sendero boscoso cubierto por nieve.

—¿Estás segura que vamos por buen camino?

Nicole revisaba el mapa que Ethan les había facilitado y su GPS.

—Este es el camino, más adelante debería haber un puente para llegar al área de los campamentos.

—Maldición, está muy solitario. Si se desarrollan campamentos corporativos en las cercanías debería haber señalizaciones y algo de movimiento —masculló, comenzando a dudar de la existencia de aquellos eventos.

—Esto me parece muy extremo para que un grupo de oficinistas citadinos tenga por primera vez contacto con la naturaleza —comentó Nicole, dando una mirada al cielo encapotado de nubes oscuras y luego a su alrededor.

Le encantaban esas áreas apartadas y montañosas, invadidas por la soledad, la calma y por bellezas naturales, pero en ese momento solo quería llegar al punto acordado y entregar el pedido para regresar a Brooklyn. No paraba de nevar desde que habían salido de la ciudad y cada vez era mayor la cantidad de nieve que caía. El vehículo en el que se encontraba no era apto para esas zonas, las llantas no estaban cubiertas con cadenas y en ocasiones resbalaba en el hielo.

La tensión que había dentro del vehículo, tanto por la delicadeza de lo que sucedía en el exterior, como por lo que dejaba de ocurrir en el interior, era incómoda. Gary y ella no habían cruzado palabras desde que se marcharon de la cafetería, pero en esa ocasión, por el temor de haberse equivocado de vía y hallarse en un lugar del que luego les costaría salir, rompieron el hielo entre ellos.

Luego de rodar por media hora más, Gary se detuvo.

—¿Qué haces? —quiso saber ella, angustiada.

—No podemos seguir, el motor se recalienta y la camioneta patina. Si pierdo el control nos estrellaremos contra un árbol. —Él bajó para observar con mayor atención la zona.

—Es mejor seguir que detenernos. ¡El movimiento es vida! —bramó Nicole antes de bajar también, viendo preocupada como sus pies se hundían en la nieve. De nuevo miró hacia el cielo, algo nerviosa—. Nevará todo el día.

—Así parece. Nos costará regresar después de entregar el pedido.

Gary caminó hacia el bosque. Aquello alteró a Nicole.

—¡¿A dónde vas?!

—¡Necesito tener una visión más amplia del lugar, subiré esa colina!

Ella miró a los lados hallando una apretada soledad. Solo el rugido del viento gélido era la única música de fondo que existía. Aunque amaba esos lugares, en esa ocasión tenía un mal presentimiento. No quería quedarse allí.

—¡Regresa! —gritó hacia su esposo, pero este ya estaba algo alejado y comenzaba a subir la pequeña pendiente. Rugió con furia y corrió para alcanzarlo—. ¡¿Por qué siempre haces lo que se te viene en gana?! —vociferó, sufriendo para subir a través de la resbalosa nieve y del suelo irregular.

—¡No es lo que me da la gana! ¡Sino vemos dónde estamos, no sabremos a dónde iremos!

—¡Hay que seguir el mapa!

—¡El mapa no muestra los efectos de los cambios climáticos de la temporada!

Al estar cerca de él, ella resbaló y estuvo a punto de caer, pero Gary giró enseguida al escuchar su grito y logró tomarla por un brazo empujándola hacia su cuerpo.

En segundos Nicole pasó de estar en el aire a rodeada por los brazos de su esposo, envuelta en su calor, pegada a su pecho y con su aliento golpeándole la cara.

—¿Estás bien? —quiso saber él, al tiempo que la repasaba con mirada angustiada.

Ella lo veía igual, aunque dudando de que el temor que palpitaba en su pecho se debiera a la espantosa caída que estuvo a punto de sufrir. Los labios de Gary estaban muy cerca de los de ella. Desde hacía dos años eso no sucedía y lo que esa proximidad generó en ese momento la desconcertaba. Pensó que esas sensaciones estarían muertas entre ambos. Había pasado tanto tiempo…

—Sí, estoy bien —respondió y se esforzó por controlar su respiración agitada y separarse con rapidez.

Gary la soltó, molesto por la rudeza de ella. Tuvo la impresión de que su contacto le producía asco.

—Ten más cuidado, ¿es posible? —pidió de mala gana antes de dejarla sola y continuar.

Ella apretó la mandíbula, furiosa por la manera en que él le hablaba y consigo misma por las emociones confusas que experimentaba.

—Esto no habría sucedido si te hubieses quedado en el auto y seguíamos el camino que Ethan trazó —reclamó, siguiéndolo.

—Esto no habría sucedido si tú me hubieses esperado mientras yo exploraba. ¿Siempre tienes que ser tan cabeza dura? —reclamó irritado.

Ella articuló una O perfecta, impactada por su injusta acusación.

—¡¿Yo soy cabeza dura?! —Se apresuró para alcanzarlo—. Tú siempre tienes que romper los planes para hacer las cosas a tu manera, sin pensar en los demás. ¡En mis sentimientos! —imputó, no solo en referencia a lo hecho en ese momento, sino a lo ocurrido los últimos dos años—. Ethan te dio pautas sencillas, ¿por qué tienes que detenerte en medio de la nada y…?

Quedó callada al llegar a la cima de la colina y salir de la franja de árboles. El río que atravesaba el parque estaba congelado en un setenta por ciento y el puente, que se veía a más de ochocientos metros de distancia, brillaba por las luces intermitentes que indicaban que estaba bloqueado.

—Lo sabía, no hay paso —expuso él con rabia, y apoyó las manos en las caderas—. De nada sirve arriesgarnos a seguir, no lograremos pasar al área de los campamentos. Hay que intentar volver.

—¿Cómo que no hay paso? —preguntó ella, entre angustiada y desconcertada. Su mal presentimiento le hacía palpitar el corazón con inquietud.

—Maldita sea, esto me pasa por no haber visto el noticiero esta mañana —se quejó Gary para sí mismo—. No ha parado de nevar desde que salimos y no lo hará hasta la noche. El parque debió estar cerrado desde ayer por algún anuncio de tormenta.

Observó el cielo y estiró una mano para dejar caer motas de nieve en su palma.

—¿Ethan lo sabía? —consultó la mujer ofendida. Gary no respondió, solo mantuvo su mirada furiosa en el río, como si reflexionara—. Karin me dijo que el cliente que nos espera es muy importante. Que no podíamos fallarle.

—Karin no es mujer de llorar por un hombre.

La intervención del hombre silencio a Nicole, e hizo que ella lo viera con alarmante extrañeza.

—¿Qué dices?

—La conocemos de casi toda la vida y sabemos que ella nunca llora por un hombre. Cuando la engañan, se vuelve una fiera vengativa, pero jamás ha botado una sola lágrima por alguno de ellos.

Ambos compartieron una mirada, descubriendo que les habían tomado el pelo.

—¿Por qué? —preguntó Nicole sin comprender lo que sucedía.

Gary suspiró, suponiendo el motivo por el que su hermano y Karin se aliaron para llevarlos a ese sitio, donde con seguridad quedarían varados por la nieve.

Dio media vuelta para regresar al auto antes de estallar por la rabia.

—Volvamos a Brooklyn antes de que sea imposible.

Ella se quedó un instante allí, repasando aquel paraje mientras reflexionaba. No comprendía lo que pasaba, pero, en otro momento de su vida, le hubiese importado muy poco los errores para disfrutar a plenitud de ese hermoso paisaje, lleno de aventuras y emociones. Ahora, sin embargo, no sabía si enfurecerse o reír por la broma de la que había sido víctima.

¿Qué pretendieron Jessie, Karin y Ethan al lanzarlos con mentiras a ese sitio tan solitario y salvaje?

Giró el rostro y vio a Gary bajar apresurado.

—Espera —le pidió y bajó casi a las carreras.

No pudo evitar resbalar a causa del hielo y el barro, y cayó sentada rodando sin freno.

—¡Nicole!

Gary se apresuró por alcanzarla. Una gran piedra la detuvo y él llegó a tiempo para socorrerla.

—¿Estás bien? Dime que estás bien —exigió preocupado y ayudó a que se incorporara, pero ella chilló al sentir dolor en la cadera.

—Creo que… me golpee muy fuerte —expuso entre lamentos.

—Maldita sea —bramó él mientras la alzaba entre sus brazos.

—¡Vas a resbalar!

—No lo haré, confía en mí.

A pesar del punzante dolor, ella no pudo evitar mirarlo a la cara. Ese «confía en mí» le traspasó el corazón, pero más lo hizo captar su aroma y sentir el calor de su cuerpo cuando él la acurrucó en su pecho para llevarla al auto.

Quería enrollar sus manos en su cuello, descansar sobre su hombro y besar su mandíbula poblada por esa barba descuidada que a ella tanto le fascinaba.

Aunque la apariencia de Gary ahora era algo desprolija, le hacía recordar su tiempo de juventud, cuando ambos se conocieron en la universidad y parecían dos hippies viviendo en la época equivocada. No perdían oportunidad para escapar juntos a algún paraje natural y experimentar emociones intensas en medio de la nada, durmiendo bajo las estrellas y solo abrigados con sus cuerpos desnudos, sin dejar de besarse nunca.

Fueron los besos de Gary los que hicieron que ella se enamorara de él, tan tiernos, suaves y ardientes. Solo con sus besos, él la hacía llorar de placer. Su boca era un delito, una delicia prohibida, por eso, cuando se enteró que la había compartido con otra, su mundo se resquebrajó.

Le robaron algo muy importante, algo que creía que sería suyo para siempre. Los besos los unieron y también los separaron, pero ahora, mientras él la trasladaba con prontitud al auto manteniéndola

aferrada a su pecho y dejando su boca muy cerca de la suya, la hizo suspirar por esos besos perdidos.

Besos que aún, luego de dos años de batallas, no había dejado de añorar.

Al llegar a la camioneta la colocó con delicadeza en el suelo, sin dejar de abrazarla, y abrió la puerta del copiloto ayudándola a ocupar el asiento.

—Veré si tienes una fractura —dijo y comenzó a toquetear su cadera y pierna.

Nicole suspiró con disimulo y cerró los ojos para disfrutar de aquel placer. Adoraba que Gary la tocara, que sus manos la recorrieran entera, que fueran curiosas, pícaras y traviesas. Tan inquietas como el deseo que antes solía embargarlo.

—¿Te sientes bien?

Ella abrió los ojos de golpe al darse cuenta que él había parado y ahora la observaba con una mezcla de confusión y angustia. Sintió vergüenza por ser tan débil.

—Sí, no fue nada. —Se incorporó en el asiento apartándose un poco de él y colocándose el cinturón de seguridad—. Vámonos ya —pidió de mala gana, contrariándolo.

La reacción de ella molestó a Gary, siempre pasaba lo mismo. Él trataba de ser atento y preocupado y ella lo cortaba como si le diera repulsión. ¿Hasta cuándo lo seguiría castigando por su error?

Hizo lo que le pidió y se alejó. Cerró la puerta con algo de brusquedad y enseguida rodeó el auto para ocupar el puesto del piloto. Quería regresar a Brooklyn rápido. Aquel viaje había sido un error, uno que brotaba sus emociones, pero solo para recibir más rechazos.

Cuando la vio caer de aquella forma aparatosa sintió tanto miedo que casi llora de la angustia. Era su culpa que Nicole se lastimara, él debía estar más atento a las necesidades de ella.

Por eso, en parte, aceptaba que se alejara, porque se sentía un inútil. Alguien incapaz de cuidar lo que más amaba en el mundo.

Capítulo 4.

Las noticias sobre la intensa nevada que caía en la ciudad y en los alrededores tenía angustiado a Ethan. Ya se había ocupado de llevar a sus sobrinos a casa de su abuela, pero había regresado enseguida para saber de su hermano y de su cuñada.

—No debimos enviarlos a una zona tan peligrosa —dijo mientras intentaba comunicarse con Gary.

—El teléfono de Nicole también está fuera del área de cobertura —reveló Jessie y se acercó a Ethan para acurrucarse entre sus brazos.

Luego de acostar a Olivia en la cunita portátil que tenían instalada en la oficina de la cafetería, se reunió con su esposo y con Karin en el pasillo. Esta última fumaba sin parar para controlar los nervios, aunque procuraba mostrarse serena.

—Tienen comida y abrigo y Connor irá a buscarlos en unas horas —informó en referencia al guardaparques—. Él está cerca, debe suponer la gravedad de la situación y de seguro irá antes. Aunque tampoco puedo comunicarme con él —anunció con su atención fija en la ventana, viendo los gruesos copos de nieve que no paraban de caer.

—Gary va a odiarme —expulsó Ethan en medio de un suspiro.

—¡Oh, vamos! —animó Karin, molesta por las malas caras de todos—. El plan era llevarlos a un lugar apartado para que hablaran y resolvieran sus asuntos de una vez por todas. Nada ha cambiado, solo… la naturaleza decidió ayudarnos. —Le dio una rápida calada a su cigarro antes de volver a intervenir, para relajar los músculos de la espalda que estaban tensos por las ansiedades—. Creo que el universo trabaja con nosotros para que todo salga bien.

—¿De qué hablas? —preguntó Jessie confundida.

—Esto es una especie de designio de Dios.

—¿Desde cuando eres creyente? —porfió Ethan, ganándose una mirada salvaje de Karin.

—Tres horas dentro de una camioneta de reparto y un par más varados en medio de la nada, no iban a ser necesarias para que dos mulas tercas dieran su brazo a torcer, lo sabes —acusó señalándolo con un dedo—, pero quizás, con sus vidas en peligro por este mal clima, ninguno podrá escapar a la reconciliación.

—¿Y si la nevada empeora? ¿Y ellos no saben cómo defenderse? —quiso saber Jessie y dio una ojeada al exterior blanquecino que se veía por la ventana.

—Gary de pequeño perteneció a los Boy Scouts —informó Ethan —. Y de joven formó parte de grupos que hacían senderismo y escalada en zonas de riesgo, está preparado para enfrentar estos

climas, fue así como conoció a Nicole.

—Ellos vivían siempre colgados en alguna montaña y en la cima de una de ellas se enamoraron —agregó Karin—. Tal vez, con un poco de naturaleza extrema a su alrededor, logren reavivar su amor.

Ethan y Jessie compartieron una mirada que pretendía ser optimista, aunque sin poder evitar empañarse por la niebla de la preocupación. Era cierto que Gary había sido un experto en climas extremos, pero dejó de hacerlo veinte años atrás. Ahora lo más extremo que enfrentaba era el carácter de su mujer, uno que tal vez, en esos momentos, había estallado como un volcán en erupción.

En el Clarence Fahnestock, Gary y Nicole estaban varados a pocos metros de donde se habían detenido anteriormente. La nieve que había caído mientras ellos exploraban el lugar fue considerable. El asfalto estaba congelado y al auto le costaba avanzar. El esfuerzo que hacía el motor lo sobrecalentaba, dejando escapar una columna de humo proveniente del radiador.

El enfado dominaba a Gary. Se negaba a creer que aquel viaje fuese una trampa de Ethan para encerrarlo en un lugar intransitable con su esposa y en medio de un clima de riesgo. Ni que fueran dos críos que no sabían resolver sus problemas.

Dio una ojeada hacia Nicole, viéndola lívida por la rabia simulando evaluar la naturaleza a través de la ventanilla para no verse obligada a dirigirle la palabra. Debía aceptar que, en cierto modo, sí eran unos críos, tercos y orgullosos. Ninguno de los dos quería dar su brazo a torcer.

Él no hacía otra cosa que intentar, inútilmente, de hacer funcionar su teléfono móvil, cuya señal estaba tan muerta como el motor de la camioneta, o revisar el mapa que le había dado su hermano, cualquier cosa con tal de evitar una conversación. ¿Cuándo se había transformado en un cobarde?

Lanzó en el salpicadero el móvil y cerró el mapa de mala gana antes de abrir la puerta para bajar del auto.

—¿A dónde vas? —quiso saber Nicole, preocupada, y se giró enseguida para observarlo con los ojos agrandados, llenos de amenazas y ansiedades.

—Necesito… un poco de aire —justificó inquieto.

Salió y cerró la puerta. Se apretujó en su abrigo y caminó algunos pasos hacia adelante para alejarse del vehículo. Quería poner distancia para pensar con claridad.

Se detuvo al oír que la puerta de ella se abría. Suspiró con agobio y enseguida se volteó para retarla.

—No bajes, te resentirás la cadera de nuevo.

—Estoy bien —se quejó la mujer y demostró que tenía razón al caminar sin problemas, apartándose también, toda altiva, pero hacia

el oeste, cruzada de brazos, como una niña malcriada.

Gary aprovechó que ella estaba de espaldas para mirarla con atención, de pies a cabeza, sin poder evitar suspirar de nuevo, pero ahora, por el anhelo.

—¿Te animas a caminar hasta el puesto del guardaparques?

Nicole lo miró con las cejas arqueadas.

—¿Cuál es la distancia?

—Unos… diez kilómetros, creo —dedujo—. Cuando pasamos vi que no había nadie, quizás, hace rondas por otras zonas, pero lo podemos esperar allí. En algún momento regresará y nos auxiliará.

Ella consideró un instante la propuesta, descubriendo que ese plan era mejor que esperar en ese sitio a que alguien pasara y los ayudara. Por el temporal, ese camino podría estar desolado el día entero.

—Está bien —aceptó y regresó al auto por su bolso.

Gary sintió alivio al conseguir un sí de ella sin mucho esfuerzo, desde hacía dos años eso no sucedía. Caminó a la parte trasera de la camioneta para revisar el interior.

—Llevaremos algunos pasteles para comer.

Ya casi era medio día y el único alimento que tenían a la mano era el pedido del supuesto cliente del campamento corporativo navideño. Al ser imposible llevarle la comida, ellos no la perderían. Subsistirían con eso hasta encontrar ayuda.

Al abrir las puertas, vio muy pocas cajas apiladas. Era evidente que el pedido no estaba completo. Eso le extrañó. Ibrahim, el socio encargado de preparar esas encomiendas, siempre había sido muy cuidadoso.

Hurgó en las cajas, sorprendiéndose al encontrar a la mayoría vacías. En algunas pocas encontró bocadillos dulces y en otras unos salados, suficientes para que Nicole y él pasaran allí un día entero, pero nada más.

—Maldita sea —masculló con enfado. Eso le confirmaba la trampa a la que había sido víctima.

Subió a la plataforma y curioseó por el resto del vehículo. Halló unos abrigos de colores fosforescentes en el fondo y un hornillo portátil, agua, termos y café guardados en un bolso. Por el estilo de los abrigos supuso que Karin había preparado todo para obligarlos a pasar unas buenas horas en aquel sitio desierto y nevado.

Gruñó para controlar la rabia y decidió no decirle nada a Nicole y así no desatar aún más su furia. Estaba harto de las quejas.

Así que tomó el bolso e incluyó dentro algunos pasteles antes de salir, llevando también, los abrigos.

—¿De dónde sacaste eso? —preguntó Nicole cuando él se reunió con ella y le extendió una de las prendas.

—Estaban atrás. Quizás Ibrahim los puso por medida de seguridad para los despachadores.

—¿Incluyó abrigos con estos colores tan chillones? —consultó con recelo, aunque igual se colocó el que su esposo le había dado. Era muy abrigado.

—Posiblemente los consiguió en alguna oferta —justificó alzando los hombros con indiferencia.

Iniciaron su caminata sabiendo que tardarían un par de horas para llegar al punto de control del guardaparques, tiempo que debían permanecer juntos sin molestarse. Ambos iban de brazos cruzados y cabizbajos, tensos por aquella incómoda circunstancia.

—¿Recuerdas cuando acampamos en la nieve cerca de la estación de esquí de Vail, en Colorado? —inquirió Nicole cansada del asfixiante silencio.

—Sí, teníamos un resort con cabañas climatizadas a metros de distancia del campamento —mascullo él con desagrado, recordando que en aquella oportunidad, aunque habían decidido aventurarse a disfrutar de la naturaleza en medio de un clima algo difícil, se aseguraron de tener cerca una zona donde refugiarse por si las cosas se ponían difíciles.

—No hablo del resort —rebatió ella molesta—, sino de lo preciosa que se veía la montaña cubierta en su totalidad de nieve, del firmamento plagado de estrellas y de la fogata que hicimos juntos. —Suspiró como si le doliera—. Esa fue nuestra primera noche de fogata solos, ¿lo olvidaste? —consultó entristecida.

—No. No he olvidado nada —masculló sin saber qué más decir.

No podía confesar que aquella ocasión no se parecía a esa porque en ese momento faltaba el amor, la alegría de estar juntos y la confianza que les sobraba en el pasado. Todo eso lo habían perdido.

—Recuerdo el paseo en moto de nieve y las maravillosas vistas desde el teleférico —continuó ella, ahora melancólica—. Me encantaban esos viajes.

Gary se mordió los labios. Tenía que decir algo, si no lo hacía ella de seguro ardería en cólera al considerarlo insensible.

—Fuimos a Los cayos en Miami hace dos años —soltó sin darle la cara, simulando evaluar los alrededores, trayendo a colación la fallida salida familiar que habían hecho dos navidades atrás para tratar de salvar su matrimonio y la convivencia con sus hijos.

Paseo que había terminado de forma repentina por la enfermedad estomacal de su hija y en medio de discusiones.

—Ese no cuenta —musitó Nicole con voz baja y pateó con frustración la nieve.

—¿Por qué no cuenta? —preguntó él incómodo— No había nieve como en Vail, pero sí exuberantes playas, piscina y montañas.

Todo para nosotros y para los niños. Sin embargo, ninguno quiso aprovecharlo por rebeldía.

—¡No fue por rebeldía! —rebatió indignada—. Estábamos desanimados porque nadie quería hacer ese viaje, lo hicimos por ti.

—¡¿Por mí?! —preguntó algo histérico— Si ni siquiera me hablaban, hacían cualquier cosa para ignorarme.

Nicole ahogó un grito al sentirse ofendida.

—Los niños no te ignoraban, hacían lo que tú les indicabas. Tú parecías un sargento dirigiendo a tu pelotón —acusó con rabia—. ¡No hubo ningún tipo de esparcimiento!

—¡¿No?! ¡Siempre hacían lo que se les venía en gana!

—¡¿Cómo puedes decir eso?! —imputó a los gritos— ¡Los niños hacían todo lo que les ordenabas!

—¡Si hubiese sido así, Janis no habría enfermado, teniendo que suspender el viaje cuando no llevábamos ni una semana de estar allí!

—¡Ella solo quería experimentar probando cosas diferentes!

—¡¿Experimentar?! ¡Tenía trece años en esa época, ¿es imposible hacerle caso a su padre a esa edad?! ¡¿Solo a su madre hay que escuchar?!

—¡¿Qué estás insinuando?! ¡¿Qué manipulo a mis hijos en tu contra?!

—¡Yo no he dicho nada!

Las emociones se caldeaban cada vez más, llevándolos a detenerse en medio del sendero para poder gritarse lo que tenían atorado dentro del pecho.

—¡Nunca dices nada y nunca haces nada, ¿verdad, Gary?! —agregó Nicole con una risita irónica que enfureció más al hombre.

—¡¿Por qué dices eso?!

—¡Porque es lo que siempre pasa contigo! ¡Dices algo, pero no lo dices! ¡Haces algo, pero no lo haces! No es tu culpa, es mía. Siempre es por mí que los chicos no te haces caso, o es por mí que ¡mantienes a una amante! —vociferó eso último con toda la ira que tenía acumulada en el cuerpo.

Gary la observó sorprendido un instante, con el sufrimiento volviendo a reflejarse en su rostro y ya cansado por las mismas acusaciones.

—Nunca tuve una amante —aclaró con tensa calma, temblando de rabia por tener que repetir siempre lo mismo. Llevaba dos años diciendo esas palabras una y otra vez, sintiéndolas en el corazón como si fueran crueles latigazos que le rompían la piel y lo hacían sangrar.

—¡¿No?! ¡¿Y con quién me engañaste?! ¡¿Con un chimpancé?! —apuntó ella doblegada por el dolor y la cólera y siendo atormentada por la desesperación.

Gary quedó paralizado. Cada vez que tocaban ese tema ella

ardía como un volcán en erupción, era imposible conversarlo de una manera civilizada y serena. Los gritos, el miedo y el llanto impedían que ambos se controlaran y discutieran lo sucedido con calma.

—Nicole… yo… —se atrevió a explicarse, pero unas voces en la lejanía lo interrumpieron.

Ambos dirigieron su atención a una pequeña colina nevada, donde se veía a una pareja agitando con ansiedad sus manos por sobre sus cabezas para llamar su atención.

—¿Quiénes son? —quiso saber Nicole secando con rapidez las lágrimas que le habían bañado la cara.

—No sé —susurró Gary, aún afectado por la terrible discusión sucedida segundos antes, que nunca podía encontrar un final porque siempre había algo que la detenía, o los chicos, o los vecinos… o unos misteriosos extraños salidos de la nada en medio de un paraje solitario —. Mejor alejémonos —apuntó con desconfianza, pero Nicole observaba a los recién aparecidos con inquietud.

—Podrían ayudarnos.

—O podrían cortarnos en cuadritos —sentenció él con rabia, sin poder superar que de nuevo había perdido una oportunidad para hablar con su esposa y reconciliarse. El mundo parecía insistirle que aquello era imposible, que lo mejor era olvidarlo y dejarla marchar. Algo que le costaba muchísimo aceptar—. No sabemos si son asesinos en serie que buscan víctimas. ¿Quién está en medio de la nada soportando una tempestad como esta?

—Nosotros —porfió ella, firme e irritada, lanzándole una mirada llena de reclamos.

Gary suspiró hondo e intentó no hablar con irritación para no alterar de nuevo su furia.

—Nosotros vinimos por trabajo, sin saber que se presentaría una nevada tan fuerte. No sabemos quiénes sean esas personas y por qué están aquí.

Ella desvió su atención hacia la pareja, que ahora corría al sitio donde ellos se encontraban.

—Creo que quieren ayudarnos —dijo insegura.

—Por favor, Nicole. Sigue —exigió cansado.

—¿Por qué ahora es tan difícil llegar a un acuerdo contigo? —soltó enfadada y con lágrimas cubriendo de nuevo sus ojos.

Esa mirada frustrada y rabiosa conmovió a Gary. Había hecho hasta lo imposible por arrancársela del rostro, pero lo único que lograba era asentarla más. Eso lo hacía sentirse un miserable.

—Maldita sea —masculló para sí mismo al verse acorralado. Alguien tenía que comenzar a dar su brazo a torcer, no podían mantener ese enfrentamiento por siempre.

Capítulo 5.

Un sujeto bajo, que parecía regordete por la cantidad de abrigos que llevaba puestos, y una mujer de cabellos rubios y rizados se acercaron a ellos, jadeando como animales por culpa de la carrera.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó la mujer con voz gritona.

—Quedamos varados por la nieve, íbamos a unas cabañas donde realizan un campamento corporativo en…

—¿Un campamento corporativo? —La interrumpió el hombre con un tono burlón que molestó a Gary—. No hay campamentos en esta zona. Por el mal tiempo cerraron esta área hace unos días y enviaron a todos al Sendero de los Apalaches.

Gary suspiró hondo para controlar el enfado, confirmando la gravedad de la trampa orquestada por Ethan y Karin, al enviarlos a ese lugar a pesar del peligro que corrían.

—Un cliente del negocio de mi esposo nos contrató —justificó Nicole señalando a Gary, aunque luego se sintió incómoda por haberlo llamado «esposo» después de dos años evitándolo y luego de la discusión que habían tenido minutos antes. No comprendió de dónde le vino esa debilidad, hasta Gary le lanzó una mirada extrañada que la obligó a esconder su cara enrojecida por la vergüenza.

John, el hombrecito regordete, sonrió con ironía.

—Como que te jugaron una mala broma, ¿eh, amigo? —Le golpeó un hombro a Gary con camaradería, gesto que no le agradó— ¿Siempre eres tan tonto para caer en bromas de mal gusto?

—¿Qué tal y mantienes la distancia? —fustigó con amenaza, aunque arrancando más risas en el otro.

—Uy, eres un tipo bravo —siguió con sus pullas y comenzó a brincar de un lado a otro como si se preparara para una pelea, batiendo sus puños frente a su cara—. ¿Eres un tipo bravo, eh, amigo? ¿Te gusta pelear?

Aunque Gary lo ignoró, dedicándole solo una mirada mortal, Nicole se puso nerviosa y se aproximó a su esposo para detenerlo en caso de que aceptara la provocación.

—John, deja de molestar a nuestros amigos —lo regañó la mujer, y lo tomó por un brazo para jalonearlo y alejarlo de la pareja —. Tenemos un refugio aquí cerca y mi esposo tiene una radio —informó sonriente.

—Puedo decirle al guardaparques que están aquí y vendrá a buscarlos —notificó John cambiando completamente de actitud, presentándose ahora como un tipo buena onda y tranquilo—. Vengan con nosotros, los ayudaremos.

—Íbamos al puesto de control —expresó Nicole, desconcertada por la bipolaridad del sujeto.

—Él no se encuentra allí, sino cerca del Sendero de los Apalaches —agregó John—. Por el mal clima a nadie le gusta estar en esta zona, cae mucha nieve y es imposible trasladarse a algún lugar. Van a perder el tiempo en el puesto de control, el guardaparques no aparecerá hasta que pase la tormenta, a menos, que le avisemos de una emergencia —dijo sonriente—. Si vienen con nosotros estarán seguros. Tengo los medios para ayudarlos.

Gary no quería aceptar, pero Nicole sentía que esa propuesta era la más acertada. El puesto de control estaba deshabitado y por la tormenta nadie lo visitaría, pero si llegaban a la radio de esa pareja lograrían comunicarse con el guardaparques y terminar pronto con ese incómodo viaje.

Le costó varios minutos convencer a Gary de ese plan, cuando lo logró, ambos siguieron a John y a Mónica, que así se llamaba la mujer, hasta su refugio.

—Llegamos —anunció Mónica con alegría luego de caminar un buen trecho adentrándose en el bosque nevado.

—¿Esta tienda es su refugio? —soltó con sorpresa Nicole, al ver una pequeña carpa redondeada apostada cerca del río, semicubierta por nieve, y con un toldo instalado a corta distancia donde se hallaba un hornillo a gas para cocinar.

—Aquí tenemos todo lo que necesitamos —refutó Mónica hinchada de orgullo.

Gary y Nicole compartieron una mirada. Habían esperado toparse con una cabaña, o al menos, con una tienda de campaña más adecuada para acampar en esas condiciones climáticas.

—¿Y por qué están aquí si cerraron esta zona?

Gary no pudo evitar expresar su desconfianza.

—Porque nos gustan las aventuras extremas. Eso hace arder la pasión en nosotros —expresó con tono lujurioso John y se acercó a su esposa para hacerle cosquillas en la cintura mientras le besaba el cuello.

—¿Ustedes también buscan hacer arder la pasión? Son esposos, ¿cierto? —quiso saber Mónica, inquietándolos a ambos.

—Vinimos por trabajo —justificó con rapidez Gary.

—Ya no somos pareja —asestó Nicole sin pensarlo.

Gary la observó con reproche, no solo dolido por la dura verdad que revelaban sus palabras, sino porque aquella había sido la primera vez que lo exponía ante extraños. Como si confirmara la separación y demostrara que no tenían marcha atrás.

—Uy, qué lástima. Porque se ven lindos juntos, hasta comparten el mismo tipo de abrigo, con esos colores chillones tan feos —expuso

Mónica jocosa y notando lo afectados que los dos habían quedado luego de esa confesión.

—Dijiste que tenías los medios para comunicarte con el guardaparques —bramó Gary de mala gana para cortar ese mal momento.

—Sí. Ya le paso la novedad de que están aquí.

John se apresuró a entrar en el interior de la carpa.

—Ven, cariño. ¿Quieres un té?

Mónica arrastró a Nicole al toldo y encendió el hornillo con intención de hervir agua.

—Gracias —aceptó algo insegura.

—John y yo siempre que podemos nos escapamos de casa, dejamos a los niños con mi madre y vivimos aventuras. Así no nos aburrimos.

La anécdota perturbó a Nicole. Antes de que nacieran sus hijos, Gary y ella habían sido así, aventureros, pero luego se enfrascaron en sus roles de padres y olvidaron su tiempo juntos.

—¿Y vienen siempre aquí? —consultó para encausar la conversación por otro camino.

—Algunas veces. Siempre variamos para encontrar nuevas emociones.

Gary se había quedado parado tras ellas, de brazos cruzados, ansioso por marcharse de allí. No dejaba de vigilar los alrededores deseando escuchar el sonido del motor de algún auto que lo sacara de ese lugar y lo alejara de esa gente que le daba mala espina.

—No pude comunicarme.

La repentina aparición de John y su mala noticia le hizo arder la sangre en las venas.

—¿Cómo que no pudiste? —preguntó ofuscado.

—Como escuchas, tipo bravo. No pude —respondió altanero—. No llega mi señal de radio al Sendero de los Apalaches.

El rostro de Gary se coloró por la rabia.

—¿Cómo qué no llega?

—¡¿Crees que soy un tipo millonario?! —se burló el otro con risa guasona—. Mi radio no tiene mucho alcance.

—¿Cómo eres capaz de traer a tu esposa a un sitio como este sin garantizar su seguridad?¿Estás demente? —preguntó, sobrepasado por los conflictos—. Si ocurre una desgracia será tu culpa.

John abandonó la sonrisa irónica para sacar a relucir su cara de enfado.

—Yo al menos tengo una carpa donde tenerla segura, tú tienes a la tuya caminando en la intemperie.

Gary rugió lleno de rabia.

—Idiota, venir a acampar a una zona donde falla su señal de

radio. Es que no puede ser más estúpido —masculló para sí mismo, pero John pudo escucharlo y decidió encararlo para defenderse.

—¡Nosotros estamos aquí porque lo decidimos, tipo bravo! —porfió John—. ¡No porque caímos como tú en la broma pesada de otro!

—¡Gary!

El grito de Nicole no fue suficiente para detenerlo. Era hora de liberar de la tensión que venía acumulando desde hacía dos años. Las provocaciones de John lo hicieron estallar, así que se abalanzó sobre el hombre y le dio un empujón que casi lo tira al suelo.

El sujeto regordete logró mantener el equilibrio y enseguida alzó sus puños.

—¡Ven acá, tipo bravo! ¡Te partiré la cara!

Lanzó un par de golpes, pero ambos fueron esquivados por Gary con facilidad.

—¡No lograrás ni rozarme, imbécil! —expuso emocionado y asumió una posición de pelea.

No había tenido un enfrentamiento de ese tipo desde la universidad y descubrió que lo necesitaba, le urgía canalizar toda la rabia que tenía reprimida en el pecho.

Nicole se interpuso procurando calmarlo.

—Vámonos de aquí, por favor —pidió, pero él no la escuchaba. Buscaba esquivarla para llegar al otro.

—¡Te dejaré irreconocible, idiota! —desafiaba John tratando de escapar de Mónica, que procuraba detenerlo—¡Si eres fácil de embaucar, serás fácil de vencer!

—¡Hijo de puta!

Gary intentó apartar a Nicole para golpearlo, pero ella decidió abrazarlo por la cintura para complicar sus movimientos mientras le rogaba que se calmara y se fueran.

Mónica hacía lo mismo con su esposo, pegándole en la cabeza con un trapo para hacerlo entrar en razón.

Cuando al fin Nicole pudo serenar a su esposo un poco, lo jaló por un brazo para que retomaran el camino hacia la camioneta, dejando a la pareja que hallaron en el bosque discutiendo junto a su carpa.

—¡¿Qué te ocurre?! —preguntó la mujer cuando estaban lejos.

—¡Solo necesitaba una descarga!

Gary estaba tan tenso como una cuerda de guitarra, frustrado y enfadado. Nicole se mantenía algo apartada de él por miedo a sus reacciones, nunca lo había visto así y tuvo miedo de que fuera por su culpa.

Al llegar a la camioneta se sentaron separados a varios metros de distancia, cada uno sumido en sus rabias e incomodidades, como

dos niños. Así comieron, pero el frío arreciaba. La nieve seguía cayendo sin parar.

—Entremos en la parte trasera de la camioneta. Hay unas frazadas y un hornillo para preparar café.

—¿Un hornillo?

Gary se levantó para hacer lo que había dicho. Nicole se apresuró por seguirlo, temblando por el frío.

—Haré una fogata, probablemente vengan a buscarnos en unas horas —supuso él, resignándose al plan de Ethan y de Karin.

Al llegar atrás y confirmar lo que Gary le había dicho, viendo que no había ningún pedido de pasteles preparado, sino algo de comida y abrigos, Nicole se sorprendió un poco. Había sospechado esa posibilidad, pero no esperaba que su cuñado le jugase esa mala pasada.

—¿No ibas a decirme que este viaje fue una trampa de tu hermano? —reprochó a su esposo. Gary suspiró con agobio mientras ponía a funcionar el hornillo.

—No quería que te molestaras. Pensé que llegaríamos sin problemas al puesto del guardaparques y todo terminaría pronto.

—¿Tanto te irrita estar aquí? ¿Conmigo?

Se miraron un instante, compartiendo el dolor que atormentaba a sus almas afligidas.

—Solo… No quiero causarte más incomodidades —expuso con desánimo, cerrando con eso aquella terrible y desatinada conversación.

Capítulo 6.

Horas después, Gary y Nicole seguían pareciendo dos chiquillos enojados.

Ella se había refugiado dentro de la parte trasera de la camioneta, envuelta en las frazadas que Karin había dejado, y él estaba sentado junto a la fogata. Lanzaba, con ayuda de un palo, puños de nieve al fuego para que se derritieran.

Ambos se mostraban tristes, agobiados por sus penas, sobre todo, por la imposibilidad de dar su brazo a torcer y aprovechar aquella soledad para hablar sin discutir y resolver sus diferencias.

Ya casi no nevaba, pero la cantidad de nieve que había caído en la tarde había hundido las llantas de la camioneta. Para retomar el camino Gary tendría que sacarlas de aquel atolladero y no tenía ganas. Confiaba en que Ethan se apiadaría de él y enviaría al guardaparques a buscarlos lo antes posible.

Lo que no sabía, era que por culpa de la nevada los caminos estaban intransitables. Connor, el guardaparques, esperaba que Karin, al escuchar en las noticias el terrible pronóstico del tiempo, decidiría no enviar a la pareja a aquel sendero solitario del Clarence Fahnestock, como lo habían acordado. Hasta que no confirmara con ella la presencia del dúo en ese lugar, él no se arriesgaría a acercarse a esa zona, pero las comunicaciones estaban cortadas por la tormenta.

Nicole, harta por el aburrimiento, decidió salir de la camioneta para caminar un poco. Los músculos se le helaban y no quería sufrir de calambres.

—¿Crees que las veremos? —preguntó a su esposo al lanzar una mirada al cielo.

—¿A qué te refieres? —quiso saber él, confundido.

—A las estrellas.

Él observó un instante la capa de nubes que se hallaba sobre sus cabezas. Detalle que le vaticinaba que esa noche podría volver a nevar.

—Espero que lo hagamos desde casa.

El silencio fluyó un instante antes de que Nicole volviera a intervenir.

—¿Recuerdas cuando fuimos a Nuevo México y pasamos la noche cerca del lago, bajo las estrellas?

Un oleaje de bellos y apasionados recuerdos reventó en la mente de Gary, despertando su anhelo. Detuvo su tarea de derretir nieve para ahogarse en antiguas sensaciones que le producían un placer descomunal: las caricias tórridas de Nicole, su sonrisa embriagada por

la alegría y el deseo, sus palabras tiernas susurradas en su oído y sus besos… esos besos que le sabían a miel.

—Fuimos a ver huellas de dinosaurios —continuó ella—, pero pasamos más tiempo dentro de la carpa, haciendo el amor, que explorando.

Las imágenes de esos momentos de pasión se volcaron dentro de la cabeza de Gary amenazando con enloquecerlo. Se frotó la cara con una mano para despejarse la memoria y regresar a la actualidad. No quería emborracharse de experiencias que nunca más viviría.

—¿A qué viene esta conversación? —cortó de tajo, lastimando a Nicole.

—Solo lo recordé —respondió ella con amargura, y se encogió dentro de su abrigo para reprimir las lágrimas.

Gary no podía verla a la cara porque la mujer le daba la espalda, pero captaba su pena. Era la misma que él sentía. Ambos estaban tan dolidos que les costaba mantener una conversación sin que alguno la cerrara antes de que los errores del pasado la invadiera.

Los dos consideraban su relación ya terminada, sin salvación, hecha polvo. Ninguno se atrevía a hurgar entre esos restos, porque sus heridas sangraban y no querían sufrir más. Pero el silencio de ese lugar y la calma que abrigaba ese paraje hacían que Gary comprendiera que, si no había vuelta atrás para su matrimonio, al menos, debía intentar reestablecer la amistad con Nicole. Ellos, antes de ser amantes, fueron buenos amigos. Tenían muchas cosas en común, como el amor por la naturaleza y el riesgo, habían compartido infinidad de experiencias juntos y contaban con cientos de anécdotas, buenas y divertidas, de las que podían hablar sin ofenderse.

Valía la pena recuperar esa amistad, por ellos y por sus hijos.

Se levantó y se detuvo tras ella, buscando en su cabeza recuerdos que no estuvieran impregnados de lujuria para compartirlos y arrancar la tristeza del cuerpo de su mujer, pero nada se le ocurría. En todos había caricias, jadeos y besos. Le era imposible olvidar sus besos, jamás lograría superarlos.

Sin embargo, unos gritos interrumpieron su intención y llamaron la atención de ambos.

—¡Ey! ¡Ey, amigos!

—¿Esos son…? —las palabras de Nicole murieron en sus labios al descubrir que quien gritaba era John, que se acercaba presuroso a ellos seguido de Mónica.

—Maldita sea —masculló Gary con enfado.

John se aproximó con una sonrisa de oreja a oreja, aunque Gary lo recibió con una mirada fría y amenazante.

—¡Logré comunicarme con el guardaparques! —notificó entre jadeos.

La noticia cambió el semblante de la pareja. Gary se mostró sorprendido y Nicole emocionada.

—¿De verdad? ¿Qué te dijo? —quiso saber ella.

—Se presentó un problema en el Sendero de los Apalaches. Unos jóvenes salieron a esquiar en medio de la nevada y se perdieron. Ya rescataron a tres, pero hay dos que no encuentran desde esta mañana, y como hay riesgo de que caiga otra nevada esta noche, quieren encontrarlos pronto. Connor es quien mejor conoce la zona, por eso está colaborando. Me dijo que cuidara de ustedes mientras tanto. Cuando se desocupe vendrá a buscarlos.

Gary gruñó con enfado. Nicole, en cambio, suspiró con alivio.

Mónica, que ya había llegado junto a ellos, luego de recuperar el aliento decidió intervenir.

—Pueden quedarse con nosotros para que estén seguros.

—No será necesario —se apuró a responder Gary.

Nicole lo observó algo inquieta.

—Nosotros somos expertos en acampadas bajo la nieve, todos los años lo hacemos —justificó John.

—Yo también tengo algo de experiencia —terció Gary con arrogancia—. Estaremos bien.

A John no le gustó el desplante, por eso se puso agresivo.

—Yo no caigo tan fácil en trampas, puedo cuidar de tu esposa mejor que tú.

Gary enrojeció de ira y se acercó al tipo insolente para terminar el duelo que habían iniciado en la tarde. Nicole se apresuró a interponerse en su camino.

—Tenemos todo lo necesario para pasar la noche aquí —dijo ella —. No se preocupen por nosotros, estaremos bien.

—Pero… ¿tienen suficiente comida? —quiso saber Mónica, preocupada.

—Sí. De verdad, muchas gracias —agregó Nicole deteniendo a Gary que aún intentaba esquivarla para llegar a John, quien seguía desafiándolo con la mirada—, pero preferimos quedarnos aquí… solos, para… ya sabes.

Eso último se lo dijo a la mujer con doble sentido, dando a entender que aprovecharían la ocasión para lograr intimidad.

Mónica comprendió al toque su mensaje, sonriendo con picardía.

—John, mejor nos vamos y dejamos sola a la pareja.

Lo tomó por un brazo para jalonearlo y regresar a la carpa.

—¿Nos vamos sin ellos? Connor dijo que los cuidáramos —respondió el otro entre desconcertado y enfadado, aun desafiando a Gary con su postura.

—Tienen todo para sobrevivir, estarán bien —expuso la mujer logrando mover sin problemas a su marido, arrastrándolo lejos.

—Pero, Mónica. No me gusta incumplir con una orden —lloriqueó él con malcriadez, aunque sin poner resistencia.

—Necesitan espacio para avivar su pasión. Vamos a dejarlos solos.

Aquella justificación convenció a John modificando por completo su semblante. Giró el rostro hacia Gary y le dedicó una sonrisa pícara y solidaria, guiñándole un ojo y alzándole el pulgar de una de sus manos.

A los pocos segundos, la pareja ya estaba lejos, de camino a su refugio.

—Ese tipo tiene problemas de personalidad —expuso Nicole en medio de un suspiro de alivio, sorprendida por los cambios bruscos de emociones de John, que pasaba de la furia a la calma con una facilidad perturbadora.

Cuando se giró hacia Gary, lo encontró inmóvil, observándola con inquietud.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—¿Necesitamos estar solos?

La mujer empalideció sintiéndose avergonzada.

—Si no hacía que se fueran, tú y ese sujeto estarían ahora dando vueltas en la nieve en medio de una pelea.

—¡Quería la pelea! —bramó él con frustración. Eso enfadó a Nicole.

—¿Para qué? ¿Qué ganas con pelear?

—¡Desahogarme! —soltó con hastío y le dio la espalda para caminar hacia la fogata, cuyas llamas se perdían por el descuido.

Tomó el palo que había tenido antes y con él movió las ramas. Cerca había dejado un trozo cartón de una de las cajas de pasteles para avivar el fuego.

Nicole cerró los puños y apretó los labios para controlar la rabia. Desde hacía dos años todo era difícil con Gary, siempre andaba irritado y lejano. Le costaba acercarse a él.

—Si lo que quieres es descargar la ira que te embarga, podrías hacerlo de otra manera.

—¿Sí? ¿Cómo? —preguntó sin verla, atosigando las ramas de la fogata con brusquedad.

—Haciéndome el amor.

Aquella propuesta lo dejó helado. Detuvo la sangre en sus venas e hizo estallar su corazón.

Capítulo 7.

Nicole no podía creerse lo que su boca había sido capaz de expresar. Estaba enfadada por la actitud de Gary, pero también lo estaba consigo misma, porque sabía que buena parte de la rabia acumulada que él tenía, había sido causada por ella, por su terquedad y su negativa, por sus constantes miedos e inseguridades.

Al ver como él soltaba el palo y se ponía de pie, abrasándola con una mirada ansiosa y desesperada, se inquietó. Le había ofrecido alimento a un hombre famélico, uno que llevaba dos años rogándole perdón, suplicándole por una caricia o por simple compañía; y ella, por temor a ser lastimada de nuevo, a reavivar el sufrimiento que latía en sus heridas, le había negado hasta el derecho a ser escuchado, a justificarse, escondiéndose tras los dramas de sus hijos, a quienes tampoco había socorrido como lo necesitaban.

Se encerró dentro de una crisálida, sellada con cientos de capas de duro concreto, pero ahora, de forma involuntaria, se abría dejando una posibilidad al alcance de la mano de su esposo.

«Hazme el amor», hubiese preferido gritarle. «Ayúdame a olvidar el dolor de la traición».

Él se aproximó a ella, cauto, nervioso. Desde hacía unos setecientos días no escuchaba una propuesta semejante de parte de su esposa, una que había ansiado con locura y que ahora ella le lanzaba de forma repentina, sin aviso.

Aquello no solo era abrir una puerta, sino todas las que poseyera la casa, así como ventanas, rendijas y hasta boquetes en las paredes. Era más de lo que él había esperado para una reconciliación.

—¿Qué dijiste? —se atrevió a preguntar, con impaciencia.

Las palabras de Nicole encendieron un fuego devastador en sus venas. Si se ofrecía de nuevo de esa manera, él no lo dudaría.

Aunque no solo iría con intención de tomar lo que había anhelado todo este tiempo, sino que aprovecharía la ocasión para decirle todo lo que sentía por ella, para rogarle y suplicarle de rodillas si era necesario, que lo aceptara de nuevo, que le permitiera enamorarla otra vez, porque eso quería hacer, enloquecerla, como lo había hecho años atrás.

Nicole se inquietó con su cercanía, no porque estuviera arrepentida, sino porque tenía miedo de que esa ocasión terminara como todas las otras, en fracaso, alejándolos más. Deseaba romper las barreras, llegar a él, pero ahora que tenía la oportunidad se sentía insegura.

Abrió la boca para decir algo, pero unos gritos la

interrumpieron.

—¡Ey! ¡Ey, amigos!

Gary dirigió su rostro, ahora colérico, hacia John, que regresaba a las carreras hacia ellos.

—Voy a matar a ese hijo de puta —masculló, apretando los puños. Sin poder creerse que aquel sujeto irritante y bipolar pudiera llegar en tan mal momento.

—No le hagas nada —pidió Nicole nerviosa—. Podría traernos noticias.

Gary masculló maldiciones mientras se apartaba unos pasos, buscando controlar su rabia.

John llegó hasta donde estaba la mujer con una sonrisa alegre ocupándole casi todo el rostro.

—Connor se comunicó de nuevo conmigo por radio —dijo jadeante por la carrera—. Vendrá mañana por ustedes, un equipo de rescate lo acompañará.

—¿Un equipo de rescate? —indagó Nicole con preocupación.

—Las vías están tapiadas de nieve —respondió John, pero tuvo que parar un instante para recuperar el aliento—. Y esta noche caerá mucho más. No saben si vendrán en la mañana o en la tarde y me pidió que me asegurara que tendrían comida y agua mientras los esperan.

Ella compartió una mirada inquieta con su esposo.

—Tenemos todo —contestó Gary, aún de mal humor.

—¿Seguro? No puedo dejar que se mueran de hambre. Ya me comprometí con el guardaparques.

—Tenemos. Todo —repitió con firmeza y acentuando cada palabra. Su tono amargo borró la sonrisa feliz de John volviendo sus facciones duras.

—Quiero ver si es cierto —dijo el hombre con cierta rudeza.

Gary se envaró, aceptando el desafío y Nicole se angustió sabiendo que de un momento a otro estallaría la pelea; pero, para su tranquilidad, Mónica apareció jadeando por haber corrido desde su refugio hasta allí.

—¡John! ¡Me dejaste atrás! —expresó intentando sonreír al tiempo que recuperaba el aliento.

—Quería ser yo quien les diera la buena noticia —habló el hombre de forma mecánica y sin apartar su mirada amenazante de Gary, que comenzaba a prepararse para enredarse en un enfrentamiento con aquel sujeto extraño.

—¡Qué bueno! Connor prepara un equipo de rescate para venir mañana. Dijo que habló con la familia de ustedes y que todos están preocupados en casa —reveló Mónica aun respirando con dificultad.

Nicole asintió, nerviosa por la forma en que John desafiaba a su

marido y como Gary respondía al reto asumiendo una pose pendenciera.

—Tenemos todo lo necesario para pasar la noche aquí y esperarlos. Estaremos bien. Ustedes deberían regresar a su refugio.

—Sí, pronto va a anochecer y comenzará a nevar —respondió Mónica aproximándose a John para aferrarse a uno de sus brazos—. Vamos, amor, o nos agarrará la noche en el camino.

—Debo confirmar que…

—¡Vámonos!

La petición brusca y repentina de Mónica hizo saltar del susto no solo a John, también a Gary y a Nicole. La dulzura de su voz y la ternura de su semblante pasaron a ser tan aterradoras que la postura amenazante de su esposo cambió para volverse sumiso.

—Sí. Vamos, amor —aceptó, de nuevo sonriente, y olvidó por completo a Gary para marcharse con ella al tiempo que conversaban como si salieran de hacer las compras y planificaran la cena.

—Mierda. No sé cuál de los dos da más miedo —confesó Gary cuando la pareja estaba bien alejada.

Nicole dejó de observar a los extraños seres para dirigir su atención inquieta hacia su marido.

—¿De verdad tenemos los recursos para pasar aquí la noche?

Gary gruñó enfurecido.

—Si comemos poco hoy, tendremos para mañana. Y debemos cuidar el agua, solo nos queda una botella.

Ella se inquietó, no le gustaba lo que escuchaba. Aquella broma orquestada por Ethan y Karin se volvía peligrosa. ¿Y si la nevada de esa noche resultaba más fuerte de lo pronosticado y el equipo de rescate tardaría más tiempo en llegar a ellos? ¿Y si mañana el clima amanecía peor y no tendrían forma de ir a buscarlos sino uno o dos días después? ¿De qué se alimentarían? ¿Pasarían allí la Navidad? ¿Sus hijos estarían bien?

—Gary, debimos ir con John y Mónica —alegó a causa de los nervios.

—¡¿Estás loca?! Viste lo extraña que es esa pareja. Quién sabe qué cosas podrían hacernos mientras dormimos.

—Pero… ellos tienen un radio… y comida —expuso cada vez más asustada—. ¿Te das cuenta el peligro en el que estamos? ¡Qué podríamos no salir de aquí en días y no tenemos suficiente comida ni agua para sobrevivir!

Ante la actitud histérica de ella, él tuvo que tomarla por los hombros para tranquilizarla. Los ojos de Nicole se habían llenado de lágrimas y su rostro estaba pálido.

—Ey, calma. Todo estará bien.

—No está nada bien, Gary. Ya nada está bien —lloriqueó y él la

abrazó cubriéndola por completo con sus brazos, acariciando su espalda y besando su frente.

A ella, los besos de él siempre le produjeron gran alivio. Muchas veces Gary logró dormirla de esa manera, con besos que la ayudaban a despejar a su mente de preocupaciones.

—Confía en mí, Nicole. Vamos a estar bien, te protegeré.

—Y si cae mucha nieve… —susurró como si fuera una niña asustada.

—Cuidaré de ti —insistió y apretó su abrazo—. Lo haré, amor, puedo hacerlo. Confía en mí —dijo rayando la desesperación.

Sus últimas palabras la estremecieron. Saber que ella aún seguía siendo lo que hacía palpitar el corazón del hombre la conmovió. Le cubrió la cintura con los brazos y anidó la cabeza en su pecho, aspirando su deliciosa aroma. Uno que la transportaba a la seguridad de su casa, al calor del fuego del hogar, al placer de disfrutar de sus hijos y de la tranquilidad.

Gary era su lugar seguro, su pilar. Sin él su mundo se derrumbaba.

—Siempre supe que lo harías, por eso me descuidé.

—¿Qué dices? —quiso saber él, aferrado a ella, con los ojos cerrados y su cara hundida en el gorro que a la mujer le cubría los cabellos.

—Que debí estar más atenta. Yo también tuve que cuidar de ti, así como tú lo haces de mí.

El pecho se le había hinchado de tantas emociones que Gary no sabía cómo responder. Solo pudo afianzar más su abrazo y besar la cara de su mujer, buscando sus labios.

Pero no logró llegar a ellos, cuando estuvo muy cerca, el sonido de un motor lo alertó. Alzó la cabeza y comenzó a buscar en los alrededores la fuente del sonido.

—¿Qué es? —quiso saber Nicole, sin salir del refugio de los brazos de su esposo.

—Una moto —dijo extrañado, viendo cómo se acercaba una moto de cuatro ruedas por el camino, portando a dos sujetos fornidos.

Se detuvieron junto a ellos y bajaron del vehículo sin dejar de evaluarlos con recelo. Gary pudo notar que estaban armados, pero no tenía ningún tipo de identificación que los relacionara con algún grupo de seguridad o con los guardaparques de la zona.

—Buenas tardes —saludó uno de ellos, un tipo de bigotes poblados—. ¿Quedaron varados?

—Desde esta mañana —respondió Gary con desconfianza, estudiando sus posturas. El otro, un tipo grande y de ojos claros, veía con interés la camioneta de repartos.

—¿Qué hacen por esta zona con este clima? —consultó el de los

bigotes—. Los caminos están cerrados y los turistas fueron llevados al Sendero de los Apalaches.

—Nos enteramos de eso luego de quedar atrapados aquí.

—¿No vieron las noticias? Desde ayer estaban anunciadas las nevadas y el cierre del parque.

Gary apretó la mandíbula, molesto por su descuido, y se enfadó con Ethan, quien, a pesar de haber sabido del peligro, igual los envió a ese lugar.

—Trabajo todo el día, no puedo estar pendiente de las noticias.

El bigotón sonrió con cierta burla antes de dirigir su atención hacia Nicole, repasándola de pies a cabeza con interés. Ella se refugió aún más en los brazos de su esposo, incómoda por el escrutinio.

—¿El guardaparques sabe de ustedes? —indagó el de los ojos claros, abandonando su revisión de la camioneta.

—Sí, pronto vendrá con un equipo de rescate a buscarnos —dijo, ocultando el hecho de que no lo haría esa noche.

—Hay problemas en los Apalaches con unos turistas. De seguro van a tardar.

—Confiamos en que vendrán en las próximas horas.

El del bigote descubrió la fogata.

—¿Están preparados para pasar aquí la noche?

—Sí —respondió Gary con firmeza.

—¿Tiene gasolina tu auto?

—Sí. No nos podemos mover por la nieve.

El bigotón asintió repasando los alrededores.

—Tenemos un campamento a unos kilómetros de aquí, pero estábamos de cacería y no pudimos ir por gasolina antes de la nevada, ahora es imposible salir. Si nos facilitan un poco, podríamos traerles algo de comida.

—No necesitamos nada.

—¿Seguro?

—Seguro.

El bigotón le dedicó a Gary una dura mirada, pero él se la devolvió a medias, ya que paseaba su atención entre ese sujeto y el de los ojos claros, que no dejaba de evaluar la camioneta y las cosas que ellos tenían.

—Ey, Duck —dijo el de los poblados bigotes a su amigo—. Saca un poco de gasolina.

El otro asintió e hizo lo que le ordenaban. Fue hasta la moto en busca de un bidón y un trozo de manguera, para luego llegarse hasta la boquilla del tanque de gasolina de la camioneta.

—Gary, ¡no! —susurró Nicole, aún entre los brazos de su esposo.

Esa gasolina era la única posibilidad que tenían para regresar a la ciudad si el guardaparques no lograba auxiliarlos.

—Calma, deja que la tomen y se vayan —pidió él, también en susurros, y sin dejar de vigilar a los hombres.

Quería que se fueran cuanto antes, ellos representaban un peligro. Eran cazadores furtivos, tipos acostumbrados a cometer crímenes rompiendo leyes y asumiendo grandes riesgos, además, estaban armados. De seguro se enteraron de la presencia de ellos en ese lugar al vigilar las comunicaciones y escuchar la conversación de John con el guardaparques. Si les negaban lo que necesitaban, serían capaces de hacerles algún daño.

Un par de minutos después, se disponían a marcharse.

—¿Seguro que no necesitan nada? La noche podría ser muy fría y larga —insistió el del bigote.

—Estamos bien. No tienen por qué preocuparse.

Gary no dejó de vigilarlos hasta que ellos se perdieron con su moto por el bosque nevado. Una vez que quedaron de nuevo solos, pudo respirar con alivio.

—Si el guardaparques no viene, no tendremos como salir de aquí —refunfuñó Nicole con nerviosismo.

—Al menos, estamos sanos y con vida. Esos tipos tenían armas y estaban dispuestos a llevarse la gasolina se la negáramos o no.

—Gary, no podemos quedarnos aquí. ¿Y si regresan por otra cosa?

—Vieron que no teníamos nada. El tal Duck le dio una revisada a la camioneta.

Nicole no podía dejar de sentirse inquieta y asustada. La aparición de esos hombres le hizo entender que no estaban allí de paseo y que existían los riesgos, incluso, en los sitios más hermosos del mundo.

—Deberíamos ir con John y con Mónica —comentó con inseguridad y sin mirar a su esposo.

Gary la tomó por los hombros y la obligó a encararlo.

—Esa pareja es igual de peligrosa. No están bien de la cabeza, ya lo han demostrado. No quiero saber de qué serán capaces, prefiero mantenerme lejos de ellos.

Las lágrimas inundaron los ojos de la mujer y su semblante se cubrió de miedo. Gary sintió furia por no darle la seguridad que ella merecía, por no tener los medios para protegerla.

La abrazó, fue lo único que pudo hacer, buscando calmarla con sus caricias. Llevaba mucho tiempo frustrado por no ser capaz de cuidar lo suficiente a su familia, por permitir que cualquiera fracturara emocionalmente a su esposa y a sus hijos, que los lastimara, los separara y los llenara de miedos e inseguridades.

Se sentía un inútil.

Capítulo 8.

Había llegado la noche y como muchos anunciaron, nevaba. No era la nevada del año, pero sí la suficiente como para seguir tapiando los caminos e impedir que autos, que no contaban con las medidas de seguridad necesaria, circularan por ellos.

Gary no había tenido más noticias de John ni de Mónica, o de los cazadores furtivos. En parte, agradecía que ninguna de esas personas extrañas se acercaran por allí, pero por otra, su lejanía impedía que supiera algo de Connor, el guardaparques, o del equipo de rescate.

No podía dormir, pero no solo por esa situación. Se habían refugiado dentro de la camioneta, en la parte trasera, echaron a un lado las cajas vacías y se ubicaron en el centro, cubiertos con los abrigos, las frazadas y con sus cuerpos.

Nicole estaba aferrada a su costado, abrazándolo por la cintura. La delicia de su cercanía, de sentir su aliento cálido chocar contra su pecho, traspasando las capas de tela para abrasarle la piel, lo tenían fascinado.

La enrolló entre sus brazos, sin ganas de soltarla, ni siquiera, cuando llegara el auxilio. Había esperado demasiado tiempo por volver a vivir esa experiencia que no deseaba que se acabara nunca.

—¿Crees que regresaran los hombres de la moto? —preguntó ella rompiendo la magia del silencio y sin levantar su cabeza del pecho de él, con su mirada perdida en la nada.

—Espero que no —respondió Gary de cara al techo del auto.

—¿Qué haremos si regresan?

—No sé —confesó con amargura y abrazándola con más fuerza.

No tenía armas ni recursos para detenerlos si se proponían hacerles daño, aunque no dejaría que a ella le tocaran un solo cabello. Si debía dar su vida por protegerla, lo haría.

—Esta broma de tu hermano se pasó de la raya —apuntó Nicole con rabia en la voz.

—Supongo que fue una idea loca de Karin, es su estilo. Aunque creo que no consideró muchos factores, como el clima o las malas compañías que podrían hallarse en este lugar. Ella jamás habría dejado que viniéramos de saber todo eso.

Por un instante hubo silencio, momento en que ambos reflexionaron lo sucedido. Nicole suspiró hondo y, para sorpresa de Gary, comenzó a mover sus manos por su pecho, jugueteando con los botones de su abrigo.

—Tengo miedo —reveló en voz baja.

—Yo también.

Él no pudo evitar girar el rostro y besar su cabeza, quedando recostado de ella, con los ojos cerrados. Disfrutaba del exquisito placer de ser acariciado por su mujer antes de que acabara.

—No quiero perderte. Ni ahora ni nunca.

A Gary le impactó su confesión. No solo por sus palabras, sino por el tono lloroso que ella había aplicado.

La tomó por la barbilla y le alzó el rostro para que lo encarara. Sus ojos inundados de lágrimas y penas lo doblegaron.

—No pasará nada si nos quedamos aquí hasta que llegue la ayuda.

—No hablo solo de lo que pasa en este lugar. —El corazón de Gary empezó a palpitar por la emoción, ¿acaso Nicole aún sentía algo por él?—. A pesar de lo que sucedió hace dos años, no he querido alejarme del todo para no perderte. —Los ojos de él se abrieron en su máxima expresión—. Me dolió lo que pasó, me llené de mucha rabia, me encerré en ella para que no vieras lo destruida que había quedado, pero no dejaba que te fueras del todo, me sostenía de cualquier excusa para retenerte. No podía dejarte ir por más que lo intentara, porque no quiero tenerte lejos. Nunca. Pero ahora vienen esos hombres con sus armas y de seguro ellos…

No continuó, fue imposible. Él atrapó su boca para besarla con toda la ansiedad que tenía represada. Acarició sus labios con los suyos, los chupó y sumergió su lengua dentro, enredándose con la de ella, en una danza apasionada que les producía jadeos.

Nicole lloró. El oleaje de sentimientos que se desató en su interior por ese beso le llegó a la cabeza y le nubló el entendimiento, haciendo a su corazón gritar de alegría.

Se aferró a él, como si aquella fuese la última vez en que estarían juntos. Disfrutó de los besos que le habían robado, que otra se atrevió a tomar sin permiso pretendiendo una boca que solo debía pertenecerle a ella.

Su desesperación no solo estalló en sus labios, buscando devorarse los de él, sino que sus manos se convirtieron en dos ladrones torpes que deseaban invadir el cuerpo masculino. Luchó con los botones del abrigo para abrirlos y apartar la prenda que le bloqueaba el paso a la piel de su marido, una a la que deseaba reclamar como suya.

—Nicole, amor, espera… —Gary trató de detenerla, aunque sin dejar de besarla. Buscaba apresar sus manos para evitar que ella llegara al punto que no admitiría marcha atrás—. Por favor, amor, para un momento —susurró sobre sus labios, antes de morderlos y saborearlos con locura.

—¿Qué…? ¿Por qué…?

Aunque la pasión la dominaba, la petición de él congeló su sangre.

Su rechazo era una de las cosas que más temía. Él ya se había dejado convencer por otra y siempre pensó que había sido por su culpa, porque ya no se veía hermosa, ni deseable.

Se detuvo con el rostro encendido por la vergüenza y el dolor, suponiendo que aquella era la barrera final que la separaría del amor de su vida.

—Ya no… ya no quieres… —dijo con la voz quebrada y con las lágrimas nublando su visión.

—¡No! ¡No! —se apresuró por aclarar él, aterrado. Temió haberla lastimado con su brutalidad. Volvió a besarla, pero esta vez con dulzura, agasajando su boca con caricias avariciosas para dejarle en claro lo que sentía por ella—. No te pido que te detengas porque ya no te deseo —masculló, sin dejar de regar besos por su cara y secar con ellos las lágrimas que habían escapado de los ojos de la mujer—. Lo hago porque necesitamos hablar antes de cruzar esta línea —explicó rozándole la piel del rostro con la punta de su nariz.

—Yo no quiero hablar —dijo ella entre gemidos—. Hazme el amor. Te necesito.

—Yo también te necesito —susurró en su oreja, y le quitó el gorro de la cabeza antes de besar su cuello—, pero tenemos que hablar. Necesito que me permitas aclarar lo que sucedió.

—Ya lo has hecho —se quejó ella llenándose de nuevo de miedo.

En esos dos años habían hablado mucho de lo pasado, del engaño, de la vez en que una mujer, empleada nueva en la cafetería, logró ganarse la amistad de Gary compartiendo muchos momentos de calidad con él, de risas y anécdotas, que cada vez lo alejaban más de su familia. Cuando llegaba a casa estaba muy cansado, nunca quería hablar, ni escuchar a nadie, solo dormir. Dejó de comer con ellos, lo hacía solo, ni siquiera tenía ganas de caricias y sus besos se volvieron cada vez más fríos.

Cuando Nicole se dio cuenta de su lejanía, era demasiado tarde. Ella también estaba emocionalmente a kilómetros de distancia. Las rutinas diarias de la casa y con sus hijos adolescentes la agobiaron, así como el aumento de las deudas, la delicada salud de sus padres, quienes, por ser ella hija única exigían mucho de su presencia, y la muerte de una de sus mejores amigas, luego de años luchando contra un cáncer.

Esos fueron algunos de los motivos que habían endurecido su personalidad. No reparó en el distanciamiento que tenía con su esposo hasta que una de las viejas empleadas del café, con quien ella había hecho amistad, le reveló por mensaje de texto lo que sucedía en la cafetería a sus espaldas, de los besos que Gary había compartido con

otra en la trastienda.

Enseguida ella lo encaró de mala manera cuando él llegó a casa, sin dejar que se explicara cómo era debido. Nunca se creyó la excusa de que solo había buscado en esa mujer una amistad, que necesitaba de alguien que lo escuchara, que aplaudiera sus logros y le dijera lo bien que se estaba esforzando, pero la cosa se le había ido de las manos y cuando quiso detenerlo, aquella joven ya se había enamorado de él y buscó seducirlo. Las penas que venía acumulando en ese tiempo la saturaron, levantaron gruesas barreras alrededor de ella y, en vez de luchar, se declaró vencida, se culpó de todo por su descuido y le abrió la puerta para que se fuera, incluso, lo echó de su cama, pero él nunca se marchó del todo.

Aunque se alejó en algunos momentos para calmar los ánimos, no la dejó. Regresaba siempre y se quedaba recibiendo todos los insultos y los reclamos que ella le propinaba, así como el rencor de sus hijos. Sabía que todo había sido su culpa, que se había dejado absorber por el trabajo sin pensar en nadie más, solo exigiendo que pensaran en él.

Su afán por convertirse en el hombre perfecto, capaz de tener los medios para engrandecer económicamente a su familia, lo convirtió en el centro del mundo. Los problemas de su esposa o de sus hijos los veía ínfimos, sin darles la importancia que merecían. Por esa falta de atención se dejó encandilar por una boca ajena, que no paraba de susurrarle las alabanzas que había querido oír de su esposa. Se dejó llevar, aunque supo detenerse a tiempo.

Sin embargo, no logró evitar que Nicole se enterara.

Pero ahora era distinto. Las emociones de ambos hacían erupción, el peligro que sufrían en ese lugar les mostró lo vulnerables que eran y el poco tiempo que tenían para disfrutar de sus vidas. Ninguno quería perder más tiempo en debates. Se amaban y se deseaban con la misma intensidad. Casi igual que cuando conocieron, solo que con un amor más maduro, uno que había ganado experiencia a punta de terribles errores.

Él la miró con dulzura, también abarrotado por los sentimientos.

—Te amo, Nicole. Nunca he dejado de hacerlo —le confesó, acariciando sus mejillas húmedas y sin dejar de observar con embriaguez sus labios—. Mi mente confundida cometió un error, me dejé llevar por la sed de atenciones y por una boca prohibida —dijo, pasando el dedo pulgar por sus labios hinchados por sus besos—, pero esa boca nunca me supo tan bien como la tuya, nunca me llenó. Solo me produjo dolor al demostrarme el poco hombre que era.

—Tú nunca has sido…

Él cerró sus labios con su mano, pidiéndole que lo dejara continuar. Para que no lo interrumpiera como siempre lo había hecho

durante esos dos años, sin darle oportunidad de expresarle todo lo que sentía.

—Fui un maldito imbécil, todavía lo sigo siendo. —Ella negó, asediada por las lágrimas—. Te amo y en esa ocasión lo hacía, pero no sé por qué no podía decirlo, no podía sacarte de tu trance y regresarte a mi lado. Me fui yo también, como un cobarde. Preferí eso a sumergirme en tu caos. Y ahora mírame, llevo dos años suplicando tu amor, tu atención y tu perdón. —Paró para besarla con ternura, sin poder evitar hacerlo aunque no era momento. Una vez que había probado de nuevo el sabor de su boca, no podía detenerse—. Nicole, siento un deseo irrefrenable por tenerte, pero no solo tu cuerpo y tu boca, sino a tu corazón, a tu mente, a tus instintos… Te quiero toda, amor. Deseo todo de ti, aunque no solo para una noche de pasión por culpa del miedo, te quiero todos los días. Que soportemos juntos los problemas de nuestros hijos y que hagamos planes, muchos planes. Te quiero ocupando cada centímetro de mi presente y de mi futuro, cada segundo de mi vida. Por favor, Nicole —susurró sobre sus labios, como un condenado que imploraba piedad por su vida—. Hagamos el amor para siempre, con la certeza de que me has perdonado y me aceptas de nuevo a tu lado. No solo esta noche, todas las noches del mundo. Acéptame, amor… perdóname.

Sus palabras la fragmentaron por dentro, la hicieron explotar en mil pedazos. La inundaron de amor y de ternura y multiplicaron su deseo.

—Bésame, Gary —rogó conmovida—. Bésame mucho, hasta que toda la nieve se derrita y vengan a auxiliarnos, y después, sigue besándome. No dejes de hacerlo. Tócame, ámame, no pares nunca.

—Nunca podría hacerlo, ya lo he confirmado —respondió con una sonrisa complacida, antes de volver a hundirse en su boca y olvidarse del mundo, de la nieve que no paraba de caer y del peligro que los acechaba.

El frío no impidió que se desnudaran. Lo hicieron, con lentitud, como si fuera la primera vez que lo hacían, reconociéndose, volviendo a enamorarse del otro, con un amor que ahora nada amenazaría, porque se había endurecido como el diamante.

Nada de lo que sucedía en el exterior interrumpía el disfrute de su placer. Los únicos sonidos que escuchaban eran el palpitar de sus corazones y el retumbe de sus jadeos. Para ellos, eso era todo lo que importaba.

Capítulo 9.

Aunque habían pasado la noche más ardiente y apasionada de sus existencias, dormir en el suelo de una camioneta de reparto y en medio de temperaturas muy bajas, capaces de helar la carrocería y sus cuerpos, no era nada romántico.

Gary y Nicole despertaron con los huesos entumecidos y temblando de frío. Se vistieron y abrigaron con todo lo que había dentro del auto y salieron para encender enseguida un fuego, y hacer el poco café que quedaba.

La belleza del amanecer nevado calentó sus corazones y les arrancó una sonrisa. Una que compartieron mientras se fundían en un apretado abrazo, como lo habían hecho antes, cuando se conocieron y se enamoraron, bajo cielos perforados de estrellas o derretidos entre los colores que traía el sol.

Nicole se encargó de preparar la bebida caliente, al tiempo que Gary buscaba más leña para avivar el fuego.

Él revisó los alrededores, pero al encontrar pisadas marcadas cerca del auto se inquietó.

Las huellas eran recientes. Alguien estuvo vigilándolos.

Se aproximó a la mujer recibiendo de ella la taza de café recién hecho.

—Tenemos que irnos.

—¿Irnos? —preguntó Nicole desconcertada y dando un pequeño trago a su bebida, con cuidado, para no quemarse los labios—. ¿A dónde?

—Al puesto de vigilancia del guardaparques. Allí estaremos más seguros.

—Gary, ahí no hay nadie —expuso con obviedad y se sentó en la parte trasera de la camioneta a terminar su café.

—Nicole, hay huellas por todos lados, y son de hace poco.

Ella abrió los ojos en su máxima expresión, mostrándose preocupada.

—¿De quién?

—No sé. Puede ser de John y su esposa, o de esos cazadores. Sea quien sea, peligramos igual —respondió ceñudo y dio un repaso a los alrededores.

—¿Y si nos vamos, no estaremos más vulnerables? —quiso saber, ahora aproximándose a él y evaluando las cercanías—. Si vienen podemos encerrarnos dentro de la camioneta.

—Romperían los vidrios para llegar a nosotros. —Al descubrir que sus ideas lo que hacían era angustiarla, prefirió suavizar sus

palabras. No le gustaba que se sintiera desprotegida—. Quizás fue John. Recuerda que el guardaparques le pidió que cuidara de nosotros. Pero igual, terminemos rápido el café, tomemos los pasteles que quedan y caminemos hacia el puesto de control. Si el grupo de rescate viene, los conseguiremos en el camino.

Ella asintió y con cuidado se apuró a tomar su café.

Gary tenía miedo. Le había costado dos años recuperar la confianza y el amor de su esposa, pero ahora el peligro amenazaba con quitársela de nuevo. No podía descuidarse, no otra vez. Aprendía de los errores.

Antes, por su obsesión de ser un hombre perfecto y de contar con los recursos suficientes para darles a su familia todos los caprichos que quisieran, se enfrascó en su negocio, dejándolos solos enfrentar los sin sabores de la vida. Terminó lejos, muy lejos del cariño de los suyos, hasta que los perdió y le costó mucho sudor y lágrimas recuperarlos.

Esta vez no sería tan descuidado. No podía quedarse allí a esperar que la ayuda llegara, porque lo que podía acercarse serían los problemas.

Una vez que ya tenían la camioneta bien cerrada y el fuego extinguido se pusieron en marcha rumbo al puesto de control.

El camino no era sencillo, la nieve acumulada quería tragarse sus pasos. Además, no tenían el calzado adecuado, debían tener cuidado para no resbalar.

—Gary, ¿crees que esta sea una lección para ambos? —preguntó ella mientras avanzaba con lentitud, aferrada a él, sostenida de sus cálidos brazos.

—¿De qué hablas?

—¿Recuerdas aquella vez en que Trevor quiso ir a Long Island con sus amigos en unas motos que no estaban en buen estado y tú le advertiste mil veces de los peligros que podía encontrarse al viajar así, pero él no te escuchó y se marchó igual, llamándonos a las pocas horas desde una comisaría?

Él gruñó al recordar aquel desagradable episodio. En esa oportunidad su hijo tenía apenas diecisiete años, pero se creía un hombre más sabio que ellos y aseguraba que sabía más de la vida y de los riesgos que sus padres.

—¿Cómo olvidarlo? Tuve que sacar a Trevor y a uno de sus amigos de la policía, porque se habían enredado en una pelea con un oficial. Otros dos quedaron heridos en el hospital y el último del grupo se había perdido en la carretera. Se alejó de ellos para pedir ayuda cuando se accidentaron las motos y tomó un camino que se perdía en los campos creyendo que lo llevaría a alguna finca. Lo encontramos de milagro y casi deshidratado —recordó molesto.

Nicole disimuló una sonrisa. Años después de aquel hecho descubría en esa historia puntos graciosos, por lo absurdo de la situación, pero en esa ocasión estaba muerta de miedo y lloró mucho al pensar que su hijo no volvería sano.

—Ese peligro le abrió los ojos a Trevor y dejó de ser tan cobarde para enfrentarse a su futuro.

—No lo cambió en nada —se quejó él—. Igual dejó la universidad a pesar de que muchas veces le aconsejé que no lo hiciera, y todo para seguir ese sueño irracional de tener una banda de rock.

—¡Ese era su sueño, Gary, no algo irracional! —terció ella deteniéndose para encararlo— Si tan solo lo hubieses apoyado, él ahora no se sintiera tan frustrado.

—Fue un sueño que nació siendo un fracaso.

—Un fracaso, ¿por qué? ¿Por qué tú no lo deseaste?

—Yo nunca desearía que mi hijo fracasara.

—¡Lo hiciste! —porfió molesta— Y creo que respiraste aliviado cuando el proyecto de la banda murió y él terminó como repartidor de cafés en una bicicleta.

—Nicole, las cosas no fueron así —aclaró, herido por aquella acusación, sintiendo que ella aún lo culpaba de todo lo malo que había sucedido desde que había cometido el error de dejarse llevar por la seducción de otra mujer.

Ella respiró hondo antes de responderle.

—Ese no es el punto al que quería llegar. Gary, debes entender que no todos sueñan con tener una carrera universitaria. Algunos tienen otras aspiraciones, otros talentos, y nosotros, como padres, debemos conocer bien a nuestros hijos y sus dotes, para luego ayudarlos a encontrar su camino.

—¿De qué hablas? —preguntó desconcertado. Sin comprender si ofenderse, lamentarse o enfadarse.

—Trevor desde pequeño siempre fue talentoso con la música, esa era su pasión. Desde los diez años sabía leer y escribir partituras, componía, tocaba a la guitarra y los últimos años estaba aprendiendo con el piano. Mientras terminaba la higth school apoyó tu idea de ir a la universidad, pero esa fue TÚ idea, no la de él —enfatizó—. Él se sintió confundido al estar cerca del momento de asumir esa responsabilidad porque no tenía ganas de hacerlo, y más aún, luego de aquella situación que vivió con sus amigos. En esa ocasión entendió lo corta que podía ser la vida y la importancia de disfrutarla con algo que valiera la pena. El peligro le abrió los ojos y decidió dedicarse a lo que amaba: la música —enfatizó con firmeza—. Yo pude darme cuenta de su deseo porque estuve cerca de él, pero en ese tiempo, Ethan y tú proyectaron mejorar la cafetería y te separaste emocionalmente de nosotros para enfrascarte en eso. —Cayó un

instante para mirarlo con fijeza a los ojos, notando que él había comprendido su punto—. Te pregunto de nuevo: ¿crees que esto que nos sucede ahora sea una lección para ambos? ¿Una sacudida que nos ayudará a abrir los ojos para darnos cuenta lo que sucede a nuestro alrededor y tomar las decisiones correctas, como le ocurrió a nuestro hijo en Long Island?

Gary suspiró hondo, sin saber qué responder.

—Así como ese viaje de Trevor fue un error, este nuestro también lo fue —continuó ella sin importarle sonar muy dura—. Si hubiésemos estado pendientes de las previsiones del tiempo y de las noticias, ni tu ni yo habríamos salido de Brooklyn y lo de anoche no hubiese pasado nunca. Pero pasó, nos arriesgamos y aún lo hacemos, y al menos yo no me arrepiento de nada —dijo con la determinación refulgiendo en sus pupilas—. Cuando regresemos a Brooklyn, quizás nos encontremos con obstáculos que pretendan hacernos ver que lo que pasó en este parque es un error y que lo mejor es estar separados. ¿Te rendirás con facilidad? ¿O lucharás contra todo como lo hizo Trevor sin importar si fracasa?

Gary había quedado mudo. Las palabras de Nicole lo ayudaban a darse cuenta del error que había cometido con sus hijos al ser tan ciego y convertirse en obstáculos que les impidió avanzar.

Se había transformado en un tonto, pero estaba dispuesto a enmendar su error. Pensó que con lo sucedido la noche anterior dentro de la camioneta de repartos ya había resuelto todos sus problemas, pero aquella conversación le hizo entender que le faltaba un largo camino por recorrer, tanto para ganarse la confianza de su esposa, como la de sus hijos.

—Para eso son las cosas malas que nos pasan en la vida —expuso muy serio—, para abrirnos los ojos.

Se miraron, con ternura, reconociendo que aquellos dos años de tristeza y dolor lo que les había demostrado era lo mucho que se amaban y su gran deseo de estar juntos.

Ambos soportaron con estoicismo los malos momentos, escondiendo la esperanza de que en algún momento todo pasaría y se reconciliarían.

—Así como Trevor entendió en aquella ocasión que no quería dedicarse a otra cosa que no fuera la música, así ahora yo entiendo que te quiero en mi vida, para siempre.

Las palabras de Nicole lo conmovieron y le hicieron palpitar el corazón con intensidad.

—Yo entendí lo mismo y te juro que no voy a descansar hasta recuperarlos por completo —dijo él, envolviéndola en sus brazos y buscando sus labios.

Al hallarlos, los besó como si ellos fueran un alimento

revigorizante, uno que le daba nuevas fuerzas y mucha determinación, que lo hacían más sabio y empático.

—Trevor quiere dedicarse a la música, pero no sabe cómo —susurró ella sobre los labios de él, antes de lisonjearlos con besos ligeros, que lo estremecían—. Necesita del apoyo de sus padres y de su comprensión. Tienes que estar de su lado, no en su contra esperando que siga cometiendo errores para luego decirle: «te lo dije».

—Oh, Nicole, no pude ver nada de eso. Ayúdame a reparar mi error, ayúdame con él —rogó estrechando su abrazo.

—Lo haré —respondió ella sonriente—. No solo con tu hijo, sino también con tu hija, que ahora más que nunca necesita a su lado un padre que la haga sentirse segura y fuerte.

—No me perderé de nuevo. Nada de esto sucederá otra vez.

—Tampoco de mi parte.

Ella entrelazó sus brazos en el cuello de él, acercándolo más a su boca para robarse su aliento y recuperar todo ese tiempo que estuvieron separados dejándose llevar por la terquedad y los miedos. Estaban tan afanados en darse amor que por un momento olvidaron dónde se hallaban y su delicada situación.

Hasta que oyeron unos gritos que les erizó la piel por el temor.

—¡Ey, amigos! ¡Ey, amigos!

Enseguida se separaron para observar a John, que corría hacia ellos por la carretera desde del lugar donde se hallaba la camioneta.

—Maldita sea, ¿no vamos a poder librarnos de ese sujeto? —se quejó Gary.

Nicole, por su lado, se espantó al observar con detalle al sujeto.

—¿Eso que tiene en la mano es una… escopeta?

Su duda alertó a Gary, quien se ocupó en evaluar bien al molesto visitante.

—Sí, lo es.

—¿Qué hacemos? —preguntó ella, alarmada.

El sonido del motor de una moto lejana los inquietó aún más.

—¡Gary! —gritó Nicole llena de terror.

—¡Corre! —ordenó él, y la tomó con fuerza de la mano para escapar lo más rápido que la nieve les permitía de aquellas personas peligrosas.

Habían tardado dos años en recuperar lo que sentían el uno por el otro, dispuestos a recoger los fragmentos de su matrimonio para unirlos de nuevo y así continuar disfrutando de él. Ninguno de los dos se dejaría arrancar de nuevo la posibilidad de estar juntos. Huirían como locos de aquellos terribles peligros, así tuvieran que hacerlo por horas.

Capítulo 10.

Intentaron evitar los cúmulos de nieve para alejarse lo más posible de las personas que los perseguían. Subieron con rapidez una colina, abandonando en el camino el bolso donde tenían el agua y la comida.

Nicole casi no podía respirar por el esfuerzo y la frialdad del ambiente, le costaba seguirle el paso a su esposo, pero Gary no la soltaba. La llevaba casi arrastras, dispuesto a cargarla sobre su espalda cuando comenzaran a bajar para acelerar la huida.

Sin embargo, no pudieron llegar muy lejos.

—¡Ey, amigos! ¡Ey, amigos!

Los gritos de John se hacían cada vez más cercanos, el tipo era rápido en aquel terreno nevado y Gary no lograba ser más veloz por Nicole.

El sonido del motor de la moto también se hacía más sonoro, pera a la vez, parecía multiplicarse, dándoles a entender que no era una, sino varias las que se aproximaban, aumentando su nerviosismo.

—¡Espera, carajo! —bramó John con furia al estar casi a su altura y, para detener a Gary, soltó el arma y se lanzó sobre él en medio de un rugido.

—¡Nooo!

Nicole gritó aterrada al ver que John había logrado apartar a su esposo de su lado. Lo llevó consigo colina abajo, rodando ambos por la nieve como si fueran dos pesados troncos.

Bajaron con rudeza varios metros golpeándose contra rocas y ramas, hasta que al fin Gary pudo recuperar algo de estabilidad y apartar al molesto sujeto de sí con un empujón, estampándolo contra el suelo. Enseguida se ubicó sobre él a horcajadas y comenzó a propinarle puñetazos en la cara.

Nicole lo llamaba a los gritos y había otras voces que también vociferaban su nombre, pero el miedo, la ira y la frustración ya habían hecho un coctel letal en su cabeza, dominándolo.

John, aunque era más bajito que él, tenía bastante fuerza y, por lo visto, experiencia en peleas. Con esfuerzo derribó a su adversario y se enredó con él en una disputa feroz.

—¡Ya basta! ¡Se lastimarán! —ordenó alguien que intentaba separarlos, pero terminó recibiendo golpes y cayendo lejos.

—¡Gary, déjalo! ¡Gary! —bramaba Nicole ahora enfadada, viendo como su esposo le propinaba golpes de forma mecánica a aquel tipo irritante.

Aunque a Gary le goteaba sangre por la comisura de la boca y le

dolía una pierna y a John le salía sangre de la nariz y estaba encorvado por un golpe que se dio en el costado, gracias a la caída por la colina, ninguno de los dos se detenía. Parecían dos chiquillos llenos de rabia que al fin habían conseguido una manera de drenar las emociones negativas reprimidas.

Cuando Gary estuvo a punto de darle un fuerte puñetazo a John en la nariz, que terminaría de partirle el tabique, este golpeó con poca energía el estómago de su atacante, logrando que se ovillara en sí mismo y no pudiera liquidarlo. Se preparó para darle un golpazo en la espalda y así resultar ganador de la pelea, pero recibió un palmazo en la cabeza que lo detuvo.

—¡Pero ¿qué haces?! ¡Te dije que no pelearas con nuestro amigo! ¡Connor te pidió que cuidaras de él!

—¡Lo hice, pero él quería escapar! —lloriqueó John ante el regaño de su esposa Mónica, que lo zarandeaba por el abrigo para alejarlo de Gary y sentarlo en una roca a revisarle la herida de la nariz.

—¡Señor Martin, ¿se encuentra bien?!

Un sujeto ayudó a Gary a incorporarse, él lo miró con algo de temor y confusión. En ese instante se acordó de la amenaza de los cazadores furtivos que los perseguían en motos y por eso lo empujó para apartarlo de él. Nicole se apresuró por llegar a su lado y tranquilizarlo.

—¡Gary, cálmate! ¡Es el guardaparques!

A él le costó varios segundos ubicarse en el tiempo y en el espacio, la cara asustada y ansiosa de su mujer lo ayudó a serenar el ardor de la cólera que le había nublado la mente. A su alrededor se encontraban unas cuatro personas además de Connor, quienes de seguro formaban parte del grupo de rescate. Uno de ellos tenía marcado un golpe en la quijada y lo veía con rencor.

El guardaparques se incorporó para ayudarlo de nuevo a levantarse.

—Señor Martin, disculpe que ayer no pude venir a buscarlo. La tormenta complicó las cosas en el parque. Lo regresaremos a usted y a su esposa a Brooklyn.

Poco a poco su corazón desbocado se sosegaba, comprendiendo la situación. Nicole se abrazó a él llorando de alivio, mientras un par de rescatistas se aproximaban a John para ayudarlo con sus heridas.

—Estuvo buena la pelea, eh, amigo —dijo John sonriente mientras seguía siendo amonestado por su esposa.

Gary no tuvo otra opción que alzar su dedo pulgar hacia él. Aquel sujeto no estaba bien de la cabeza, pero tampoco era un mal tipo, solo que él no supo manejarlo por su desconfianza.

En las motos los sacaron de aquel sendero nevado y montañoso,

les dieron los primeros auxilios en el puesto de control y luego los regresaron a Brooklyn en un vehículo cómodo y cálido.

Los rescatistas ahora tendrían el trabajo de ir tras los cazadores para sacarlos de allí y evitar que siguieran haciéndole daño a la fauna del lugar, aprovechándose de las fuertes nevadas para hacer sus acciones ilegales sin que nadie lo notara.

Al llegar a la cafetería, Karin se lanzó a los pies de Gary a llorar con desesperación.

—¡Oh, Gary, perdóname la vida! ¡No quise que sufrieras ningún daño! ¡Mi amor por ti y por Nicole es inagotable!

El suspiró con agobio sin poder moverse, la mujer había rodeado sus pies y lo inmovilizaba.

—¿Quieres levantarte? Los empleados te están viendo —reprochó, tratando de agacharse para obligarla a soltarlo y ponerse de pie.

Habían entrado por la zona de carga, teniendo como testigos solo al grupo reducido de empleados que laboraban allí, quienes veían todo con curiosidad e intentaban disimular la risa. Nadie se atrevía a burlarse de los jefes.

—¡No me importa! —vociferó Karin entre llantos—. ¡Soy una mala persona!

Gary gruñó con enfado, nunca podía controlar los espectáculos dramáticos de aquella mujer.

Nicole, que intentaba esforzarse para no carcajearse, se inclinó hacia ella para decirle algo al oído que cambió bruscamente su estado de ánimo.

—¡¿De verdad?! —preguntó impactada, soltando a Gary para sentarse en el suelo y mirar con asombro como Nicole le asentía—. ¡¿De verdad?! —repitió esta vez reflejando gran felicidad en su rostro y tapándose la boca para acallar su grito de alegría.

—¿Qué le dijiste? —quiso saber Gary con irritación mientras Karin se ponía de pie y daba saltos por toda la bodega llena de felicidad.

Nicole solo alzó los hombros con incredulidad y se alejó de él para saludar a Jessie y cargar a Olivia, regalándole arrullos cariñosos.

—Te queda lindo el verde manzana —le dijo Karin con dulzura a Gary acomodándole la solapa del abrigo.

Él gruñó de nuevo y la alejó de sí, sospechando lo que su esposa le había dicho. ¿En esa familia era imposible tener intimidad?

—Tú y yo tenemos que hablar —dijo irritado hacia Ethan y lo señaló con un dedo antes de caminar con largas zancadas hacia la oficina, dejando en claro lo molesto que estaba.

Ethan compartió una mirada con su esposa antes de sonreír resignado.

—Me toca recibir mi regaño —dijo guiñándole un ojo a su mujer y siguió a su hermano.

—¿Crees que lo ahorcará o le enterrará un puñal en el estómago? —quiso saber Karin acercándose a Nicole.

—¿Para qué necesitas saber eso? —indagó ella besando la cabecita de la niña.

—Es que de seguro me tocará a mí limpiar —expuso con obviedad y, aunque Nicole le torció los ojos con reproche, ella sonrió divertida—. ¿Tienes que contármelo todo? ¿Cómo estuvo eso? —preguntó pícara.

—¡No te diré nada! —se quejó Nicole sonrojada.

—Karin, no seas imprudente —la reprendió Jessie lanzando una mirada hacia los empleados, sin poder aguantar reír por el atolondrado comportamiento de la mujer.

Para su tranquilidad, los trabajadores volvieron a ignorar a sus jefes ocupándose de sus quehaceres. Ya se estaban acostumbrando a esas escenas de drama que terminaban con risas y chanzas.

Al día siguiente, Gary se hallaba en la cafetería terminando su jornada de trabajo. Esa tarde estaba algo apurado. Nicole lo había acompañado para irse juntos a Nueva Jersey, a la casa de su abuela Bertha, donde estaban sus hijos. Allí pasarían la Navidad, en familia.

Theresa se ocuparía de dirigir el café esos días con el apoyo de Ethan mientras él se enfocaba en recuperar la confianza de los suyos. Eso acordó Gary con su hermano cuando hablaron, en represalias por el difícil momento que le hizo vivir en el parque Clarence Fahnestock. Él y su esposa se merecían unos días de descanso.

Nicole lo ayudaba a organizar la caja cuando escucharon que alguien entraba a esa zona tranquila de la cafetería.

—¡Ey, amigos!

El saludo a ambos le erizó la piel.

John y su esposa cruzaban el establecimiento para acercase a ellos muy sonrientes.

—¿Qué hacemos? —preguntó Nicole nerviosa.

—¿Corremos?

Ella miró a Gary con el amor refulgiéndole en la mirada y con una sonrisa tallada en el rostro.

—O nos quedamos y enfrentamos juntos los problemas, ¿te parece?

Ella lo tomó lo de la mano y él enseguida apretó ese agarre entrelazando sus dedos con los suyos.

—A tu lado sería capaz de enfrentar un apocalipsis.

La felicidad que le produjo la respuesta de su esposo le ensanchó la sonrisa. Eso era lo que había querido escuchar desde hacía dos años y lo que ambos estaban dispuestos a decir durante las décadas de vida

que les quedaba en el mundo.

Antes de que aquella extraña pareja se llegara hasta ellos y pusiera de nuevo su vida patas para arriba, Nicole se aproximó a él y lo besó en los labios, con ternura, para sellar el pacto de unión y fidelidad que en ese momento se prometían con la mirada.

Gary, por supuesto, ignoró por completo a los repentinos visitantes y con su mano libre apresó la cabeza de su esposa para evitar que se alejara de él y así profundizar el beso.

Desde que habían llegado del Clarence Fahnestock se besaban mucho, no paraban de hacerlo. Esos besos los habían enamorado en el pasado y sellaron sus vidas para siempre, con ellos se redimieron y gracias a ellos buscarían cada día la reconciliación.

Eran los besos el mayor vínculo que los unía y estaban dispuestos a no dejarlos perder nunca más.

¿Te gustó?

Espero hayas disfrutado de esta corta y romántica historia. **BESAME MUCHO** es un spin off de las novelas que pertenecen a la serie de romance contemporáneo **BESOS: UN BESO EN NAVIDAD, UN BESO EN SAN VALENTÍN** y **UN BESO PARA SIEMPRE,** basadas en la historia de amor de Ethan y Jessie.

Si aún no las conoces te invito a leerlas y así puedas disfrutar de esta hermosa serie.

También te recomiendo leer mis otras novelas románticas, que puedes hallar en Amazon, en diferentes subgéneros. En este enlace las encontrarás a todas:

https://www.amazon.com/-/es/Jonaira-Campagnuolo/e/B00BFT92OK

SOBRE LA AUTORA

Jonaira Campagnuolo, escritora de novela romántica que nació una tarde de febrero en la ciudad venezolana de Maracay, pero ahora reside en Argentina, con su esposo y sus dos hijos. Es amante de los animales, la naturaleza y la literatura. Desde temprana edad escribe cuentos que solo ha compartido con familiares y amigos. En la actualidad se dedica a administrar su blog de literatura **DESDE MI CALDERO (http://desdemicaldero.blogspot.com)** y a escribir a tiempo completo.

Conoce otras obras de romance escritas por la autora, y publicadas en Amazon.